

Petra Durst-Benning

La
ARTESANA
del **VIDRIO**

Tres hermanas desafían las reglas sociales en un
pequeño pueblo a finales del siglo XIX



Lectulandia

Tras la muerte inesperada de su padre, soplador de vidrio, las tres hermanas Johanna, Ruth y Marie no saben cómo se las arreglarán, pues el oficio de artesano del vidrio está vetado a las mujeres y ellas solo eran ayudantes. Un artesano rival les ofrece trabajo en su taller, pero no lo aceptan y pronto empiezan las dificultades. Johanna es acosada por su jefe en su empleo en una botica, Ruth se casa con un hombre violento, y Marie, que tiene un gran talento elaborando preciosos objetos de cristal, siente que nadie aprecia sus diseños. Finalmente, el providencial encuentro con un comerciante americano dará salida a las hermosas creaciones de Marie, pero tendrán que luchar contra las muchas adversidades que se presentan para cumplir su sueño de independencia y libertad.

Lectulandia

Petra Durst-Benning

La artesana del vidrio

La artesana del vidrio - 1

ePub r1.0

Titivillus 01.03.15

Título original: *Die Glasbläserin*
Petra Durst-Benning, 2000
Traducción: Rosa Pilar Blanco

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Libro primero

Otoño de 1890

PUNTO DE PARTIDA

«Contemplando un vidrio coloreado... se regocija el ojo,
se anima el corazón, se serena el ánimo y una calidez
inmediata parece inundarnos».

(Johann Wolfgang von Goethe)

Esa mañana, Ruth ya había subido dos veces a despertar a Johanna, y en las dos ocasiones le había respondido con un gruñido, lo que la indujo a suponer que su hermana se iba a levantar. ¿Por qué picaré el anzuelo día tras día?, se preguntó Ruth, irritada, al subir por tercera vez los estrechos escalones que unían la cocina y el taller con la planta superior de la casa. La acompañaba el olor a tocino fundido. Se puso de puntillas junto al tragaluz y echó una ojeada hacia abajo, a la parte trasera de la casa, donde oía cantar a Marie. Una araña había tejido una red oblicua por encima del tragaluz. Sin dignarse dedicar una sola mirada a la repujada obra de artesanía, la barrió con la mano. A Marie no se la veía por ninguna parte, tampoco a padre. Torció el gesto. Cuando uno de los dos se diera cuenta de que en la cocina olía a quemado, las rodajas de patata y las tiras de tocino se habrían convertido en carbón.

En el último intento de despertar a Johanna, había dejado abierta la puerta de la habitación en la que dormían ella y sus dos hermanas. Por eso pudo confirmar desde el descansillo de la escalera que aún no se había levantado. Se acercó a la cama sin decir palabra, agarró un pico de la sábana y de un tirón la sacó de debajo de los brazos de Johanna.

—¡Cómo puedes taparte así con este calor! —Meneó la cabeza, mirando a su hermana, que por fin parecía despertar.

Ruth se dirigió a la ventana y abrió los postigos de un empujón. El deslumbrante sol de septiembre irrumpió en la habitación sumergiendo todo en una luz polvorienta.

Como una mujer aquejada de reuma, Johanna deslizó sus piernas fuera de la cama sin proferir más que un atormentado gemido.

Tras otra mirada severa, Ruth volvió a bajar deprisa las escaleras para salvar el desayuno. Mientras desprendía de la sartén las rodajas de patata y el tocino y añadía un poco más de aceite, dio gracias a Dios por ser madrugadora.

Johanna se había negado a madrugar desde su infancia. ¡Cuántas veces las hermanas habían llegado tarde a la escuela del pueblo por su culpa! Pero no se reducía todo a que Johanna se levantase a disgusto, sino que sufría todas las mañanas y rara vez era persona antes de las diez.

—Es como si la noche antes me hubiera bebido media botella de aguardiente. — Con estas palabras intentó explicar en cierta ocasión el abotargamiento que sentía dentro de su cabeza.

Pero como ni ella ni Ruth se habían bebido nunca media botella de aguardiente,

tampoco sabían con exactitud cómo se sentía uno después. Todo el mundo respetaba la somnolencia matinal de Johanna y las tareas domésticas se habían repartido entre las tres hermanas de forma que a esta no le tocara ninguno de los quehaceres mañaneros. A veces, sin embargo, Ruth se preguntaba si de ese modo le hacían un favor. Suspiró. Si viviera madre... Ella seguramente no se andaría con tantos miramientos. Anna Steinmann había sido en numerosas cuestiones mucho más inflexible que su marido. Ruth se asustó al comprobar que le costaba esfuerzo evocar el rostro de su madre. Diez años era mucho tiempo.

El agua que había puesto a hervir para el café comenzó a borbotear, arrancando a la joven de sus recuerdos. Apartó presurosa el hervidor. No le gustaba que las raíces de achicoria, echadas en frío, comenzasen a hervir: la bebida se tornaba amarga con rapidez. En eso Ruth era muy suya: le resultaba indiferente el café de remolacha seca y molida que se preparaban la mayoría de los del pueblo. ¡Preferiría beber agua a ese brebaje! Como es natural, lo que más le gustaba era el auténtico café en grano, aunque, en su opinión, era demasiado escaso. Todos los viernes, cuando Johanna iba a Sonneberg a vender los artículos de cristal que habían producido durante la semana, regresaba con una bolsita de genuino café. Aunque a Joost Steinmann le traía sin cuidado el tipo de café que se sirviera en la mesa mientras fuera oscuro y estuviera caliente, permitía a sus hijas ese pequeño lujo. Y así, hacía ya mucho tiempo que para ellos se había convertido en un ritual celebrar el regreso de Johanna con café, panecillos y arenque en conserva, que también traía de la ciudad.

Esas pequeñas costumbres se difundieron por el pueblo y dieron a Joost Steinmann fama de vivir bajo la influencia de las mujeres. Sin embargo, las hijas de Joost en modo alguno gozaban de la libertad de hacer lo que les viniera en gana, aunque entre las cuatro paredes del hogar disfrutaban de mayor libertad que otras jóvenes de su edad. Pero cuando se trataba de preservar a sus tres hijas de un supuesto mal, Joost podía ser peor que una clueca. ¿Ir a cantar al orfeón? Imposible... En el camino a casa podían acechar chicos con malas intenciones. ¿Acudir solas a una celebración del solsticio? Podían ahorrarse la pregunta. Cuando unas muchachas del pueblo fundaron unos años antes un grupo de hilanderas, ni siquiera permitió a sus hijas participar en sus inocentes encuentros. «Al final, acabaréis partiéndoos una pierna al volver a casa», razonó su negativa, y concluyó: «Lo mejor es que os quedéis en casa y practiquéis la lectura y la escritura». ¡Como si los libros fueran el sustituto de una alegre charla! Ruth tragó saliva. A partir de noviembre llegaría de nuevo el momento: mientras que las demás chicas se reunirían dos tardes para hilar ella y sus hermanas se quedarían en casa. Cuando finalizase la reunión del grupo y volasen por el aire las bolas de nieve y las chicas fuesen perseguidas por los chicos entre risas y gritos a través de las calles, Johanna, Marie y ella llevarían un buen rato en la cama.

No era de extrañar que entre los jóvenes del pueblo se hubiera corrido la voz de que a Joost no le gustaba que hicieran la corte a sus hijas. La mayoría de ellos se

sentía tan mal bajo su mirada de desaprobación que nunca volvían a buscar a ninguna de las tres para dar un paseo.

Ruth fue hacia la mesa y hurgó en el cajón en busca del pequeño espejo que había guardado allí. Si lo mantenía lo bastante alejado de ella, podía contemplar en él — muy pequeña— toda su cara. Era una mujer bella, y lo sabía. Sus hermanas y ella habían heredado los rasgos regulares y bien formados de su madre, que había sido extraordinariamente hermosa.

Apartó el espejo, desanimada. Por muy satisfecha que estuviera de lo que veía, ¿de qué le servía? ¿Besaría algún día un hombre sus labios? ¿Le diría alguna vez que sus ojos tenían el brillo oscurísimo del ámbar? ¿O que tenía la piel más bonita que había visto nunca? Si por Joost fuera, acabaría siendo una solterona avinagrada.

El único hombre que frecuentaba su casa con regularidad era su vecino Peter Maienbaum. Desde que unos años antes sus padres murieran uno poco después del otro, Joost lo consideraba una especie de hijo, pero en modo alguno un posible pretendiente. ¡Eso de ninguna manera! Ruth creía estar segura de que Peter le había echado el ojo a Johanna desde hacía bastante tiempo. Bastaba con ver cómo la miraba. Pero nadie parecía darse cuenta salvo ella, y Johanna menos aún. Respiró hondo. Si un hombre la mirase a ella así, sin duda se daría cuenta.

—Ya está Johanna correteando por ahí como un perro sin rabo. En cuanto se despierta se pasa el resto del día mangoneándonos. Siempre igual.

Marie se deslizó con gracia por el banco rinconero. Era tan esbelta que no tuvo que correr la mesa hacia delante ni un centímetro, observó Ruth con envidia. Las tres hermanas eran delgadas, ninguna de ellas tan informe como algunas mujeres del pueblo, que tenían los pechos caídos y redondeces fofas por todas partes. Todas ellas podían dar gracias a Dios por sus proporciones equilibradas, su piel sana y suave y unos cabellos castaños que brillaban sedosos sin necesidad de hacer nada, salvo cepillarlos cien veces al día. Pero en Marie todo era más menudo, delicado, frágil como una valiosa miniatura.

—Por lo menos ya está abajo. Porque temía tener que subir de nuevo la escalera —fue la seca contestación de Ruth.

Tras la muerte de su madre se habían acostumbrado a lavarse en el cobertizo contiguo, donde también hacían la colada. El mismo Joost salía para efectuar su aseo matinal en lugar de lavarse en la cocina. Así todos podían preservar su espacio personal, lo que era tan importante para las jóvenes como para el propio Joost.

—Por cierto, ¿dónde anda padre?

—No lo sé. Ayer por la noche se le hizo más tarde de lo habitual. Subió la escalera armando tanto ruido que me desperté. Y después me costó una eternidad volver a conciliar el sueño. —Marie hizo una mueca—. ¿No estará durmiendo la mona?

Ruth se encogió de hombros.

—Tampoco bebe tanto, diantre —dijo con un leve matiz de disculpa en la voz.

Pero no tenía ningún motivo para defender las visitas de Joost a la taberna. Aunque el padre acudía un par de horas todas las noches, rara vez bebía más de la cuenta, al contrario que otros hombres del pueblo.

Entretanto, las rodajas de patata habían adquirido una excelente costra dorada. Ruth picó una con los dedos y se la introdujo deprisa en la boca. ¡Qué caliente! Luego sirvió una taza de café para Marie y para ella. El intenso aroma armonizaba con la mañana soleada. Días de pastel de ciruelas, llamaba ella a esos días bañados por un sol que ya no pertenecía al verano pero tampoco al otoño. En esa época del año faltaba el concierto de pájaros que en el estío se instalaban a sus anchas en el gran peral que crecía delante de la ventana de la cocina. Solo se escuchaba de vez en cuando el canto de un mirlo o el silbido estridente de la alondra. Muy pronto las nieblas otoñales sofocarían incluso este último. Ruth inhaló deprisa el aroma del café. Odiaba la estación fría.

—Dentro de poco tendremos que volver a encender la luz por la mañana —dijo Marie, como si estuviera pensando lo mismo.

A las hermanas les sucedía con frecuencia que una expresaba lo que le pasaba por la cabeza a otra.

Sí, tras la muerte de Anna Steinmann se habían organizado en lo concerniente a la convivencia y también al trabajo. Como es natural, siempre faltaba en alguna parte un par de manos que ayudaran. Por mucho que los demás sopladores de vidrio del pueblo murmurasen o se burlasen sin mala intención, la gestión de las mujeres no había dado como resultado uno de los peores talleres. Realizaban frascos de farmacia y tubos de ensayo de primera calidad. Que los Steinmann consiguieran elaborar los productos de principio a fin sin tener que encargar fuera de la casa ni el pulido de los tapones ni el rotulado o embalaje de los frascos, suponía una gran ventaja. Al igual que los demás sopladores de vidrio, ellos también vendían la totalidad de su mercancía a un intermediario del cercano Sonneberg. Friedhelm Strobel, un intermediario cuya empresa mantenía excelentes contactos en todo el mundo, insistía una y otra vez en que estaba dispuesto a comprar grandes cantidades de cristal Steinmann. Pero con un solo soplador de vidrio en el hogar les resultaba imposible producir un mayor número de piezas. Para eso sería de gran ayuda un excelente yerno, le decían continuamente a Joost sus compañeros de taberna. Pero él hacía un gesto de desdén.

—Mis hijas no están obligadas a casarse, ¡y mucho menos por dinero! —Era una de sus frases favoritas, que proclamaba con un timbre de orgullo en la voz.

Con un suspiro, Ruth dejó su taza y se aproximó al fogón. Levantó sin esfuerzo la pesada sartén de hierro fundido y colocó el desayuno encima de la mesa.

—¡Se me acabó la paciencia! Voy a ver dónde... —se interrumpió.

Johanna había aparecido en el marco de la puerta. Más pálida que de costumbre,

los ojos desencajados como si acabara de toparse con el demonio en el pasillo, tapándose la boca con una mano, parecía reprimir un grito interminable.

—¡Por Dios, Johanna! ¿Qué sucede? —gritó Marie.

A Ruth se le hizo un nudo en la garganta. Dos manos gélidas estrujaron su corazón, y en ese momento supo que había ocurrido algo espantoso. No dijo ni una palabra.

—Padre... —En la frente de Johanna había aparecido una arruga que iba desde el inicio del pelo hasta la nariz—. Está arriba, en la cama. No se mueve.

Más adelante, siempre que Johanna recordaba esa mañana, le venía a la mente el cuento de la Bella Durmiente, la princesa encantada. Marie, sentada inmóvil, con la boca entreabierta. Y Ruth, encajada entre la mesa y el banco rinconero, medio sentada, medio de pie. También ella fue incapaz de alejarse un paso del marco de la puerta. Se quedaron como petrificadas, como si la inmovilidad las preservase de enfrentarse a un momento tan atroz.

Marie fue la primera en moverse. Corrió escaleras arriba, hacia el cuarto de sus padres, hacia la cama de Joost. Su grito rompió el silencio de la casa e hizo enmudecer a los pocos pájaros que había fuera.

Las miradas de Johanna y Ruth se encontraron por encima de la sartén. Después se apresuraron a subir.

Los peldaños de madera, más claros en el centro debido al desgaste causado por el uso, se difuminaron ante los ojos de Johanna convirtiéndose en estrechas franjas amarillentas. Notó que algo salado se acumulaba en las comisuras de su boca y entonces reparó en que las lágrimas corrían por sus mejillas. No pudo controlarlas, tampoco los pensamientos que aletearon hasta ella sin que los hubiera llamado.

Su padre había muerto.

¿Había que llamar al médico de Sonneberg? No, ya no hacía falta ningún médico.

Un cura. Sí. Tenía que ir a buscar al cura.

Había que limpiar el taller.

Lavar. A los muertos se los lavaba. Y se los amortajaba.

Un sollozo brotó de su garganta, tan cálido y ardiente que le hizo daño. Deseaba reprimir los pensamientos que lo hacían todo tan real.

Marie había cruzado las manos de Joost sobre su pecho. A Dios gracias, Johanna ya lo encontró con los ojos cerrados. Si alguna de ellas hubiera tenido que cerrárselos... No quería pensar en ello.

Joost aún no había cumplido los cincuenta. Y estaba sano. Nunca le había dolido nada salvo los riñones.

—Tiene un aspecto tan apacible —susurró Marie, alisando la colcha de la cama de su padre.

Debajo, su cuerpo pareció de pronto mucho más pequeño que cuando estaba vivo.

De puntillas, como si no quisiera molestar, Ruth se deslizó hasta un lado de la cama. Se inclinó sobre su padre y escudriñó su rostro. No había ni rastro de la agonía.

—¿No será que duerme más profundamente de lo habitual? —Vacilante, le rozó la frente.

Ninguna de ellas acostumbraba a tocar a su padre. Su piel no estaba tan fría como solían decir, constató sorprendida. Tampoco húmeda, ni apergaminada. Pero los huesos de debajo se notaban rígidos y frenaron los dedos acariciadores de Ruth. Ya había comenzado el rigor mortis. Ruth empezó a llorar. Marie también lloraba y Johanna sollozaba con fuerza:

—Pero ¿por qué? Es que no lo entiendo. —El nudo en su garganta presionaba las paredes demasiado estrechas—. ¿Cómo puede morirse padre en pleno sueño, así sin más? No puede ser verdad —exclamaba obstinada.

Pero la muerte de Joost era indiscutible. Su corazón había dejado de latir en mitad del sueño. No había una explicación para ello. Peter Maienbaum, al que Johanna fue a buscar a la casa vecina, se quedó tan impresionado como las jóvenes. No, la víspera Joost había sido el de siempre. No había revelado el menor síntoma de enfermedad, se había mostrado alegre. Como todos los demás, se había reído de los chistes de Stinnes el Parlanchín.

—El apodo no es gratuito. Con sus dichos es capaz de entretener a una taberna entera —comentó Peter con aire ausente.

Johanna denegó con un gesto. ¿Qué le importaba a ella Stinnes el Parlanchín?

—Tenemos que amortajar a padre. —Su voz, de acentuado pragmatismo, habría sido más adecuada para una tarea cotidiana.

Ruth y Marie la miraron, asustadas.

—Lo mejor será que bajemos al taller y apartemos nuestras mesas de trabajo, y después traslademos a padre y su cama.

—Pero ¿por qué quieres hacer eso? Aquí también podemos amortajar a padre —dijo Ruth, a la que esa simple palabra la espantaba.

Marie miraba alternativamente a una y a otra.

Johanna meneó la cabeza.

—No, hay que hacerlo como es debido. Padre lo habría querido así. Cuando venga la gente... —El resto desapareció en un sollozo. Se dio la vuelta.

Ruth y Marie miraron desvalidas los hombros trémulos de su hermana. A ninguna le sobraba el consuelo, su propia carga las agobiaba demasiado. Que Johanna, que tan gustosamente llevaba siempre la voz cantante, se sintiera tan desvalida como ellas, hacía más amenazadora la situación, si eso era posible.

Peter carraspeó.

—Voy a buscar a algunos hombres. Entonces empezaremos a...

Por qué de pronto nadie encuentra las palabras adecuadas, se preguntó Johanna mientras se secaba los ojos con las manos. Su llanto se aplacó muy despacio.

Peter la sacudió suavemente por el brazo.

—No estaría nada mal que alguna bajara a preparar café. Para la gente, ya sabes.

Al poco rato regresó en compañía de tres hombres. Los vecinos, estrujando los sombreros en sus manos, les dieron el pésame y se alegraron de tener algo que hacer que les permitiera huir de aquella compañía opresiva. Dirigidos por Peter, se dispusieron a trasladar la cama, para lo cual comenzaron por depositar al muerto en el suelo, después la desmontaron, y entre sollozos contenidos cargaron con ella por la estrecha escalera. Su montaje en el centro del taller concluyó adecuadamente y luego bajaron el cadáver sin problemas. Los cuatro hombres respiraron aliviados.

Las mujeres de los vecinos, en cuanto conocieron la noticia de la muerte de Joost, cumplieron también su cometido, y poco después se presentaron en la casa del difunto. Una trajo una fuente con puré de patatas, otra, una cazuela de sopa de verdura, la siguiente, pan untado con manteca y espolvoreado con sal. Las tablas de madera del suelo ya no descansaban y crujían sin cesar: las mujeres buscaban cerillas para encender velas, los hombres traían tazas de café y lanzaban una tímida ojeada al difunto.

La viuda Grün, que vivía dos casas más allá, lavó al difunto en compañía de Ruth y lo vistió, mientras Johanna y Marie mudaban la cama con sábanas limpias.

Alguien avisó al cura. Acababan de preparar al muerto cuando el clérigo entró por la puerta llevando a remolque a dos monaguillos que esparcían incienso.

Johanna, como atontada, se situó con los demás, que formaban un amplio círculo alrededor de la cama de Joost. El cura pronunciaba sus oraciones. Esto no puede ser real, pensó.

Durante todo el día acudió gente a darles el pésame o a compartir con las jóvenes el velatorio durante un rato. Nadie se quedó mucho tiempo, todos tenían trabajo en casa. Llevaban escrito en la cara el alivio de no verse afectados ellos mismos por una desgracia familiar tan repentina. Alguno lo manifestaba con toda franqueza, otros intentaban ocultarlo. Johanna no podía reprocharles esos sentimientos. Cuando el último invierno afectó a Lauscha una grave gripe que causó la muerte de Hannes, el Sable y otras dos personas de más edad de la parte de abajo del pueblo, ella también pensó: ¡No ha sido ninguno de nosotros, gracias a Dios! Siempre que volvía de sus visitas a Sonneberg y pasaba ante la casa sobre cuya puerta de entrada abandonada relucía el sable de color latón, no podía evitar pensar en Hannes. Ni siquiera llegó a casarse, tan joven murió.

A pesar de todo, las palmadas en los hombros, los murmullos de consuelo, el fuerte apretón de manos... En el transcurso de la tarde los pésames comenzaron a escocer a Johanna como un manojo de ortigas. Creía leer en las miradas llenas de recogimiento más que mera compasión. Una suerte de expectación. De excitación.

Tres mujeres jóvenes sin protección masculina.

¿Esperaba la gente que alguna de ellas se viniese abajo? ¿O que una desgracia más se abatiera sobre su hogar? Johanna se reprochó esos pensamientos desfavorables. La gente lo hacía de buena fe.

Eran más de las siete cuando por fin se marchó el último asistente. Peter Maienbaum fue el único que se ofreció a compartir con ellas el velatorio durante la noche. Johanna vaciló un momento, pero luego rechazó el ofrecimiento. Era algo que tenían que hacer ellas solas.

Ninguna de las tres mujeres tenía ganas de comer, así que Ruth tapó con paños los alimentos que habían traído los vecinos y los retiró. Se sentaron a la mesa de la cocina, mortalmente cansadas en el sentido más literal del término.

Johanna volvió a levantarse y abrió la puerta.

—El aire está tan cargado que podría cortarse con un cuchillo.

—Es por el incienso. —Marie tenía los ojos enrojecidos.

—No solo por eso. Mucha gente... —Johanna estaba demasiado cansada para explicar que tenía la sensación de que su hogar había sido en cierto modo manchado por los numerosos visitantes. Los olores extraños no eran propios de su casa. Las huellas invisibles que habían dejado en el suelo de madera los pies de los visitantes, tampoco.

—¿No se deberá a... padre? —Ruth miró hacia el taller.

—¡Ruth! —Marie se sobresaltó y miró a Johanna, asustada.

—Todo el mundo sabe que los muertos empiezan a oler cuando...

—¡Basta! —la interrumpió Johanna con rudeza.

Tenían por delante una noche entera velando al difunto. Solo les faltaba escuchar las tonterías de Ruth. Se acercó al armario y sacó las velas que quedaban. La luz era buena. La luz no podía hacer daño.

—Ahí al lado no hay un muerto, sino padre.

Ruth abrió la boca, pero después se tragó su comentario. No se discutía en presencia de un difunto.

Lentamente la presión de los labios de Johanna cedió. Sus ojos dejaron de mirar fijamente hacia delante como los de una muñeca y volvieron a moverse. También se fueron relajando sus brazos, que había contraído involuntariamente durante toda la jornada. Se reclinó en su silla y por primera vez en ese día no la asaltó la sensación de que tenía que hacer o decir algo.

Uno de ellos ya no estaba allí.

Cuanto más tiempo callaban, más lo echaban de menos. Su ruidoso alboroto cuando la cena no estaba lista o cuando Ruth había cortado pocos trozos de salchicha

para añadir a la sopa de patata. Sus movimientos ampulosos cuando cortaba pan o un trozo de jamón ahumado.

Johanna fue la primera en romper el silencio.

—Padre siempre se mostraba tan rebotante de energía... —Apretó los labios.

—No era un alfeñique como Hans, el Bávoro o Friedmar Grau. Pero tampoco un barrigudo como Wilhelm Heimer.

—Padre entraba en la habitación y no hacía falta mirar. En cierto modo lo notabas. —Marie dijo lo que había querido expresar Johanna—. Todo el mundo lo respetaba. —Sonrió—. ¿Os acordáis del asunto de los dos gallos?

Johanna esbozó una sonrisa triste.

—Padre se los compró a Paul Marzen para mí. Confiaba en que yo me despertaría antes si cantaban dos gallos en vez de uno. Pero luego Paul Marzen llamó a la puerta borracho como una cuba y dijo que le había dado a padre los animales equivocados, concretamente sus premiados gallos sementales, y que deseaba recuperarlos.

—Padre se limitó a plantarse ante él, y Paul se empequeñeció al momento.

—Y al final los gallos tampoco sirvieron para nada.

Soltaron una breve carcajada y después enmudecieron de nuevo.

—¿Quién cuidará ahora de nosotras? —preguntó Marie.

Johanna le lanzó una mirada. Esa pregunta no. Al menos esa noche. Y al día siguiente, tampoco.

—Cuando eras pequeña te llamaba princesa, ¿lo recuerdas? —Marie nunca había dejado de ser su pequeña.

—La princesa y su castillo en el aire en la pompa de jabón. Algún día inventaría un cuento para mí, decía. Pero no llegó a hacerlo. —Los ojos de Marie volvieron a humedecerse.

—A cambio te preparaba agua jabonosa para tus pompas —puntualizó Ruth—. Esas horribles pompas. —Formó con las manos una bola en el aire—. ¡Puf! Explotaban dejando una mancha húmeda. De pequeña no me cabía en la cabeza que pudieran gustarte tanto.

—Pero padre sí lo entendía. A él le gustaba tanto como a mí contemplar los colores del arcoíris. —Marie alzó la vista—. Seguro que en el cielo verá muchos arcoíris multicolor. Eso le gustará —sollozó—, y además estará con madre.

Su llanto se contagió a las demás, que dieron rienda suelta a su tristeza.

Pasado un buen rato, Ruth se apartó de la frente un mechón de cabellos sudorosos y torció el gesto sorbiéndose los mocos.

—Me acabo de acordar del encargo para Francia que nos hizo Friedhelm Strobel, para el que disponíamos de dos semanas justas. Fue hace cinco años, en 1885.

—¡Madre mía! —Johanna dio una palmada. El soplo de aire hizo titilar la luz de las velas—. El encargo para esa fábrica de perfumes francesa. —Al ver la expresión insegura de Marie, prosiguió—: ¿Es que ya no te acuerdas? Pidieron cinco mil pomos, y en cada uno de ellos tenía que poner: *Eau de Paris*. —Sonrió.

Marie chasqueó los dedos.

—¡Es verdad! Y padre nos lo escribió, pero no desciframos bien su mala letra, y antes de que él se diera cuenta había mil pomos con la inscripción *Roi de Paris*.

—El rey de París. —Ruth meneó la cabeza—. Cualquiera otro habría propinado una buena paliza a sus chicas trabajadoras, ¿y qué hizo nuestro padre? Reírse a mandíbula batiente. —Dirigió una mirada desconsolada hacia el taller. Sí, ahí al lado no yacía un muerto cualquiera, sino su bondadoso y querido padre.

—Pero yo no me reí cuando tuve que explicárselo a Strobel —recalcó Johanna con retintín—. Por entonces solo había ido tres veces sola a vender a Sonneberg y no tenía ninguna seguridad en mí misma. A mis dieciséis años, empecé a tartamudear de lo lindo, y jamás se me habría ocurrido pensar que aceptaría nuestros pomos.

—Pues de algún modo lo conseguiste. —La voz de Marie aún sonaba elogiosa—. Unas semanas después Strobel te dio un segundo encargo con la leyenda *Roi de Paris*.

—¡Ja! Seguramente les vendió los pomos a los franceses al doble de su precio e hizo como si el nombre hubiera sido invención suya. —Ruth se sorbió de nuevo la nariz—. Cuánto ansiaba yo uno de esos perfumes franceses. Hasta soñé con ello: una vez me desperté por la mañana y creí estar oliendo de verdad un aroma a muguete y lilas —suspiró.

—Si hubiera sido por padre, habrías recibido un frasquito —repuso Johanna—. Tuve que preguntar a Strobel, en su nombre, si sería posible encontrar un perfume así. Y no es que yo estuviera de acuerdo. Para qué necesita perfume una cría de catorce años, me preguntaba. Pero cuando podía, padre siempre satisfacía tus deseos.

Pareció que Ruth iba a contestar, pero se tragó la respuesta.

Durante un rato se quedaron a solas con sus recuerdos. Había tantas historias...

Después de que Ruth diera dos cabezadas sobre su pecho, Johanna sugirió turnarse para velar al difunto y que así las otras pudieran irse a dormir. Ambas se negaron. Pero al rato la cabeza de Ruth primero y la de Marie después se apoyaron sobre el tablero de la mesa. Johanna suspiró. En la cama habrían estado más cómodas.

Se levantó en silencio, sin empujar su silla. También ella estaba cansada. Tomó una de las velas y pasó al taller. Su mirada se detuvo en el fuelle de su padre, en su banco de trabajo. La nueva conducción de gas, que desde hacía poco unía su casa con la fábrica de gas fundada unos años antes, desprendía un brillo plateado y destacaba entre las demás herramientas gastadas por el uso como un cuerpo extraño. Johanna luchaba contra el dolor que sentía dentro de su pecho. ¡Cuánta capacidad de convicción había necesitado para persuadir a Joost de que permitiera que instalasen la acometida! A su padre no le gustaban los cambios. Si por él hubiera sido, habría seguido trabajando con la lámpara de aceite hasta el fin de sus días.

¿Por qué tan pronto?, quiso gritar a la noche, al cielo. Le ardían los párpados. Respiró hondo.

Después se las arregló tan bien con el «cachivache moderno» y se sentía muy orgulloso por haber conseguido acostumbrarse a él tan deprisa. La llama más caliente le permitió soplar pomos de perfume y otros recipientes de cristal de paredes incluso más finas. A partir de entonces no transcurrió una sola noche en la que no intentase convencer de sus ventajas, en la tertulia de la taberna, a los pocos sopladores de vidrio que aún no se habían conectado a la fábrica de gas.

Su padre... Cuánto lo echaría de menos. Ahora su corazón era una enorme herida abierta.

Cuando murió su madre, ella tenía once años, Ruth nueve y Marie siete. Durante un año entero solo podían dormir si Joost dejaba una lámpara encendida en su habitación. Todas las noches —por así decirlo, a modo de plegaria— les contaba lo bien que se encontraba su madre arriba, en el cielo. A pesar de ello, las niñas se levantaban por turno noche tras noche para ver cómo estaba su padre. Su mayor temor era que también él pudiera abandonarlas. Gracias a la sensibilidad y a la paciencia paternas, ese temor cedió poco a poco. Ahora el miedo de entonces quería volver a devorarla por entero, pero Johanna le hizo frente. Contempló, llena de amor, el rostro de su padre, iluminado únicamente por la luz de su vela. Los años en los que Joost la había hecho fuerte no habrían transcurrido en vano.

Joost Steinmann, el «fabricante de cajas». En cierta ocasión, uno de sus compañeros de tertulia se atrevió a llamarlo así, porque solamente había engendrado hijas y ningún hijo. Ese hombre se fue a su casa con un ojo morado e imposibilitado para ver durante una semana.

«¿Para qué necesito hijos? —decía siempre Joost—. ¡Si ya tengo a mis tres hombres de piedra!». Así llamaba él a Ruth, a Marie y a ella. Johanna sollozó.

Lo miró y le acarició la mejilla.

—Todavía no sé qué pasará —susurró en voz baja—, pero te prometo una cosa. —Le ardía la mano sobre la piel fría y no le resultó fácil dejarla allí posada—. Nunca te avergonzaremos. Cada vez que nos mires desde el cielo, te sentirás orgulloso de nosotras.

Cuando llegó el nuevo día, Johanna había derramado todas sus lágrimas. Mientras Ruth y Marie se sentaban junto al lecho del difunto, ella se acostó para dormir unas horas. Volvió a despertarse a última hora de la mañana. Quedaba mucho que hacer antes del entierro de Joost.

—¡Se acabó! —Ruth arrojó el trapo con el que había fregado la entrada mojada al montón de cacharros que se apilaban en el fregadero. Se dejó caer de golpe junto a sus hermanas en el banco de la cocina.

Caía la tarde. A esa hora normalmente se sentaban inclinadas sobre sus mesas, pero ese día se había celebrado el entierro a las dos. A pesar de la lluvia torrencial, habían acudido al cementerio tantos asistentes que Johanna temió que no le alcanzasen ni de lejos los panes y los bollos preparados para el convite del funeral. Sin embargo, la mayoría se despidieron junto a la tumba después de la ceremonia: el trabajo no podía esperar. Solo los vecinos de las casas cercanas las acompañaron para honrar la memoria de Joost con un par de tazas de café. Los ganchos de la entrada a punto estuvieron de ceder bajo el peso de los abrigos, mojados por la lluvia. Pronto todo olió a fieltro mojado, y sobre el suelo se formaron amplios charcos de agua. En la cocina, Ruth y la viuda Grün casi no daban abasto para poner agua para el café. Los entierros dan sed, todo el mundo lo sabe. Cuando las fuentes con los pasteles y los bocadillos de jamón quedaron vacías y el aire se notaba cargado y rancio, se despidieron uno detrás de otro. Peter Maienbaum fue el último en marcharse. Con el picaporte en la mano echó una postrera ojeada al taller desierto: a él también le costaba aceptar la inesperada muerte de Joost.

—Qué repentino silencio reina aquí. —Marie miró a su alrededor como si no acertara a creer que todo había pasado.

Johanna asintió. Ya no quedaba nadie que pidiera otro café, o que las mirase lleno de compasión.

—Lo de la rosa de vidrio del Suizo ha sido un detalle muy bonito —dijo Marie de pronto.

Sus hermanas asintieron.

El soplador de vidrio Karl Flein, llamado «el Suizo» por su estancia de años en las montañas suizas, había depositado en la tumba una flor de vidrio soplado en lugar de una natural. Pero al igual que las flores genuinas, a Johanna le había parecido que esa preciosidad vítrea no encajaba.

—Las palabras de Wilhelm Heimer también han sido conmovedoras —comentó Johanna.

—Cierto —admitió Ruth—. Cuando ha dicho que siempre estuvo especialmente unido a padre porque los dos enviudaron muy jóvenes, he sentido un auténtico nudo

en la garganta.

—A mí me ha asombrado que Heimer haya venido. Con lo que le disgusta dejar la llama. —Johanna frunció los labios.

Cuando por la noche se apagaron las luces a su alrededor, más arriba, en la montaña, las lámparas de gas siguieron centelleando durante largo rato en casa de Heimer. En el pueblo muchos consideraban exagerada la laboriosidad de Wilhelm Heimer; otros simplemente envidiaban sus numerosos encargos, que realizaba gracias a que sus tres hijos eran unos sopladores de vidrio expertos y trabajadores.

—Que haya tenido que llover precisamente hoy... —se lamentó Ruth.

—A mí me habría parecido peor que hubiera brillado el sol —contestó Marie—. Que te entierren con un cielo azul límpido y un sol radiante... No, para eso es mejor que también lllore el cielo.

A continuación ninguna supo que decir. La muerte de su padre, el entierro, el tiempo, que había cambiado tras muchas semanas de sol, el discurso del cura que no había parado de equivocarse al hablar hasta el punto de que algunos supusieron que había bebido demasiado vino de consagrar. Durante el convite fúnebre todas las trivialidades se habían repetido hasta la saciedad. Ya era suficiente.

Johanna clavó la mirada en la vajilla sucia. Aún seguía encendido el fuego en la estufa. Podía calentar agua y fregar los platos. Antes de que se le ocurriera la idea a otra de sus hermanas, se levantó de un salto. Marie recogía con presteza de sus manos las piezas mojadas, las secaba y las apilaba encima de la mesa. Cuando todo estuvo limpio, Marie y Ruth sacaron fuera la tina con el agua de fregar y la vaciaron. Johanna comenzó a sacar la vajilla del aparador donde se guardaba.

—Había que haberla limpiado a fondo hace mucho —observó respondiendo a las miradas interrogantes de sus otras dos hermanas.

Ruth sacó sus prendas para zurcir y Marie el vestido que había empezado a hacerse unos días antes. Pero apenas tuvieron las labores sobre la mesa, volvieron a bajar las manos al regazo.

Finalmente subieron a acostarse aunque fuera todavía no había oscurecido del todo. Ninguna de ellas se atrevió a echar una ojeada al taller desierto.

Cuando Ruth despertó a la mañana siguiente continuaba lloviendo. Encendió la lámpara de gas que colgaba encima de la mesa de la cocina y, como todas las mañanas, se dirigió a la despensa para sacar las patatas cocidas la víspera, pelarlas y cortarlas en rodajas. Se detuvo con el pomo de porcelana en la mano.

Allí no había patatas.

Tampoco era una mañana cualquiera.

Con los ojos ardiendo huyó de la cocina al cobertizo. Su brazo se movió arriba y abajo y bombeó agua en la palangana con tanta fuerza que la palanca tintineó. El agua se desbordó por el borde esmaltado de la palangana, pero Ruth no se dio cuenta.

Cuando se derramó sobre sus pies, bajó el brazo. Unos fuertes sollozos llenaron el ambiente frío y húmedo.

Entró en la cocina. Johanna y Marie ya estaban sentadas a la mesa. Una había sacado del armario pan, un trozo de mantequilla y el tarro de miel. Masticaban las rebanadas de pan en silencio. La miel dulce resbalaba por sus gargantas sin que lo notaran, porque la pregunta que ninguna de ellas se atrevía a expresar les quemaba la lengua: ¿Qué será de nosotras?

El tiempo lluvioso de los días siguientes armonizaba bien con el triste letargo en el que se sumió la casa. Cada una de las hermanas se recluía en un rincón del hogar, esperando el pronto regreso de la hora de acostarse. De vez en cuando, Peter pasaba a echar un vistazo, pero nunca permanecía mucho. Al contrario que las jóvenes, él tenía trabajo. Y a pesar de que se avergonzaba un poco, se alegraba de huir del ambiente opresivo que reinaba en casa de las Steinmann.

Había transcurrido otra comida en silencio. Johanna alzó de repente la vista y carraspeó.

—Lo mejor será que empecemos por retirar las cosas de padre.

Ruth frunció el ceño.

—No sé. ¿No deberíamos esperar un poco más?

—Que retiremos las cosas hoy o dentro de unos días... —La mirada de Johanna era vacilante, como si deseara que la disuadieran de su propuesta.

Ruth comprendió que a su hermana le interesaba la desdichada tarea tan poco como a ella misma. Daba igual cuándo optaran por llevarla a cabo, siempre les costaría. Además, no sabía cuánto tiempo más resistiría el silencio paralizante de la casa. Para eso era mejor tener una tarea desagradable que permanecer cruzadas de brazos.

Mientras Ruth y Johanna doblaban camisas arriba, alisaban chaquetas y las envolvían en telas de lienzo, llamaban a la puerta sin cesar. Una semana después de la muerte de Joost, los vecinos continuaban trayendo comida. Acababan de dejarles un pucherito de sopa. La vecina había atisbado, curiosa, por encima del hombro de Marie. ¿Cómo se las arreglaban las tres huérfanas? Tres jóvenes solas..., ¿dónde se había visto eso? A la mujer le habría encantado entrar, Marie lo había notado. Pero, después de dar las gracias por la sopa, se limitó a cerrar de prisa la puerta.

Cuando iba a dejar el puchero, la tapa se desplazó un poco. Un olor ácido hirió su nariz. Marie se estremeció. ¿Habría fermentado la sopa? Se preguntó si no sería mejor vaciar el puchero detrás de la casa, pero luego optó por apartarlo a un lado.

Que Ruth o Johanna decidieran qué hacían con él. Para quitarlo de en medio, cruzó la cocina manteniéndolo en equilibrio y lo dejó en el taller, sobre una de las vacías mesas de trabajo.

Se disponía ya a salir, pero se detuvo.

¡Qué silencio!

Marie acercó un taburete y se sentó.

Ningún aparecido. Y sin embargo el silencio tenía un cariz fantasmal. El canto de la llama del mechero Bunsen había acompañado su vida cotidiana día tras día, durante toda su existencia.

«Para que cante la llama, hay que soplar con fuerza», decía siempre padre.

Marie notó cómo su garganta se contraía. Acarició con cariño la vieja lámpara de aceite, abandonada junto a la nueva acometida de gas. Su llama nunca más volvería a cantar.

Oyó el estrépito procedente del piso de arriba. Ordenar, lo había denominado Ruth. Y entretanto hablaban de la vida de padre.

Cuando preguntó qué podía hacer ella mientras sus hermanas ordenaban arriba, no le pasó desapercibida la mirada de pánico que intercambiaron ambas. ¿Qué hacer? Desde la muerte de padre esa pregunta flotaba continuamente en el aire, tan grande y poderosa que Marie casi podía tocarla. No, ella tampoco sabía qué les deparaba el futuro. Pero que Ruth y Johanna ni siquiera la incluyesen en ninguna reflexión, la molestaba. Nunca la tomaban en serio, por una sencilla razón: era la más joven. Así había sido en vida de padre, y así seguía siendo ahora. Pero no había nada que hacer. Suspirando, se levantó y regresó a la cocina.

Hacia el mediodía, la viuda Grün trajo una bandeja de horno con una tarta de manzana. El aroma a canela y anís se propagó por la escalera y disipó el olor a ropa vieja de hombre. Mientras que los pesados potajes de col de los otros vecinos se les solían atragantar, las tres jóvenes se comieron la tarta con saludable apetito.

—Tenemos que volver a dar las gracias por todo a la viuda Grün —afirmó Johanna cortando la tarta.

—Es cierto —ratificó Ruth—. Cómo me ayudó a lavar a padre..., eso no lo habría hecho cualquiera.

—Y el caso es que no parece propio de ella haber ofrecido su ayuda. Con lo retraída que suele ser...

—Sí que es raro... Aunque vive solo dos casas más allá, casi nunca se la ve —se asombró Marie.

En realidad, en Lauscha todos lo sabían todo de todos, y no se debía únicamente a que era un pueblo pequeño y a que la mayoría se ganaba el pan de la misma manera. Era sobre todo la estrechez del pueblo la que hacía casi imposible guardar secretos: casi todas las casas se alineaban como las cuentas de un collar a ambos lados de la

calle principal, que ascendía montaña arriba en curvas empinadas. Apenas había unas cuantas calles laterales, las escarpadas laderas boscosas habían impedido con éxito durante siglos que se establecieran allí más turingenses.

—Cómo vas a ver a la viuda Grün, si se pasa todo el día trabajando arriba, en casa de Heimer —replicó Ruth—. Sencillamente no tiene tiempo para chismorreos.

Johanna meneó la cabeza.

—Griselda siempre ha sido muy retraída, incluso en vida de Josef, su marido. Creo que a él no le gustaba que hablase con los vecinos. ¡Menudo borrachín era el viejo!

—¿Y qué fue de su hijo? ¿Se llamaba Magnus, no? —preguntó Ruth entre mordisco y mordisco.

—Ni idea. Un buen día desapareció. Nadie sabe con certeza por qué y cómo. Pero claro, en ese momento yo solo tenía trece años y... —Johanna se interrumpió cuando llamaron a la puerta.

—Más comida no, por favor —gimió Ruth.

Pero era Peter, que rogó a Johanna que saliera a hablar con él. Marie y Ruth cruzaron una elocuente mirada.

—¿Qué tal? ¿Va todo bien? —Peter cerró la puerta tras ellos.

Johanna se encogió de hombros.

—Siento mucho haberme dejado ver tan poco en los dos últimos días, pero no ha parado de venir gente a casa.

Peter Maienbaum fabricaba ojos de cristal. Algunos de sus clientes venían de muy lejos. Cuando alguien necesitaba un ojo de cristal después de un accidente, había que darse prisa. Cuanto mayor era la espera, más el peligro de que la cuenca del ojo se inflamase o comenzara a supurar con el cuerpo extraño dentro. Pero si el ojo de cristal se colocaba cuanto antes, la posibilidad de que los músculos se acostumbraran a él, y en caso óptimo el ojo incluso pudiera moverse, aumentaban.

—Vamos, no tienes que disculparte. Al fin y al cabo, te has preocupado por nosotras más que ningún otro —dijo Johanna negando con la mano.

—Este es el punto siguiente. —Peter, tímido, no dejaba de moverse—. La cosa es que yo compraría con mucho gusto el taller de vuestro padre, incluyendo el vidrio en bruto, pero es que no me sirve para nada.

Johanna intentó esbozar una sonrisa.

—Ya sé que necesitas el cristal en bruto de color de la fábrica y no el nuestro, incoloro y pardo. —Le puso una mano en el hombro—. No te preocupes por nosotras, mala hierba nunca muere. —Le dio un pequeño empujón—. ¿Eh, quién consuela a quién? —probó con el humor negro—. No nos moriremos de hambre, tendrías que ver la cantidad de cazuelas que nos ha traído la gente. Como si fuéramos diez jóvenes en lugar de tres.

La mirada masculina no había perdido su escepticismo.

—Comer es una cosa. Pero también necesitáis dinero. Y trabajo. Por más vueltas que le doy, no sé cómo vais a salir adelante.

—Tampoco lo sabemos nosotras —contestó Johanna con un suspiro—. Ahora estamos ordenando las cosas de padre. En algún momento aparecerá dinero de reserva que nos ayude a salir momentáneamente del paso.

Aunque hasta entonces no había aparecido ni un céntimo, y ni con su mejor voluntad podía imaginar dónde iban a encontrarlo.

—En vuestro taller todavía quedan cajas con mercancía terminada. ¿Quieres que las lleve a Sonneberg?

—No, lo haré yo misma —respondió rápido Johanna—. Para ser sincera, me

alegraré de salir de aquí por un día. Además, ¡menuda cara pondría Friedhelm Strobel si te presentaras tú de pronto! Aunque mañana caigan chuzos de punta, iré a Sonneberg y venderé el resto —suspiró—. En realidad tendría que haberlo hecho el viernes pasado, pero tan pronto después de la muerte de padre...

—¡Espero que Strobel no se ponga impertinente, o tendrá que vérselas conmigo! ¡Díselo! Y por lo demás... —añadió, levantando la barbilla de la joven—, si surge cualquier problema, ven a verme. ¿Me lo prometes? —Su mirada no dejaba escabullirse a Johanna.

Ella se liberó de su mano. Algo en su interior le impedía hacer esa promesa, en sí inofensiva, y se limitó a una contestación vaga:

—De un modo u otro, nos las arreglaremos.

No quería que Peter se sintiera demasiado responsable de ella. Tras darle un breve apretón en el brazo y despedirse con una inclinación de cabeza, desapareció en el interior de la casa. Durante un instante barajó la idea de deslizarse sin ruido escalera arriba y meterse en la cama. Mostrarse segura le costaba horrores. ¿Por qué demonios no se daban cuenta los demás? Pero hizo un esfuerzo, al fin y al cabo no podía dejar solas a sus hermanas.

—¿Qué quería Peter? —le espetó Ruth antes de que Johanna hubiese cerrado la puerta.

Johanna sintió de pronto un extraño aleteo en su tripa. El lunes de marras también se había parado en el umbral de la puerta. Antes de que la tristeza la envolviera como un paño negro, se animó. Tenían que hablar, eso era ineludible.

—Peter nos compraría gustoso el taller de padre, y el vidrio en bruto, pero por desgracia no le sirve para nada.

—¿Y no podría comprárnoslo cualquier otro soplador? —preguntó Marie.

Ruth suspiró.

—No lo sé... me va a resultar muy duro desprenderme de las cosas. Eso lo convertirá todo en definitivo.

—¡Pero es que lo es! —exclamó Marie levantando ligeramente la voz—. Sin padre se acabó para siempre nuestro taller de soplado de vidrio. —Se tapó la boca con la mano—. ¿Qué será de nosotras?

Johanna no conocía la respuesta. Desde la muerte de su padre se rompía la cabeza pensando en cómo salir adelante. La confianza que había mostrado ante Peter era tan hueca como las cuentas de cristal con cuya fabricación se ganaba la vida medio pueblo.

Sin un soplador de vidrio, su sustento se iría al garete. Sin un soplador de vidrio no había nada que pulir, pintar o empaquetar. Todas sus habilidades no valían para nada.

—Mañana iré a Sonneberg y venderé toda la mercancía terminada. Esos escasos

objetos no aportarán mucho, pero las cuatro perras que saquemos nos darán al menos un respiro. No podemos confiar en que la gente nos traiga comida eternamente. —Johanna miró a Ruth, que no parecía percatarse bien del asunto, y decidió ser todavía más clara. Las malas noticias no se digerían mejor cuando se contaban a medias—. He revisado hasta el último rincón de la habitación de nuestro padre, pero parece que no guardó nada para los malos tiempos. —Se encogió de hombros—. La conexión con la fábrica de gas debió de zamparse todos los ahorros. —Se mordió los labios. A ella misma le costaba creerlo.

—A lo mejor los de la fábrica de gas nos devuelven el dinero si les decimos que ya no necesitamos la conexión, ¿no? —preguntó Marie en voz baja.

Ruth frunció el ceño. Qué típico de Marie.

—Eso no te lo crees ni tú. ¿Has olvidado que los obreros necesitaron cavar durante tres días para tender la tubería desde la fábrica de gas hasta nuestra casa? Para eso fue el dinero. Ahora no podemos presentarnos sin más y pedir que nos lo devuelvan, ¿no crees? —A pesar de todo, un pequeño destello de esperanza titiló en la mirada que dirigió a Johanna.

Pero esta se limitó a negar con la cabeza.

—No aceptarían jamás algo así. No, no, tendremos que arreglárnoslas con el dinero que me dé Friedhelm Strobel hasta que... surja algo.

El destello de esperanza en los ojos de Ruth se apagó.

—¡Ay, si nos ayudara uno siquiera! Si tuviéramos a alguien que se sentara en el puesto de padre...

—¿Quién iba a hacerlo? —Johanna soltó una risa amarga—. Todos los demás sopladores tienen que cumplir con su propio trabajo. Además, ¿cómo íbamos a pagarle?

Pareció que Marie iba a decir algo, pero no se atrevió por miedo a recibir otro rapapolvo.

—Tenemos que confiar en encontrar empleo como obreras en algún sitio. Como la viuda Grün —dijo Johanna.

El disgusto que traslucía su voz no pasó desapercibido. Las obreras, todo el mundo lo sabía, estaban peor incluso que las criadas. Como su jornal era de pocos *pfennigs* a la hora, tenían que trabajar diez horas diarias o más para ganarse el sustento.

Silencio escéptico. Los talleres del pueblo que empleaban a extraños eran escasos. Hasta entonces ninguno les había ofrecido trabajo.

—Hay otra posibilidad de volver a tener en casa un soplador de vidrio. —Ruth sonrió—. A lo mejor deberíamos ir pensando en casarnos. En nuestra situación, no es una idea descabellada, ¿no os parece? —Y se sentó muy erguida, como si estuviera a punto de tomar papel y lápiz para anotar a los posibles candidatos.

Johanna y Marie se miraron estupefactas, preguntándose si estaba tomándoles el pelo.

—¿Y dónde piensas encontrar rápidamente, como por arte de magia, tres maridos, si se puede saber? —preguntó Marie.

Ruth, haciendo caso omiso de la ironía que traslucía el tono de su hermana, torció el gesto y contestó muy seria:

—Ese es el problema. Porque padre siempre los ahuyentaba. Como no nos demos prisa ahora, pronto nos habrán birlado a todos los chicos del pueblo de nuestra edad, y se nos agriará el carácter porque nos convertiremos en unas solteronas. Las demás chicas hace mucho que están comprometidas —su voz revelaba un ligero pánico.

Johanna no daba crédito a lo que acababa de oír.

—Pero ¿qué desatino estás diciendo?

—No es ningún desatino, sino la verdad —se defendió Ruth—. Habría podido gustarme alguno de los hombres que ya están adjudicados, entre ellos hay excelentes sopladores de vidrio. Pero padre ni siquiera nos dejaba ir a la explanada de la fábrica, así que, ¿cómo habría podido interesarse alguno por nosotras? Seguramente hace mucho que todos nos habrán borrado de la lista.

La explanada de la fábrica era el lugar donde se reunían los jóvenes del pueblo después del trabajo. Mientras dentro llameaban con brío los fuegos de los hornos de fusión, fuera las chicas se sentaban en el muro que les llegaba hasta la cadera y se reían. Delante de ellas, los chicos se daban empujones, fanfarroneaban o fumaban cigarrillos, que a menudo hacían que los ojos se les llenasen de lágrimas. Se cruzaban miradas interesadas, enamoradas o de rechazo, a veces coquetas, otras atrevidas o simplemente torpes, según el refinamiento que cada cual era capaz de imprimir a su cortejo.

A Johanna nunca le había importado no participar en esas reuniones vespertinas; al contrario: las simples miradas de los hombres jóvenes siguiéndolas con la vista cuando caminaban por el pueblo le molestaban. Ruth siempre había dicho que prefería esperar a un príncipe polaco o ruso a tener tratos con uno de esos jóvenes torpes de la explanada de la fábrica de vidrio, y Johanna se lo recordó.

—A lo mejor eran tontas quimeras de una jovencita. —Ruth borró sus sueños de un plumazo—. A mí me gustaría disfrutar por fin de la vida. ¿Crees que me divierte dedicarme en cuerpo y alma a las tareas domésticas día tras día? A mí también me gustaría ponerme guapa de vez en cuando, como hacen las demás mujeres, y asistir a lecciones de canto o al teatro, donde se pueden lucir vestidos bonitos. O simplemente a una fiesta. A lo mejor así encontraría a mi príncipe. Pero si seguimos viviendo como ermitañas, te aseguro que eso no sucederá.

Johanna miraba estupefacta a su hermana. De pronto tuvo la sensación de saber muy poco de lo que sucedía en el interior de Ruth.

—Pero ahora no podemos salir por las buenas a buscar a alguien para casarnos. —La escéptica afirmación de Marie rompió el silencio que estaba a punto de generalizarse—. Además, no se me ocurre ninguno.

Johanna suspiró. La verdad es que a veces la ingenuidad de Marie la sacaba de

quicio.

—Pues a mí sí, aunque no para mí —repuso Ruth riendo—. ¿Qué vecino se pasa por aquí todos los días y quiere hablar *a solas* con una de nosotras?

Marie soltó una risita.

Johanna puso los ojos en blanco. La suposición de Ruth de que entre ella y el vecino había algo más que amistad no era nueva. Pero para ella Peter era como un hermano mayor, con él podía charlar con absoluta franqueza.

—Peter es un buen amigo. ¡De todas nosotras! —replicó, a pesar de que no tenía ganas de hablar del tema.

—Quizá lo sea tuyo. Pero yo creo que él no lo ve con los mismos ojos. —Ruth enarcó las cejas y con expresión misteriosa añadió—: ¡Con ojos de cristal! —soltó entre risas.

—Mira que eres mala —la riñó Marie—. A mí Peter me parece muy simpático. Pero, por otro lado, ¿cómo te puedes casar con alguien apellidado Maienbaum? ¡Árbol de mayo! —También ella rio, pero con menos malicia que Ruth.

—Qué cotorras estáis hechas. —Johanna se levantó y empezó a llevar los platos de la tarta al fregadero—. Por mí, puedes buscarte un hombre para casarte —le dijo a Ruth—. Pero cuando pienso en la situación de la mayoría de los del pueblo, no creo que eso vaya a ser el paraíso en la Tierra. El pan escasea, y casada o soltera, no existe diferencia alguna. Pero vamos —añadió encogiéndose de hombros—, si estás en ello, lo mejor será que busques un hombre con un hermano, así además quedará provista Marie. Yo, por mi parte, iré mañana a Sonneberg.

Fuera todavía estaba oscuro cuando Ruth despertó a Johanna con unas sacudidas enérgicas. Durante un instante, Johanna no supo si soñaba o no, pero luego volvió a recordar la tarea que le esperaba. Mientras Ruth bajaba las escaleras en camisón, se vistió. La noche anterior ya había sacado del armario su ropa y la había dejado preparada. Contempló con disgusto la chaqueta de gruesa tela de lana... ya había pasado la estación cálida, cuando habría bastado con una ligera chaqueta de punto.

En el lavadero se pasó un paño mojado por la cara, se peinó retirando los cabellos que en ese breve espacio de tiempo se habían enganchado en el áspero cuello de la chaqueta y los recogió en una trenza. Se colocó esta como una corona alrededor de la cabeza y sujetó el extremo con varias horquillas. Por encima se puso un pañuelo cuyos extremos también anudó, para que no quedara suelta ninguna punta. Con la cesta a la espalda, cargada con cajas de vasos que sobresalían muy por encima de su cabeza, otro tipo de peinado constituiría un estorbo. Durante un largo rato clavó la vista en su imagen reflejada en el espejo y solo vio unos ojos enormes. Siempre la asombraba cuánto cambiaba el rostro al apartar los cabellos. De repente también su boca parecía más grande. Abrió los labios para comprobarlo, pero no era el espejo el que deformaba su imagen. Su labio superior se abombó formando un amplio arco, y el inferior no era menos sensual. ¡Parecía que estaba a punto de tirarle un beso a su reflejo! Frunció el ceño. A su padre nunca le había gustado mandarla sola a Sonneberg. Por eso desde el principio había insistido en que se arreglase de la manera más discreta posible. No era la primera vez que Johanna se preguntaba si con su aspecto no conseguiría quizá lo contrario de lo que en realidad pretendía. Pero después le sacó la lengua a su reflejo y regresó a la vivienda.

Ruth ya había atado con cuidado las cajas que contenían cuatro vasos cada una en el bastidor de madera, y que luego amarraron a la cesta de entrega de Johanna. Juntas trasladaron todo a la puerta de casa. No había niebla, constató esta última aliviada cuando atisbó por la estrecha calle abajo. Se echó la cesta al hombro con destreza y se ató la correa portadora alrededor de la barriga. Luego Ruth colocó encima el bastidor y lo ató por cuatro sitios. Agarró a Johanna por el brazo.

—Cuando estés en Sonneberg, pregunta. A lo mejor te enteras de alguien que pueda darnos trabajo. Quizá Strobel conozca a algún soplador de vidrio que nos dé

empleo.

Johanna asintió. El bastidor de madera presionaba ya desagradablemente contra la zona inferior de su espalda. Se puso en marcha.

—Intenta sacarle a ese avaro un precio mejor. ¡Necesitamos hasta el último céntimo! —le gritó Ruth cuando se alejaba.

¡Como si no lo supiera! Johanna torció el gesto. A Ruth se le daba muy bien dar buenos consejos, pero ella misma no se atrevía a vender.

—Ese Strobel me resulta inquietante. No me gustaría encontrármelo a menudo —había comentado el año anterior, en una ocasión en que acompañó a Johanna.

A esta tampoco le parecía muy simpático, pero ¿qué podía hacer? Suspiró y apretó el paso con decisión.

Eran poco más de las seis y media.

Cuando cruzó frente a la estación de tren, la tentación de entrar y comprar un billete para Sonneberg fue más grande que nunca. Desde que habían inaugurado la línea cuatro años antes, cada vez más recaderas recurrían al tren para entregar la mercancía que les confiaban. Pero Joost no tenía buena opinión de ese «monstruo negro y apestoso».

—¡Al final ese cacharro se detendrá en mitad del trayecto, como sucedió en su viaje inaugural, y tendréis que continuar todos a patita!

Sus palabras todavía resonaban en los oídos de su hija, que entretanto se preguntaba si la actitud de su padre era debida al rechazo al nuevo medio de transporte o más bien a que ellos, lisa y llanamente, no podían permitirse viajar en tren. Como tampoco podían permitirse una recadera.

En esa estación del año el sol estaba tan bajo que su brillante luz casi se colaba por debajo de las copas de los árboles. Al igual que en la época que precedió al entierro lluvioso, ahora hacía un calor desacostumbrado para septiembre. Johanna pronto notó calor entre la gruesa tela de la chaqueta y sus hombros, su espalda se humedeció y comenzó a picarle. Intentó aflojarse con un dedo el pañuelo demasiado apretado en su nuca, para dejar entrar un poco de aire hasta la sudorosa piel de su cabeza.

Normalmente recorría la mayor parte del trayecto de más de treinta kilómetros en algún vehículo que paraba, pero ese día hizo señas de que continuara su viaje a todo aquel que se disponía a detenerse. Los cajones vacíos del dormitorio de su padre la obligaban a ser avara con el puñado de *pfennigs* que pedían los cocheros.

El camino estaba tan reblandecido en algunas zonas por la lluvia de los días precedentes que Johanna tenía que internarse una y otra vez en el bosque para no hundirse hasta los tobillos en el barro. A pesar de todo, muy pronto notó gruesos trozos adheridos a sus suelas, que convertían cada paso en un denodado esfuerzo.

Durante un instante barajó la idea de lavarse los zapatos en el río Steinach. Pero ese día, después de las abundantes lluvias, el en otras ocasiones manso arroyuelo se comportaba como un torrente: borboteando y rugiendo se precipitaba desbordando su cauce, en algunos lugares la espuma alcanzaba la altura de un surtidor, por lo que Johanna retrocedió, asustada. Con los zapatos sucios prosiguió su resbaladiza excursión.

Cuando llegó a Sonneberg eran más de las once, constató irritada después de echar un vistazo al reloj de la iglesia. ¡Había necesitado más de cuatro horas y media, nunca había tardado tanto! Normalmente, ella era de las primeras en presentarse por la mañana temprano en la tienda de Friedhelm Strobel. Eso suponía la ventaja de que nunca tenía que esperar mucho tiempo para que él la atendiera. Se miró los zapatos manchados de barro y se desanimó aún más. ¡Lo que se iba a alegrar Strobel cuando pisara con ellos su lustroso suelo de madera!

Como todos los viernes que acudía a la pequeña ciudad, también esta vez se le contagió su actividad. La sensación de que estaba perdiéndose algo hizo que acelerase el paso sin darse cuenta. Al mismo tiempo tenía que esquivar continuamente a los demás peatones, lo que no era nada fácil con la informe cesta que portaba a la espalda.

En esa época del año, Sonneberg estaba abarrotado de gente, los dialectos alemanes y las lenguas extranjeras acompañaban a Johanna como un enjambre de mosquitos en su paseo por la ciudad. Letreros situados delante de las posadas indicaban desde lejos que casi no quedaba una cama libre. Había compradores procedentes de cerca y de lejos para examinar lo que habían fabricado en los meses anteriores los distintos artesanos de la zona. Pero, sobre todo, pretendían efectuar sus compras para las ventas de Navidad. En los grandes almacenes y tiendas de Múnich, Núremberg, Hamburgo, San Petersburgo, Copenhague o Bruselas... se ganaba un buen dinero con la artesanía de Turingia. Para ello, los comerciantes no necesitaban ir de casa en casa para escoger con esfuerzo las distintas piezas, sino que podían recurrir a un refinado sistema de venta que se practicaba en Sonneberg desde hacía muchos años y que era único en su género: la reventa. Había por lo menos veinte de esos intermediarios, y sus locales, que desde fuera muchas veces ni siquiera cabía identificar como comercios, disponían de una variada oferta de mercancías. Sin embargo, quien creyese que todas las mercancías estaban disponibles en los comercios se equivocaba: la mayor parte de los encargos se efectuaban eligiéndolos en los muestrarios que los intermediarios presentaban a sus clientes. Esos libros gruesos y de gran formato contenían dibujos o fotografías de cada artículo, especificaban sus dimensiones y describían el material. Allí no figuraban los precios, que estaban sujetos a negociación. Uno de los artículos más solicitados que los comerciantes compraban para los clientes de sus lugares de origen eran las muñecas de porcelana con ojos móviles de cristal y auténtico pelo de mujer, ataviadas con finísimas sedas de costosos bordados y lujosamente engalanadas. También se vendían

en Sonneberg juguetes de hojalata o de madera, canicas de cristal de colores, piezas sopladas de todo tipo y, como es natural, cuentas de cristal en todas sus variantes. Si a un comprador le gustaba un artículo del muestrario, se negociaba el precio, el número de piezas deseado y se fijaba la fecha de entrega. Con este encargo en la mano, el intermediario acudía a su proveedor para que fabricase la mercancía.

Ahora, tan cerca de la campaña de Navidad, las puertas de los intermediarios no paraban quietas: compradores y fabricantes se alternaban sin cesar.

Johanna era capaz de percibir de una ojeada quién era comprador y quién fabricante: los comerciantes vestían con mucha más elegancia, sus trajes eran del paño más fino. Además, casi nunca acudían solos, sino que siempre iban acompañados por un ayudante que portaba un maletín de piel o una cartera. Bien podía ser que dentro hubiera piezas de muestra y que más tarde le dijeran al intermediario:

—¿Puede suministrarme un jarrón así?

O:

—¿Cuánto me pediría por cien candeleros de madera como este?

El aspecto de los artesanos y los fabricantes de vidrio era completamente distinto. Sus caras no eran frescas como las de los comerciantes, que descansados se habían sentado a la mesa en una de las posadas y les habían servido el desayuno. Sus rostros revelaban que se habían pasado la noche anterior trabajando para poder cumplir a tiempo con tal o cual encargo. Si habían tenido tiempo de comer, habría sido algo sencillo... unas patatas quizá, o una rebanada de pan. Ellos también tenían prisa —en Sonneberg la laboriosidad no daba tregua—, pero Johanna sospechaba que no eran importantes negocios los que impulsaban a apresurarse a esa gente, sino una casa llena de niños y un montón de trabajo que seguía aumentando a cada minuto de ausencia.

Cuando Johanna abrió la puerta del comercio de Friedhelm Strobel pensó que ese día sería el último que estaría allí y se le hizo un nudo en la garganta. De pronto se alegró de que no le tocara el turno y se viera obligada a esperar a que el soplador de vidrio que estaba junto al mostrador terminara el trato con Strobel. Con el corazón lleno de zozobra se sentó en el sofá de terciopelo de color burdeos situado al otro extremo de la tienda.

Era extraño, había estado allí con harta frecuencia, pero hasta entonces no se había fijado bien en la estancia. En las estanterías, que iban de suelo a techo, Strobel almacenaba piezas de muestra, pero también mercancías listas para su venta. Aunque ninguno de los estantes estaba rotulado, Strobel parecía saber con seguridad de sonámbulo qué contenía cada compartimento. En la fila de arriba había cestos en lugar de cajones. En uno de ellos, Friedhelm Strobel guardaba jabones redondos hechos a mano en uno de los pueblos vecinos por una mujer vieja y sus dos hijas.

Johanna estaba allí cuando Strobel recibió una partida de jabones, desde entonces sabía que esa era la razón del aroma a hierbas aromáticas que inundaba siempre su tienda.

—Podría empaquetarlos en una de las cajas de madera delgada, pero así me ahorro las bolas de naftalina —le había explicado Strobel cuando ella le mencionó el aroma, que evocaba levemente al incienso.

Frunció la nariz para contener un estornudo.

—El bol ha salido demasiado hondo —oyó decir a Strobel en ese momento—. Ahí cabría por lo menos medio kilo de confites, pero mi cliente querría llenarla con siete u ocho bombones como mucho. ¡Así te lo pedí expresamente la última vez!

Johanna conocía muy bien el gesto irritado, de censura, que le ponía al hombre, como si no pudiera traducir a palabras la estupidez de su interlocutor. Había estado presente con frecuencia cuando criticaba de ese modo a uno de sus proveedores. En todas las ocasiones ella había sufrido más que ellos.

Mientras hablaba, Strobel acercó una escalera de madera, subió tres peldaños y abrió uno de los compartimentos.

—Me gustaría saber para qué te enseñé el modelo, si no te has atendido a él. Mira, el diámetro es igual, pero la base tiene menos volumen. —Señalaba un bol de cristal azul claro.

El hombre tomó la pieza y la examinó con atención. Strobel resoplaba, impaciente. Cuando buscó la mirada de Johanna, esta apartó la vista ostensiblemente. ¡No se figuraría que se iba a aliar con él frente a ese pobre hombre!

—La primera vez no fue usted tan preciso —replicó este. Su expresión era tensa—. Y ahora, ¿qué?

Strobel se encogió de hombros.

—¿Es mi problema si tú no atiendes como es debido? Yo tengo que suministrar lo que me piden mis clientes.

—¡Pero también habrá clientes que necesiten boles hondos como los míos! ¿Qué voy a hacer ahora con las cincuenta piezas? —La desesperación se reflejaba en el rostro del hombre.

Johanna no quería ni imaginarse lo que le esperaba en casa si volvía con la cesta llena a la espalda, en lugar de vacía.

Strobel dio al hombre una palmada en el hombro.

—Puedo quedarme con uno de muestra. A ver qué puedo hacer con él —propuso mientras empujaba al hombre hacia la salida—. Haremos tratos la próxima vez —agregó en un intento de consolar a su interlocutor.

Apenas salió fuera el pobre hombre, Strobel hizo desaparecer el bol en un cajón de debajo del mostrador sin dignarse dirigirle una sola mirada.

—¡Johanna! —exclamó, alargando sus brazos hacia ella—. Ya me he enterado de la espantosa desgracia que os ha sucedido. Recibe mi más sincero pésame.

Friedhelm Strobel le dio un apretón de manos huesudo y demasiado fuerte. La

piel alrededor de sus uñas comidas estaba ensangrentada y en algunas partes incluso supuraba. Johanna le dio la mano a disgusto y la retiró al instante.

—He venido a vender los vasos que nos quedan —dijo señalando la cesta que portaba a la espalda. No quería hablar de Joost con el intermediario.

—Que un soplador de vidrio tan trabajador y hábil haya tenido una muerte tan temprana... Es dramático.

Salió de detrás del mostrador, la tomó del brazo y la condujo hasta la mesa en la que presentaba el muestrario a sus clientes. Era de madera rojiza y en su superficie pulida se reflejaba la luz de la araña de cristal que pendía en el centro de la estancia. En cada uno de sus extremos había cómodas sillas tapizadas en brocado de tonos dorados y pardos. La sillería irradiaba elegancia y opulencia. Johanna aún no había tenido ocasión de sentarse allí, pero ese día el comerciante casi la obligó a acomodarse en una de las sillas.

—Más tarde examinaremos los vasos —dejó caer él de pasada.

Johanna tuvo que hacer un esfuerzo para no poner los ojos en blanco. Ese día le costaba soportar la vanidad de Strobel. ¡Mejor le vendría el dinero por los vasos!

—Pero usted casi no conocía a mi padre, así que apenas puede afectarle su muerte —replicó con tono sarcástico.

La mirada del hombre se deslizó despacio por el pañuelo de Johanna hasta llegar a sus ojos, bajó luego por sus mejillas y por fin se detuvo en sus labios.

—¿He dicho yo eso? —preguntó, enarcando las cejas.

Johanna, sin querer, corrió su silla ligeramente hacia atrás.

Strobel se apoyó sobre los codos y dobló las manos como si fuera a rezar.

—He pensado mucho en lo que supone para ti y para tus hermanas la muerte de vuestro padre.

¡La elocuente mirada! ¡El profundo suspiro! ¡La expresión ansiosa! Mil aguijones invisibles se clavaron en la joven. Esta tenía ya un comentario irónico en los labios, pero luego se limitó a contestar:

—No son tiempos fáciles para nosotras. La muerte de nuestro padre ha cambiado mucho las cosas. —Contuvo el aliento. A lo mejor él conocía a alguien que pudiera darles trabajo.

—¿Qué sería la vida sin cambios? No está en nuestra mano impedirlos, de eso no hay duda. Pero a veces podemos darles la vuelta, como si fuera un tornillo. —Strobel asintió con la cabeza en un expresivo gesto—. Y por eso, querida Johanna Steinmann, me gustaría hacerte una oferta.

—Me gustaría emplearte. En calidad de... asistente.

Las palabras de Strobel seguían resonando en su mente. Asistente..., qué rimbombante sonaba eso. Por qué no había dicho ayudante o asistenta, se preguntó mientras caminaba aturdida por las calles de Sonneberg. Los mil pensamientos que le venían a las mientes desde la declaración de Strobel seguían su mismo ritmo.

Al llegar al final del pueblo se detuvo bruscamente. ¿Compraba o no la bolsita de café de siempre? ¡Bah, esas cuatro perras no las condenarían a morir de hambre!, decidió, torciendo a la derecha hacia la tiendecilla a la que acudía todos los viernes. Ignoró las bandejas plateadas con las pastas apiladas y también pasó con firmeza junto a la cuba de arenques salados de una carne de delicadeza inigualable. Poco después salió de la tienda con cincuenta gramos de café —el aroma a café recién molido se lo llevó gratis.

Apenas abandonó la ciudad, la carretera inició una suave ascensión. Avanzaba como sonámbula, sus pensamientos giraban en torno a la conversación anterior.

Strobel había dicho que valoraba su testarudez. Y pensaba que poseía sentido comercial, significara eso lo que significase.

Al principio Johanna se quedó sin habla.

¿Yo? ¡Ayudarle a usted!, habría querido exclamar. ¡Pero si no sé nada! En lugar de eso había acariciado con su mano el brillante tablero de caoba de la mesa.

—¿En qué consistiría mi trabajo? —preguntó sin que su voz revelase que se imaginaba fregando el suelo. ¡Pero, de eso, nada!

—Te convertiría en mi mano derecha —le había contestado—. Mientras yo negocio con los compradores, tú confeccionarías listados, anotarías los pedidos, y más tarde se los transmitirías a los proveedores correspondientes. Se trataría sobre todo de trabajos de oficina. En negocios de la magnitud del mío es fundamental llevar la contabilidad correcta de cada transacción —añadió con tono autoritario—. Llevo tiempo barajando la idea de contratar a un ayudante. Quizá haya llegado el momento de ponerla en práctica.

Ella se había limitado a asentir. Si le hubiera ofrecido sacar brillo a la luna, no le habría parecido más extravagante.

—Por supuesto, te pagaré —comentó al ver su silencio, y añadió—: Como es lógico, acordaremos un período de prueba en el que tu salario será más bajo. Pero cuando te hayas puesto al corriente... —bamboleó el resto de la frase ante sus ojos,

como si fuera un cebo.

Johanna resopló. ¡Como si eso fuera necesario! Tras las primeras frases de Strobel, habían aparecido ante su ojo interior imágenes tentadoras y excitantes: Sonneberg y sus numerosos visitantes, entre ellos clientes de todo el mundo, negocios importantes, de cientos de artículos, que esperaban a los compradores en sus cajones. Y en medio ella, Johanna Steinmann, de Lauscha. Los remordimientos se apoderaron de ella: ¿cómo podía ponerse a fantasear así, poco después de morir su padre?

—No sé si sé hacer todo eso —había respondido por tanto, borrando las imágenes en las que, con un vestido azul marino y el pelo elegantemente recogido en un moño, atendía a la importante clientela libreta en mano. ¡Ella, ayudante! Le costó un gran esfuerzo reprimir la excitación que le borboteaba dentro como una sopa que rebosa al hervir.

A continuación, Friedhelm Strobel tomó su mano.

—Basta con que yo te crea capaz. ¿Crees acaso que haría esta oferta a cualquier chica poco fiable?

Johanna no sabía si entender eso como un cumplido o más bien como una ofensa. En cualquier caso, se liberó de su mano de uñas mordidas y se levantó.

—Tengo que reflexionar sobre su ofrecimiento —contestó con una voz que le pareció gélida.

¡Maldita sea! Dio una patada con el pie derecho a un montón de hojarasca. ¿Por qué siempre tenía la sensación de que estaba a la defensiva con ese hombre? ¿Se debería a que él no era de allí? Alguien le había contado una vez que Strobel descendía de una distinguida familia de comerciantes berlineses. A lo mejor esa era la causa de sus modales afectados, en ocasiones incluso arrogantes, caviló Johanna. Sin embargo, con ella era la amabilidad personificada, y eso a pesar de que Johanna se mostraba muy brusca con él, a veces casi descarada. Más de una vez había pensado que se había ganado la estima de Strobel por motivos inexplicables, y el hecho de que ese día le hubiera ofrecido trabajo no hacía sino confirmarlo de nuevo.

Johanna sonrió, socarrona: también había logrado un buen precio por sus vasos.

Poco después distinguió en la lejanía las primeras casas de Lauscha. Las montañas circundantes proyectaban sus sombras alargadas sobre el pueblo, con las fábricas de cristal arrimadas a las empinadas laderas. Los tejados de pizarra, que brillaban con un tono gris plateado a la luz del sol, parecían, a la sombra, tétricas cofias negras.

Antes de acometer la última cuesta, Johanna se detuvo. ¡Qué ojos se les iban a poner a Ruth y Marie! La sonrisa que se reflejó en su rostro era autocomplaciente, pero ¿no tenía motivos más que sobrados para sentirse orgullosa? ¿No había dicho él «crees acaso que haría esta oferta a cualquier chica poco fiable»?

A cualquiera quizá no, pero a mí, sí, se dijo Johanna sin poder contener la risa.

No obstante, al momento siguiente volvieron a asaltarla las dudas. Aceptar la oferta de Strobel la obligaría a residir en Sonneberg. Tendría que dejar solas a sus

hermanas y solo podría regresar a casa los fines de semana. Recorrer todos los días las veinte millas era imposible, y un viaje diario en tren se comería seguramente la mayor parte de su salario.

Pero aún le rondaba otro pensamiento por la mente: ¿Qué pasaría si no satisfacía las expectativas del comerciante? ¿Si no se mostraba despabilada?

Desde su partida de Sonneberg, dos corazones latían en su pecho. Había pedido una noche para pensárselo. Al fin y al cabo, primero debía hablar con sus hermanas. Y con Peter. ¡No es que ella fuera a acatar sus órdenes! Pero él tenía una habilidad para analizar las cosas de la que carecían sus hermanas. Sí, después de cenar se acercaría un momento a la casa vecina, decidió mientras subía la última colina.

También Friedhelm Strobel estaba pensando en la conversación. Pasaba con marcado desinterés las hojas del muestrario a un comprador cuya empresa tenía la mala fama de ser impuntual en los pagos y no podía evitar sonreír para sus adentros. ¡Con qué indiferencia le había respondido ella! Como si su oferta no le pareciera nada del otro mundo. Esa tunante sabía lo que se hacía. Se pasó la lengua por los labios, y al encontrar un trocito de piel seca la mordió con avidez. Sí, Johanna Steinmann no era uno de esos ratoncitos asustadizos como la mayoría de las mujeres de su edad. Así lo demostraba su figura nervuda, sin un gramo de carne fofa, con músculos que atestiguaban un trabajo duro. Y después ese torso erguido, que solo se diferenciaba del de un muchacho por los dos abombamientos femeninos... ¡Sencillamente de lujo! Además, esos ojazos que te miraban fijamente de arriba abajo, los anchos y altos huesos de los pómulos... Su belleza no se veía alterada ni siquiera por el espantoso pañuelo que siempre llevaba atado a la cabeza. Despojándola de él, sustituyendo las pellas informes que calzaba por zapatos elegantes y añadiendo uno de esos vestidos de corte ajustado... el atractivo de Johanna Steinmann superaría con creces al de algunas clientas. Él, Strobel, tenía buen ojo.

Además no era tonta. Momentos antes había vuelto a demostrar su aptitud para enfrentarse a una situación desconocida. Seguridad en sí misma, capacidad de adaptación, todos esos atributos eran de máxima utilidad en su ramo.

Pero no solo para eso.

Mientras mencionaba a su interlocutor los precios de floreros y vitrinas de cristal —en este caso sin un céntimo de descuento, faltaría más—, su excitación iba en aumento.

Decepcionado por la inflexibilidad del comerciante a la hora de fijar los precios, el cliente se distanció de los floreros y vitrinas. Strobel siguió pasando las hojas mientras castigaba tanto a su labio inferior que no tardó en notar en la lengua el sabor metálico de la sangre. ¡Pronto se habría librado de ese hombre! Se moría de impaciencia por quedarse solo y cerrar de una vez la puerta con llave.

Todos los viernes veía desaparecer de su tienda, apesadumbrado, la espalda

erguida de Johanna. Más de una ocasión había deseado encontrársela en una situación diferente. Se había imaginado posibles escenarios con él, con los dos. Ahora, tras la muerte de Joost Steinmann, el momento había llegado.

Apenas podía esperar a tenerla bajo su protección. Sería una alumna solícita, de eso estaba seguro. Bajo su dirección, ella podría desplegar todo su talento, y jugaría sus cartas mejor que cualquier otra.

«Solo un loco juega con fuego en su propia casa», dijo alguien en lo más recóndito de su mente, tan inesperadamente que Strobel tuvo que esforzarse durante un instante para atribuir las palabras a una persona concreta. ¡Papá! Había sido su padre, antaño...

De repente, como si hubiera sido ayer, volvió a dibujarse ante sus ojos el orgulloso rostro patricio. Hacía mucho tiempo que no pensaba en él. En él y en todo lo que representaba en su vida, en la de Strobel. Ahora su euforia parecía haber desaparecido como por ensalmo.

¿Por qué precisamente ahora?, ¿por qué ese día?, se preguntó enojado. Como si el padre intentase desde la lejanía organizar de nuevo su vida. ¿O era la secreta envidia de un hombre que no le permitía ni el más mínimo placer? ¿Sería acaso... una advertencia?

Se detuvo y dejó de pasar las hojas.

Dios sabe que no se podía comparar la situación actual con la de entonces, cuando él...

De pronto la antigua historia regresó de nuevo al presente con tanta fuerza que Strobel olvidó por completo a su cliente. Pero el insistente carraspeo de este le hizo alzar la vista. El comprador señalaba con ademán impaciente la página delantera del catálogo.

—Como ya le dije, me llevaré tres docenas de estos platos de postre a dos marcos con treinta. ¿Quiere usted anotarlos, por favor?

Al final Johanna se libró de tomar la decisión que tanto le costaba. Durante su ausencia, Wilhelm Heimer había ido a visitar a sus hermanas. En realidad quería hablar con ella, la mayor, pero después se contentó con Ruth. Gracias a su nuevo intermediario había recibido un gran número de encargos adicionales y necesitaba ayuda para empaquetar, platear y pintar platos, vasos, jarrones y cuentas, informó a Ruth y a Marie.

—El día del entierro de Joost no quise decir nada, entonces el asunto aún no estaba maduro —añadió para ofrecerles al momento que trabajasen con él. Tenían que comenzar al día siguiente—. Vuestro padre estaría encantado con esto.

Ruth y Marie casi hervían de excitación contándole a Johanna la oferta de Heimer. De pronto ya no era un oprobio encontrar empleo como obrera, sino algo muy deseable.

Johanna ya no mencionó que a ella también le habían ofrecido trabajo. Si había trabajo en el pueblo, no tenía sentido marcharse. A pesar de todo, sintió una pequeña punzada en el pecho cuando a la mañana siguiente, camino de la fábrica de Heimer, detuvo a una de las recaderas y le entregó una nota para Friedhelm Strobel en la que le comunicaba su negativa. Adiós, Sonneberg. Nada de vestido azul marino ni cliente alguno ni de cerca ni de lejos.

En lugar de eso, poco tiempo después se encontró en el taller de Heimer con un delantal de goma, junto al baño de plata, aprendiendo de Griselda, la viuda Grün, a platear copas.

—Fíjate, agarras la copa por el pie y por este tubo viertes unas gotas de disolución de nitrato de plata. —La viuda Grün señaló primero la botella colgada de la pared, que contenía el líquido, y después la abertura situada al final del pie de la copa de doble capa—. Luego añades unas gotitas de agente reductor y sumerges la copa en la tina de agua caliente. Sin el calor del exterior no se depositaría tan bien la plata por dentro, ¿entiendes?

Johanna asintió. Ya se había preguntado por qué se mantenía caliente la placa de la estufa que tenían al lado.

—Ahora hay que actuar deprisa. Tienes que agitar con fuerza la copa con la disolución, para que todo el interior se impregne por completo.

Ante los ojos de Johanna, el cristal transparente se transformó en una copa plateada.

—Has de estar atenta para que no caiga ni una gota de la solución sobre la cara exterior, pues se formarían unas manchas muy feas. —Griselda sostuvo en alto una pieza ya plateada—. Así tiene que ser.

—Qué aspecto tan valioso tiene. Ya no parece cristal. —Johanna meneó la cabeza, asombrada.

Griselda sonrió.

—No en vano recibe el nombre de plata de pobres. Y ahora, presta atención: cuando la plata se haya depositado encima del cristal, vierte aquí el líquido restante. —Señaló una caja acolchada con gruesos paños de algodón.

Johanna frunció el ceño.

—¿A qué viene tanta complicación? Si, de todos modos, la disolución de plata solo se puede utilizar una vez, se la podría tirar y punto.

—¡Ni hablar! Aunque no se note, ese líquido turbio aún contiene restos de plata. Y esta se deposita abajo en la caja. En el transcurso de un año se acumula, créeme. Visto así, esa caja es bastante valiosa. —Se acercó más a Johanna—. Y ahora adivina quién se queda con el contenido —susurró.

—El viejo Heimer, creo —contestó Johanna con un encogimiento de hombros.

En vez de responderle, la viuda Grün se limitó a sacudir de manera elocuente la cabeza mientras exhibía una sonrisa socarrona.

Sin insistir, Johanna clavó de repente una mirada desvalida en la botella con el baño de plata.

—¿No tienes ganas de bromear, verdad, hijita? —La viuda Grün sacudió suavemente el brazo de Johanna.

Esta tragó saliva.

—Es todo tan... raro. Padre no lleva ni dos semanas muerto y nosotras estamos aquí, en una casa extraña, en un banco de trabajo extraño... Va todo tan rápido que tengo la impresión de que nuestra vida gira como un tiovivo.

La mujer suspiró.

—Sé a qué te refieres. ¡Vaya si lo sé! Pero alégrate, niña, de tener trabajo. La vida es dura para una mujer sola, no lo olvides.

Johanna alzó la vista.

—¿La oferta de Heimer fue idea suya o le echaste una mano? —susurró.

La joven vio con el rabillo del ojo que Heimer observaba a Ruth, a la que habían encargado la tarea de empaquetar. ¡Ojalá no tuviera que ponerle reparos!

—¿Yo echar una mano? —Griselda rio en voz alta—. A ese no puedes persuadirle o convencerle de nada, aquí se hace lo que él quiere, ya te irás enterando —cuchicheó—. Y ahora, a trabajar, o nos llevaremos un rapapolvo.

A Johanna le habría encantado seguir charlando con la mujer, agradecerle de nuevo su ayuda. Quizá también iniciar una conversación sobre su hijo Magnus, que llevaba tanto tiempo ausente de Lauscha. Pero una ojeada al rostro de su vecina le dijo que el taller no era el lugar adecuado.

Sobre todo... el taller. Todavía no se había hecho una idea de las dimensiones del lugar. En comparación, el taller de su casa era minúsculo. La casa de Heimer era la única del pueblo que contaba con tres pisos, la cocina estaba en el primero y los dormitorios encima, debajo del tejado. La zona de trabajo ocupaba toda la planta baja del edificio y aun así el espacio parecía insuficiente: cada metro estaba repleto de materiales, objetos de cristal a medio terminar u otros ya guardados en cajas a la espera de ser transportados. El ambiente estaba enrarecido y olía a todo tipo de productos químicos, a cuerpos sin lavar y a excrementos de pájaro. Johanna contó, horrorizada, nada menos que diez jaulas. Ni Joost, ni ella, ni sus hermanas compartían la afición de los sopladores de vidrio por capturar pájaros del bosque confiando en que su canto inundase los talleres. Al contrario, a ella esas criaturas diminutas en sus jaulas sucias le daban pena. Apartó la vista de un petirrojo que la miraba con ojos tristes.

Le pasó por la cabeza lo que seguramente diría su padre si pudiera verla allí.

Al igual que Joost, Wilhelm Heimer había perdido muy pronto a su mujer y había criado solo a sus tres hijos. Los tres se habían hecho sopladores de vidrio, pero, a diferencia de la mayoría de los hombres jóvenes del pueblo, no daban muestras de querer independizarse para fundar su propio taller. En lugar de esto trabajaban — como las tres chicas Steinmann— en el negocio paterno. A pesar de esta característica común, ambas familias no habían mantenido mucha relación, debido a la situación del taller de Heimer, emplazado en el extremo superior del pueblo, y también al hecho de que el trabajo en las dos casas nunca se terminaba. Joost y Wilhelm eran compañeros de tertulia en la taberna, pero por lo demás cada uno seguía su propio camino sin interponerse en el del otro. El primero tenía tres hijas; el segundo, tres hijos de la misma edad; como es natural, en la mesa de la tertulia no faltaban comentarios al respecto. Pero en el fondo todos sabían en el pueblo que a las chicas Steinmann les gustaba estar solas y no eran de las que seguían con la vista a los chicos.

Johanna suspiró. ¡Qué locura! Ahora trabajaban codo con codo con los hijos de Wilhelm.

Lanzó una mirada furtiva hacia la izquierda de la estancia, donde estaban instalados tres bancos de trabajo. ¡Cada uno con su propia conexión de gas! ¡Con el pago que exigía la fábrica! Pero a juzgar por la montaña de tubos de vidrio en bruto que se apilaban en cada puesto de trabajo, los tres chicos Heimer trabajaban de lo lindo. Cuando Johanna y sus hermanas llegaron esa mañana, ya estaban los tres inclinados sobre la llama. Solo Thomas les dedicó un breve saludo, los otros se limitaron a gruñir algo sin levantar la vista. Hasta entonces ninguno había hecho ni siquiera una breve pausa.

Thomas era de su misma edad, y por tanto, el mayor. El mediano se llamaba Sebastian, Johanna había olvidado el nombre del más joven. Sebastian era el único casado, su mujer se llamaba Eva y era de Steinach. Sentada a una mesa junto con

Marie, se dedicaba a tareas de pintura. Johanna las miraba y le costaba adivinar qué espalda pertenecía a cada una, pues ambas eran igual de gráciles. Los hombres de la familia de Eva eran fabricantes de pizarrines y pobres de solemnidad. Johanna volvió a recordar la cháchara de Ruth sobre el casamiento. Sonrió, irónica. Para la mujer de Sebastian la casa de los Heimer debía de ser el paraíso terrenal. Al contrario que el trabajo agotador y sucio de fabricar pizarrines, seguro que lo de allí era un juego de niños para ella.

—Cuando acabéis con este cargamento, os ponéis con los hilos de metal —ordenó de pronto alguien a su espalda.

Johanna se sobresaltó.

Heimer había aparecido como surgido de la nada y ahora estaba al lado de la viuda Grün. Depositó una pila de cajas e inspeccionó una de las copas que estaban puestas a secar sujetas a clavos fijados en una tabla. Llenó con ellas dos cajas que depositó junto al banco de trabajo. Un instante después volvió a desaparecer.

La muchacha frunció el ceño.

—¿A qué ha venido eso?

La viuda Grün se encogió de hombros con una sonrisa paciente.

—Tendrás que acostumbrarte a este tipo de cosas. Lo mejor es que no preguntes por su significado. Anda, vamos a empaquetar el resto.

Johanna contempló con orgullo la última copa que había plateado: sin estrías ni burbujas. ¡Bien! El trabajo empezaba a gustarle.

También Ruth estaba contenta. A Wilhelm Heimer le satisfacía su trabajo, al menos eso indicaba su gruñido cuando le arrebató un vaso de la mano y revisó la correcta inscripción de su etiqueta. ¡No era tonta! Y averiguar si un vaso tenía una altura de cinco o siete pulgadas no era muy difícil que digamos.

¡Y encima ese tipo de trabajo era limpio! Sí, había tenido suerte de que Heimer le hubiera encargado precisamente esa labor. Ruth lanzó a su hermana mayor una mirada compasiva por encima del hombro. El mandil de goma de color cáscara de huevo de Johanna ya estaba salpicado de arriba abajo con el repugnante líquido. Además, la prenda tenía pinta de hacer sudar muchísimo al que la llevaba. El olor hediondo de la disolución de plata flotaba en todo el recinto. Ruth no quería imaginarse cómo penetraría en su nariz si —como Johanna y la viuda Grün— tuviera que manejarlo directamente.

Junto con Sarah —otra trabajadora—, estaba asignada a la mesa de embalar, que se extendía a lo largo del gigantesco taller. Aunque su trabajo tenía poco que ver con el embalaje, le pasó a Ruth por la mente mientras observaba con creciente inquietud el revoltijo que se hallaba ante sí. Continuamente venía alguien y depositaba ante ellas más objetos de vidrio terminados: los sopladores de vidrio les entregaban cuencos y platos que había que empaquetar sin pintar, de Johanna y la viuda Grün

llegaban objetos de cristal plateados y de Marie y Eva las piezas pintadas. Pronto ya no estuvo tan segura de que su trabajo fuera tan envidiable como había pensado en un principio. A Sarah no parecía molestarle aquel desbarajuste. Escribía con total placidez letras y cifras en las etiquetas que pegaba con idéntica tranquilidad.

En realidad, Ruth no se había propuesto meter baza el primer día, pero cuando la montaña de artículos de vidrio aumentó propuso con cautela:

—Quizá deberíamos hacer una selección previa antes de rotular todo esto.

Sarah alzó la vista. Sus ojos se deslizaron por la mesa hasta las piezas que tenían ante ellas. Después se encogió de hombros. La propuesta de Ruth no pareció sentarle mal, pero no se manifestó ni a favor ni en contra.

Los dedos de Ruth comenzaron a dar respingos. La lentitud de la otra le atacaba los nervios.

—Si no nos damos prisa, tendremos que dejar las próximas piezas terminadas en el suelo.

Sin preocuparse más de Sarah, empezó a hacer una clasificación previa de los objetos de cristal. No le apetecía nada quedar por tonta delante de Heimer.

La otra continuó anotando precios y nombres de los artículos.

—Si me pusiese nerviosa cada vez que la mesa está llena... —Infló los carrillos y expulsó el aire con fuerza.

Una hora después la mesa estaba casi vacía y el nerviosismo de Ruth disminuyó. Pero una hora más tarde volvían a apilarse las mercancías, de manera que apenas daban abasto para rotular y empaquetar. Ruth tuvo que admitir que la impasibilidad de Sarah tenía ciertas ventajas, la joven trabajadora no perdía la calma ni siquiera en los momentos de máxima confusión. La mirada de Ruth, por el contrario, se tiñó de pánico cuando vio venir a Marie con una bandeja llena de jarrones.

—Es imposible terminar esto entre dos —murmuró en voz baja. ¡Y también debían retirar las cajas hechas! A lo mejor primero habría que...

En ese instante, una mujer alta y gruesa apareció en el dintel de la puerta.

—La comida está lista —anunció con voz grave antes de marcharse taconeando.

Ruth nunca se había alegrado tanto de sentarse a la mesa.

—... Bendice, Señor, estos alimentos que vamos a tomar. —Wilhelm Heimer miró a los presentes—. A partir de hoy somos tres más a la mesa, sin embargo nadie se levantará con hambre, de eso ya se ha encargado Edel, ¿verdad? —le gritó a la criada situada al otro lado, que respondió con una malhumorada inclinación de cabeza—. Y ahora, servíos y buen provecho.

Las tres hermanas miraron a su alrededor. Ninguna podía seguir tan fácilmente la invitación de Heimer. ¿Comer de una artesa como los cerdos detrás de casa?

Ruth observó, estupefacta, la descomunal fuente que la criada dura de oído había depositado en el centro de la mesa. Delante de cada asiento había una cuchara, pero

los platos brillaban por su ausencia. La comida no tenía mala pinta, parecía una ensalada de patata normal y corriente, y encima había, además, un montón de salchichitas de apetitoso aroma. Ruth intentó no prestar atención a los rugidos de su estómago. Los demás comían en abundancia. Cada vez que alguien mordía una salchicha, la piel reventaba con un leve chasquido. ¿No volverán a poner en la fuente las salchichas mordidas?, se preguntó Ruth, observando cómo Michel, el más joven, se lamía las manos grasientas y un segundo después agarraba otra salchicha. A lo mejor era más seguro comer primero una rebanada de pan seco.

—¿Qué pasa? ¿Es que no os atrevéis? ¡No seáis remilgadas! —exclamó Wilhelm con voz atronadora, dándole un empujoncito a Johanna, que se sentaba a su lado.

Cuando Ruth vio a su hermana hundir la cuchara en la fuente, pasarla luego por el borde y llevársela a la boca, también ella se animó. El día era largo y al fin y al cabo algo tenía que comer. Tomó su cubierto, lo frotó con disimulo para asegurarse de que estaba limpio y lo alargó con decisión hacia la fuente. Su cuchara chocó contra otra con un sonido metálico. Ruth alzó la vista... y se topó con los ojos verdes de Thomas Heimer.

—Confío en que haremos buenas migas... —dijo con una sonrisa irónica, y la tomó de la mano—. ¿O debo temer que me las tires por encima de la mesa?

—Yo... —Ruth notó cómo se ruborizaba. No sabía qué contestar a las bromas de Thomas. Su mano ardía como si la hubiera metido en el fuego.

—En nuestra casa puedes servirte. —Thomas la miró—. Los Heimer estamos acostumbrados a que uno coja lo que le apetece cuando tiene apetito.

Por fin le soltó la mano. Miles de hormigas diminutas parecieron bullir por ella de repente.

El resto de los comensales rio. La joven intentó una sonrisa, pero tenía los músculos de la cara tensos. Dirigió una mirada furtiva alrededor de la mesa. Todos los demás estaban ocupados con la comida y la charla intrascendente, nadie le prestaba atención. También Thomas comía a cucharadas, ensimismado, pero Ruth creyó notar que su mirada se posaba en ella con más frecuencia. Alzó los ojos lentamente. Su mirada se cruzó en el acto con la de él. ¡Tenía razón! De pronto una bandada de pajaritos pareció aletear por su pecho, sus alas golpeaban excitadas su corazón haciéndolo latir enardecido.

Tenía la boca reseca como el desierto, y cuando quiso humedecerse los labios casi se le quedó la punta de la lengua pegada a ellos. ¿Por qué le pareció de pronto que ese gesto rayaba en la indecencia? Dándose ánimos, volvió a alargar la cuchara hacia la fuente, mientras se preguntaba cómo iba a conseguir tragarse los trozos de patata.

Thomas seguía observándola.

—Aprendes deprisa, Ruth Steinmann —dijo risueño.

¡Thomas Heimer!

Se había fijado en él esa misma mañana. Al contrario que sus dos hermanos, que, al igual que el viejo Heimer, tendían a la obesidad, Thomas era alto y delgado.

Además era el único que abrió la boca para saludar. No era un palurdo como la mayoría, pensó. Tenía una piel firme y lisa que acentuaba sus rasgos armoniosos y su mentón masculino. Y luego, ¡qué ojos! Ella nunca había visto a un hombre con los ojos de color verde oscuro.

Con dedos rígidos partió un pedazo de pan en dos trozos y le tendió uno. De nuevo su mirada se cruzó con la del joven y saltaron chispas, como con un pedernal.

—Hay cosas a las que te aficionas muy deprisa —comentó ella, preguntándose si esa voz ronca era de verdad la suya. Vio emocionada cómo él mordía con energía el trozo de pan. Ella le imitó con renovado apetito.

¡Quién habría podido imaginar que su nuevo trabajo se revelaría enseguida tan excitante!

Glub... El pincel se hundió en el bote en cuya manchada etiqueta se leía «azul ultramar». ¡Qué inofensivo parecía el color cuando volvió a emerger el pincel! Nada indicaba aún la profundidad infinita que adquiriría el azul ante el fondo de los jarrones plateados. Con ligero impulso, Marie comenzó a trazar los arcos y líneas en el borde superior del jarrón, tal como le había enseñado Eva. La punta del pincel acariciaba la superficie lisa como una suave brisa. Lo que hacía no tenía nada que ver con el pintado de las designaciones químicas que escribían en los frasquitos de farmacia: «Alcohol fenílico», «Glicerina», «Éter básico»... Padre siempre quería que las letras quedasen lo más derechas posible. Por eso al principio Marie se preguntó, escéptica, si lograría trazar bien las curvas, pues jamás había pintado nada igual sobre cristal. Pero en cuanto dibujó las primeras líneas con el pincel de fina crin de caballo, sus dudas se disiparon. ¡Podía hacerlo!

—Sí, y entonces el padre dijo que daría a alguien el próximo hijo. Y la madre, que en ese momento no sabía si ya estaba embarazada, se echó a llorar y...

En la frente de Marie se formó una arruguita. Desde que se había sentado esa mañana a la mesa de pintura, Eva hablaba por los codos. Después de haberse alegrado sobremanera de que la mujer de Sebastian le hubiera dado la bienvenida con tanta amabilidad, ahora ansiaba con la misma pasión que cerrara la boca al menos durante unos minutos.

—Y entonces la madre dijo que haría todo lo posible por no traer al mundo otra criatura más, pero...

¡Con qué franqueza chismorreaba Eva de los asuntos más íntimos! Marie miró a su alrededor, asustada, pero a nadie parecía molestar la palabrería de Eva. Johanna y la viuda Grün estaban devanando una especie de hilo de un grueso carrete y cortándolo en trozos de la misma longitud, y los jóvenes Heimer no oían nada, tan inclinados estaban sobre sus llamas. Ruth no parecía prestar atención a Eva ni a ninguna otra cosa, su mirada se perdía en algún lugar detrás de las espaldas de los sopladores de vidrio. Parecía... ausente. Ojalá no se le estuviera apoderando el trabajo...

—Bueno, esto está listo.

Con un impulso energético que pareció salir de toda la muñeca, Eva cerró la línea formando un anillo. Que se hubiera salido del anillo en varios puntos no parecía molestarle un ápice. Miró, radiante, a Marie.

—Y ahora vienen las ramas verdes y las flores blancas. —Señaló dos botes de pintura sin abrir.

—Antes de cambiar de pintura, hay que lavar cuidadosamente el pincel. Mi suegro es un verdadero ángel, pero cuando no tratan como es debido cualquiera de sus herramientas, se pone hecho un basilisco. ¡Wilhelm!

Marie siguió con los ojos la mirada casi amorosa que Eva lanzó en dirección a la puerta. Wilhelm Heimer estaba allí, hojeando un montón de papeles arrugados, mientras mascullaba juramentos, uno detrás de otro. Pero al levantar la vista y ver a Eva, su rostro se dulcificó.

—Quien siempre lo encuentra todo enseguida, es demasiado vago para buscar, dice mi madre —le gritó Eva con sonrisa socarrona.

A los ojos de Marie, Heimer no parecía un ángel, sino un hombre muy enojado. Confiaba en que su enfado no tuviera nada que ver con ellas. Se apresuró a concentrarse de nuevo en su trabajo. Cuando padre estaba de mal humor, lo mejor era dejarlo en paz. A ellas nunca se les habría ocurrido hacerle chanzas, como Eva a su suegro.

Las guirnaldas de hojas pronto quedaron pintadas. A Marie, sin embargo, el tono verde musgo le gustó menos que el azul anterior, que le había parecido un cielo límpido. Pero se puso a pintar las flores blancas y su entusiasmo se despertó de nuevo. Aunque eran simples florecillas de cinco pétalos —parecidas a como ella pintaría una mano infantil—, el blanco era tan transparente que donde aplicaba una capa de color más fina daba la impresión de que una sombra caía sobre las flores. A lo mejor podía intentar alargar un poco la forma... —como es natural con absoluta discreción—, sí, justo así, ¿no parecía ya la flor mucho más elegante? Recordó las azucenas silvestres que florecían a finales de verano arriba, en el lindero del bosque. Tenían sus pétalos ligeramente curvados hacia fuera, como si quisieran llamar la atención de las abejas que pasaban volando. En la flor siguiente, todavía sacó más hacia fuera el pincel.

—¿Y bien? —tronó de improviso una voz tras ella, y en ese mismo instante sintió algo blando, cálido, junto a su espalda; Heimer estaba tan cerca que su oronda barriga la rozaba. Se sobresaltó, asustada, y dio una pincelada a un lado de la flor, que tapó con la mano a toda prisa, para ocultar tamaña chapuza.

Wilhelm Heimer miraba radiante a Eva desde arriba, sin dignarse dirigir una sola ojeada al trabajo de Marie.

—¿Le ha enseñado mi nuera predilecta a la nueva los fundamentos de la pintura? ¿Habla con ella o con la otra? Por seguridad, Marie asintió.

—¡Nuera predilecta! —Eva rio—. Si solo tienes una, ¿cómo puedes llamarme así? —Se giró con coquetería—. ¿Has oído eso, Sebastian? Tu padre parece que sigue contento con tu elección de novia, ¿y tú?

Sebastian gruñó algo incomprensible.

Wilhelm meneó la cabeza.

—Anda que no sois lacónicos los jóvenes... Con la cantidad de palabras dulces que yo le susurraba al oído a vuestra madre. Dios la tenga en su gloria.

»¿Y cómo sabes que Sebastian no hace lo mismo? —añadió hablando por encima del hombro—. ¿De noche, mientras duermes? Con el ruido que hay por la noche en su habitación...

Los demás rieron, y Eva propinó a su suegro un golpecito en el costado.

—Mira la que has organizado —dijo con fingido enfado. Sus ojos chispeaban, satisfechos.

Marie mantenía el pincel levantado como un lápiz. No sabía qué pensar de semejantes escaramuzas verbales. No se sentía cómoda en ellas. ¿Esperarían algún comentario suyo? ¿O sería mejor seguir trabajando? Optó por esto último, pero volvió a vacilar al comprobar que en el sitio de Eva solo había tres jarrones pintados, y en el suyo siete. Sin haberse esforzado, había sido mucho más veloz que ella.

Antes de que pudiera advertirlo, Heimer tomó en la mano uno de sus jarrones y comenzó a girarlo en todas direcciones con el ceño fruncido.

—Yo... —Marie se deslizó hasta casi el borde de su silla—, yo he pintado los pétalos un poco más esbeltos —confesó en voz baja.

Eva tomó un segundo jarrón haciendo caso omiso de Marie. La risa se había borrado de su rostro.

—Pues yo no te he enseñado eso. —Súbitamente, su voz sonaba cortante como un cuchillo, había perdido por completo su encanto infantil.

Heimer depositó el jarrón delante de Marie.

—Puedo volver a enseñarle cómo...

Eva estaba ahora visiblemente nerviosa, pero Heimer alzó la mano para indicarle que se callara.

—Todo va bien, Evita. Cada pintora tiene su propio estilo, y los compradores lo saben. —Al marcharse, palmeó los hombros de ambas—. Mientras no empecéis a dibujar pequeñas mariquitas en lugar de las flores deseadas, no tengo nada que oponer a la libertad artística.

Marie soltó un suspiro de alivio. Había contenido el aliento sin darse cuenta. Libertad artística... Le zumbaban los oídos. Eva tenía razón, Wilhelm Heimer era un auténtico ángel, aunque muy gordo. Aliviada por no haber recibido un rapapolvo el primer día, agarró el siguiente jarrón y comenzó a pintarlo.

Eva la imitó. Pero la mirada que le dirigió ya no era tan amable como la de antes.

Esa noche, cuando las tres mujeres llegaron a casa, casi había oscurecido. La mera idea de tener que encender el fuego horrorizaba a Ruth.

—Todavía queda pan. Y paté de... de no sé ya quién. Esto podemos comerlo frío.

Si a una de sus hermanas le apetecía una comida caliente, que se pusiera ella misma a los fogones.

Pero las otras dos se limitaron a asentir.

—Mientras nos pongas al menos un plato a cada una... —afirmó Johanna.

Ruth y Marie soltaron una risita.

—¿Podéis creerlo? ¿En una de las casas más ricas del pueblo? —Meneando la cabeza, Ruth sacó tres platos del armario y añadió un vaso para cada una—. Porque deben de tener dinero suficiente, no puede ser por eso, ¿verdad? —se asombró.

Johanna negó con la cabeza.

—Yo creo que se trata de esa nobleza que no se anda con muchas ceremonias. Los Heimer no están acostumbrados a otra cosa.

Comenzó a cortar finas rebanadas de la hogaza de pan... que siempre había sido tarea de Joost. Ahuyentó ese pensamiento.

—¿Os fijasteis en sus uñas? ¡Brrrrrr! Y la fuente con la ensalada de patatas estaba muy pegajosa por abajo —añadió.

—¡Qué asco! ¡Eso no lo he visto yo! —contestó Ruth sirviendo un trozo de paté en el plato de cada una.

—No me asombra lo más mínimo... —Johanna alzó las cejas, expresiva—. Solo tenías ojos para uno...

Ruth torció el gesto.

—¡Farolera! No sé de qué me hablas.

—¿Quién habló de casarse? ¿Y de que te mantuviesen? —Johanna ladeó la cabeza—. Si no recuerdo mal, fuiste tú, ¿no?

—Bueno, ¿y qué? —rugió Ruth. ¡Johanna se había percatado de todo!—. Thomas no sería un mal partido, reconócelo. De todos modos, es milagroso que hasta ahora únicamente se haya casado uno de los tres hermanos. —Contuvo el aliento, irritada por que le importara tanto la opinión de su hermana mayor.

Esta mordió un buen trozo de pan.

—De acuerdo, no es un hombre tan gruñón como los otros dos —reconoció mientras masticaba—. Y canta muy bien. —Sacudió la cabeza—. Aunque, la verdad,

con el trabajo que tienen no me extraña que hayan perdido el gusto por el canto.

—A mí me gusta mucho cantar una cancioncilla de vez en cuando. Y que todos canten juntos —dijo Ruth, con un punto de obstinación. Luego se echó a reír.

—Al principio me sentí un poco ridícula... ¿Cuándo cantamos por última vez? Debió ser en el colegio. Y los demás se saben todas las letras de memoria. ¡Pero lo conseguiremos!

Hizo un gesto de desdén.

—Y ahora, dime: ¿qué te parece Thomas?

Johanna puso los ojos en blanco.

—¿Qué quieres que te diga? Todavía no he tenido tiempo de observarlo con detenimiento.

—Y en el futuro tampoco lo harás —replicó Ruth, decidida—. Porque le he echado el ojo. Esos ojos verdes oscuros... ¿Habéis visto alguna vez un chico con unos ojos tan bellos? —inquirió soñadora.

—Pues no me he fijado en ellos. Pero he visto muy bien la montaña de trabajo encima de tu mesa —contestó Johanna con tono seco—. Si te sirve de algo mi consejo, de momento, quítate a Thomas de la cabeza. Porque si el viejo Heimer está descontento con nosotras... —Fue significativo que dejara la frase inconclusa.

—No voy a tirarme a su cuello —repuso Ruth, mordaz, suspirando—. Además, con tanto trabajo ni siquiera da tiempo a cruzar unas palabras. Esta mañana en el banco de embalar... ¡lo que he podido sudar! No todas tienen la suerte de estar pintando florecitas.

Marie no reaccionó, parecía no haber escuchado a su hermana. Ella aún no había dado un solo mordisco al pan, se había limitado a hacer un dibujo en el paté con el cuchillo.

Johanna le dio un codazo.

—Estás todo el rato mirando embobada, como si se te hubiera aparecido la Virgen. ¿Quieres contarme qué te pasa? —preguntó—. Y no se te ocurra decirme que te has quedado prendada de Michel.

—¡Qué tontería! No me pasa nada. —Para corroborar sus palabras, Marie tomó su pan y se lo llevó a la boca. Pero, en lugar de morder, se detuvo, y su mirada volvió a transfigurarse—. Es que algo me está pasando por la cabeza todo el rato: si se pusieran las guirnaldas no en horizontal, sino verticales, los jarrones de flores tendrían un aspecto...

Las otras dos se miraron. Ruth puso los ojos en blanco.

—Ya está nuestra princesa soñando de nuevo.

—¿Te extraña? —preguntó Johanna, cortante—. Si yo tuviera todo el día a mi lado a semejante cotorra, también me refugiaría en mis ensoñaciones. ¡La tal Eva te ensordece con su cháchara!

Ruth se inclinó más sobre la mesa.

—La verdad es que me asombra que Sebastian haya elegido a una de Steinach. Y

que el viejo esté tan chiflado por ella, también.

—Es cierto —ratificó Johanna—. Teniendo en cuenta que para él no hay nada más importante que el soplado del vidrio, habría sido lógico que hubiera preferido a una de nuestro pueblo. ¿Cómo era el dicho? «Quien se casa con la hija de un maestro vidriero, tiene un tesoro».

Rieron.

—Lo que no es puede llegar a ser —comentó Ruth, coqueta, guiñando un ojo a Johanna.

Después de cenar, ninguna tuvo ganas de lavar la ropa, preparar el desayuno o ir por leña, tareas que antes realizaban. Como había sido su primer día en el nuevo trabajo, las tres decidieron acostarse pronto, para estar descansadas al día siguiente. Pero no lograban conciliar el sueño. Les rondaban por la mente demasiadas cosas.

—Esa Sarah no parece la más rápida —dijo Johanna—. Cada vez que os miraba a las dos, tú eras la única que había hecho algo.

—No te falta razón —llegó desde la oscuridad. Ruth se sentó en la cama—. A esa, padre le habría metido prisa de veras, es más lenta que un caracol.

Johanna resopló de risa.

—Eso ha estado bien. Sarah se parece a un caracol.

—¡Pero bebía cerveza como una esponja! —Marie se estremeció—. ¡Brrrrr! ¡Qué bebida tan repugnante! Mañana pediré agua para beber.

—Yo también —precisó Johanna—. Harto asombroso es que los hombres puedan atender la llama con la mano tranquila después de tomar tanta cerveza en la comida del mediodía. Pero que las mujeres casi beban lo mismo, son costumbres francamente extrañas. ¿No opinas tú lo mismo, Ruth?

—¿Y a quién le interesa eso? —contestó esta, enfurruñada.

Hubiera preferido estar tumbada a oscuras, ensimismada, pensando en Thomas.

—Tienes razón. —Johanna suspiró—. Los hábitos de bebida de los Heimer no deben preocuparnos, pero sí su reparto del trabajo. Y es bastante raro: si a mitad del día no se le hubiera ocurrido al viejo que dejáramos de platear y nos pusiéramos a cortar alambres, la viuda Grün y yo habríamos sacado adelante un montón de trabajo.

—¿Y para qué son esos alambres en realidad? —preguntó de pronto Marie. Las otras dos creían que ya se había dormido.

Johanna se encogió de hombros en la oscuridad.

—Creo que para decorar, pero no hemos llegado a eso. Porque, cuando terminamos de cortar, tuvimos que ayudar a empaquetar, y después ya había atardecido. —Calló unos instantes—. La verdad es que el asunto es curioso, en cierto modo. Heimer se pasa el día corriendo por todo el taller, examinando esto y controlando aquello. Pero al mismo tiempo propaga tal agitación que a veces me he sentido como en un palomar.

Al ver que Ruth no respondía, Johanna se cambió de lado y se dispuso a dormir.

—Sea como fuere, las tres Steinmann hemos finalizado con éxito nuestro primer día de trabajo —murmuró antes de quedarse dormida.

Cuando despertó a la mañana siguiente, Marie se había pasado toda la noche pintando en sueños. Ardía de impaciencia por llegar al trabajo, de ahí que sufriera una gran decepción cuando Wilhelm Heimer la puso a decorar frascos de perfume en compañía de Sarah.

Envidiosa, lanzó una mirada a Ruth, que ese día ocupaba su puesto al lado de Eva. ¡Seguramente no valoraría en nada su suerte! Ante Marie había gruesos haces de alambre metálico que Johanna y la viuda Grün habían cortado el día anterior. Tomó con desgana uno de los haces en la mano. Al contemplarlo con más detenimiento tuvo que reconocer que el alambre rizado de manera irregular tenía su encanto. A cada movimiento, su cálido tono dorado brillaba más claro o más oscuro, dependiendo de la cantidad de luz que incidiera en él. También los frascos eran preciosos: por el estilo se asemejaban a los que su padre había soplado para el encargo de Francia, con la diferencia de que estos eran de colores. Para ellos se habían utilizado tubos de vidrio violetas, azules y verdes de la fábrica de vidrio de colores. Marie nunca había visto un violeta igual. La nube sombría suspendida sobre su cabeza se elevó un poco. Aunque este trabajo nunca sería tan satisfactorio como pintar con colores muy bellos, la verdad es que la decoración parecía poseer cierto encanto.

Más alegre, miró a Sarah, que enrolló el alambre alrededor de la panza de un frasquito hasta obtener un adorno en forma de reja.

—¿Lo ves? Así es como debes hacerlo —observó la otra con indiferencia, como si partiera un leño, y tomó el siguiente frasquito.

Marie estaba horrorizada. El grueso recubrimiento había arruinado el brillo de filigrana de los alambres. Además, el conjunto había privado al frasquito de la mayor parte de su transparencia. Ya apenas se distinguían los colores, los frasquitos habrían podido ser de un feo vidrio pardo.

Hubiera querido echarse a llorar.

Cuando Heimer la sentó junto a Eva en la mesa de pintura, Ruth sintió una secreta alegría. ¡Qué buena oportunidad para hacer indagaciones sobre Thomas! Además, allí estaba mucho más cerca de él que en la mesa de embalar, ubicada en el otro extremo de la estancia. Pero hasta entonces ni una cosa ni otra le habían reportado beneficio

alguno: de hecho, Eva no cerraba la boca ni un minuto, parecía considerarse el centro de la familia Heimer, alrededor del cual giraba todo, así que la mayoría de sus historias versaban sobre ella misma. De Thomas no había comentado una sola palabra todavía. Poco a poco Ruth comenzó a impacientarse.

—Y después, al enterarme de que aquí había una criada, ¡menuda sorpresa me llevé! —Eva tenía las mejillas enrojecidas, tan embebida estaba en su relato—. Edel es vieja, sí, pero lo que ella hace no tengo que hacerlo yo. Mi madre siempre me decía: «Hija, toma de la vida todo lo que te dé. Nunca será suficiente» —concluyó con un brillo en los ojos.

»En fin, desde luego no hice la peor elección —dijo con un orgullo imposible de pasar por alto—. Mira, este vestido me lo regaló Sebastian la semana pasada. —Puso el brazo muy cerca de la cara de Ruth—. Seda rizada... Seguro que ha costado muy caro.

Ruth apretó los labios. ¡Estúpida presuntuosa! A pesar de todo, no pudo resistir la tentación de deslizar las yemas de sus dedos por el tejido de seda.

—La tela tiene un tacto maravilloso.

Eva estaba radiante.

—Mi madre siempre decía: «Hija, cuando...».

Ruth respiró hondo. No quería escuchar los consejos que la madre de Eva había dado a su hija. Con nostalgia miró más allá, hacia los tres puestos de trabajo de los sopladores. ¡Con qué concentración se consagraba Thomas a su tarea!

Al igual que el día anterior, esa mañana él y sus hermanos estaban ya inclinados sobre sus mecheros de gas cuando entraron las hermanas Steinmann. Thomas alzó brevemente la vista para saludar con una inclinación de cabeza.

Ruth se miró a sí misma, desilusionada. ¡No le había dedicado ni una ojeada a su blusa azul! Y eso que la tela brillante se ceñía, muy ajustada, a su cuerpo; una buena prenda reservada para los días de fiesta. Cuando sacó la blusa del armario, contaba con un comentario mordaz de Johanna, de modo que se quedó pasmada cuando no llegó.

Ruth decidió redoblar su intento.

—¿Y cómo conociste a Sebastian? —susurró, con la secreta esperanza de que la otra no volviera a introducir en la conversación a medio taller.

Eva se echó a reír.

—¡Menuda historia! Yo regresaba a casa desde el pizarral con mi padre y tres de mis hermanos, y nuestro jamelgo se desplomó en mitad del camino. Era viejísimo, ¿sabes? Y allí se quedó tirado, el pobre. Nosotros no sabíamos cómo íbamos a llevar a casa todas las planchas de pizarra. Y justo en ese momento pasó por allí Sebastian. Y...

¡Qué casualidad! Ni un solo dato nuevo que pudiera servirle de ayuda. Ruth cerró sus oídos a la letanía de Eva como si fuera una lámpara de gas. Y... y... y... le pasaba despiadadamente por la cabeza. Eva no era una narradora muy aventajada que

digamos. Hundió su pincel con tanta energía en el tarro de pintura que se desbordaron unas gotas.

—¡Ten más cuidado, patosa! —Eva se enfureció como una gata que se siente importunada—. A Wilhelm no le gusta que se desperdicie la pintura.

Ruth soltó un resoplido, pero luego se dio cuenta de lo poco elegante que era eso en una dama. Si Thomas levantaba en ese instante la cabeza de la llama y...

Esbozó una sonrisa forzada.

—Ya aprenderé. No todas podemos ser tan hábiles como tú.

Johanna, que pasaba en ese momento a su lado con un brazado de nuevos tubos de vidrio en bruto, levantó una ceja, inquisitiva. Ruth le contestó con una mueca. La verdad es que a Johanna no se le escapaba detalle.

Eva, por el contrario, no pareció percibir la ironía que encerraban las palabras de Ruth. Aplacada de nuevo, sonrió con indulgencia a la joven que tenía al lado.

—¿Sabes una cosa? Voy a enseñarte de nuevo cómo tienes que girar el pincel.

Al igual que la víspera, había otra vez ensalada de patata. En esta ocasión, Edel colocó al lado una segunda fuente con arenques cortados en trocitos. Las cabezas, los lomos y los extremos de la cola formaban una montaña grotesca cuyo olor ácido flotaba por encima de toda la mesa. Como el día anterior, los demás volvieron a engullir la comida con abundante cerveza.

Hasta la ensalada de patata sabía a pescado, constató Johanna al tomar una cucharada. A lo mejor del borde de la fuente, un poquito más abajo... En un santiamén tenía una montaña de patatas en su cuchara.

—Sí, Edel conoce bien su trabajo. Por eso complace a todos. —Wilhelm Heimer estaba radiante al ver la cuchara colmada de Johanna.

Obligada por las circunstancias, Johanna se lo tragó todo a duras penas.

—¿Y qué te parece esto de haber pasado de una cooperativa de mujeres a nuestro taller? —le preguntó Heimer mientras masticaba—. No quiero decir que el taller de Joost fuera peor, eh —añadió en tono muy jovial.

—Como es natural, muchas cosas nos resultan desacostumbradas —contestó Johanna, diplomática. Y, respondiendo a la mirada esperanzada de Heimer, añadió—: Nosotros soplabamos muchos menos modelos. En realidad solo frasquitos de medicamentos. —Dio un mordisco apresurado al pan.

—Sí, apenas hay otra vidriería tan variada como la nuestra. Hace un par de años no me habría imaginado que algún día tendría cinco trabajadoras. —Faltó poco para que Heimer se palmease los hombros.

Johanna sonrió atormentada.

—¡Es que tú estás hecho de muy buena pasta, todos nosotros lo sabemos! —Eva le guiñó el ojo a su suegro, y este se echó a reír a carcajadas, mientras trocitos de ensalada de patata brincaban arriba y abajo en su lengua.

Johanna se giró, asqueada. Cuánto jabón le daba al viejo la tal Eva. Fue un pequeño diablo el que la impulsó en ese momento a carraspear y decir:

—Fabricáis en verdad unas piezas muy variadas, únicas en su género.

La cara de Wilhelm parecía un globo redondo y feliz.

—Pero en la fabricación se podrían mejorar algunas cosas.

Alguien había pinchado el globo y soltado el aire.

En la mesa se hizo un silencio sepulcral que no se vio interrumpido ni siquiera por el tintineo de las cucharas. A Johanna se le erizaron los pelos de la nuca. Eso no había estado bien, le dijo su instinto cuando ya era demasiado tarde.

—¿A qué te refieres? —preguntó, tranquilo, Wilhelm Heimer.

Quizá en ese instante Johanna hubiera debido prestar atención a Ruth, que negaba con el mayor disimulo posible. También la mirada de Eva habría tenido que ser una advertencia para ella: la esposa de Sebastian contemplaba, con visible satisfacción, cómo alguien caía en desgracia ante su suegro.

Pero, en su afán, Johanna no se percató de nada.

—Es verdad que hoy es mi segundo día aquí, pero me he fijado en que perdemos mucho tiempo en llevar las piezas terminadas desde el banco de pintura al de empaquetado. Porque entremedias está la mesa de plateado. Y hay que subir de continuo los tubos de vidrio del sótano. —Al ver la cara de Heimer cada vez más roja, enmudeció.

—Que quede clara una cosa, Johanna Steinmann... —Los ojos de él estaban tan entornados que desaparecían casi en las bolsas de los ojos, muy colgantes—. Os he admitido a las tres y os he dado trabajo considerándolo una obligación hacia vuestro padre. ¡No pensaría de un modo tan honorable cualquiera!

Thomas fue el único que seguía comiendo a cucharadas, los demás se habían quedado petrificados. Nadie se movía.

—¡Pero si una de vosotras cree que por eso voy a tolerar que las mujeres dirijan el trabajo, se ha equivocado! —Dio tal puñetazo en la mesa que las fuentes brincaron—. ¡A quien no le guste trabajar conmigo puede marcharse ahora mismo!

—Johanna no lo decía con esa intención —la voz de Eva era cremosa como el café con nata. Acarició el brazo de Heimer como si quisiera apaciguar un toro enfurecido—. Lo ha dicho solamente porque todavía no es tan rápida como yo o como la viuda Grün. ¿No es cierto, Johanna? —preguntó levantando la barbilla.

El brillo en los ojos de Eva era más de lo que Johanna podía soportar. Miró enfrente, a Ruth, pero su mirada de furia tampoco le satisfacía.

—No he querido criticar a nadie —soltó al fin—. Es que cuesta tiempo acostumbrarse a algo nuevo —añadió con una voz todavía más cohibida de lo que le gustaba. ¡Por Dios, uno podía manifestar su opinión! Si su padre hubiera explotado de ese modo cada vez que ella tenía algo que decirle, ¡hacía mucho que se habría largado con viento fresco!

A Wilhelm Heimer le bastó la disculpa. Con un gruñido sacó de la fuente una cola

de arenque y se la metió en la boca.

Tampoco esa noche se encendió la cocina en casa de las Steinmann; después de diez horas de trabajo ninguna tenía ganas de meter leña y hacer fuego.

El estado de ánimo que reinaba entre las hermanas era igual de frío. Ni Ruth ni Marie estaban dispuestas a perdonar tan deprisa a Johanna por haber puesto en peligro su empleo con su atrevimiento. Pero tampoco tenían ganas de discutir, de modo que solo unas miradas mudas sobrevolaron la frugal mesa de la cena.

Poco tiempo después se acostaron. Pero en lugar de charlar animadamente como la noche anterior, las tres se enfrascaron, silenciosas, en sus pensamientos.

En realidad Marie se había propuesto pedir a Heimer al día siguiente que le permitiera regresar a la mesa de pintura. Pero tras la riña ya no se atrevía. ¿Cómo iba a resistir otro día cerca de los tarros de pintura sin poder pintar? Pensarlo le provocaba dolores físicos y presionaba su tripa como si sufriera los espasmos de la regla.

¡Por la tarde Thomas la había mirado cinco veces por lo menos! Y al hacerlo, sus ojos se posaron un tiempo demasiado largo en su blusa. Ruth confió con fervor en que no se pondría colorada mientras tanto. Con gesto de forzada indiferencia se echó luego la trenza por encima de los hombros. A él se le fueron los ojos tras ella. Ahora, a oscuras, Ruth colocó las trenzas sobre la almohada. El apretado trenzado formaría durante toda la noche pequeños rizos en su cabello. ¡Ay, ojalá pudiera llevar el pelo suelto en el trabajo! Entonces sus cabellos castaños sí que llamarían la atención.

¿Le habría echado de verdad el ojo Thomas? ¿O solo eran figuraciones suyas? No, no lo creía. ¿Estaría él también en la cama en ese mismo momento pensando en ella? Ruth se alegró. Que Thomas Heimer se interesase por ella era demasiado hermoso para ser verdad. Respiró hondo. Constató, feliz, que el fantasma de la solterona, que con tanta frecuencia pasaba por su mente, se desvanecía un poco. A lo mejor todo terminaba arreglándose. Thomas, además de atractivo y de cantar bien, era hijo de uno de los hombres más ricos del pueblo. Siendo la señora Heimer viviría bien, eso seguro. Al menos a Eva no parecía faltarle nada, sus vestidos eran preciosos y llevaba cuentas de cristal en cada muñeca y en el cuello. Ruth suspiró. ¿Le haría pronto regalos Thomas?

¡Ese barrigudo vanidoso y colérico!

También Johanna pensaba en su Heimer, aunque en este caso se trataba de Wilhelm. Se preguntó una vez más por qué demonios habría abierto la boca. Su descarado del mediodía había desaparecido, sustituido por un enfado consigo misma.

Debería haber sabido que no todos los hombres eran tan bondadosos como su padre. Y haber expuesto su crítica en la mesa —delante de todos los demás—, tampoco parecía a posteriori muy inteligente que digamos. Con esfuerzo relajó sus mandíbulas, que le dolían de tantos chirridos. No podría contárselo a Peter. Este se sujetaría la tripa de risa. Sí, tras cornuda, apaleada.

«Ese piquito descarado te romperá el espinazo otra vez», le había advertido Peter en más de una ocasión.

Johanna respiró hondo. Pero ella no había concedido la menor importancia a sus palabras. Había dado rienda suelta a su enfado con Eva, a pesar de que ni el lugar ni el momento habían sido bien elegidos. Pero al día siguiente..., al día siguiente mantendría la boca cerrada toda la jornada, se juró a sí misma.

Cuatro semanas después, Wilhelm Heimer les pagó el primer salario: ¡quince marcos justos por un mes de trabajo!

Johanna se quedó horrorizada. Ni ella ni sus dos hermanas se atrevieron a preguntar a Heimer por el salario cuando comenzaron a trabajar. Como es lógico, habían hecho cábalas entre ellas sobre la suma que les reportaría su trabajo.

—Seguro que estará bien, Heimer sabrá lo que se paga —aventuró Ruth con tono mordaz el día que Johanna planteó el asunto por primera vez.

Al fin y al cabo, fue ella la que había hablado con Heimer mientras Johanna estaba en Sonneberg. No obstante, había intentado sondear a Sarah en lo tocante al salario, pero no había soltado prenda.

A Johanna le había pasado lo mismo con la viuda Grün; al parecer nadie hablaba de lo que ganaba.

Ahora, sentadas las tres a la mesa para cenar, con la vista fija en el montoncito de monedas apiladas en el centro, la euforia de las últimas semanas se esfumó. ¡Qué orgullosas se habían sentido de arreglárselas tan bien después del golpe del destino!

—Cuarenta y cinco marcos. Esa cantidad no basta ni para comprar alimentos para un mes. En mis compras en Sonneberg gastaba por lo menos cuarenta marcos mensuales. —Johanna señaló el dinero con tono despectivo—. Además, llevo dos semanas comprando de fiado en la tienda de ultramarinos de la señora Huber... Y tenemos que pagar las deudas.

Ruth parecía a punto de echarse a llorar.

—¿Y ahora qué? ¿Qué vamos a hacer? Porque también necesitaremos alguna vez algo nuevo que ponernos. Una cinta nueva para el pelo. O jabón. O... —se interrumpió.

—Y a mí me gustaría comprar más papel de dibujo y un par de lapiceros. Me he pasado todo el mes anhelando este día —añadió por su parte Marie.

—Pues de momento ya podéis olvidaros de todas esas fruslerías —comentó Johanna con brusquedad.

—¿Qué quieres decir, eh? —preguntó enfadada Ruth—. Al fin y al cabo, nosotras hemos trabajado para ganar ese dinero tanto como tú. Así que también podremos decidir en qué lo vamos a gastar.

—¡Lo que hay que oír! —Johanna sacudió la cabeza, irritada—. Cintas para el pelo y lápices de dibujo. Admitiréis que hay cosas que necesitamos con mucha más

urgencia. Leña para el invierno, por ejemplo.

En ese instante, un ratón cruzó sigiloso por la estancia como si alguien le hubiera dado permiso.

—Si los ratones entran en casa ya en octubre, el invierno será duro. —El rostro de Marie era muy expresivo.

—¿Y? ¿Eso es todo lo que se te ocurre? —replicó Ruth, venenosa—. Si te molestases alguna vez y pusieras un par de trampas, no tendríamos ratones en casa. Pero no, nuestra princesa es demasiado fina para eso. Para el trabajo sucio ya estoy yo, ¿verdad?

—¡Basta! —gritó Johanna. Hubiera llorado, pero ¿habría servido de ayuda?

—No tiene sentido que nos peleemos entre nosotras como los burros —se levantó y se acercó al armario—. Para celebrar este día voy a preparar una jarra de café, y después pensaremos con calma cómo gastar el dinero.

Sin duda lo más oportuno era el humor negro. Pero cuando Johanna vio el lastimoso resto de café, sintió una enorme congoja en el corazón. ¡Con eso solo conseguiría agua teñida! A pesar de todo, tomó el molinillo y comenzó a moler con acusada energía.

Ruth la contemplaba mientras tanto.

—Pronto ya no podré ni ver ese brebaje asqueroso de casa de los Heimer. ¿Qué será en realidad lo que prepara Edel? —Se encogió de hombros sin comprender—. ¿Es que secan cada raíz que encuentran y preparan *café* con ella?

Sus hermanas rieron. Si quería, Ruth podía ser realmente graciosa.

Johanna suspiró.

—Nuestro querido padre estaba hecho de otra pasta. «La vida no puede reducirse exclusivamente al trabajo, sino que también ha de incluir pequeñas alegrías», me dijo una vez. Y tenía razón. —Echó en una cazuela el café molido y la llenó de agua hirviendo.

El sabroso aroma produjo el efecto que Johanna esperaba: la expresión de Ruth se tornó un poco más conciliadora. No obstante, meneó la cabeza, confundida.

—No comprendo a qué viene esa austeridad desmesurada. Con la cantidad de vidrio que venden, deben de tener dinero de sobra. ¿Creéis que solo nos paga tan mal a nosotras o tampoco Sarah y la viuda Grün tendrán más en el bolsillo?

—No lo sé. —Johanna se mordió los labios—. Pero tendremos que averiguarlo como sea.

—¿Y de qué nos serviría? —preguntó Marie. Mientras sus dos hermanas tomaban café, ella pergeñaba dibujos en un bloc—. No podemos ir a ver a Heimer por las buenas y pedirle que nos suba el sueldo —añadió con tono de indiferencia, como si todo eso no le interesara demasiado.

Johanna se tragó una dura réplica. Marie, una vez más, no servía de ayuda, pero sí gastaba papel caro para sus garabatos.

—El problema —recalcó dirigiéndose a Ruth— es que los Heimer viven con

idéntica frugalidad. ¿Acaso has visto alguna vez allí algo fuera de lo normal? ¿Arenques frescos, por ejemplo? ¿O pastel? ¿O un buen trozo de carne? ¿O...?

—¡Grrrr! No me recuerdes la carne. ¡Esos despojos repugnantes que flotaban hoy en la sopa! No ha sido precisamente un consuelo que nos hayan entregado un plato a cada uno para tomar esa papilla. —Ruth sacó la lengua, asqueada—. Pero tienes razón, al viejo Heimer no le importaría alimentarse a diario de pan seco exclusivamente. A pesar de todo, hay alguien a quien no le falta de nada...

Johanna asintió.

Eva.

A veces Johanna se preguntaba con cuál de los Heimer se había casado Eva. Mientras que Sebastian casi no se ocupaba de su mujer, el viejo no paraba de ponerla por las nubes. Que si Evita por aquí... que si Evita por allá... ¡Si hubiera cucharas de oro, haría mucho que le habría comprado una!

—¡Figuraos: a fin de año le dan incluso la caja con los restos de plata! Yo creía que Heimer lo repartía entre sus tres hijos, pero, ¡qué va! Griselda dice que el viejo malcría tanto a Eva porque se parece mucho a su difunta esposa. Debe ser un calco suyo, digo yo.

En las últimas semanas, la viuda Grün y Johanna habían entablado cierta amistad. Por desgracia, durante el trabajo no les quedaba tiempo para largas conversaciones. Y por la noche o tenían que hacer trabajos domésticos o estaban muy cansadas para hacerse visitas. En el mejor de los casos, Johanna lograba pasar un ratito por casa de Peter, lo que a sus ojos no constituía una verdadera visita.

—¿Será esa la única razón? —preguntó Ruth—. Al fin y al cabo es su nuera. ¿No creerá que si la mimó le dará antes un nieto?

—Quién sabe si esa cabra chupada podrá tener hijos —repuso Johanna.

Y, nada más decirlo, lanzó una mirada turbada a Marie, que era al menos tan delgada como la susodicha. Sin embargo, su hermana pequeña o no había oído o el comentario de Johanna no le molestó.

Ruth esbozó una sonrisa sardónica.

—A lo mejor va siendo hora de que otra señora Heimer entre en la casa. Una que pueda darle hijos al primogénito.

La expresión de la mayor se ensombreció de golpe.

—¡Conoces a ese chico desde hace apenas un mes y ya estás hablando de tener hijos! No me parece nada bien que te pases todo el rato coqueteando con Thomas.

—¿Y a ti qué te importa? —bufó Ruth—. Yo coqueteo con quien me da la gana. Además, como futura señora Heimer ya me encargaré yo de que Heimer padre pague mejor. Y cuando Thomas lleve la voz cantante...

—Para entonces serás vieja y canosa —se burló Johanna—. Es verdad que Wilhelm Heimer se queda a veces sin aliento, pero eso solo se debe a su tremendo barrigón. ¡Ni tú misma crees que en un futuro no lejano vaya a entregar su empresa a su hijo mayor!

Marie alzó la cabeza.

—¿Tanto quieres a Thomas que deseas casarte con él?

Ruth se levantó de repente.

—Ya estoy harta. No tengo ninguna gana de hablar con vosotras de Thomas. Voy a salir un rato. ¡Hoy el ambiente en el taller ha sido asqueroso! Es un milagro que no nos hayamos quedado ciegas hace mucho tiempo por los productos químicos que manipulamos. —Se puso su chaqueta y se la abrochó.

Johanna también tenía dolor de cabeza, pero no sabía si los latidos a ambos lados de su frente se debían a la hedionda disolución de plata o a sus preocupaciones económicas.

—Pero ¿vas a salir ahora de paseo? ¿Con este frío? —preguntó, suspicaz.

—Sí, ¿y qué? Tú corres por las noches a ver a Peter y nadie te dice nada. Supongo que yo también podré estar alguna vez un ratito sola, ¿no?

Antes de que a Johanna se le ocurriera una respuesta, Ruth se había marchado.

—¡No he visto algo así en toda mi vida! —exclamó Peter meneando la cabeza—. Normalmente un ojo de cristal dura unos tres meses, pero al señor Wunsiedel la superficie se le desgasta a un ritmo que casi puedes presenciarlo. Es la falta de líquido lagrimal, que afecta también a su ojo sano... —Peter se interrumpió al oír el suspiro de Johanna. Alzó la vista de su trabajo.

Sentada en el banco junto al fogón —con los ojos cerrados, la espalda apoyada en la pared caliente, los hombros caídos—, parecía cansada, la piel debajo de sus ojos era casi transparente. A él le habría gustado tomarla en sus brazos y eliminar la fatiga con sus caricias.

—¿Qué pasa?, ¿es que te aburren mis historias? —preguntó él, entre bromas y veras.

Ella abrió los ojos.

—Claro que no. Es que me agrada tanto estar sentada aquí en silencio. Y el calor me adormece un poco. —Se acercó más al fogón—. Pero sigue contando, anda, ¿por qué tiene los ojos tan secos ese caballero de Brunswick?

Peter la sacudió suavemente por el brazo.

—No es necesario que finjas que te interesa. Además, noto que tus pensamientos están en otro lugar. ¿Qué pasa, que has vuelto a reñir con Heimer?

Johanna dio un resoplido.

—Reñir, depende de lo que se entienda por eso. Si te refieres a si he vuelto a abrir la boca, entonces no ha habido ninguna riña —contestó con un gesto de desdén—. Anda, hablemos de otra cosa.

—¡Escucha, soy tu amigo! —Peter se señaló el pecho—. En vez de hablar conmigo, te retraes como un caracol al que han tocado con demasiada brusquedad.

Johanna se echó a reír.

—¡Hombre, gracias por compararme con un caracol! —exclamó, pero su expresión ya no era tan hierática como antes.

Peter esperó. A Johanna no se la podía apremiar.

—¡Ay, yo tampoco sé lo que me pasa! —dijo al fin—. A lo mejor también se debe a que hoy es viernes y echo de menos mis visitas a Sonneberg.

—¿Las visitas a Friedhelm Strobel? ¡Dios sabe que no te pierdes gran cosa! —respondió Peter despectivo.

¡A él le importaban un bledo todos los intermediarios!, prosiguió. Ellos hacían su

agosto y los sopladores de vidrio corrían el riesgo, así era, ¿no? Y Strobel era de los que cargaban sobre las espaldas de los fabricantes la lucha por los mejores precios. Le daba igual que a un soplador de vidrio casi se le rompiera el cuello, lo importante era tener clientes en la tienda. Y clientes le sobraban. Se rumoreaba que en todo el mundo no había ninguna ciudad importante en la que Friedhelm Strobel no tuviera al menos un comprador de objetos de vidrio de Lauscha o de juguetes de Sonneberg. Había pocos intermediarios que hiciesen más encargos a sopladores de vidrio y fabricantes de juguetes que él. Y a pesar de que sus condiciones eran extremadamente malas, los distribuidores no paraban de llamar a su puerta.

—Deberías alegrarte de no tener que depender más de ese buitre —señaló Peter al ver que Johanna seguía muda—. Todavía recuerdo bien los tiempos en que a tu padre le costaba esfuerzo adelantar el dinero para los tubos de vidrio en bruto cuando tenía encargos.

—Así son las cosas: los sopladores de vidrio tienen que pagar por adelantado, pero en cambio los intermediarios negocian los contratos. Y en esto, Strobel es un maestro en su especialidad —contestó Johanna, adusta.

Peter se acercó a la estufa, abrió la puerta y echó un leño.

—En fin, lo mismo da. Pese a todo, no creo que tu abatimiento se deba a que echas de menos a Strobel.

Ella dejó caer las manos en el regazo.

—Para ser sincera, yo tampoco sé lo que me pasa. Mi padre lleva cinco semanas justas muerto y a mí me parece ya una eternidad. ¡No tenemos ni tiempo para pensar en él! Todas las mañanas salimos de casa con la oscuridad y cuando regresamos a la caída de la tarde ha oscurecido de nuevo. Y entonces todavía no hemos lavado la ropa, ni preparado la comida, todo está polvoriento y frío. —Miró a Peter con el mismo reproche que si fuera el culpable de tanta miseria—. En cierto modo, eso ya no es nuestro hogar calentito, que olía a patatas asadas. Levantarse, ir a trabajar, regresar a casa, acostarse..., ya no podemos hacer nada más. Y por un puñado de marcos demasiado escasos para vivir y para morir. —Pero poco a poco su enojo disminuyó, y volvió a reclinarsse fatigada junto al cálido fogón.

No hacía falta que ella le dijera que Heimer era un viejo avariento. Peter nunca había visto que Wilhelm le hubiera dado nunca ni siquiera un *kreutzer* de propina a la camarera del Águila Negra. Y más de una noche por semana se aferraba a un vaso de cerveza como si no pudiera permitirse otro. Pero ¿qué podía decirle a Johanna? Por malo que fuera, en el fondo las hermanas Steinmann debían estar contentas por haber conseguido trabajo, por miserable que fuera el salario. El joven sintió que algo le oprimía por dentro.

—Si de verdad el salario es tan escaso, manda a la porra a Heimer. ¡Ven y ayúdame a mí! Con lo que yo gano podemos vivir los dos.

¡Ya lo había dicho! Contuvo el aliento.

Al ver que Johanna no contestaba, añadió:

—Al fin y al cabo, también trabajo en la fábrica de vidrio.

Dos veces al año, durante los llamados «calores», los grandes hornos ardían en la fábrica de vidrio que se alzaba en la explanada de la fábrica: desde septiembre hasta fin de año y desde marzo hasta muy entrado el verano, Peter tenía que realizar sus encargos por la tarde y por la noche, porque durante el día trabajaba en la fábrica. Sobre el papel incluso podía adornarse con el título de «maestro vidriero», pero en la vida cotidiana la situación era que no tenía un puesto fijo en la fábrica, ni daba trabajo a aprendices, como los maestros vidrieros de antaño. Muchos años antes, su familia había sido una de las más ricas del pueblo, pero los abundantes hijos en las generaciones precedentes habían dejado a Peter y a su hermano, para entonces fallecido, una mínima participación en la fábrica de vidrio. Peter sabía que Johanna también estaba al corriente de eso.

Esta meneó la cabeza.

—No me lo tomes a mal, pero trabajar contigo no es para mí. Ni siquiera puedo mirar cómo haces aparecer como por ensalmo las venas rojas en un ojo de esos, ¡me da escalofríos! —Sonrió—. Creo que tu profesión solo puede ejercerla alguien que la ame como tú. Seguramente mi presencia sería más una molestia que una ayuda.

Puede que tenga razón, reconoció Peter en su fuero interno. Las personas que necesitaban su ayuda estaban casi siempre desesperadas y descontentas con su suerte. Muchas sufrían dolores y se lamentaban de ser tuertos. A veces era difícil conseguir que confiaran en él. Tampoco la fabricación de ojos era una labor sencilla. Para él, más que un mero soplado del vidrio, era un arte. No obstante, por mucho que uno amase su profesión no se enriquecía con ella.

—Creo que nosotras simplemente no estamos acostumbradas a trabajar fuera de casa. En vida de mi padre desempeñábamos numerosas tareas domésticas además de trabajar, ahora eso es imposible. ¡El trabajo en sí no es problema! —Johanna negó con un gesto—. Requiere esfuerzo, pero se lleva bien. La verdad es que resulta increíble la variedad de cosas que los tres jóvenes Heimer pueden soplar con la lámpara. Muchos de los productos fabricados me parecen lisa y llanamente espantosos —rió—, pero para todo parece haber clientes.

Peter aún no podía adivinar a qué se debía su honda insatisfacción.

—Entonces ¿dónde está el quid de la cuestión? ¿Es el propio Heimer?

Ella asintió.

—Tiene una forma de acercarse sigilosamente por detrás y mirar por encima de tu hombro que me enfurece. ¿Qué se figura? ¿Que nos pasaríamos el día haraganeando si él no nos controlase continuamente? —Le brillaban los ojos—. Y después, todo ese caos. Seguro que en una colmena hay más orden. La semana pasada se terminó la pintura, hoy por ejemplo faltaban tubos de vidrio. En lugar de mandar a uno de los chicos a la fábrica a traer otros nuevos, el viejo, sin pensárselo dos veces, dedicó a sus tres sopladores a empaquetar. ¿Te lo imaginas? —rió, asombrada—. Al final ya no había nada que pintar, platear o empaquetar. Pero... —Enarcó sus cejas, burlona

—. ¡Ruth estaba entusiasmada! Trabajó todo el día mano a mano con Thomas. — Johanna frunció el ceño—. Que ninguno de los hijos abra la boca cuando Wilhelm pierde el norte, no lo entiendo. Cualquiera puede comprobar que en esa casa falta planificación y organización.

—Los dos chicos son demasiado estúpidos, y Thomas no puede imponerse frente a su padre. De modo que ¿qué excelencia vas a esperar? —preguntó Peter con indiferencia—. Ya veo que vas a tener que volver a meter la pata. —Le dio un empujoncito sonriendo.

—Eso no te lo crees ni tú. Prefiero ahogarme con mis buenos consejos.

—¿Qué hay de nuevo sobre Ruth y Thomas?

—¿Has visto alguna vez a un hombre con unos ojos verdes tan preciosos? — Johanna imitó el entusiasmo amoroso de Ruth—. Mientras tanto, él se pasa la mayor parte del tiempo mirándola embobado, como si no pudiera contar hasta tres. —Torció el gesto—. Solo le falta dejar la lengua colgando como un perro jadeante. Pero si me preguntas mi opinión... Thomas no me parece un hombre que busca novia, pues en ese caso se habría casado hace mucho, ¿no crees? ¡Ruth, sin embargo, ya se ve como la futura señora Heimer! Para ser sincera, no sé si me parece tan deseable una boda entre ambos. Esos dos no encajan. —Levantando las cejas, añadió—: En este momento ella está *de paseo*, ¿es que me toma por tonta? Por supuesto que está con él. ¡Confío en que Ruth sepa lo que hace!

Peter calló. Que no pudiera soportar a Thomas Heimer no se debía únicamente al hecho de que este —al contrario que él— tenía algo que ofrecer a una mujer. Se debía sobre todo a que conocía las dos facetas del hijo mayor de Heimer. En la vida cotidiana, Thomas era, en su opinión, un hombre de pocas luces, pero soportable. Pero ¡ay cuando había bebido demasiado en una fiesta o en un baile! Entonces se ponía grosero como nadie, hacía comentarios estúpidos y procaces y armaba camorra con cualquiera. Como, mientras Joost vivía, Johanna y sus hermanas apenas habían participado en la vida del pueblo ignoraban todo eso.

—Tanto si te gusta como si no, si los dos quieren algo uno del otro, no podrás impedirlo. La propia Ruth sabrá lo que está bien. Creo que cuanto más te comportes como una clueca, más rebelde se mostrará ella —añadió Peter.

Johanna se revolvió.

—Para ti es fácil hablar. Solo tienes que preocuparte por ti mismo. Pero si yo no vigilase, la situación en nuestra casa sería incontrolable.

En otra persona esa frase habría sonado a palabrería autoritaria. Pero en lo más hondo de su corazón, Johanna sentía exactamente eso y Peter lo sabía.

—No es bueno que te pases todo el tiempo rumiando cuestiones que no te conciernen —le advirtió—. Deja que los demás piensen por sí mismos.

Ella dio un resoplido.

—En cuestiones de la vida cotidiana no puedo esperar mucho de mis hermanas. —Su rostro se ensombreció—. ¡Y yo soy igual de estúpida! De tanto trabajar he

olvidado ocuparme de la leña para el invierno, cuando todavía se podía comprar a buen precio. Ahora no sé de dónde voy a sacar el dinero. ¿Crees en serio que a Ruth y a Marie se les ocurrirá algo al respecto?

—¿Y yo? ¿Tampoco a mí me crees capaz de hacer nada?

—¿Creerte capaz? Tú... tú no eres responsable de mí ni de nuestros asuntos.

Pero me gustaría mucho serlo, le pasó a Peter por la cabeza.

—¿A pesar de todo podré ayudarte, no? Además, si se trata de leña, la cosa es fácil. Todavía no he utilizado del todo mis derechos de leña para este año. Hasta ahora he dejado en el bosque la madera sobrante, pero eso podría cambiar.

—¿De veras? —preguntó Johanna, escéptica—. ¿Permitirán los de la fábrica de vidrio que cedas tu leña?

Peter negó con un gesto.

—A ellos les da igual. Hace cientos de años se puso por escrito cuánta leña le corresponde al año a cada maestro vidriero, y nada de eso ha cambiado hasta la fecha. Los maestros vidrieros han escamoteado siempre una parte para sus hogares.

En los ojos de Johanna brilló una chispa de esperanza.

—Como es lógico, tendríais que ayudarme a traerla —dijo Peter implacable.

Porque Johanna era una mujer a la que no le agradaba dejarse ayudar. Aunque si ella misma tuviera que echar una mano, seguro que le resultaría más fácil aceptar su oferta. No sabía por qué, pero conocía a esa mujer muchísimo mejor que a sí mismo.

Y en efecto: Johanna le sonrió.

—¿Cuándo subimos al bosque?

Peter rio.

—Por mí, mañana mismo.

Fue la cesta llena de verdura la que le dio la idea. Una brillante lombarda morada, pepinos verdes oscuros con pinta de amargos, un grueso manojo de zanahorias que aún tenían adherida la tierra parda, y vainas de guisante que esperaban a ser desgranadas, todo eso brotaba por encima del borde de la cesta sobre la encimera de madera fregada y lustrosa de la cocina de Edeltraud. La mirada de Marie resbaló un momento por la cesta mientras se dirigía a su sitio en la mesa del almuerzo. Pero después la tuvo a la vista durante toda la comida y ya no pudo dejar de mirarla. Morado y verde, verde y naranja... Los colores contrastaban y armonizaban al mismo tiempo. De nuevo en su puesto de trabajo, su mirada cayó sobre un montón de sencillas escudillas de cristal que aguardaban un borde de esmalte blanco. Vajilla sencilla que según Heimer estaba destinada a la cocina de un hotel de Dresde. ¿Qué tal quedaría si se pintaba una cesta de verdura, o fruta, sobre el ancho fondo de esas fuentes? Antes de que pudiera desarrollar esa idea, Wilhelm Heimer volvió a surgir como de la nada portando una caja de candeleros plateados. Así que Eva y ella pasaron el resto del día pintándolos con pequeñas florecillas diseminadas. Pero la cesta de verdura y las fuentes ya no se le fueron de la mente.

Acechó a su alrededor. Ahora que reinaba el silencio, se dio cuenta de lo mucho que le molestaba el eterno parloteo de los demás. ¡Bla, bla, bla, así durante todo el día! Le costaba esfuerzo escuchar. Suspiró.

¿Por qué no podrían todos trabajar sencillamente en silencio, concentrados en ellos mismos y en su trabajo?

Por un instante le había dado la impresión de que a Johanna le apetecía quedarse en casa después de que Ruth saliera a tomar el aire. ¡Madre mía! ¿Es que su hermana mayor se sentía de verdad obligada a tenerla todo el rato de la mano?

Absorta, sacó una hoja limpia de papel y tomó un lápiz demasiado afilado para su propósito. Tomó otro y le pasó el índice y el pulgar por la punta para probar. Este era bueno, no dibujaría perfiles blandos. Marie comenzó a trazar un círculo de aproximadamente el diámetro de la base de las fuentes de cristal. Durante un rato se limitó a contemplar ese círculo. Tenía ese espacio a su disposición, ni más ni menos. Lo importante era situar la cesta de modo que por un lado pudiera asomar la verdura..., ¿por cuál? Al mismo tiempo, al otro lado, en la mitad superior, había que dejar sitio suficiente para que los pepinos pudieran estar inclinados en la cesta. Pensando en la estructura de su naturaleza muerta, el lapicero comenzó a deslizarse

veloz y suave por la hoja.

Marie notaba cómo la inundaba el mismo estremecimiento cálido que sentía en el taller de Heimer cada vez que tenía delante los botecitos salpicados de pintura. Heimer debía de intuir lo importante que pintar era para ella, porque desde hacía unos días la mandaba únicamente a la mesa de pintura, mientras que a los demás les asignaba siempre tareas cambiantes.

Sostuvo la hoja alejándola a un brazo de distancia. Pero, para proceder con total seguridad, se levantó y retrocedió dos pasos de la mesa. Sonrió. Desde cierta distancia se distinguía bien la cesta y su contenido. Volvió a acercarse la silla con la punta del dedo del pie y se sentó. Ahora había que elegir los colores adecuados. Tenía ya los colores en mente para cada variedad de verdura. El morado lo obtendría mezclando azul ultramar y carmín; el naranja, mezclando el amarillo limón, que puro no le gustaba mucho, con un pequeño chorrito de rojo. Esperaba con impaciencia el resultado de la mezcla de colores. ¡Pero la cesta!, ahí estaba el problema. El pardo no era un color que destacase sobre el vidrio transparente o plateado. El pardo simplemente daba impresión de suciedad, como si se hubiera guardado sin fregar en el armario.

Marie se mordió el labio inferior. Una cesta azul parecería artificial, igual que una roja. ¿Y un esmalte blanco? Intentó imaginárselo en su mente. No, el tejido de mimbre tampoco destacaría en blanco, la cesta parecería una fuente de porcelana.

El reloj de péndulo de la pared comenzó a sonar y Marie se sobresaltó. ¡Las nueve! Ruth y Johanna no tardarían en regresar. Guardó su boceto junto con el lápiz en el cajón de la mesa, ese día ya no le harían falta. Pero la cesta... Marie volvió a recordar complacida el dibujo en su mente. Y entonces se le ocurrió la solución: ¡oro! Usaría el oro con el que se pintaban los pistilos de las florecillas. Aplicando una capa fina, permitiría pasar la luz suficiente para que surgieran juegos de sombras. Tenía un aspecto noble y luminoso, y casaba con todos los demás colores que pretendía utilizar.

—¿Solo que... cómo puedo dárselo a entender a Heimer? —se preguntó Marie en voz alta, mientras oía su risa.

Pintaría la cesta. Sin la menor duda. Aunque tuviera que comprar una de las fuentes de cristal.

Cuando se preparó para acostarse, eran ya las nueve y media. Ni Ruth ni Johanna habían regresado. Marie se asombró de que Ruth pudiera pasear tanto rato con el frío que hacía. Seguramente también se habría pasado un momento a ver a Peter, después de haber tomado suficiente aire fresco. Se deslizó debajo de la manta y se acomodó para pasar la noche. Aún estaba extasiada por las formas y colores de su creación. No podía imaginar que una de las otras dos hubiera tenido una noche ni medianamente tan inspirada como la suya.

—¡Qué hermosa eres! Tan suave. Y tan... femenina... —Los dedos de Thomas se enredaron en el pelo de Ruth. Su mano le acarició el pecho.

Pequeñas olas ardientes recorrieron su vientre. Ella gimió bajito.

A continuación, las caricias de Thomas perdieron intensidad y sus dedos se limitaron a girar muy suavemente sobre sus yemas. Curiosamente esto hizo que las olas se tornaran aún más intensas.

—Me agrada tanto tocarte... Eres bellísima. —Sus caricias se intensificaron.

Como en un mechero de gas, cuya llama puede encenderse con un clic, algo se inflamó en el interior de Ruth. ¡Ni en sueños se había imaginado que fuera tan maravilloso ser deseada por un hombre! No tenía nombre para las extrañas sensaciones que inundaban su cuerpo, pero sabía que a partir de entonces darían otro significado a su vida. ¿Les ocurriría lo mismo a otras mujeres? Le ofreció sus labios.

El beso del hombre fue tan violento que le apretó desagradablemente los labios contra los dientes. Ruth se giró un poco, para que sus bocas perdieran el contacto. El beso que anhelaba era más suave. No tan grosero. La llama se apagó en su interior.

—Eso no. —Apartó con suavidad la mano masculina, que había empezado a manipular los botones de su blusa. ¿Por qué no se limitaba a seguir acariciándola mientras murmuraba palabras bonitas?

—Pero ¿por qué? A ti también te gusta. Venga, mujer. ¡Quiero disfrutar un poquito de mi chica! —Thomas se apretaba contra ella e intentaba introducir su pierna derecha entre los muslos femeninos.

Se produjo un torpe forcejeo que a Ruth le provocó dolor de espalda. Al mismo tiempo, Thomas volvió a jadear tan fuerte que provocó en la joven cierto malestar.

—¡Thomas! —sonrió atormentada, y por fin consiguió alejarse un poco de él. Para apaciguarlo, le ofreció la boca y dejó que la besara. Él sorbía sus labios con fruición y se perdieron uno en el sabor del otro.

Poco tiempo después, ella sintió su mano sobre la carne fría del muslo. Su ardor se enfrió considerablemente.

Eso no.

Ruth agarró su mano por debajo de la falda y la apartó. La manta que Thomas había extendido sobre el suelo del almacén estaba tan helada como el suelo de piedra de debajo. ¡Qué frío hacía allí! De pronto sintió escalofríos.

Thomas, sin darse cuenta de su cambio de estado de ánimo, se le acercó nuevamente.

—No seas tan obstinada —le susurró al oído.

Ella lo apartó de un empujón.

—Por si todavía no lo has notado, aquí hace un frío helador. ¡Espero no caer enferma! —le dijo con tono de reproche, mientras se estiraba la blusa y se alisaba la falda.

Thomas la miraba sin comprender.

—Me habría gustado calentarte, pero tú no quieres —afirmó observándose

fijamente el abombamiento de su pantalón.

Ruth estaba al borde del llanto.

—A veces creo que no te importo nada. En todas nuestras citas me traes aquí. Y no me has preguntado ni una sola vez si me gusta este sombrío agujero. —Ella misma desconocía por qué reaccionaba de pronto con tanta cólera.

—Pero ¿qué tonterías dices? —Thomas llevaba la incompreensión escrita en el rostro—. Este es un buen lugar para reunirse, Dios sabe que no es un agujero sombrío. Aparte de mí, solo mi padre tiene llave, y a estas horas seguro que no se va a presentar aquí. Y tampoco hace un frío helador, como mucho está un poco fresco.

—Es que... de alguna forma tengo la sensación de que lo nuestro va demasiado deprisa. —Bueno, ya estaba dicho. ¿Qué era lo que Joost les repetía continuamente? Los hombres no respetan a la mujer que no cuida su honra.

—¡Pero nosotros nos queremos! ¿Cómo, si no, va a demostrar un hombre a su mujer que la quiere?

Pues a mí se me ocurren una o dos posibilidades más, le pasó a Ruth por la cabeza con cierto mal humor.

—Alguna vez bien podríamos hacer otra cosa. Por ejemplo, ir a Sonneberg a ver escaparates. Johanna dice que allí...

—No te entiendo —la interrumpió él meneando la cabeza—. ¿Por qué quieres corretear por ahí en pleno invierno? Todo lo que está bien...

Iracundo, dobló la manta que había dejado unos días antes, y volvió a esconderla en el estante inferior. No conocía a ninguna mujer tan exigente como Ruth: aquí hacía demasiado frío, allá estaba demasiado sombrío. ¡Una vez hasta se había quejado de que su camisa le raspaba la mejilla! En ocasiones creía que nunca conseguiría contentarla. Y eso le creaba un problema, pues nunca había deseado tanto a una mujer como a Ruth. El mero hecho de estar saliendo con una de las chicas más codiciadas del pueblo avivaba más aún su deseo. A ello se añadía que era virgen. Cuántas veces habían fantaseado sus amigos y él sobre cómo sería enseñarle a una de las hermanas Steinmann lo que es bueno. Pero, ja, ¡de eso nada! ¡Por la forma en que ella guardaba su inocencia, cabría pensar que tenía oro entre las piernas! Al pensar en ello algo volvió a agitarse en su pantalón.

El silencio entre ambos se prolongó, cada uno esperaba a que el otro dijera unas palabras conciliadoras.

—Tengo que irme —dijo Ruth al fin.

El pensamiento de que en casa no la esperaba un fuego encendido en la cocina, y por tanto no podría llevarse a la cama un ladrillo caliente, no contribuyó precisamente a alegrarla. Se envolvió el cuello con dos vueltas de su bufanda, y ya tenía la mano en el picaporte cuando Thomas la sujetó por detrás.

—Vamos, no te enfades tanto. Qué, ¿nos vemos mañana? —preguntó sonriente.

Ella retiró la mano de su brazo.

—Mañana es sábado. No creo que tenga tiempo para ti.

Aunque tuviera que pasarse el día entero sacando brillo al suelo con Johanna y Marie... ¡Que no se figurase que Ruth Steinmann era fácil de conseguir!

Pero apenas estuvo en la calle la acometió de nuevo la nostalgia. ¿No habría sido demasiado brusca con Thomas? Le habría encantado dar media vuelta en el acto y arrojarse en sus brazos. Al fin y al cabo, ella también le quería.

¡Si no la acosase tanto cada vez!

Ruth pasó todo el sábado dedicada al trabajo físico. Pero en lugar de sacar brillo al suelo, el programa consistía en partir leña.

Peter había llamado a su puerta a primera hora de la mañana para recogerlas. En cuanto se abrocharon las chaquetas, Peter repartió las herramientas de trabajo: unas sierras, unas tenazas descomunales que él llamaba «cortarramas», hilo para atar y media docena de cestas. Además llevaba una mochila al hombro.

—El almuerzo —informó—. Nos hará falta cuando el sudor corra por nuestra frente.

Ruth y las otras dos se rieron. ¡Peter y sus chistes! Las cestas no pesaban y el sol les hacía guiños desde el cielo a través de nubecillas transparentes, de modo que iniciaron la excursión con buen humor.

Ni ella ni sus hermanas habían ido nunca a por leña, como decían los maestros vidrieros. Por un lado, Joost Steinmann no formaba parte de los maestros vidrieros de la fábrica de vidrio y por tanto no tenía derecho a leña barata, y por otro, en el fondo era un trabajo de hombres. Hasta entonces, la leña para el hogar de los Steinmann se la habían comprado siempre a Paul el Muecas, apodo que tenía bien merecido: no había nadie capaz de hacer unas muecas tan horrorosas como el hombre en cuya espalda parecía haber crecido una cesta con leña; en cualquier caso, nadie lo había visto jamás sin dicha cesta. De pequeñas, cuando Paul el Muecas se sentaba a la mesa con su padre para hacer las cuentas de la leña servida, se escondían detrás del armario.

Ese año Ruth no habría puesto la menor objeción a meterse en una habitación con ese viejo inquietante. Ir a por leña no era una excursión, sino un trabajo duro, según se percató enseguida. El trocito de bosque en el que Peter podía cortar leña estaba en una ladera empinada, casi inaccesible, cubierta de retoños jóvenes hasta la rodilla. Cualquier cosa habría sido mejor que andar trepando entre ellos e intentar sostenerse como una cabra montesa. Un pie resbalaba continuamente hacia abajo mientras ella hacía una mella en el suelo con el tacón de la otra bota. Antes de lograr estabilizarse, volvía a escuchar procedente de arriba «¡leña!», y al momento siguiente un chasquido, y después a unos pies de donde estaba caía una rama del grosor de un brazo. Y otra. Y otra. Ruth se apretaba lo más posible contra la ladera. Esa misma mañana, un trozo de leña le acertó en el brazo. Desde entonces, cada vez que lo alargaba, el codo le dolía. Por no haber prestado atención y haber pasado por alto la

voz de aviso, la reconvino Johanna. ¡Ja! Ruth sabía de sobra que no había sonado aviso alguno. Seguramente esos dos estaban como dos tortolitos arriba, en el bosque, en lugar de avisarla. Johanna también podía haberse ahorrado su cara de preocupación. ¡Si ni siquiera había bajado a verle el brazo!

Dejó de caer leña, y Ruth, dando tropezones, se dispuso a reunirlos toda en un montón.

¡Muy típico de su hermana lo de trabajar con Peter! Estaría haraganeando de lo lindo, y él matándose a trabajar.

—¡Voy a lanzar leña! —le gritó a Marie, que se encontraba unos doscientos metros más abajo—. ¿Me has oído? —gritó al no recibir respuesta inmediata.

Marie contestó y Ruth arrojó el primer leño. Una punzada aguda en el codo la hizo soltar un gemido. Vio a su hermana pequeña gateando hacia arriba para recoger la leña. ¡Maldita sea, de nuevo se había quedado a mitad de camino! Cuando Peter le enseñó cómo tenía que lanzar los trozos de leña para que no se quedaran atrapados en la maleza y volaran montaña abajo hasta Marie, le pareció un juego de niños. Los primeros lanzamientos le salieron bien, y vio cómo la leña llegaba hasta los pies de su hermana y esta se limitaba a meterla en las cestas. Pero los antebrazos pronto empezaron a arderle y su fuerza disminuyó.

Lanzó abajo el siguiente trozo, intentando no estirar completamente el brazo. Esta vez recorrió el trecho deseado. A pesar de todo, Ruth se habría echado a llorar. Ese trabajo era demasiado cansado. Al fin y al cabo, habían ido a por leña sin descansar: llevaban a la espalda una semana de trabajo, las noches dedicadas a lavar la ropa, fregar, cocinar y mil cosas más que antes parecían acontecer de manera espontánea. Al igual que en las semanas anteriores, apenas habían disfrutado de un momento de respiro. Siempre que quería reunirse con Thomas tenía que desaparecer a escondidas como una ladrona. El recuerdo del mal humor de la noche anterior aumentó su enfado, pero después volvió a recordar sus halagos. El hijo del vidriero más rico de Lauscha la encontraba guapa, y deseable. Se miró de arriba abajo. ¿Eran de veras sus pechos mucho más bonitos que los de otras mujeres? Thomas así lo afirmaba. Se preguntó, celosa, cuántos pechos habría visto. Durante unos instantes cerró los ojos y se acarició la chaqueta con dedos fríos. ¿Qué sentiría cuando él le rozase su piel desnuda? ¿Debería permitirselo en su próxima cita?

—¡Leña! —resonó de nuevo.

Antes de que pudiera darse cuenta, media docena de ramas se estrellaron cerca de ella.

—¡Maldita sea! ¡No doy abasto sola aquí abajo! ¿Qué os parece si baja conmigo alguno de vosotros? —gritó Ruth, apartándose un mechón de pelo de la frente.

Johanna había vuelto a jugarles una mala pasada. Seguro que había una manera más fácil de conseguir leña para el invierno, Ruth estaba convencida de ello.

Ni Peter ni Johanna reaccionaron.

—¿Qué has dicho? —le gritó Marie.

Furiosa, Ruth echó un vistazo hacia abajo.

—¡A ti, nada! ¡Tranquila, todo está en orden!

Cuando se trataba de agarrar, a Marie no se le podía exigir mucho, era demasiado delicada, eso era todo. Sin darse cuenta, Ruth pensó en Eva. Esta también era muy delgada, pero tenía los antebrazos musculosos y el cuerpo nervudo como el de un adolescente que trepa a los árboles y salta por encima de los arroyos. Como hija de un fabricante de pizarrines había tenido que trabajar duro desde pequeña; la eterna labor de cortarlos, limarlos y afilarlos había hecho sus dedos huesudos y fuertes. ¡Ruth jamás en la vida se habría cambiado por una fabricante de pizarrines! Pero Eva había sido más que recompensada por la dura suerte de su infancia: en lugar de espinas, en casa de Heimer yacía sobre un lecho de rosas. Cómo había conseguido esa mujer semejante hazaña, volvió a preguntarse Ruth, frotándose la espalda dolorida.

Apenas llegaron arriba, al bosque, Peter encargó a Johanna que recogiese las ramas que él serraba y que atase las más pequeñas formando gavillas fáciles de transportar. Muy pronto, Johanna no se contentó con limitarse a esperar hasta que cayera una ramita. Había estado observando a Peter sin que él lo advirtiera. Y entonces también ella agarró una sierra.

El mango se adaptó a su mano cuando Johanna la apoyó en ángulo recto sobre una rama. Pero en vez de atravesar la madera con un sencillo movimiento como Peter, en su caso los pequeños dientes de la sierra se engancharon en el árbol.

Esperaba que Peter se burlara de ella, o que le pidiera que dejase la herramienta. Pero siguió trabajando como si tal cosa. Él estiraba más el brazo, observó Johanna. Además, mantenía su muñeca completamente quieta, mientras que la suya se movía como el rabo de una vaca. Volvió a intentarlo y logró dar cinco pasadas de sierra antes de que la hoja se atascara. Masculló un juramento en voz baja y Peter la miró, pero tampoco dijo nada. Ella observaba fijamente la línea curva que había dejado su sierra. ¡Tenía que serrar más recto! Empezó con la rama siguiente, guiando la hoja con el pulgar de la otra mano. Así era.

—¡Funciona! ¡Ya sé serrar! —anunció, radiante de alegría.

Peter inclinó la cabeza en señal de aprobación.

—Escoge ramas que tengan al menos una pulgada de grosor, las demás las cortaré yo más tarde con el cortarramas —se limitó a decir.

Por primera vez desde hacía mucho tiempo, Johanna tuvo la sensación de que respiraba como es debido. Y eso no solo se debía al perfumado aire del bosque, que olía a sopa de verdura, sino sobre todo a que nadie le decía cómo tenía que hacer su trabajo.

Volvió a aplicar la sierra a una rama, la presionó con el pulgar de la otra mano y comenzó a atravesarla con pasadas regulares. Pronto separó la rama del tronco de árbol talado y la depositó en el montón con las demás. Enseguida comenzó con la

siguiente. El sonido áspero de la sierra le recordaba el zumbido de las llamas de gas, su regularidad la tranquilizaba sin fatigarla en absoluto.

Trabajó ensimismada durante un rato. Cuando había preparado un montoncito de ramas, Peter se lo tiraba a Ruth con movimiento de experto. Bajar toda la leña a cuestras por el monte habría sido imposible, pero lanzarla también costaba lo suyo: al poco rato de que Johanna empezase a lanzar las ramas que había serrado ella misma, estaba literalmente bañada en sudor. Serrar y lanzar, serrar y lanzar, pronto halló el ritmo apropiado para ella.

Se concentró tanto en su labor que no vio que Peter dejaba a un lado su sierra y se le acercaba. Sintió la mano sobre su hombro y dio un respingo, asustada. La hoja de la sierra mordió en diagonal el interior jugoso de la madera y se atascó.

—Perdón —se disculpó Peter con una sonrisa forzada—. Pero te he llamado ya tres veces. ¿Quieres batir un récord o qué?

De un tirón, Johanna sacó la sierra de la rama y entonces se dio cuenta del intenso temblor de sus antebrazos.

—Creí que habíamos subido a trabajar —recalcó obstinada, e intentó seguir serrando, pero Peter le sujetó el brazo.

—¿Has mirado abajo? ¡Ruth y Marie ya no dan abasto recogiendo leña! —La condujo hasta un tronco de árbol que ya había sido liberado de sus ramas y con suave autoridad la sentó en él.

Johanna se vio obligada a reconocer en su fuero interno que era muy reconfortante descansar unos minutos.

Notó que tenía la garganta reseca. Cuando se pasó la lengua por los labios, se le quedó pegada. Al momento siguiente, Peter le ofreció una botella de mosto.

—¿Acaso me has leído el pensamiento? —Johanna dio un buen trago. El dulzor del zumo fue una delicia para su paladar—. ¡Has pensado en todo! —suspiró.

Él se encogió de hombros.

—Un poco de bebida, pan y jamón, bah, nada del otro mundo. ¡Si pudiera, haría mucho más por ti!

Johanna lo miró. Como siempre que algo le enojaba, en la frente de Peter se dibujó una arruga vertical que llegaba hasta el nacimiento de la nariz.

—Vamos, Peter, no te empeñes en que nos debes algo. Además, en lo referente a comida, Dios sabe que no estamos acostumbradas a exquisiteces. Tendrías que ver lo que nos sirven en casa de Heimer.

Él calló.

—¿Sabes? —comentó ella al cabo de unos instantes—, lo malo es que el taller de Heimer se podría mejorar, de veras. Le falta un poco de orden y...

—¡Johanna! —exclamó Peter, enfurecido. De repente tenía la cara muy cerca de la suya, y tan revuelta como un arroyo salvaje después de una tormenta—. ¡Olvídate de Heimer y de su asqueroso taller! ¡Vente conmigo! Ya estás viendo lo bien que trabajamos juntos. Yo...

Antes de que Johanna se diera cuenta, la rodeó con sus brazos y la estrechó contra él.

—Tú y yo —susurró el hombre—, estaría bien...

La mejilla de Johanna ardía por el fieltro áspero de la chaqueta masculina. Tenía la nuca torcida y le dolía. Sentía como si alguien le hubiera arrebatado el suelo bajo los pies. Peter era su vecino. Su amigo. ¿Qué debía hacer?

—Peter —dijo con tono de reproche.

Por fortuna, él la soltó un instante después.

Un silencio turbado se sentó con ellos en el tronco.

—Yo —comenzó Johanna.

—Lo siento... —la interrumpió Peter.

Ella esbozó una tímida sonrisa.

—No tienes por qué —replicó Johanna en voz baja—. Yo también te quiero.

Solo que no así.

Le apretó el brazo, porque la sensación de haberle fallado la dominó. ¿Y ahora, qué?, martilleaba en su cabeza. ¿Qué debía decir o hacer para que él no se sintiera humillado?

El silencio se prolongó. Con un oído, Johanna escuchaba hacia abajo. ¿Por qué no preguntaba Ruth dónde estaba la próxima leña?

—Bueno, lo mejor será que continuemos, antes de que el aire de las alturas vuelva a hacerme perder la cabeza. —Peter se levantó, respiró hondo y esbozó una sonrisa turbada—. ¿Qué te pasa? ¿Pretendes acaso echar raíces? —Sonriendo forzosamente le tendió la mano a Johanna y esta la agarró.

Tiró de ella, levantándola.

—Cuando hayamos terminado con este árbol, nos habremos ganado el almuerzo. Creo que a las demás les pasará lo mismo —propuso Peter, como si nada hubiera pasado.

Inclinada sobre su sierra, Johanna no paraba de mirarlo a hurtadillas. ¡Con cuánta generosidad había aceptado Peter su desaire! Además, tampoco parecía avergonzarse de su explosión sentimental, pues en cierto modo parecía estar por encima de todo. De repente Johanna se sintió una estúpida por haberse metido en cuestiones que no eran de su incumbencia.

Sus ojos se encontraron antes de que ella pudiera apartarlos. Peter se encogió de hombros.

—Lo de hace un rato... —Una sonrisa pícaro cruzó su cara—. No puedo prometerte que no vuelva a pasarme lo mismo en otro momento. Me conozco, y no será la última vez que pruebe suerte.

Ella meneó la cabeza y dijo, también riendo:

—¡Eres imposible!

Siguieron trabajando mano a mano sin que su relación se hubiera menoscabado. Eran amigos, y nada había cambiado al respecto.

Las semanas siguientes transcurrieron con una actividad frenética. Cuando las tres mujeres salían de casa por la mañana, todavía era noche cerrada, y al abandonar el taller de Heimer por la tarde hacía horas que había oscurecido. ¿Cuándo podrían tender la ropa o limpiar el polvo a la luz del día? A Johanna la asaltaban continuamente esos pensamientos. Pero el trabajo doméstico quedaba sin hacer por buenos motivos. En todo Lauscha, tan cerca de la Navidad, solo había una tarea: soplar vidrio y terminar piezas hasta la extenuación. Y las cosas no eran diferentes en la empresa de Heimer.

Comerciantes de todo el país, que se habían mostrado muy remisos a la hora de comprar en otoño, se agolpaban ahora a las puertas de los intermediarios de Sonneberg en busca de artículos navideños. Pero no se regateaba tanto por los precios como por las fechas de entrega, lógicamente todos querían que les enviaran las mercancías lo antes posible. Los intermediarios, a su vez, transmitían la presión del tiempo a los fabricantes de juguetes, tallas en madera y artículos de cristal, pero las ganancias más elevadas se las embolsaban solo ellos.

También el taller de Heimer se vio inundado por un torrente de encargos. Thomas y sus hermanos se pasaban sentados sin pausa ante el mechero de la mañana a la noche, y las trabajadoras pintaban, plateaban, colocaban los rótulos del precio y empaquetaban. Muy pronto apenas se podía mover uno en el recinto, había cajas por todas partes. Además de las dos recaderas regulares que trabajaban para Wilhelm Heimer, contrataron a un campesino del pueblo vecino para recoger a diario la mercancía terminada y transportarla a Sonneberg.

Mientras enfilaba en cada cordón veinte cuentas de cristal y anudaba luego los extremos, Johanna se prohibió pensar en sus antiguas visitas navideñas de los viernes a Sonneberg. Enfilarse era un trabajo monótono, y a medida que el montón de brillantes collares de cuentas fue creciendo, Johanna ya no pudo desterrar los recuerdos de su mente.

¡Las numerosas luces con las que se iluminaban las posadas! El barullo en las estrechas callejuelas. En esa época se veían pocos compradores extranjeros en Sonneberg; habría sido imposible enviar en barco al extranjero sus encargos, estando tan cerca la Navidad. En cambio, en las calles se oían dialectos de toda Alemania. ¡Y el aroma! Johanna lo tenía tan vivo dentro de su nariz que se le hizo la boca agua. Delante de muchas casas se veía a una mujeruca que hervía en una estufa vino tinto

aromatizado con canela, anís, pimienta y otros condimentos. Otros vendían pan de jengibre, para enfado de los panaderos de Sonneberg, que sin embargo no podían hacer mucho contra esa competencia navideña desleal. Otros a su vez tostaban almendras, cuyo aroma competía con el de las salchichas de Turingia. Todas esas exquisiteces se vendían rápidamente, porque casi ningún comprador se resistía a tomar un pequeño tentempié. ¡Sí, los de Sonneberg eran hábiles negociantes! A Johanna le gustaba dejarse contagiar por sus tejemanajes y siempre regresaba a Lauscha imbuida de un nuevo espíritu emprendedor.

Posó unos instantes las manos sobre el tablero de trabajo. Las cuentas de brillo plateado se difuminaron ante sus ojos. ¡Cuánto se alegraban Ruth y Marie cuando les traía de Sonneberg un cucurucho de almendras o un pan de jengibre! Su padre nunca ponía reparos a esos gastos extraordinarios, ni siquiera contaba el dinero que Johanna le entregaba después de vender el cristal.

Dirigió una mirada venenosa a Wilhelm Heimer, que estaba echando una bronca a Sebastian. Para su nuevo patrón, confianza era una palabra desconocida, todas las noches contaba las existencias. Como si ella hubiera querido ni una siquiera de sus horribles muestras... ¡exceptuando las diseñadas por Marie!

—Las baratijas de Heimer en todo el país se venden —murmuró despectiva en voz baja.

Ese año no habría pan de jengibre ni ningún otro artículo extraordinario. En lugar de eso, mirarían fijamente la silla vacía de su padre y los villancicos sonarían flojos sin su voz fervorosa. Johanna comenzó a entender poco a poco por qué todos los que habían perdido a un ser querido odiaban la Navidad: a la luz de las velas navideñas, el vacío que el fallecido dejaba tras su muerte parecía mucho más grande.

Pero no era únicamente su duelo por Joost lo que pesaba tanto en su corazón. Lo que la agobiaba eran los eternos apuros económicos. Todos los meses tenía que hacer unos cálculos terribles para estirar el dinero. Aunque hasta entonces no se habían ido con hambre a la cama ninguna noche, el último mes había faltado poco. La culpa no era tanto del mísero salario de Heimer como de lo que se había encarecido su vida desde que trabajaban fuera de casa de la mañana a la noche, empezando por el pan y terminando por la sopa. Antes Ruth amasaba todos los miércoles por la mañana una fuente gigantesca de masa de pan para, a eso del mediodía, tirar de la carretilla hasta la panadería y cocer las seis hogazas que necesitaría la familia hasta el miércoles siguiente. Desde que su padre había muerto, las chicas se arreglaban con tres hogazas, pero por falta de tiempo tenían que comprarlas. Y eso era mucho más caro que hacerlas y cocerlas ellas mismas. Tampoco disponían ya de tiempo para preparar una sopa de restos de huesos del carnicero, en cambio ahora contaban con una lata de extracto de carne Liebig en la despensa.

Johanna clavó los ojos en las odiadas cuentas de cristal. ¡Para ella era un misterio que alguien pudiera pagar un buen dinero por semejantes baratijas! Dinero, dinero, dinero... Sus pensamientos no giraban en torno a otra cosa, pero ni Ruth ni Marie le

dedicaban una muestra de gratitud por administrar la caja y distribuir los gastos. Ruth no paraba de lamentarse por no ver ya ni una sola patata ni una rebanada de pan con manteca, e insistía en que le apetecía una sartén de huesos salteados o de arenque fresco. Johanna tenía que pasarse todo el tiempo explicando por qué no eran posibles gastos extraordinarios como un bloc de dibujo, lapiceros de colores, un pasador de pelo o un peine... ¡Como si ella fuera la responsable de su penuria económica! No obstante, tenía que admitir que en las últimas semanas esos deseos extraordinarios se habían vuelto más infrecuentes. A lo mejor sus dos hermanas habían comprendido por fin que ella no podía sacar esas cosas de la chistera, como por arte de magia. Suspiró de nuevo. ¿Añadiría Heimer unos marcos por ser Navidad? Barajó brevemente la idea de preguntárselo a Griselda, pero al final la descartó. No quería parecer impertinente, sobre todo porque la viuda Grün no paraba de decirle lo mucho que debía alegrarse por haber encontrado trabajo siendo mujer. Siendo mujer... A veces Johanna se preguntaba si ser mujer era acaso equiparable a una enfermedad grave.

El impulso de barrer de un manotazo las cuentas de la mesa se hizo tan fuerte que se levantó. ¡Maldita sea, no quería volver a pensar más en la fiesta de Navidad que les esperaba!

Al contrario que Johanna, Ruth era más optimista. Thomas había insinuado que tenía un regalo para ella y esta pasaba la mayor parte del tiempo preguntándose qué sería. No diría que no a un collar de cuentas de cristal, aunque Johanna las calificase de baratijas. También le gustaría uno de los frasquitos de perfume que habían empaquetado en cajas durante los últimos días, aunque Ruth no supiera con qué llenarlo. Como es lógico, el mayor regalo de Thomas sería una proposición de matrimonio, pero para que eso llegara a materializarse... Ruth era lo bastante realista y no confiaba demasiado en que así fuera. Sin embargo, Thomas seguía insistiendo, incluso en esa atareada época, en reunirse con ella en el almacén, y entonces no escatimaba palabras para declararle su amor. No se cansaba de decirle lo hermoso que era su cuerpo, sus cabellos, su piel... sencillamente, todo. Pero delante de los demás siempre se comportaba como si no hubiera nada entre ellos. Si intentaba tomarle la mano cuando estaban sentados a la mesa para comer, él la apartaba. Y tampoco la había llevado nunca al Águila Negra y menos aún de paseo a Sonneberg. Ruth se mantenía inflexible: mientras Thomas no reconociera en público su amor, ella seguiría diciendo en sus citas no a cualquier movimiento debajo de su falda. Podía entender en parte que él se enfadase en cada ocasión, porque a ella también le gustaba sentir sus manos, oír cómo se aceleraba su respiración. Confesarse el amor de ese modo era en todo caso mejor que las extrañas pausas que se producían en sus conversaciones.

«Anda, que podemos estar de cháchara todo el día», decía casi siempre que ella

quería contarle algo.

¿Habría llegado la hora de dar un paso más? ¡Menuda cara pondría Thomas si ella de repente dejaba de resistirse!

¿O en lugar de eso debía pensar en un regalo de Navidad para él? Pero ¿cómo iba a hacerlo sin un céntimo?

Dos días antes de Nochebuena, Wilhelm Heimer hizo una seña a Ruth para que se acercase. Bajo la mirada recelosa de Eva, lo siguió al piso de arriba, al salón de la familia.

Heimer cerró la puerta tras ella.

El salón, que no se utilizaba casi nunca, olía a polvo, y Ruth no pudo evitar un estornudo.

—Tienes que hacerme un favor, te lo pagaré como el trabajo normal —le propuso Heimer jadeando y sin aliento tras subir la escalera.

Ruth asintió con un gesto, halagada.

—Le ayudaré con mucho gusto.

¿Significaría algo que la hubiera escogido para esa tarea precisamente a ella?

Heimer señaló la mesa que tenía a su espalda.

—Estos regalos son para Evita. Y para los demás —añadió—. Ahora que vuelve a haber una mujer en la casa, la fiesta de Navidad tiene que ser algo muy especial. Como antaño, cuando aún vivía mi esposa, Dios la tenga en su gloria. ¡Pero no puedo encargarme a Evita que envuelva sus propios regalos! —Señaló unos cuantos pliegos de papel de color burdeos con ángeles dorados impresos—. ¡No he escatimado gastos! Es el papel de regalo más caro que he podido encontrar.

Ruth asintió con marcado desinterés. ¡Que no se imaginara Heimer que se quedaba pasmada de puro respeto! Lanzó una ojeada furtiva a la mesa. Había una caja redonda, algo lanoso, unas botellitas pequeñas, y... Miró a Heimer.

—¡Ha pensado usted hasta en letreros con el nombre y cinta de regalo dorada! —No pudo ocultar del todo su estupor. No habría creído capaz de llegar tan lejos al viejo tacaño.

La cara redonda de Heimer resplandecía.

—¡A Evita no debe faltarle de nada!

Indicó a Ruth que colocase sobre la cómoda los regalos una vez empaquetados y bajó ruidosamente.

Evita por aquí, Evita por allá, Ruth puso los ojos en blanco. Al mismo tiempo ardía en deseos de ver qué había comprado Heimer para su nuera.

En cuanto se quedó sola, se abalanzó sobre la mesa. ¡Una polvera! Con rosas rojas y doradas en la tapa y —Ruth manipuló el cierre hasta abrirla— un espejo en el interior. Se contempló detenidamente en él y simuló que se empolvaba la cara. Con

los ojos cerrados intentó imaginarse la deliciosa sensación de los polvos cubriendo su piel como una capa de seda.

Lo lanoso era una chaqueta de punto de un tono verde similar al que usan los cazadores. Sonrió con sarcasmo. ¡Con ella, Eva parecería una pálida lechera! ¡Pero esto! Suspiró. ¡Era finísimo encaje de Plauen! Debían de ser por lo menos tres varas. Con eso no solo se podría adornar el escote de una blusa, sino también una o dos camisolas, le pasó con envidia por la cabeza mientras seguía con un dedo los contornos tiesos de esa preciosidad hecha a mano. De pronto sintió un nudo en la garganta. Todo para Eva, qué injusto. Empujó a un lado la caja donde estaba envuelto el encaje. Al no encontrar ningún rótulo más con el nombre de Eva, casi sintió alivio. Tomó una de las botellitas. Ajá, un licor para Edel, la sorda. Apenas contendría un par de copitas. ¡Viejo roñoso! Apartó la botellita con descuido y tomó la siguiente. Otro licor, con un rótulo con el nombre de Sarah. Así que las empleadas no se iban de vacío. Agarró la tercera. En efecto, era para Griselda. A continuación revisó toda la mesa, pero no había regalos ni para Thomas y sus hermanos, ni para ella y sus hermanas. Intentó que no se le notara su profunda decepción. Eso solo podía significar dos cosas, caviló Ruth cuando envolvía el encaje con el papel color burdeos: o que Wilhelm Heimer tenía en mente algo muy especial para sus hijos y para las hijas de Joost, o que... no recibirían nada. Pero seguro que esto no sucedería, se consoló mientras alisaba el papel.

A pesar de que no eran más que las dos de la tarde, tuvo que encender la luz, tan oscuro estaba. Además, los muebles oscuros causaban un efecto opresivo. Ruth volvió a dejar el regalo de Navidad de Edel. ¡Cuando tuviera autoridad en casa de los Heimer, lo primero que haría sería encargarse de este cuarto! Le gustaría un papel pintado a rayas. Y cortinas nuevas. A lo mejor hasta podía escoger muebles nuevos. Como joven señora Heimer, se esforzaría en convertir esa sala en una joya. ¿Qué casa podía ufanarse de tener un salón?

Pero acaso no viviría allí sino en las habitaciones vacías situadas encima del almacén. Unos días antes, Thomas había mencionado de pasada que esa casa también pertenecía a su padre. ¿Qué habría querido insinuar con eso?

Ruth esperaba con impaciencia el paso del tiempo.

La única que no pensaba para nada en la próxima Navidad era Marie. Esto se debía a que por entonces para ella todos los días eran Navidad: desde que se animó y le enseñó a Heimer su diseño de la cesta con verdura, había puesto en práctica este y otros tres más. En consonancia con la época del año había sugerido pintar cristales de hielo en copas plateadas. Los alambres metálicos que al principio se le antojaban tan espantosos también le sirvieron de inspiración: porque si en lugar de envolver los objetos de cristal con gruesas capas de hilo de oro se utilizaba hilo muy fino, se conseguía una expresión casi mágica. El cristal, los colores, el material para

decorar..., para Marie el taller de Heimer era una gran paleta que contenía, bien colocados, los colores del arcoíris, polifacética y de una variedad inagotable.

Entretanto ya no tenía que esperar a un «buen» momento para mostrar a Heimer uno de sus diseños, pues él mismo había adoptado la costumbre de presentarse al menos una vez al día junto a la mesa de pintura de Marie.

—Veamos, ¿qué huevo ha empollado hoy mi artista? —solía decir.

Este comentario pronto anduvo de boca en boca, pese a lo cual él esperaba siempre una carcajada. Cuando después Marie le proponía pequeñas modificaciones o le mostraba uno de sus bocetos, él no le dispensaba grandes alabanzas. En eso se parecía mucho a su padre, que también actuaba según el lema «No regañar ya es alabar». Pero para Marie era mucho más importante que Wilhelm Heimer la dejara trabajar a sus anchas que cualquier alabanza rimbombante.

—Mientras sigas haciendo tu número de piezas, no tengo nada que oponer a que de vez en cuando ensayes algo nuevo —le había asegurado con una palmada en el hombro.

Eva la miró con envidia y durante el resto del día no le dirigió la palabra, lo que agradó sobremanera a Marie.

No obstante, recibió alabanzas, aunque de alguien inesperado: al intermediario de Heimer le gustó tanto la fuente de Marie que ese mismo día se la ofreció a todos sus clientes. Aquella noche la recadera trajo de vuelta un encargo de trescientas fuentes en total. A Heimer casi se le salieron los ojos de las órbitas. La semana siguiente, Thomas y sus hermanos tuvieron que pasarse cada uno una hora más delante del mechero para terminar ese encargo adicional. De improviso Marie comprendió, petrificada de asombro, que lo que había pintado para su propio placer y obedeciendo a un impulso ahora deleitaría a centenares de personas.

Desde entonces, el pensamiento de que su talento artístico acaso trascendiese su satisfacción personal ya no la dejó en paz.

Dos días antes de Navidad, Friedhelm Strobel creyó que ya no podría soportar más la estrechez de su tienda. Dentro de las paredes con las estanterías altas hasta el techo se sentía como un animal salvaje arrancado de su hábitat original y obligado a pasar su vida en cautividad. ¿Qué hago aquí en realidad?, se preguntaba con una vehemencia que le asustaba. ¿Qué demonios se me ha perdido en este pueblucho provinciano?

Esta insatisfacción la había provocado la carta que le había entregado el cartero esa misma mañana. Strobel, rebotante de odio, clavaba la vista en el sobre gris, insignificante, por cuyos poros brotaba el aroma dulzón del papel de cartas perfumado. Esas líneas quizá le habían dejado frío, pero el aroma... ¡Oh, qué bien lo conocía! Durante toda su vida iría unido a los mismos recuerdos agridulces. Aspiraba a la vez con avidez y rechazo el olor de los viejos tiempos. Las imágenes que se abrían simultáneamente ante sus ojos ya no podrían reprimirse después. Escuchó sus propios sollozos. ¿Por qué tenían ellos que volver a ponerse en contacto, después de tantos años?

La antigua inquietud comenzaba a apoderarse de él. Caminando sin cesar de un lado a otro se preguntaba qué significaba para él la llegada de esa carta. ¿Había vuelta atrás?

Se mordió tanto los labios que se hizo sangre.

¡Cuánto se había esforzado por dejar atrás el pasado! Los primeros años lo consiguió de verdad. Estaba tan contento de haber salido ileso de todo el asunto que la marcha de B. y todas sus tentaciones le resultó fácil. Como es lógico, supo desde el primer momento que la Selva de Turingia no ofrecería posibilidades adecuadas a un hombre de su talla. Pero entonces incluso esto lo había dado por bueno. Él quería romper con *todo*, y personalmente ya no intentó entablar contacto con... los viejos conocidos.

Ya se había aprendido de memoria el contenido de la carta; apenas diez líneas, sin encabezamiento, sin una firma completa. Tras una insincera pregunta relativa a su bienestar, iban al grano de inmediato: tenían planes que superarían todo lo visto hasta entonces, y necesitaban financiación. ¿No estaría interesado él, Friedhelm Strobel, en reanudar los viejos lazos, antaño tan gratos?

Durante años ninguno se había molestado en averiguar dónde se había ocultado con tanta prisa; después de abandonar B., había dejado de tener interés para ellos.

Pero ahora que querían algo de él, se acordaban súbitamente de su existencia. Torció la boca en un gesto sarcástico. ¡Era muy típico de ellos!

Le costó recordar algunas de sus caras. Desde aquellos días había pasado mucho tiempo, en el que le había bastado la ambición de demostrar a su familia con todo su moralismo burgués que había más en él que... Todavía se horrorizaba al recordar los insultos que le dedicaron.

Y en efecto, en los diez años que llevaba trabajando de intermediario en Sonneberg había ganado más dinero que su padre en toda su larga vida decente. Pero ¿a quién le interesaba eso? Para su familia ya no existía, ninguno de sus miembros había preguntado jamás por él; por consiguiente, tampoco conocía nadie al brillante hombre de negocios que llevaba dentro. Pero ¿qué le había aportado todo su dinero?

Se había convertido en un tendero.

Había perdido la libertad.

Contempló con mirada extraviada las paredes que amenazaban con desplomarse sobre él. Atrapado entre juguetes de madera, objetos de cristal y otras baratijas inútiles... Sus clientes eran los guardianes de esa cárcel, de la que por su causa no podía evadirse ni siquiera unos días.

No era libre.

Una risa despectiva brotó de sus labios sangrantes. Como es natural eso no podían saberlo ellos. En sus círculos, se le consideraba un hombre que siempre conseguía lo que se proponía.

Un deseo que creía extinguido se agitó. Volvió a recorrer mentalmente el camino sinuoso, bordeado por espesos setos de boj, en dirección al enorme portón de madera.

Llamar tres veces con los nudillos, pausa breve, llamar dos veces, pausa breve, llamar una última vez, y se abría la puerta a la felicidad. Strobel se llevó la mano a la garganta, como si agarrándose el cuello pudiera suprimir esa sensación opresiva.

¿Seguiría todo igual que entonces? Los trabajos de reforma ya habían comenzado, decía la carta. Y hablaba también de otros socios capitalistas. ¿Conocía a alguno de ellos?

No te preocupes por eso, se ordenó a sí mismo. Sin duda, disponía de recursos financieros, nunca había carecido de ellos. Pero no podía dejar en la estacada su negocio y arriesgarse a que su clientela se marchase a la competencia.

Algo caliente goteó encima de su mano. Strobel bajó la vista, asombrado. Sangre. Se había mordido con tanta fuerza el labio inferior que le sangraba mucho.

Con pasos apresurados se dirigió al cuarto de baño y se limpió la boca con una toalla. Luego tomó su peine. Pero, en lugar de repasar su meticulosa raya, se detuvo en medio del gesto.

¿A qué planes se referían?

Él personalmente no acertaba a imaginarse nada que pudiera hacer olvidar el pasado. Por otra parte, él los creía capaces de...

Al darse cuenta de que en ese momento habría hecho cualquier cosa por una

visita a B. tragó saliva.

—¡Es inconcebible! —A Johanna casi se le quebró la voz—. Una fuente de manzanas y un montón de palabras grandilocuentes. —Sacudió la cabeza—. Vuestro regalo de este año es el trabajo —imitó a Wilhelm Heimer—. Tal parece que debiéramos haberle regalado algo nosotras de puro agradecimiento.

—Pero es que tenemos que estar contentas de veras por tener un trabajo fijo.

Johanna fulminó a Marie con la mirada.

—¡Vas a empezar ahora con la misma cantilena de la gratitud eterna de Griselda! ¡Es que no os entiendo! —Johanna dio un puñetazo en la mesa—. ¡Heimer no nos regala nada! Nosotras también le damos algo: nuestro trabajo y nuestro tiempo. ¡Y todo por unos miserables marcos! —escupió con desprecio—. Solo con las fuentes decoradas de Marie está ganando un dineral. ¿Y no se le ocurre regalarnos alguna minucia en Navidad? —la voz se le quebró por la rabia.

Era Nochebuena, las seis de la tarde. Las campanas tocaban llamando a misa, y en realidad habrían debido ponerse sus abrigos hace rato y estar camino de la iglesia. Pero desde que habían regresado del trabajo hacía una hora, ninguna se había movido de la mesa. Únicamente ardía una vela, y no habían encendido ni fuego ni lámparas. ¡Feliz Navidad!

—Una fuente de manzanas. Para las tres.

—¿Cuántas veces piensas repetirlo? —preguntó Ruth, malhumorada—. Es nuestro patrón, nada más. No tiene obligación de hacernos regalos. ¡Sea o no sea Navidad! —La dureza de su voz contradecía claramente sus palabras.

—Pero, si es así, ¿por qué te enfadas tanto? —preguntó Marie.

—¡Es que no soporto escuchar más los eternos berridos de Johanna! —explicó Ruth, enfurecida.

—Seguramente está furiosa porque su adorado está resultando ser tan avariento como su padre —se burló Johanna con un tono de inusual dureza—. ¡Vaya familia tan atractiva que te has buscado para casarte!

—En lo que concierne a su familia, Heimer no es en absoluto avaricioso. ¡Tendrías que haber visto todo lo que el viejo le ha comprado a Eva! Nosotras... todavía somos unas extrañas para él. ¡Pero Thomas sí que me ha regalado algo, y muy bonito además! —Ruth le hizo una mueca a su hermana.

—¿Y dónde está ese regalo? ¿Por qué no nos lo enseñas? —replicó Johanna desafiante.

Marie miraba alternativamente a ambas.

—¿A qué vienen tantas alharacas? Es Navidad, caramba. Y si Ruth no quiere enseñar su regalo... —Levantó los brazos con aire desvalido—. ¡Pues bien está! Yo entiendo que a veces uno quiera guardarse algo para sí mismo.

Johanna, avergonzada, bajó los ojos hacia la mesa. La pequeña tenía razón. Suspiró. Todo eso se debía a la terrible desilusión que sentía.

—Lo siento —se disculpó en voz baja, intentando tomar la mano de Ruth.

—¡Déjame! —esta apartó su brazo con brusquedad y al segundo siguiente unos ruidosos sollozos brotaron de su garganta.

—Pero ¿qué te pasa? ¡Por Dios, Ruth! No lo he hecho con mala intención. —Johanna observaba consternada a la apenadísima joven que tenía al lado.

Feliz Navidad, le pasó por la cabeza. Si al menos se presentase Peter...

—Yo... esto no tiene nada que ver contigo o con los Heimer —dijo Ruth entre sollozos.

Johanna y Marie se miraron y creyeron conocer los sentimientos de su hermana. La primera Navidad sin Joost.

—Nosotras también echamos de menos a padre —susurró Marie—. Tanto que a veces me duele el pecho.

Ruth alzó la vista por debajo de unos párpados cargados de lágrimas. En la penumbra fue a por su bolso y rebuscó en su interior. Luego regresó y puso de golpe algo encima de la mesa.

—¡Mi fuente! —exclamó Marie—. ¿Cómo ha llegado hasta aquí? ¿Y qué tiene que ver con nuestro padre?

Luego exclamó con incredulidad:

—¿Es este el regalo de Navidad de Thomas?

Durante un instante reinó un silencio sepulcral.

Ruth asintió y volvió a ocultar el rostro entre sus manos.

—¿Precioso, verdad? —preguntó con un resoplido.

Transcurrieron unos segundos hasta que las otras dos comprendieron que Ruth ya no lloraba, sino que las lágrimas que le corrían por la cara eran de risa.

Una risa contagiosa, histérica, descontrolada y liberadora. Rieron hasta que degustaron en los labios la sal de sus lágrimas. Las carcajadas no cesaron hasta que se quedaron completamente sin aliento.

Ruth giró la fuente a la luz de la vela.

—Venga musitarme al oído una promesa de amor detrás de otra y luego es tan desconsiderado como para tomar sin más una pieza de las que hay centenares. «Seguro que te alegrará mucho tenerla habiéndola pintado tu hermana» —le imitó ella—. ¡Yo no sabía qué decir! No es que no me gusten tus pinturas, no me malinterpretes —dijo, dirigiéndose a Marie.

Esta negó con un gesto.

—Es que... en cierto modo esperaba más. Algo para mí sola, una prueba de su

amor, por así decirlo. —Parecía como si Ruth volviera a luchar con el llanto—. Él no lograba entender que yo no me pusiera loca de alegría. Por eso, cuando nos despedimos, él estaba incluso ofendido.

—¡Hombres! —exclamó Johanna, despectiva.

¿Por qué no se daba cuenta la propia Ruth de que ese memo no era nada para ella? ¿Que no tenía nada que ver con el príncipe azul con el que ella soñaba?, pensó Johanna.

Marie añadió secamente:

—¡Sobre todo, los Heimer!

Y, como no querían llorar, comenzaron a reír de nuevo hasta que les dolió la tripa.

Cuando regresaron de la iglesia, Johanna fue derecha a la estufa y la encendió. Después colocó encima de la mesa todo lo que pudo encontrar en la despensa: pan, mantequilla, un vaso de miel, un tarro de mermelada de ciruelas de Griselda. Además, las manzanas que les había entregado pomposamente Heimer —casi como si fueran de oro.

—No estéis tan tristonas —exhortó a sus hermanas—. Pasaremos esta noche de una u otra forma.

Luego comenzó a echar harina en una fuente. Batió dos huevos, añadió leche y lo removiό todo hasta formar una masa líquida.

—Podemos rellenar las tortitas con miel. O con mermelada de ciruela —propuso con el tono más animado que pudo.

—No hay árbol de Navidad. Ni ramas verdes. —Ruth observaba la banqueta sobre la que todos los años colocaban un arbolito.

—¿De dónde íbamos a sacar el árbol? Siempre nos lo traía Paul el Muecas como regalo, por así decirlo, por el suministro de leña.

—Ni siquiera cortamos algunas ramas de santa Bárbara, y esas no nos habrían costado nada —se lamentó Marie.

—Es cierto —Johanna suspiró.

De tanto trabajar, ninguna de ellas había pensado en seguir la costumbre de cortar el día de santa Bárbara algunas ramas de manzano y de cerezo para que floreciesen en Nochebuena. Johanna contempló como la tortita comenzaba a rizarse por el borde. Cuando olió a quemado, le dio la vuelta.

—Árbol de Navidad, ramas de santa Bárbara —Ruth escupió las palabras con desprecio—. ¿De qué nos serviría un árbol si no tenemos nada que colgar en él? Mirad a vuestro alrededor: ni una sola nuez, ni un solo mazapán, ni una sola rosquilla de azúcar... ¡Somos pobres, pobres, pobres! —Y prorrumpió de nuevo en sollozos.

Esta vez no transcurrió mucho tiempo hasta que Marie se unió a ella. La mirada desvalida de Johanna pasaba de las tortitas a sus dos hermanas. Le habría encantado marcharse a casa de Peter, pero de ningún modo podía dejar solas a esas dos.

Como si le hubiera leído el pensamiento, Marie preguntó entre sollozos:

—¿Y por qué no viene Peter? Hasta ahora siempre venía a vernos todas las Navidades.

—No sé dónde se ha metido. Tampoco estaba en la iglesia, pero eso no es muy significativo en él, nunca ha sido muy de ir a la iglesia —opinó Johanna—. A lo mejor ya no se siente a gusto entre nosotras, un hombre entre tantas mujeres...

—Quieres decir que porque padre ya no está... —Marie meneó la cabeza—. Peter nunca ha sido de esos que solo se encuentran a gusto entre hombres. De ser así, acudiría todas las noches al Águila Negra con los hermanos Heimer y los demás hombres del pueblo.

En su fuero interno, Johanna tuvo que darle la razón. No acertaba a recordar ningún momento en el que Peter no hubiera estado dispuesto a acompañarla.

—Seguro que vendrá.

Depositó en los platos las primeras tortitas.

—Vamos, ahora a comer hasta que nos duela la barriga. Y esta noche no quiero volver a oír ni una palabra acerca de ningún hombre, salvo del Niño Jesús.

Ruth alzó sus ojos llorosos.

—Tienes razón. ¡No nos dejaremos doblegar! —Y sacando un pañuelo del bolsillo de su falda se sonó ruidosamente la nariz.

El fuego chisporroteaba.

De una de las casas vecinas salían cantos y el sonido de una flauta.

El sitio de Joost estaba vacío y el taburete del árbol de Navidad, también.

No se oía cascar nueces, ni el pan de especias se desmigajaba sobre la mesa.

—Al menos estamos calientes —señaló Johanna mientras untaba otra tortita con mermelada de ciruela.

Ninguna de las hermanas se disgustó cuando pasó Nochebuena.

Esa misma noche empezó a nevar, unos copos gruesos y esponjados que se derretían apenas tocaban el suelo. En lugar de envolver el paisaje en una blancura virginal, la nieve mojada transformó las calles en un barrizal. Ahora, tras una noche fría, el suelo estaba peligrosamente resbaladizo. Para Johanna y sus hermanas el mal tiempo era una prueba más de que esas Navidades no eran como las demás.

El día de Navidad las tres mujeres subieron, a trompicones y agarrándose unas a otras, la empinada calle hacia la casa de Wilhelm Heimer. En la explanada de la fábrica de vidrio —en esa época del año solitaria y vacía— se habían formado grandes lagos de hielo.

—¡Cuidado! —Johanna apartó a Ruth a un lado cuando estaba a punto de resbalar en una placa de hielo. Hacía un frío infernal.

Marie lanzó una ojeada nostálgica a las chimeneas huérfanas de la vidriería.

—¡Ojalá volviera el calor para que pudieran trabajar! —suspiró—. Cuando todo está tan abandonado, me parece horrible.

También Johanna añoraba la primavera. Entonces la explanada de la fábrica de vidrio estaría repleta de la leña que los maestros vidrieros necesitaban para sus hornos. Los que atizaban la lumbre pedirían a voces más leña para mantener las altas temperaturas necesarias para fundir el vidrio. Durante la estación cálida, Peter Maienbaum y sus colegas trabajarían en la fábrica día y noche, en varios turnos. Mientras los maestros vidrieros ideaban —siempre en soledad— la mejor mezcla de ingredientes para la colada de vidrio en sus cámaras de mezclado, fuera se podría ver cómo los estiradores de vidrio estiraban viscosos pedazos de vidrio por toda la explanada para convertirlos en varillas largas y delgadas. De estas se cortaban luego los tubos que precisaban para su trabajo Peter y los demás sopladores; este ciclo se repetía desde hacía casi trescientos años, desde la fundación de la fábrica en el año 1597. De repente, a Johanna el pensamiento de que cada uno de ellos formaba parte de ese ciclo le resultó tremendamente consolador.

Peter. La noche anterior todavía se había pasado por su casa después de ayudar a la viuda Grün a reparar el tubo de la estufa.

—La idea de Peter de los animales de cristal es simpática, ¿verdad? —musitó Johanna a través de su bufanda.

Para facilitar un poco el lento proceso de adaptación a los niños que necesitaban

un ojo de cristal, Peter había comenzado a soplar animalitos para sus pequeños pacientes. Con un pajarito, un perro o un monito en la mano, las pobres criaturas se tranquilizaban durante un rato, permitiendo a Peter proseguir su trabajo. Trajo de regalo tres animalitos de esos para Johanna, Ruth y Marie. Ahora estaban sobre la repisa de la ventana, donde la luz incidía sobre el vidrio coloreado.

—Sí. Pero aún no estoy segura de si me gusta más el elefante o el león —contestó Marie—. ¡Qué bien le ha salido la curvatura de la trompa!

—Pues la melena ensortijada de mi león es maravillosa. Y ese amarillo muy bonito. No sabía que la fábrica de vidrio vendiera tubos de ese color.

—Creo que fundió un tubo amarillo con otro de color naranja —comentó Marie—. Por lo visto, trabajar con distintos colores no es nada fácil. Cuando Heimer recibió el encargo de los vasos a rayas, sus hijos maldijeron de lo lindo.

El suspiro de Johanna quedó suspendido en el aire como una pequeña nubecilla blanca.

—Seguro que esos animalitos de cristal se venderían bien. Friedhelm Strobel, por ejemplo...

Ruth se echó a reír.

—Ahórrate las palabras —interrumpió a su hermana—. Peter fabrica ojos de cristal por pasión, eso no puedes cambiarlo. A él no le interesa ganar dinero. Por desgracia. —Soltó una risita—. Si nuestro querido vecino tuviese un poco más de espíritu comercial, acaso te habrías convertido ya hace tiempo en la señora Maienbaum. —Le propinó a Marie un codazo en las costillas.

—¡Pero qué ideas se te ocurren! ¿Cuántas veces tendré que decirte que Peter y yo solo somos buenos amigos? Señora Maienbaum... Eso sería como casarme con mi hermano. —Johanna torció el gesto—. Además, ¿a quién le interesa un buen partido? A mí no, desde luego. Lo digo con la mejor intención hacia Peter. Con la producción de animales de cristal ganaría cien veces más que con sus soldados heridos y sus criaturas accidentadas.

Al abrir la puerta del taller, Johanna notó dentro de sí cierta resistencia. Le habría encantado dar media vuelta y... ¡bah, hacer cualquier otra cosa! Todo menos platear o envolver feos objetos de vidrio en el taller sofocante. Cedió el paso a Marie, que se dirigió con andares decididos hacia la mesa de pintura. Meneando la cabeza, observó a su hermana, que se quitaba la chaqueta mientras caminaba, como si ardiera en deseos de ponerse a trabajar.

Ruth pasó con la barbilla muy alta junto a los sopladores de vidrio, un «buenos días» dirigido a la estancia fue su único saludo. Su hermana parecía no haber perdonado aún a Thomas su poco imaginativo regalo, constató Johanna satisfecha. Repasó la estancia con los ojos en busca de Griselda, pero a la viuda Grün no se la veía por ninguna parte. Según Peter, su casa estaba helada, seguramente la estufa rota

le habría provocado un buen resfriado.

Tampoco había rastro de Wilhelm Heimer. De pronto Johanna se sintió un tanto perdida. Pero ¿qué hago yo aquí?, le pasó por la mente. Para entonces, Marie había abierto con absoluta naturalidad los botes de pintura que tenía delante. Ruth estaba charlando con Eva y parecía admirar su nuevo pasador para el pelo. Sarah, con su típico paso de tortuga, entró procedente del almacén con los brazos llenos de cajas de cartón dobladas. Y los tres hijos Heimer estaban, como siempre, inclinados sobre sus mecheros, el siseo de sus llamas ya las había saludado al entrar. Todos tenían algo que hacer, salvo ella.

Thomas se volvió.

—Mi padre llegará más tarde, está en Sonneberg —informó sin fijarse en Johanna. Al ver a Ruth junto a Eva, se levantó y fue hacia ella, sin preocuparse de Johanna o decirle lo que tenía que hacer.

¿Y ahora qué? Johanna se puso a doblar cajas con Sarah. La viuda Grün estaba en la cama con fiebre muy alta, le informó Sarah, y a continuación se encerró en un taciturno mutismo. Estuvieron doblando cajas hasta que ya no quedó sitio encima de la mesa. Tras una mirada a la docena larga que se apilaba también en el suelo, Johanna dijo:

—¡De momento, vale! Seguro que hay labores más urgentes.

Sarah siguió como si no hubiera oído nada.

¿Sería esa chica tan simple como parecía? Johanna, enervada, fue a la mesa de azogado donde esperaban el plateado al menos tres docenas de copas de cristal. ¡Acabáramos!

Con renovada laboriosidad colocó la llave de la tubería de plata en la abertura de la primera copa. Entonces se dio cuenta de que en la botella que colgaba de la pared no había disolución de plata. La botella solo contenía el agente reductor. Sin saber qué hacer, clavó la vista en las botellas de amoníaco acuoso, alcohol etílico y nitrato de plata. Heimer mantenía en secreto la receta. Griselda era la única que conocía las proporciones en que debían mezclarse los ingredientes junto con agua y algo de glucosa como agente reductor. Era verdad que los artículos de cristal del taller de Heimer lucían un plateado muy homogéneo. En otros, que utilizaban ingredientes impuros o un agente reductor inadecuado, la plata se veía irregular y dejaba pequeñas áreas desnudas en el cristal. Pero ahora quedaba de manifiesto la otra cara del secretismo de Heimer: sin el baño de plata de Griselda, todo el trabajo se estancaba.

—¿Qué haces aquí parada como un buey ante la puerta del establo?

Johanna se volvió como una flecha. Heimer. ¿Cómo podía surgir así, de la nada, un hombre tan gordo?

—Yo... es que no queda solución de plata —respondió con voz insegura.

—¿Y ahí? —Heimer señaló a Sarah, de la que ahora solo se veía la cabeza por detrás de las cajas apiladas—. ¿No se te ha ocurrido echarle una mano en lugar de quedarte mirando la botella vacía? ¡Porque a mí me parece que hay mucho que hacer!

—Meneando la cabeza se alejó con pasos pesados—. ¡No se te paga por estar parada, señorita mandona! —añadió moviendo el índice en el aire con gesto de censura.

Johanna se sentía atosigada, las miradas furtivas de los demás le abrasaban los hombros. ¡Cómo podía sermonearla de ese modo... y encima injustamente!

—Mejor un trabajo de mujeres mandonas que este cuchitril —murmuró entre dientes.

Heimer se detuvo en seco.

—¿Qué has dicho?

Como es lógico, en ese momento Johanna debería haber contestado algo parecido a «nada, nada, todo está bien». Del mismo modo, habría podido acudir presurosa junto a Sarah en la mesa de empaquetado y seguir plegando cajas de cartón innecesarias. Pero no lo hizo.

Peter cerró la llave del gas. Sin la llama cantarina, un silencio paralizador se adueñó en el acto de la estancia. Mientras se sentaba a la mesa con Johanna, lanzó un último vistazo al par de ojos de cristal a los que aún tenía que pintar las venas. A la mañana siguiente vendría a recogerlos un correo. Seguro que su paciente los esperaba con impaciencia. Tendría que trabajar toda la noche para terminarlos, pero le daba igual. Johanna le necesitaba. ¡Aunque esa mujer testaruda jamás lo reconocería!

—¡Vamos, no me hagas sacarte las palabras con sacacorchos! ¿De verdad le dijiste a la cara lo de cuchitril?

Johanna asintió, reflejando en su rostro esa mezcla de tozudez y desafío que la caracterizaba.

—No tolero que me llamen vaga. A fin de cuentas, fue culpa suya que yo no tuviera nada que hacer. ¡Por Dios, si era la pura verdad! ¡Tendrías que haber visto cómo explotó! Por un instante pensé que se iba a desplomar muerto, tan colorado de rabia estaba.

A Peter no le costó imaginarlo.

—¿Y después?

—Empezó a insultarme. Que era una desagradecida, etcétera, etcétera. —Se encogió de hombros—. Desagradecida, ¡bah! Yo le dije que a mí no me regalaba nada. ¡Que más bien le regalaba yo a él, concretamente mi tiempo de trabajo! Y que no tenía ninguna razón para estarle agradecida, porque se había aprovechado de nuestra situación para conseguir obreras baratas.

Peter enarcó las cejas. Eso pasaba de castaño oscuro. No le extrañaba que Heimer la hubiera puesto de patitas en la calle.

—Lo que dijiste suena a palabras de Karl Marx, que siempre hablaba de la explotación de los obreros.

Johanna lo miró de reojo, preguntándose si se estaba burlando de ella.

—Yo no conozco a ningún Marx. ¡Pero no pienso dejar que me tomen por tonta, maldita sea! ¿Qué habrías hecho tú en mi lugar?

Peter la observó por encima de la mesa.

—Con sinceridad, no lo sé. Quizá habría mantenido la boca cerrada, o puede que no. En cualquier caso, estoy contento de ser mi propio patrón y no verme en una situación parecida.

—Pero ¿un poco sí que me entiendes, verdad? —oyó que le decía ella con tono de

desamparo.

Peter no pudo evitar la risa.

—¿Qué quieres que te diga? Difícilmente puedo alabarte por que te haya despedido Wilhelm Heimer, ¿no?

No tenía por qué saber que en lo más hondo se sentía orgulloso de ella. Pero ¿qué consecuencias tendría ahora para ambos la falta de trabajo de Johanna?, se preguntó en ese mismo momento.

Ella se levantó.

—Si también tú te pones en mi contra, me marcharé ahora mismo —señaló, acercándose a la ventana. Miró hacia su casa.

—Ruth y Marie se lanzaron contra mí hechas una furia en cuanto regresaron del trabajo. Ruth dijo que ponía en peligro nuestro sustento. Y Marie me llamó víbora respondona. —Mantén la espalda penosamente erguida—. ¡Qué maldad tan grande! Cuando solo me limité a decir la verdad.

—Ven y siéntate. —Peter fue al fogón y tomó una cazuela que había calentado mientras hablaban—. Ahora vamos a comer; ya pensaremos luego en lo que debemos hacer.

Johanna iba a negar con un gesto, pero llegó a su nariz el olor a carne de puchero. Se le hizo la boca agua. Antes, en casa, no había conseguido probar bocado. Pero, en cuanto Peter colocó el plato ante ella, se dio cuenta de lo hambrienta que estaba. Empezó a comer a cucharadas antes de que él se sentase ante su plato. Cortadas de manera tosca, judías verdes, carne y patatas nadaban en una salsa de color dorado. Él, al contrario que ella, lo tenía todo bajo control.

Johanna depositó la cuchara en el plato con tanta brusquedad que la salsa rebosó.

Peter la miró enarcando las cejas.

—Pero ¿qué bicho te ha picado ahora? —Y al no recibir respuesta continuó—: Si te soy sincero, a mí este asunto no me parece tan malo. Desde el principio me desagradó que te mataras a trabajar para Heimer. Una mujer como tú... y ese viejo tarugo. —Meneó la cabeza—. No podía salir bien.

—Quizá tengas razón. —Johanna le dedicó una intensa mirada—. Creo que la pelea se cernía en el ambiente, como una tormenta. Si no hubiera descargado hoy, lo habría hecho en el nuevo año a más tardar.

La idea pareció gustarle, pues su expresión se animó. Tras recoger su cuchara, siguió comiendo.

¡Ahora! Había llegado el momento en que podía reanudar sus preguntas.

—Algunas tormentas limpian el aire, eso dicen —opinó—. ¿Quién sabe? A lo mejor encuentras la manera de reconciliarte con el viejo. —Peter contuvo la respiración.

Johanna alzó la vista.

—¿Reconciliarme? —preguntó sin comprender—. ¿Crees acaso que voy a arrastrarme a sus pies? ¡Antes prefiero morirme de hambre! —exclamó apartando el

plato.

Él tomó su mano por encima de la mesa.

—¡Johanna, ven conmigo a mi taller!

El brazo femenino se puso rígido.

—Tú y yo trabajamos bien juntos, reconócelo.

Pero ella no reaccionaba. Él soltó su mano.

—¡Ay, Peter! —Le dirigió una extraña mirada de desesperación—. Lo dices con buena intención, pero en realidad no me necesitas. Hace mucho que has organizado tu vida solo.

Peter siguió el gesto de su mano y contempló su hogar con los ojos de ella: la reducida estancia, con ventanas únicamente delante y detrás. El espartano banco de trabajo con los ojos de cristal que miraban fijamente desde el dispositivo donde estaban colocados. La pequeña cocina con la mesa donde también recibía a sus pacientes. Al fondo, su cama; encima, colocada con descuido, la vieja colcha de retazos de su madre. ¡Maldita sea! ¿Por qué no tenía más que ofrecerle?

—¿Llamas a esto organizado? Esto es solamente el hogar venido a menos de un soltero. Aquí la mano de una mujer podría hacer milagros.

Y su amor...

—Así que debo ayudarte a embellecer tu hogar —replicó ella con sarcasmo—. ¿Crees que no sirvo para otra cosa? —rió amargamente—. Al parecer, nuestro padre era el único hombre que no nos consideraba tontas a las tres.

—¡Qué bobada!

Peter notó cómo el mal humor se adueñaba de él. ¿Por qué se lo ponía siempre tan difícil, una y otra vez?

—A lo mejor me he expresado mal. Sabes de sobra que te tengo en alta estima. Pero ahora no se trata de eso. Lo que quiero decir... Tú y yo... —La miró y se interrumpió.

Era inútil. Parecía que Johanna había tomado hacía tiempo su decisión. ¡No sabía lo que le rondaba por la cabeza, pero garantizado que no era él!

—Olvida lo que he dicho —descartó su oferta barriendo la mesa con un movimiento desdeñoso de la mano—. Tienes razón, puedo reformar mi taller solo. Y para fabricar animales de cristal, que me gustaría comenzar en el nuevo año, en principio tampoco necesitaré ayuda.

Vio cómo Johanna aguzaba los oídos. Por un momento, la decepción latió con menos fuerza dentro de su pecho. Más se asombraría ella cuando él empezase a ganar dinero con sus animales.

—Me las arreglaré solo. Y tú seguramente también.

No se le notó el esfuerzo que le costó pronunciar estas palabras, de las que no estaba muy convencido. Por todos los diablos, ¿cómo iba a salir adelante una mujer sola y sin trabajo? Pero Peter era un hombre que sabía cuándo había perdido una batalla. Y sabía además que a Johanna no se la podía obligar a nada: tarde o temprano

acudiría voluntariamente a él o no acudiría.

Intentó ignorar las sordas palpitaciones dentro de su pecho y se aproximó al armario. Volvió a sentarse frente a ella con una botella de kirsch y dos copas.

—Aún no podemos brindar por el nuevo año, pero sí por tiempos mejores. —Le sirvió una copa generosa.

Obviando la mirada asombrada de ella, levantó su copa como si fuera a beber con cualquier amigo.

Por primera vez en ese día, Johanna sonrió. Se miraron a los ojos y brindaron, y el malestar entre ellos se había disipado.

—No habrías podido escoger mejor momento para empezar a trabajar conmigo.

Friedhelm Strobel sonreía a Johanna desde lo alto de la escalera.

—Al hacer el inventario de fin de año conocerás cada artículo sin que tenga que sacarlo ex profeso del estante.

Johanna asintió. Cuando dos días después de Navidad llamó a la puerta del intermediario de Sonneberg y le preguntó si seguía en pie su oferta de otoño, esperaba poder comenzar a trabajar con él en el nuevo año, pero no tener que regresar al día siguiente. Aunque reconocía lo conveniente que era colaborar en el cierre del ejercicio. De hecho, tenía la sensación de conocer bastante bien el comercio de Strobel, aun así, con el deseo de no parecer petulante dijo:

—Ojalá no olvide dónde está colocado todo.

Y sin embargo podía evocar en su mente cada cajón, cada estante, junto con su contenido, que habían contado hasta entonces, sabía dónde estaban los jarrones de cristal y dónde los candelabros.

—Pues eso se puede evitar. —Strobel bajó de la escalera—. En la próxima estantería yo llevaré la lista y tú te encargarás de inventariar el contenido de los estantes. Estoy seguro de que así lo memorizarás todo mucho mejor. Y de paso, aprenderás a subirte a la escalera. —Soltó una risita—. ¡Eso parece causar problemas a las damas!

Johanna le entregó las listas y el lápiz con gesto hosco, y aproximó un poco más la escalera a la estantería siguiente.

—Yo no me mareo tan fácilmente, si se refiere a eso.

Cuando trepaba por los peldaños, un ligero estremecimiento recorrió su espalda. ¿Intentaría espiar por debajo de su falda? Con disimulo, lanzó una mirada hacia atrás. Strobel parecía enfrascado en la lista, pero en su rostro se dibujaba una sonrisa extraña. Johanna respiró hondo: para ser sincera, allí arriba estaba muy alta. Alargó la mano para agarrarse a la estantería.

—Bien. Llegamos a los tarros de porcelana.

La voz de Strobel había adoptado su acostumbrado tono profesional, que Johanna prefería diez veces más que la afectada manera de hablar que utilizaba continuamente. Abrió un cajón y comprobó con asombro lo que costaba hacerlo. Al contemplar su contenido, lo comprendió: estaba lleno hasta los bordes de tarros de porcelana.

—¡Son preciosos! —se le escapó.

Levantó lo primero que se le ocurrió, un tarro de porcelana de paredes tan finas que casi se transparentaban. En la tapa había pintada una escena de caza, las paredes estaban decoradas con pámpanos y ramas de hiedra. ¡Ojalá Marie pudiera ver esa pintura!

—¿Y bien? ¿Cuántos hay? —inquirió con impaciencia el de abajo.

Johanna volvió a colocar el tarro en su sitio y comenzó el recuento.

—Tres del seis ocho nueve, cinco del número seis nueve cero. —Cerró el cajón y abrió el siguiente. Más tarros, esta vez de porcelana calada, esperaban a ser incluidos en la lista—. Dos del seis nueve uno. Cuatro del seis nueve dos.

Cuando la joven se acostumbró a la altura de la escalera, el inventario fue tan rápido como antes con Strobel.

Terminaron con los tarros, y Johanna se giró hacia él lo mejor que pudo.

—Suponiendo que usted incluyera en el inventario más tarros de porcelana, ¿cómo habría que seguir numerando los artículos?

El número siete estaba reservado a las botellas de cristal, eso ya lo sabía, pues las habían contado esa mañana.

El intermediario levantó los ojos de su lista.

—Mientras trabajas, piensas, eso me gusta —señaló con aire ausente.

Sus labios esbozaron de nuevo esa sonrisa que Johanna juzgaba inclasificable. Intentó convencerse de que era benévola. ¿O se burlaba de ella? La respuesta de Strobel la arrancó de sus pensamientos.

—Si se añadieran más tarros de porcelana, comenzaríamos por seis ocho cero, pero añadiendo detrás una cuarta cifra, empezando por el cero. —Dio una palmada—. Bueno, basta por hoy. Terminaremos el lunes. Y entonces tendremos que confeccionar el balance final, para que los clientes puedan volver puntualmente a comienzo de año.

Johanna dirigió su mirada hasta el reloj de pared.

—¡No puede ser! ¡Ya son las seis! ¡Qué deprisa pasa el tiempo cuando se tienen cosas que hacer!

Y sobre todo, cuando el trabajo es tan interesante como este, se dijo contenta. Bajó de la escalera y se quitó el delantal.

—¿Estás segura de que deseas ir a casa? Como ya te he dicho, puedes disponer de tu habitación también en domingo, sobre todo ahora en invierno —le propuso Strobel girando la cabeza.

Al igual que cualquier otro día, depositó las listas del inventario en una caja fuerte cuya llave siempre llevaba consigo colgada de una larga cadena.

—Tengo que regresar a casa con mis hermanas.

Johanna no iba a pasar la Nochevieja en su habitación, más sola que la una. ¿O acaso se figuraba que iba a reunirse con él? Ardía de impaciencia por llegar a Lauscha. Seguro que Ruth y Marie querrían saber cómo le había ido en su primera

semana en Sonneberg. Y Peter. Cuando se enterasen de lo bien que se las había apañado, se quedarían estupefactas. Además, si no contaba pronto sus nuevas experiencias, explotaría. Eso seguro.

Strobel se disponía a cerrar la gruesa puerta de la caja fuerte y Johanna carraspeó.

—¿Sí? —Se volvió hacia ella.

—Mi paga —respondió con gran esfuerzo.

¡Qué penoso le resultó! Pero en el futuro se había propuesto exigir lo que le correspondiera.

Strobel soltó una carcajada.

—¡Cielos, he estado a punto de olvidarme de lo esencial! —Meneó la cabeza. Sus rodillas chasquearon cuando se puso en cuclillas para rebuscar en el interior de la caja fuerte.

Johanna, muy tiesa, se estrujaba las manos. Había llegado la hora de la verdad. Aunque el primer día había acordado con Strobel que cobraría su paga semanalmente y no mensualmente, su firmeza no había alcanzado para preguntarle por la cuantía. Y él tampoco había dicho una palabra. Más tarde, ella se enfadó por su pusilanimidad. Si ahora se llevaba un chasco como con Wilhelm Heimer, sería única y exclusivamente culpa suya.

—Toma. —Friedhelm Strobel se levantó y le puso en la mano un puñadito de monedas—. Diez marcos por tu primera semana, es decir, que tu salario será de cuarenta marcos al mes. —Y al ver que ella guardaba silencio, añadió—: Como es natural, tras el período de prueba percibirás algo más. Presuponiendo que para entonces sigamos juntos. —Otra de sus sonrisas afectadas.

Johanna tragó saliva. Diez marcos por semana. Cuarenta al mes. Después del período de prueba, más. Se mordió los labios por dentro para reprimir un grito de alegría. Strobel no tenía que figurarse que ella, una chica pueblerina, estaba a punto de caer de rodillas de puro agradecimiento. A pesar de que casi le apetecía...

—¿Cuánto durará el período de prueba? —preguntó.

Strobel fue hacia el mostrador y consultó el calendario del año siguiente.

—Si acordamos que sea medio año, tu período de prueba finalizará exactamente el veinticinco de junio. —Señaló la fecha con el dedo.

Johanna asintió, sintiéndose tonta.

—Le deseo una apacible salida y entrada de año —manifestó, esforzándose por mostrarse amable.

Quería finalizar a cualquier precio en perfecta armonía su primera semana de trabajo. Giró el picaporte. Strobel apagaba en ese momento las lámparas de gas, y a ella le costaba distinguir su figura en la oscuridad de la estancia.

—Gracias por el empleo —soltó antes de desaparecer.

Strobel la siguió con la vista, sonriendo.

Johanna Steinmann.

No había contado con que el año viejo le depararía un regalo semejante. Un regalo, ¡bah! Un lance del destino.

En lugar de cerrar y marcharse a su casa, se sentó en el sofá destinado a los clientes. Desde ese ángulo, infrecuente para él, dejó resbalar su mirada por la sala con orgullo de propietario. Al pensarlo, la encontró ciertamente imponente: no había estanterías de tablas como las de sus colegas, sino de maderas nobles como caoba y palisandro. Y nada de suelos de tablones desgastados por el uso, que crujían a cada paso, sino un lujoso parqué, que había mandado traer expresamente del sur de Alemania. No pudo evitar pensar en la carta de B. y en los pensamientos malévolos que había dedicado a continuación a su elegante comercio. ¿No lo había llamado atadura, una piedra al cuello? Todo pasado y olvidado, se dijo satisfecho. Ahora que estaba formando a Johanna para convertirla en una ayudante capacitada, todo era ya una mera cuestión de tiempo. A lo mejor —sabiendo que su tienda estaba en buenas manos— podría emprender en primavera un viaje de una o dos semanas. Si no, en verano como muy tarde podría aceptar la invitación de B.

Johanna se mostraba muy hábil. Él no esperaba otra cosa. Una mente ágil, unas manos laboriosas, ya las tenía. Todo lo demás, elegancia, gallardía y una pizca de cosmopolitismo se conseguirían con el tiempo, de eso ya se encargaría él. Una vez que Johanna hubiera pasado por su escuela, podría encargarse de cualquier tipo de clientes, fuesen arrogantes, dubitativos o sencillamente difíciles. De acuerdo, su desconocimiento de idiomas extranjeros supondría siempre un defecto, pero ni siquiera eso era definitivo. Un par de frases en inglés o francés —lo justo para un saludo— sí que podría aprender.

Johanna Steinmann.

Ella no era sencilla como las demás. Se humedeció los labios. A lo mejor no debería formarla *solamente* como ayudante en el negocio. Enfrascado en sus pensamientos, se mordisqueó un trocito de piel. Johanna Steinmann era una piedra preciosa sin tallar. Buen material de salida, quizá el mejor. Pero más, no. Los resultados dependían de él. Podía formarla y tallarla hasta la perfección. Su risita llenó el silencio de la tienda: él era un tallador de diamantes y Johanna su piedra preciosa. Es posible que todos pensarán que a él le interesaba el brillo. Cualquier cortacristales corriente podía lograrlo más o menos. Pero a él, a Friedhelm Strobel, le interesaba algo muy diferente: aristas y facetas nítidas.

Si lo deseaba, Johanna sería para él un dulce complemento a sus visitas a B.

Pero ¿lo deseaba en realidad?

Como el buen catador de vinos, que paladea unas gotas para evaluarlas, jugó con ese pensamiento, todavía inseguro de si conseguiría resistir sus críticas.

¡Qué grato era estar otra vez en casa!

Johanna recordó la parábola del hijo pródigo mientras Ruth servía platos y más platos y hasta sacaba, como por arte de magia, una botella de vino. No sabía cuándo había cocinado su hermana todo eso.

—No me parece bien que hagáis tantos aspavientos por mi causa. Lo creáis o no, en Sonneberg también hay comida.

—Sí, pero tras la larga caminata seguro que estás hambrienta y helada. Y a Peter le sucede lo mismo, ¿verdad? —Ruth se deslizó por encima del banco hasta Marie y ofreció la cesta de pan a su visitante.

—El trecho más largo lo he hecho en carro. Un fabricante de pizarrines me ha llevado en su carro hasta Steinach. Él pide mucho menos que el tren por un billete. Me ha ofrecido viajar con él todos los viernes si me apetece —informó Johanna—. Pero ha sido una sorpresa estupenda que me estuvieras esperando —le dijo a Peter, que se sentaba a su lado—. ¿Cómo sabías a qué hora iba a llegar a casa?

Él se encogió de hombros.

—Una jornada de trabajo en Sonneberg tampoco dura más que en Lauscha, no creas. —Se guardó muy mucho de contar que había pasado más de una hora esperando a la salida del pueblo.

—¡Uy, por poco se me olvida! —Johanna se levantó y fue a buscar su bolso—. He traído algo.

—¡Arenques en salazón! —Ruth batió palmas y casi le arrancó a Johanna el frasco de la mano—. ¿Y ahora sales con esto? —Con el tenedor se sirvió en el plato un arenque y luego otro—. Es casi como en los viejos tiempos...

Durante un instante su comentario quedó suspendido en el aire como aliento frío. Siguió un penoso silencio. Aún les dolía recordar a Joost Steinmann.

Peter carraspeó.

—Y ahora, cuéntalo ya. ¿Cómo te ha ido en Sonneberg?

Johanna sonrió. Sus ojos pasaron de Peter a sus hermanas.

—Bien. —De pronto no sabía por dónde empezar.

—¿Bien? —le reprochó Marie—. ¡Queremos saberlo todo! ¿Dónde vives? ¿Cómo es Strobel? ¿Qué haces durante el día? Y, y, y... —Se inclinó cada vez más sobre la mesa hacia su hermana.

Johanna levantó ambas manos en un gesto de rechazo.

—Vale, vale. Os diré lo que hago: me levanto a las siete de la mañana. Después...

—Te levantas a las siete —la interrumpió Ruth secamente—. ¿Y quién te despierta? —preguntó guiñando un ojo a Marie.

—Nadie. Lo creas o no, ahora que ya no tengo a nadie en quien poder confiar por la mañana, no sé cómo, pero me despierto sola. A pesar de que aún me resulta infernalmente difícil —contestó con una mueca.

—Vaya, eso suena casi como si yo hubiera tenido la culpa de tu curda matinal —replicó Ruth, mordaz.

—Déjate de bobadas —repuso Johanna con una sonrisa conciliadora.

Marie hizo un gesto de desdén; todo eso no era una novedad.

—Vamos, sigue contando. ¿Cómo es tu habitación?

—Pequeña, pero muy bonita. Tiene una cama con un auténtico edredón de plumas. Debajo de la ventana, que da al patio, hay una silla y una mesa. Las paredes están empapeladas con papel pintado, con un dibujo en azul y blanco. Luego hay un espejo, y todas las mañanas la doncella me trae una palangana de agua caliente. Así puedo lavarme en la habitación.

—Vaya, también hay doncella —constató Ruth, envidiosa.

Johanna decidió no mencionar de momento el jabón de lavanda de inigualable aroma.

—Se llama Sybille Stein y es el extremo opuesto a Edeltraud. Delgada como una cabra y apenas mayor que yo. Es de la vecindad. No vive en la casa, sino que llega todas las mañanas a las seis. Entonces enciende el fuego en la cocina, calienta agua y prepara el desayuno. Entretanto pasa al almacén y abre los postigos y enciende las lámparas, de manera que cuando llegamos nosotros todo está ya iluminado.

—Y Strobel, ¿dónde duerme?

—Tiene la vivienda en el primer piso, pero yo nunca he estado allí. Mi habitación está justo detrás de la tienda, junto a la cocina.

—Y está muy bien que sea así. No me gusta nada en absoluto que pases la noche en una casa con un hombre desconocido. —Los ojos de Peter echaban chispas.

Ruth sonrió divertida.

—¿Estás celoso? Para ser sincera, a mí también me inquietaría.

—Las dos primeras noches me sentí un poco rara. A fin de cuentas nunca había pasado la noche sola en una habitación. Escuchaba cualquier sonido extraño —reconoció Johanna—. Pero, en el fondo, no tiene importancia. Casi todas las criadas y doncellas tienen que dormir en casa de sus patronos —dijo encogiéndose de hombros; ella tampoco habría pensado que pudiera acostumbrarse tan deprisa a una habitación que no fuera la suya, con olores y ruidos desconocidos.

—¡Y bastantes criadas son despedidas con una buena barriga!

—¡Peter! —Marie se ruborizó, Ruth soltó una risita.

—Es la verdad. Y es mejor hablar de ello que encontrarse luego con el daño hecho. Durante años, Joost extendió sus alas sobre vosotras para que no os sucediera

nada. Por eso no es de extrañar que sepáis menos de la vida que cualquier otra mujer. Seguramente tú no te darías cuenta si Strobel maquinara algo turbio contigo.

Johanna meneó la cabeza.

—Qué estupidez. ¿Nos tomas por tontas? Si Friedhelm Strobel maquinase algo malo, yo lo advertiría. Pero es el hombre más honesto que se pueda imaginar. —De momento ocultó que, a pesar de todo, siempre se sentía un poco incómoda en su presencia—. Además tengo una llave y todas las noches cierro mi habitación. Me lo aconsejó el mismo Strobel. Dijo que unos granujas habían entrado una vez a robar en su almacén. Por eso, si volvía a ocurrir, yo no debía correr el menor peligro.

Miró inquisitiva a Peter y a sus hermanas. Eso bastaría para probar la honestidad de Strobel, ¿no?

—A lo que íbamos —prosiguió—, durante el desayuno, Strobel lee el periódico, sin prestarme atención. ¡Lo que no me enfada en absoluto!

Los demás rieron.

—Cuando el reloj da las siete y media, dobla su periódico. Es la señal del comienzo de la jornada. Aunque esta semana la tienda ha estado cerrada para los clientes, nosotros hemos trabajado todo el día.

Comenzó a describir el inventario. Enumeró todo lo que se ocultaba detrás de los estantes y cajones; los ojos de Ruth comenzaron a brillar.

—Peines tallados a mano, pasadores de asta para el pelo y polveras... Parece como si esa tienda fuera una enorme cámara del tesoro. ¡Lo que yo daría por poder tomar prestada siquiera una vez una de esas preciosidades!

En cuanto hubiera ahorrado un poco de dinero, le regalaría alguna cosita a Ruth, se propuso Johanna. ¿Le haría Strobel un precio especial?

—Si vieras los numerosos objetos de cristal y porcelana pintados, se te abrirían los ojos como platos —señaló Johanna a Marie—. Solo ahora puedo ver lo que fabrican un día sí y otro también los otros sopladores de vidrio. En parte es una auténtica maravilla, os lo aseguro. —Se incorporó más en la silla—. Pero ahora, contadme: ¿cómo os han ido las cosas a vosotras?

Sus hermanas se miraron.

—Parece que Heimer no ha tomado a mal el enfrentamiento contigo. Al menos se comporta igual que siempre. Y el trabajo es el mismo, por supuesto. —Ruth se encogió de hombros—. ¿Y qué más? Nada.

Mientras Peter estuviera presente, no diría una sola palabra de Thomas.

—¿Cómo está Griselda? —preguntó Johanna.

—Sigue enferma. Una semana entera sin trabajar, seguro que echará en falta el dinero.

—La viuda Grün está acostumbrada a arreglárselas con poco —comentó Peter—. En vida de su Josef tampoco entraba mucho dinero en casa. Él se lo gastaba todo en El Águila Negra.

—¡Solo me faltaría un hombre que bebe en lugar de atender a su familia! —

replicó Ruth.

Peter abrió la boca, pero se tragó lo que tenía en la punta de la lengua.

—Pues si quieres saberlo, tu Thomas no es precisamente moderado con la bebida —soltó Marie, mordaz.

—Eso es algo completamente distinto. Dice que trabajar con la llama le da sed. ¿Cómo puedes compararlo con un borracho? —Ruth se revolvió como si le hubiera picado una tarántula.

—En mi opinión, todos los Heimer son unos borrachos —replicó Marie con tono despectivo—. Nuestro padre no bebía ni una gota de cerveza cuando trabajaba. Y por la noche, seguramente solo la mitad de lo que trasiegan los Heimer. ¡Es asqueroso cómo apestan a veces a cerveza en plena mañana!

—En cualquier caso, no me parece bien que Griselda no reciba el jornal por estar enferma. Al fin y al cabo, no tiene la culpa de que le haya dado tan fuerte. —Johanna cambió de tema antes de que el cruce de palabras entre sus dos hermanas degenerase en pelea—. No creo que a Heimer le hiciera mucho daño pagarle esta semana al menos parte de su salario.

—¡Qué ideas se te ocurren! ¿Qué le da ella cuando está enferma? ¡Nada de nada! Así que tampoco tiene por qué pagarle —replicó Ruth con vehemencia, como si estuviera en juego su propio dinero.

—A lo mejor no ha enfermado por culpa de la estufa rota, sino por el trabajo mismo —adujo Johanna—. Yo he tenido muchas veces dolor de cabeza por la noche debido al hedor de la disolución de plata.

—Espera y verás, pronto te dolerá la cabeza de tanta palabrería —la chinchó Peter.

Marie dio unas palmadas.

—¡Ahora, a callar! El año que finaliza no ha sido el mejor, pero a pesar de todo no vamos a pasar sus últimas horas discutiendo. ¡Eso solo nos traerá desgracias para el año que viene! —Y con un gesto expresivo ofreció a Johanna una rebanada de pan.

Mientras la untaba con mantequilla, Johanna se afanaba por hallar un tema de conversación que no suscitara opiniones tan encontradas.

La primera lección que aprendió Johanna de Friedhelm Strobel fue: «¡Vender es un arte!».

El primer día del nuevo año intuyó que detrás de eso había algo más que un mero «despachar artículos». Pero solo con el correr del tiempo comprendió con claridad que Strobel era un auténtico maestro en su profesión.

El intermediario conocía a todos los clientes por su nombre, sabía qué tipo de negocio tenían y lo que buscaban. Trataba de un modo tan individualizado a su clientela que en cada ocasión adaptaba el vocabulario y el tono de voz apropiados a su interlocutor. Había clientes con los que parafraseaba cada artículo en un lenguaje tan florido que Johanna tenía que morderse los carrillos por dentro para no soltar una carcajada. Sin embargo, con otros apenas se refería al aspecto de los objetos, sino a sus precios y a su fácil venta. A los clientes que sabían lo que querían, les dejaba todo el tiempo del mundo para elegir los artículos, mientras que apremiaba a los visitantes dubitativos a tomar una decisión. Al final, en su lista de pedidos figuraban exactamente los artículos que el intermediario había escogido para ellos, y todos se sentían felices y muy bien asesorados. Johanna no salía de su asombro.

Durante las primeras semanas le habría bastado con observar discretamente a Strobel y grabar en su memoria nombres y rostros. Pero la pericia de su jefe en el trato con los clientes la superaba, y se preguntaba cómo podía ayudarle en ese ámbito. Cuando sonaba la campanilla de la tienda, ella se escurría hasta el fondo con el mayor disimulo posible, y allí completaba cualquier listado o limpiaba el polvo de las estanterías, y solo salía si Strobel la llamaba, cosa que solía hacer. Y en cada ocasión a ella se le encogía el corazón.

—¿Qué significa esto? ¿Tienes algún motivo para esconderte como un ratón? —comentó enfadado el tercer día, cuando Johanna volvió a presentarse vacilante en el mostrador—. Eres mi asistente, así que compórtate como tal.

—¿Y cómo se comporta una asistente? —preguntó ella, venenosa.

Strobel sonrió, con esa sonrisa que no acertaba a interpretar bien.

—Pues asistiendo.

Johanna no rehuyó su mirada altanera, sino que levantó su barbilla y apretó los labios. Antes muerta que preguntarle qué significaba lo de «asistir». En lugar de eso, al siguiente repique de la campanilla de la tienda se apresuró a salir para saludar con un «buenos días» a los clientes, comerciantes de Hamburgo, según supo

inmediatamente después. Mientras Strobel estrechaba manos, ella se situó junto a la mesa donde se mostraban los catálogos y sujetó las sillas a los caballeros cuando tomaron asiento. Se preguntó si asistir incluiría también charlar sobre el tiempo, pero desechó la idea. No quería parecer ridícula. A una seña de Strobel fue a buscar el catálogo de los objetos de cristal y lo colocó ante el hombre de más edad, suponiendo que era el jefe. Además, sonreía todo el rato. Esto es lo que más le costó, porque al hacerlo se sentía bastante tonta. Pero a los caballeros pareció agradarles, porque cuando llegaron a las bomboneras con reborde dorado, el de más edad se giró hacia ella y quiso saber su opinión. Johanna no estaba segura de si lo hacía por mera cortesía o por auténtico interés, ni tampoco si era oportuna una respuesta suya. Miró insegura a Strobel, pero este, en vez de hacerle una seña, se observó ostensiblemente sus uñas mordidas. ¿Qué esperaba Johanna? En lugar de lanzar miradas furibundas a su patrón, intentó concentrarse en el contenido de la conversación precedente.

—Ya hemos recibido algunos pedidos de bomboneras con ribete dorado, parece que hay gran demanda. Pero... —vaciló un instante—. Si me permiten hacer una propuesta...

El más joven había mencionado momentos antes que las pasadas Navidades le habían rechazado un tipo determinado de floreros por su barroquismo, y ahora los tenía cubiertos de polvo en los estantes.

—Yo recomiendo estos sencillos de aquí. —Johanna señaló con el lápiz el dibujo correspondiente en el catálogo—. Por una parte son elegantes, y por otra, menos... ostentosos que los de reborde dorado. —Le costó evitar el temblor de su voz.

—Señorita... —El más joven dirigió una inquisitiva mirada a Johanna.

—Johanna —respondió ella con un hilo de voz.

—La señorita Hanna tiene razón. En vista de la nueva tendencia a la sencillez de nuestra *clientèle*, deberíamos moderarnos en lo tocante a los barrocos adornos dorados —propuso el más joven—. Tengo la impresión de que esta temporada está *en mode* la sencillez.

El más viejo asintió.

—Bien. En ese caso pondremos tres docenas de bomboneras con pie, sin adornos, forma alta, tallo esbelto —confirmó Strobel, anotándolo en su lista. Luego abrió la página siguiente del catálogo y dirigió a Johanna una mirada de aprobación.

Ella le devolvió la mirada, los labios fruncidos con sorna, esperando que nadie pudiera notar el enorme alivio que sentía.

Las semanas siguientes pasaron volando. Muy pronto, Johanna estuvo tan inmersa en su nuevo ritmo de vida que ya no podía imaginar no haber trabajado nunca en Sonneberg y con Strobel. Los fines de semana en Lauscha le alegraban sobremanera y disfrutaba de cada minuto con Marie y Ruth, pero también le regocijaba la llegada del lunes. Con Strobel no había dos días iguales. Y pese a que no paraba de aprender,

a menudo seguía sintiéndose boba e ignorante, aunque sabía disimularlo. A lo mejor se debía a su propia exhibición de aplomo, y a que Friedhelm Strobel pareciera dar por sentado que ella era capaz de enfrentarse a cualquier tarea. Al principio sudaba lágrimas de sangre cada vez que él —como hiciera con los comerciantes de Hamburgo— la ponía a prueba. Pero en el transcurso de las semanas su inseguridad se redujo. El comerciante reforzaba su nueva seguridad en sí misma, aunque a Johanna no siempre le gustaban sus métodos.

—Los clientes son como putas —le dijo en cierta ocasión—. Están disponibles para cualquiera. Si tú no te encargas de ellos, lo hará otro —informó mirando con dureza a Johanna—. Con un cliente puedes permitirte todo, pero todo de verdad, salvo una cosa: dejarlo marchar sin haber cerrado un negocio.

Pronunció estas palabras con tal vehemencia que Johanna no se atrevió a preguntarle por las consecuencias de ese comportamiento. Lo que sin embargo no quería decir que ella no se atreviera a hacer preguntas, pues sucedía justo lo contrario: si se fijaba en alguna peculiaridad en una venta, le preguntaba después a Strobel.

—¿Por qué apartó usted las cucharas de madera tallada que tanto le gustaron al señor Hallweger? Seguro que habría comprado dos docenas por lo menos sin demasiada insistencia —quiso saber ella, por ejemplo, cuando el comerciante de Constanza abandonó la tienda.

A Strobel pareció alegrarle su pregunta.

—Vender es un continuo toma y... —Aquí siguió una de sus pausas dramáticas—. Daca. —Y al captar la expresión de incompreensión de Johanna, explicó—: El cliente no debe tener jamás la sensación de que todo espera a él y a su dinero —sonrió sardónico—. Por el contrario, si puedo transmitirle que mi mercancía tiene más valor que su dinero, él será como medio kilo de manteca en mis manos: blando y adaptable. —La miró con aire astuto—. ¿Por qué voy a venderle unas simples cucharas de madera si él va a soltar con idéntico agrado más dinero por las caras de nácar?

«Putas». «Manteca en las manos». ¡Brrrr! Por fáciles de retener que fueran sus comparaciones, deseaba que Strobel dejase de utilizar esas palabras tan feas. Ella no sabía si se debía al talento de su jefe para la venta o a sus groseras comparaciones, pero el caso es que a partir de entonces Johanna intentaba valorar al cliente desde que entraba. ¿Era de los decididos? ¿O de los dubitativos? ¿Quería mercancía barata o elegantes piezas únicas? ¿La incluiría en la conversación o la ignoraría, orgulloso? Cuanto más tiempo practicaba este juego, con mayor frecuencia acertaba en sus apreciaciones.

A pesar de que su trabajo no suponía una actividad física dura, por las noches estaba tan agotada como si se hubiera pasado la jornada acarreado piedras. Solían cerrar la tienda hacia las siete de la tarde y a continuación pasaban a la cocina para cenar

juntos. Allí Sybille preparaba la cena antes de marcharse. Platos fríos, acompañados de pan y vino. Al principio, cuando Friedhelm Strobel le ofrecía la botella, Johanna la rechazaba. No estaba acostumbrada a beber vino y le daba miedo emborracharse, pero como se lo ofrecía todos los días, ella terminó aceptando que una noche le sirviera media copa.

—¿Y bien? ¿Te gusta este vino exquisito? —quiso saber Strobel en cuanto ella dio un sorbo.

—Sabe ácido. —Johanna optó por ser sincera. Después de que Strobel no reaccionase ni con horror ni con enfado, añadió—: Y en cierto modo, a madera. —Tomó otro sorbo—. Pero, por lo demás, está muy rico —recalcó por fin no muy convencida, para no enfadarlo del todo.

El intermediario se mordió un padastro del pulgar y torció la boca con sorna.

—Hay cosas, querida Johanna, en las que la satisfacción reside en la repetición —dijo, tendiéndole la botella por encima de la mesa.

Ella la aceptó, agradecida. No creía que el sabor del vino mejorase por beberlo con frecuencia, pero se calló.

A partir de entonces, Strobel le sirvió todos los días media copa de vino tinto sin preguntarle. Y en efecto: sin que Johanna fuese consciente de ello, fue acostumbrándose poco a poco a su sabor.

El vino no era la única novedad para el paladar de la joven: en lugar de alimentos sencillos como rebanadas de pan con manteca y toda suerte de platos de patatas, en casa de Strobel salían a la mesa extraños patés y quesos variados, de aspecto, a ojos de Johanna, no muy apetitoso. Las explicaciones de su jefe de que se trataba de un paté de hígado trufado o de un queso azul de leche de cabra solo ayudaban en parte: ¿qué demonios significaba «trufado»? No le apetecía nada comerse ese moho azul. Más de una vez recordó las cazuelas de sopa pegajosa de Wilhelm Heimer, en las que todos metían la cuchara. Ahora le costaba tanto esfuerzo comer como entonces. De ahí que su sorpresa fuese mayúscula al comprobar que esos alimentos extraños le sabían deliciosos.

—El vino le va muy bien a la terrina de caza —comentó una noche—. Su sabor a madera y el adobo de la carne saben a bosque. Acaso a bayas silvestres y hierbas aromáticas —añadió con inseguridad.

Strobel rio.

—El sabor a madera, querida Johanna, se debe a los toneles de roble en los que se almacena el vino durante unos años antes de que esté listo para beber. ¡Pero sí, tienes razón, las dos cosas juntas originan un aroma muy «boscoso»!

No le gustó ni su mirada escrutadora ni que la llamase «querida Johanna», pero, en fin, así era Strobel.

La cena nunca duraba demasiado. Al terminar, Johanna depositaba los platos en el fregadero y la comida sobrante en la despensa contigua. Él protestaba siempre, diciendo que eso era tarea de la criada a la mañana siguiente, pero ella sencillamente

no era capaz de dejarlo todo sin recoger. Luego, cuando iba a su habitación, los ojos le escocían de cansancio y los pies le dolían tras haber pasado el día entero de pie.

No tardaba mucho en apagar la luz y dormirse. Ya conocería Sonneberg, sus gentes y comercios en primavera, se consolaba.

Finalmente fue Strobel el que la indujo a salir.

—¿Qué haces después de cenar? —le preguntó un buen día.

Johanna levantó los ojos de su trucha ahumada.

—Nada —respondió, mientras apilaba en el tenedor rábano picante recién rallado.

El próximo viernes también compraría pescado ahumado para Ruth y Marie, decidió —. ¿Es que tiene más trabajo para mí? No existe el menor problema, yo...

Él negó con un gesto.

—No, mi pregunta era más bien general. Tienes llave de la puerta trasera, ¿por qué no la utilizas de vez en cuando? Porque Sonneberg no se compone solo de mi casa, ¿sabes? —añadió, irónico, con un ademán ampuloso—. Ya va siendo hora de que aprendas algo más del mundo. Que en esta ciudad es bastante pequeño, créeme. ¿Por qué no vas alguna vez a una pastelería? ¿O te compras un vestido nuevo? ¡O cualquier cosa que te alegre el corazón! Algunas tiendas están abiertas por la tarde, cuando cerramos. ¿O es que no te alcanza el salario? ¡Ah, quizá sea esa la causa! —Y se dio una palmada teatral en la frente.

Johanna observó, con el ceño fruncido, cómo Strobel se levantaba, se acercaba al aparador de la cocina y regresaba con un billete.

—¡Toma! ¡Acéptalo! Ya ha transcurrido la mitad de tu período de prueba, así que te mereces un pequeño premio. Pero solo —volvió a retirar la mano— si de verdad te compras algo con esto y no te lo llevas todo a Lauscha para tus hermanas.

Strobel, además de insistir para que aceptara el dinero, le dejó libre la tarde del miércoles siguiente. Así que a Johanna no le quedó más remedio que salir, con el corazón palpitante.

—Quien quiera vender bien, tiene que saber comprar. Solo el que entiende los anhelos de sus clientes puede satisfacerlos. Considera, pues, tu tiempo libre como una especie de formación profesional.

Cuando salió de la tienda, todavía resonaban en sus oídos las palabras del comerciante. Dos peatones enfrascados en una conversación acalorada y que por ello apenas se fijaban por dónde iban la empujaron. Corría el mes de marzo, y ya habían llegado a la ciudad los primeros compradores extranjeros. Indecisa sobre la dirección a tomar, Johanna se detuvo. ¿Debía ir primero a las abacerías, que visitaba los viernes

de regreso a casa? No, Strobel quería que conociera nuevas tiendas.

Al pensar en entrar en un establecimiento desconocido sentía cierto malestar. ¿Qué iba a decir? ¡No tenía ninguna experiencia en compras! Todo lo que ella y sus hermanas necesitaban para vivir lo adquirirían en la única abacería de Lauscha, desde los alimentos hasta las telas oscuras con las que confeccionaban sus vestidos. La señora Huber, la dueña de la tienda, sabía que las hermanas Steinmann no estaban muy bien de dinero y siempre les mostraba mercancías baratas, las caras ni siquiera las sacaba de la estantería. Ni a Ruth ni a ella se les habría ocurrido jamás preguntar a la señora Huber qué más guardaba en sus armarios.

Tenía que comprarse un vestido, había dicho Strobel. Johanna torció el gesto. ¡Si ni siquiera sabía cuánto costaba uno! Como es natural, siempre había apartado una parte de su salario. Pero no le apetecía tocar sus ahorros por un vestido. Cada céntimo que ahorraba incrementaba su sensación de seguridad. No quería volver a estar jamás tan necesitada como después de la muerte de su padre.

Temiendo que su jefe mirase por la ventana y la descubriera delante de la tienda, optó por marcharse. Cuando llegó a la plaza del mercado, escudriñó a su alrededor. Al otro lado vio en un escaparate blusas blancas, faldas y... ¿no colgaba justo allí el vestido azul con el que siempre había soñado? Johanna no pudo evitar pensar en Ruth: ¡ella no vacilaría tanto si estuviera en su lugar!, iría a la tienda con los ojos brillantes y muerta de impaciencia por examinar atentamente todas esas preciosidades.

Unas horas después, no solo se había enriquecido con un vestido de terciopelo azul que le sentaba como un guante sino con una nueva experiencia. Strobel tenía razón: vender era divertido, pero también comprar. Qué amable había sido la vendedora.

Sacó piezas y piezas de su almacén y se las enseñó. Y no solo la ayudó a probarse, sino que además le señaló las ventajas o los inconvenientes de cada prenda. Johanna estaba segura de que había hecho lo correcto al elegir el vestido azul. Se moría de impaciencia por probárselo en su habitación. La señora de la tienda de artículos de tocador también había sido muy simpática, a pesar de que únicamente le compró dos pequeñas pastillas de jabón para sus hermanas. El señor mayor de la papelería, sin embargo, se comportó como un grosero, por eso no le compró nada. Pensó, contrita, en sus ahorros, menoscabados en unas pocas horas. Por otra parte, no haría con frecuencia otra compra tan grande.

Emprendió el camino de regreso con una amplia sonrisa en el rostro. ¡Qué pena que no la hubieran acompañado Ruth y Marie!

—Bueno, ¿qué tal ha ido tu primera excursión al mundo de las cosas bellas? —quiso saber Strobel esa misma noche.

—Muy bien —contestó Johanna con escaso entusiasmo.

No se había puesto su vestido nuevo para cenar por los pelos, porque entonces el comerciante habría podido pensar que se arreglaba para él.

Strobel soltó una tosecita.

—Una buena representación, lo reconozco, querida. Pero soy perro viejo y a mí no me engañas. El brillo de tus ojos me revela que no has podido resistir la tentación.

Johanna frunció el ceño. Pero, al ver la sonrisa del hombre, también en su rostro se dibujó una involuntaria sonrisa.

—De acuerdo, me ha descubierto. Mi pequeña salida me ha divertido de veras.

Strobel parecía tan satisfecho como si acabara de cerrar un buen negocio.

La joven, tras una breve vacilación, preguntó:

—En realidad, ¿por qué era tan importante para usted que yo saliera de compras? —Y al comprobar que no contestaba, agregó—: Quiero decir que usted es mi jefe. No tiene ninguna obligación de mostrarse conmigo tan generoso con su dinero y con su tiempo.

—¡No, no, no! —Strobel, horrorizado, hizo un gesto de rechazo—. ¿No creerás en serio que a mí me interesaba procurarte un rato agradable?

Johanna tragó saliva. De repente temió resultar ridícula o que él se burlase de ella.

Friedhelm Strobel se inclinó sobre la mesa.

—Eres una mujer hermosa. Y lista. Lo que te falta es..., te lo diré con absoluta sinceridad, un poco de finura. No solo en la relación con mis clientes, sino también contigo misma. —Se levantó y caminó alrededor de la silla de Johanna—. Fíjate en tu imagen. Tu vestido parece cosido por unas manos torpes. La tela es tan áspera que no quiero imaginarme cómo se sentirá sobre la piel. —Se estremeció con exagerada repugnancia, y estirando el índice señaló la cabeza de la chica—. Y aquí... Ni una peineta, ni un prendedor brillante, un buen peinado no perjudicaría a tus cabellos, teniendo además ese brillo natural. Dios sabe que Sonneberg no puede compararse con ciudades de la moda como París o Milán, pero no por ello deben ir nuestras damas vestidas de estameña y cubiertas de ceniza.

—¡Muchas gracias por sus palabras! —replicó Johanna—. Ya me imaginaba que me había contratado usted por mi belleza.

A pesar de su comentario irónico, tuvo que tragar saliva. Tomó un sorbo de vino tinto e intentó ocultar su humillación. En ese instante no podía darse cuenta de que Strobel, en el fondo, no mantenía más que una conversación comercial, en la que se alternaban el toma y el daca. Ella solo percibió sus críticas, no sus cumplidos. Ninguna finura y un vestido cosido por unas manos torpes. Si lo oyera Ruth. ¡Con lo orgullosa que estaba de sus habilidades como costurera!

Strobel tomó la mano de Johanna en cuanto ella dejó en la mesa su copa de vino.

—Siento mucho haberte molestado con mi crítica. No era mi intención.

Mientras Johanna esperaba el momento oportuno para liberar su mano, Strobel continuó hablándole.

—En las semanas próximas vendrán clientes importantes, hombres de negocios que se mueven como pez en el agua por las metrópolis más grandes del mundo. La competencia no cesa, ni siquiera aquí, en Sonneberg. He de esforzarme para que otros intermediarios no me aventajen. Una asistente elegante y de modales distinguidos puede serme de gran ayuda —concluyó.

Johanna miraba obstinada al infinito. Sin querer, volvió a aparecer ante sus ojos la imagen del intermediario ofreciéndole trabajo después de la muerte de su padre: ella, elegante con un vestido azul de terciopelo, un lápiz en una mano y un cuaderno de piel en la otra. Las comisuras de sus labios se elevaron un poco. Bueno, gracias al vestido ya no estaba muy lejos de esa imagen.

Strobel escudriñaba con ojos de lince cada una de sus emociones.

—Depende de uno mismo cómo te observan los demás. Si una persona se convierte en algo. O si se la aborda con respeto y simpatía o se la considera un pequeño gusano. Si quieres tener éxito en el mundo de los grandes negocios, tienes que parecer exitosa tú misma, eso depende de uno. ¿Entiendes lo que te digo? — insistió.

La joven asintió. De hecho solo entendía parte de lo que le decía. ¿Ella, Johanna Steinmann, de Lauscha, exitosa? Pero ya adivinaba, aunque no habría podido expresarlo con sus propias palabras, el contexto más amplio al que Strobel quería ir a parar. Su crítica había espoleado algo en ella que desconocía por completo.

Algunos lo llamaban ambición.

Desde ese día, Johanna se daba una vuelta por Sonneberg al menos una vez por semana. Atribuía su nueva costumbre no tanto a la perorata de Strobel como al hecho de que a ella misma le gustaba rebuscar en las tiendas y disfrutar con los escaparates. Lógicamente no siempre compraba, pues ni su bolsillo ni su sentido del ahorro se lo habrían permitido, pero casi siempre regresaba a casa el fin de semana con minucias, como un paquetito de café para Ruth o unos lápices para Marie. En una ocasión le compró a Peter una gruesa libreta para que anotase cuántos animales de cristal había vendido; a pesar de que él gruñó algo parecido a «no me hace falta», a Johanna no se le escapó el brillo de alegría en sus ojos.

Inspirada por sus experiencias al salir de compras, comenzó a desarrollar su propio estilo personal en la relación con los clientes de Strobel. Abordaba a los visitantes con una seguridad en sí misma antes inexistente, aconsejaba o desaconsejaba, alababa y, en ocasiones, incluso criticaba una decisión de compra. Mientras tanto, las palabras brotaban de sus labios sin necesidad de meditarlas mucho. La mirada interrogante de un comprador pasaba cada vez con más frecuencia de Strobel a su asistente, que, además de guapa, tenía un gran olfato para los productos que se vendían bien. Y las sugerencias de Johanna se trasladaban a la hoja del pedido también cada vez con más frecuencia.

Esa nueva confianza en sí misma se reflejaba no solo en su trabajo sino también en su apariencia. Cuando se compró unos polvos para el pelo con aroma a violetas, la señora de la tienda le sugirió que no se limitase a peinarse echándose hacia atrás el cabello con tanta severidad, sino que se hiciera una raya al lado. ¿Por qué no probar algo nuevo?, se dijo Johanna. Y no fue consciente de lo que le favorecía ese peinado que acentuaba la armonía de sus rasgos. Tampoco eligió el pasador de pelo adornado con pequeñas piedras de vidrio porque destacaba el brillo de su pelo, sino sencillamente porque le gustó. Y les llevó uno igual a Ruth y a Marie.

En otro recorrido por las tiendas se fijó en que la mayoría de los vestidos expuestos ya no llevaban crinolina. La tela, que todavía se empleaba en abundancia, se sujetaba ahora con refinados drapeados, y los vestidos modernos iban cerrados hasta el cuello. Las telas delicadas acentuaban sobre todo la silueta, en lugar de mostrar piel. Johanna intentó copiar ese nuevo estilo cosiendo un pañuelo de seda al escote de su viejo vestido y recogiendo la falda con alfileres en varios sitios. Con esos cambios podría seguir poniéndose esa prenda cosida «con manos torpes», se dijo contenta. Nunca antes había dedicado tiempo a arreglarse. Su atractivo natural evolucionó hasta convertirse en una sencilla elegancia que a partir de entonces siempre la caracterizaría. Pero era demasiado modesta para darse cuenta de su propio florecimiento.

Sin embargo, la metamorfosis de Johanna era observada con suma atención en otro lugar: no había peinado o accesorio nuevo que Ruth o Marie pasaran por alto. No era desde luego la envidia la que inducía a ambas a lanzar pequeñas pullas, a veces incluso comentarios mordaces. Era, sobre todo, un miedo tan profundo como inconsciente, de perder a su hermana tras haber sufrido ya la pérdida de sus padres. También a Peter le costaba cada día más reconocer a la antigua y familiar Johanna tras esa fachada transformada y elegante. Tenía la sensación de que cada nuevo trocito de tela que llevaba pegado al cuerpo la alejaba más de él. Por primera vez en su vida, su firme convicción de que Johanna y él estaban hechos el uno para el otro comenzó a tambalearse.

A Strobel, por el contrario, los progresos de su ayudante le alegraban. Tampoco a él le pasaban desapercibidos los cambios, por mínimos que fueran. Adecuándose a la cercana primavera, la comparaba con una mariposa que primero ha de encerrarse en el capullo antes de reaparecer en todo su esplendor. Perturbar ese proceso significaría poner en peligro el desarrollo de la mariposa, esta necesitaba volar sin cortapisas para elevarse por encima del resto del mundo. En suma, necesitaba madurar.

Strobel, pues, esperaba. Esperaba y observaba. Entretanto comenzó un intenso intercambio epistolar entre Sonneberg y B.

El invierno, que se había demorado demasiado tiempo como un huésped insensible, se despidió definitivamente en la tercera semana de abril. Haces de primulas amarillas y delicadas escilas aparecían entre las hierbas viejas augurando la cercanía de la estación cálida. Las yemas de las ramas de los árboles, incapaces de contener su verdor virginal, estaban a punto de reventar. Los gatos, enfermos de amor, se deslizaban por las calles y con sus aullidos nocturnos impedían dormir a los habitantes de Sonneberg. La primavera era ya incontenible y los preparativos de la naturaleza se precipitaban. Estaba en el ser de las cosas que esta inquietud se trasladase también a los humanos.

A pesar de que por el día ya se podía deambular por el pueblo sin chaqueta, por la tarde y por la noche aún hacía un frío intenso, de modo que Ruth y Thomas —a falta de un lugar mejor— seguían encontrándose en el almacén de Heimer.

Ruth se pasó brevemente la lengua por los dientes para asegurarse de que no se le había quedado atrapado un trozo de pan de la cena. Luego comenzó a morder con suavidad los labios de Thomas. Ella no sabía cómo se le había ocurrido eso, se limitaba a obedecer sus emociones. Pequeños tirones del labio superior, luego un poco de carne del labio inferior. La piel de la comisura de los labios de Thomas era seca, casi quebradiza. La lamió espontáneamente y él le respondió con un gemido. El deseo lo avasallaba. Una sensación agradable se propagó por el vientre de la joven. Podría haber continuado eternamente con esos juegos, al contrario que Thomas.

De golpe, él acercó la cabeza de ella.

—Ahora vamos a besarnos de verdad —le susurró con voz ronca junto a su rostro.

Su boca cubrió la suya, y su aliento a cerveza, que antes había estado suspendido entre ellos como una nota aromática, la dejó sin aliento durante unos instantes. Su lengua se movió dentro de la boca de Ruth como un hierro al rojo y comenzó a presionar su paladar. Intentó echar hacia atrás la cabeza, pero él la sujetaba. Su embeleso inicial disminuyó.

Las manos de Thomas comenzaron a palpar su blusa. Ruth se escurrió hacia atrás, retrocediendo todo lo que pudo. Al notar la dureza del muro en los riñones, lo apartó con todas sus fuerzas.

Él la miró desconcertado.

—¿Ya estamos otra vez igual? ¡Ven aquí!

El corazón de Ruth latía con fuerza.

—¡Sabes perfectamente que no me apetece! —exclamó con tono de censura mientras empezaba a abrocharse la blusa.

Siempre lo mismo: ¡ella le daba el meñique y él quería la mano entera! Pero un poco después su ira se disipó y se sintió mal y desdichada. Las advertencias de Joost resonaron de nuevo en sus oídos: «Si una joven pierde su honra, ya no tiene nada en el mundo que sea exclusivamente suyo».

Thomas se levantó de golpe, recolocándose el pantalón.

—¡Es la última vez que me tomas el pelo! —exclamó con voz temblorosa, y se plantó ante ella con las piernas abiertas.

Ruth tuvo que esforzarse para no fijar la vista en el abultamiento tenso entre sus piernas.

—Llevas semanas enseñándome las tetas, pero cuando quiero tocarlas tengo que mendigar como un perro. Me enseñas las piernas, pero no me dejas ver lo que hay entre ellas. ¡Y mucho menos tocarlo! ¡Estoy harto! —Estrelló su puño contra la pared. Las estanterías de enfrente temblaron.

—Si los demás supieran que permito que me tomes el pelo —se estremeció al pensarlo—, no volvería a recuperar la alegría en toda mi vida. ¡Todos creen que hace mucho que tenemos relaciones!

—¿Qué tienen que ver los demás con nosotros? Supongo que no hablarás de lo nuestro con tus amigos. ¡Esto solo nos interesa a ti y a mí! —comentó Ruth, acalorada.

Por un instante barajó la idea de levantarse y marcharse. Quizá fuera mejor continuar la conversación cuando a Thomas se le hubiera pasado el enfado. Pero siguió sentada.

Él prosiguió, como si ella no hubiera abierto la boca.

—Me llamarían gilipollas, buey castrado. ¡Si te propones conservar tu virginidad hasta el Juicio Final, dímelo ahora!

Ruth dio un respingo como si le hubieran propinado un golpe en el estómago. Thomas nunca le había hablado con tanta brutalidad.

De repente casi le dio un poco de miedo. ¡Con cuánta impaciencia la acechaba! Igual que un animal irritado que hubiera tenido que luchar demasiado tiempo por un trozo del botín. Intentaba incorporarse lentamente cuando de pronto él cayó de rodillas ante ella.

—¿Qué más tengo que hacer para demostrarte mi amor? ¡Dímelo y lo haré! —suplicó—. Yo tampoco sé cómo agradar a una mujer, ¿cómo voy a saberlo? —Se encogió de hombros, desvalido; su apariencia amenazadora se había esfumado—. Si quieres, a partir de hoy nos reuniremos en otro sitio. Ya se me ocurrirá algo —añadió, rendido—. Dímelo de una vez, ¿cómo puedo complacerte?

Ruth alzó la vista, asombrada. ¡Ese tono era completamente nuevo! Sin saber qué replicar, se sacudió exageradamente la falda, como si tuviera que liberarla de polvo y suciedad. ¿Debía aprovechar ese momento favorable? ¿O era preferible seguir esperando a que a Thomas se le ocurriera solo la idea de...? ¡Pero entonces sería ella la que tendría que esperar hasta el Juicio Final!

Se acercó a él y apoyó ambos brazos en sus hombros.

—¿Quieres hacerme mujer? —Escogió estas palabras con todo cuidado.

Thomas asintió. Su mirada traslucía deseo.

Ruth no pudo evitar una sonrisa contenida. ¡Era evidente que Thomas ya creía haber logrado su propósito, ja!

—Estoy dispuesta a entregarme a ti. Y para ello no tienes por qué «complacerme» —declaró con una voz suave y dulce como la miel.

Ella deslizó las manos por los brazos masculinos. Sus labios recorrieron su mejilla hasta llegar a su oído derecho.

—Te quiero, Thomas Heimer. Tienes que ser mi hombre.

Apretó su vientre contra el sexo erecto del joven. Le temblaban las piernas, y se preguntó si no estaría yendo demasiado lejos. No quería en modo alguno volver a excitarlo en demasía. Con suavidad, pero también con determinación, se libró de su abrazo antes de que fuera a más.

Thomas no daba crédito a sus oídos.

—¡Ruth, Ruth, Ruth! —susurraba sin parar mientras le revolvía el cabello con las manos y aspiraba hondo el aroma a vainilla de sus polvos para el pelo—. ¡No tienes ni idea de cuánto he esperado esas palabras! —No muy sensible cuando se trataba de sus cambios de estado de ánimo, quiso arrastrarla hasta el suelo.

—¡Aquí no! —la voz de Ruth lo contuvo como un latigazo—. ¡No pensarás que voy a perder mi virginidad en este cuartucho miserable y polvoriento! —Ella dio un paso atrás—. Me acostaré contigo. —Ahora ella lo observaba fijamente, como si fuera un botín valioso—. Pero será en un lugar bello y romántico, digno del acontecimiento.

Él la miró, perplejo.

—Y te pongo otra condición más: que anuncies nuestro compromiso en el baile de mayo. ¡Porque únicamente entregaré mi virginidad a mi futuro esposo! —Levantó una mano, a modo de advertencia—. No me contestes ahora, tienes más de una semana para pensártelo, esperaré tu respuesta hasta entonces.

Cuando Johanna emprendió el camino de Lauscha, todavía brillaba un sol débil. Como todos los viernes, a la salida de Sonneberg la esperaba el fabricante de pizarrines, que la llevaba en su carro hasta Steinach. A lo mejor el hombre incluso habría aceptado llevarla a Lauscha, pero ella se negaba. Prefería disfrutar de la caminata de apenas una hora envuelta en el tibio aire de abril, en el que flotaba ya un perfume de embriagadora dulzura.

Por raro que sonase, necesitaba tiempo para su llegada a Lauscha. Por eso seguía sin utilizar el tren, aunque hacía tiempo que podía permitírselo. Pero en su mente tenía que recorrer las veinte millas. Cada vez con más frecuencia le asaltaba la sensación de que viajaba de un mundo a otro. Sonneberg implicaba novedades a diario, personas desconocidas, encuentros interesantes, grandes negocios. Lauscha era la patria, la bien conocida rutina. Johanna amaba ambas cosas, y como cada viernes esperaba con impaciencia el momento de reunirse con Marie y Ruth. No obstante, sus pensamientos retornaron a su última conversación con Strobel.

—Es posible que el próximo fin de semana tengas que quedarte en Sonneberg —le comentó al despedirse—. Espero a unos importantes clientes americanos. Mister Woolworth, así se llama el hombre, nos visita por segunda vez. El año pasado comentó que en su viaje de este año estaría al menos dos días en Sonneberg. Su ayudante ya nos lo ha confirmado por carta.

Johanna asintió. Había visto la carta con los sellos americanos medio borrados.

—Por desgracia, Steven Miles no pudo anticipar la fecha exacta de la llegada de Woolworth y él mismo.

¿Había sido una impresión suya o el intermediario denotaba una pizca de nerviosismo?

—Claro que me quedaré en Sonneberg el próximo fin de semana —contestó Johanna—. Pero solo si me cuenta qué tiene de especial el tal mister Woolworth.

Strobel se lo contó.

—Bueno, ante todo auguro un excelente y provechoso negocio —admitió risueño—. El año pasado compró cientos de muñecas, platos y candelabros de cristal, piezas todas del segmento de precio inferior, cierto, y aunque un grano no hace granero, ayuda al compañero. ¡Sobre todo en las cantidades que Woolworth encarga! Pero esto no es todo. Ese hombre es un acontecimiento en sí mismo. El idioma americano incluso ha dado nombre a la gente como él: lo llaman *self-made-man*. Es decir, que

sus padres eran cultivadores de patatas y él no aprendió ninguna profesión: ¡eso significa que ha conseguido medrar desde unas condiciones humildísimas! Ambición y quizá también afán de poder, eso es todo. —Strobel meneó la cabeza, asombrado—. Hay que imaginárselo: empezar desde cero y al final poseer una gran cadena de tiendas. Parece un cuento, pero es la pura verdad. ¿Y quién sabe todo lo que conseguirá todavía ese hombre?

Johanna nunca había visto al comerciante tan eufórico. Raras veces Strobel manifestaba admiración hacia otra persona. La semana próxima sería sin duda muy interesante, se dijo Johanna contenta.

Desde la lejanía vio a Peter. Como todos los viernes, la esperaba en la última colina antes de Lauscha. Ella lo saludó con la mano. Después se detuvo un momento y se frotó su tobillo herido. El cuero negro se ceñía a su pie como un guante. Por elegantes que fueran sus nuevos y graciosos botines, ¡no eran muy adecuados para caminar un largo trecho! Se acercó a Peter medio cojeando medio saltando.

—¿Y bien? ¿Qué tal tu semana? —preguntaron ambos al unísono, y se echaron a reír. Todos los viernes lo mismo.

—*Chacun à son goût!* —exclamó Johanna.

—¿Cómo? —preguntó Peter frunciendo el ceño.

—¡Es francés, señor mío! —Sonrió—. Esta semana han venido por primera vez clientes franceses —añadió a modo de explicación—. Al parecer, las carreteras vuelven a estar practicables.

—Espera a que haya más trenes, entonces esos viajeros del extranjero visitarán el país todo el año —refunfuñó.

—A mí me alegra cada nueva línea de ferrocarril. ¿Cómo, si no, van a transportar al mundo los artículos de cristal de Lauscha? —replicó Johanna. Luego le habló de su encuentro con los clientes franceses.

—En tu vida has visto a un matrimonio como los Molière. Él tiene por lo menos ochenta años. Le costó una eternidad recorrer el camino desde la puerta de la tienda hasta la mesa. Y ahora, a ver si adivinas la edad de madame Molière: ¡veinticinco años! Rubia como un ángel y bellísima —miró a Peter, esperanzada.

—Entonces no creo que se haya casado con él por sus lindos ojos —constató él con tono seco.

Johanna se echó a reír.

—Yo también pensé que a ella solo le interesa el dinero. ¡Pero tendrías que haberlos visto juntos! Se hacían arrumacos como dos tortolitos. A Strobel y a mí nos resultó muy violento. Y cuando se marcharon, Strobel manifestó: «*chacun à son goût*», que significa: al gusto de cada cual.

—Tú y Strobel parecéis entenderos muy bien. —Era imposible pasar por alto los celos que traslucía la voz de Peter.

—Eso quizá sea mucho decir. —Johanna intentó ser sincera—. En cierto modo ese hombre sigue siendo muy extraño para mí. ¡No quiero decir que me gustaría que cambiase! —añadió de prisa cuando la expresión de Peter volvió a nublarse.

—¿Cómo puede ser extraño para ti si os pasáis el día juntos? —preguntó, malhumorado.

Ella le dio un empujoncito.

—¡Es que no me entiendo con nadie tan bien como contigo! Y ahora, sigamos andando, que los zapatos me están matando. Me muero de ganas de quitármelos.

Escuchó sin gran entusiasmo a Peter, que le hablaba de un niño de ocho años al que le había ajustado un ojo de cristal la semana anterior.

—Cuando pregunté a los padres del chico por qué no habían acudido a un soplador de vidrio de la Selva Negra, que a fin de cuentas está mucho más cerca de Friburgo, me dijeron que vinieron a Lauscha por mi buena fama. —Parecía tan asombrado como si le costara creerlo.

Johanna lo miró de reojo.

—¿Quieres decirme por qué eres siempre tan increíblemente modesto? —preguntó irritada.

Para entonces, cada paso era un tormento. Solo quien se muestra exitoso, puede llegar a tener éxito de verdad resonaba como un eco en su memoria.

—¿Cómo que modesto? Por supuesto que me siento orgulloso de que se corra la voz de que hago bien mi trabajo. Pero no por eso tengo que fanfarronear como hacen otras personas. ¿O es que ahora te gustan los fanfarrones? Seguro que en la ciudad hay de sobra.

Johanna logró contener con esfuerzo una respuesta ácida, y preguntó, esmerándose por hablar con ligereza:

—¿Qué tal va tu producción de animales de cristal?

En lugar de aceptar su oferta de paz, Peter contestó, insolente:

—Eso no te interesa de verdad. ¿Qué son mis pocas docenas de animales de vidrio comparadas con vuestros grandes negocios?

Johanna apartó ostensiblemente la vista. Después de una semana de esforzado trabajo, Dios sabía que no quería pelearse con Peter por sus ideas provincianas.

—¿Dónde está Peter? —Ruth asaltó a Johanna en cuanto cerró la puerta.

—No le apetecía venir —contestó esta de pasada.

—Espero que no te hayas peleado con él. Ahora que solo lo ves los fines de semana y él... —La mirada de Ruth siguió a Johanna, que se agachó para desatarse las botas—. ¡Botas nuevas! —Peter había caído en el olvido—. Qué piel tan fina. ¡Y ese tacón!

—Gracias por vuestra calurosa bienvenida —contestó Johanna, con voz seca. Liberó su pie de la mano de Ruth y se quitó el segundo botín—. Estos chismes me están matando. —Introdujo la mano en su bolso y sacó sus regalos, esas dos no debían tener la impresión de que se irían de vacío.

Mientras Marie se abalanzaba sobre la caja de lápices pastel, Ruth observó escéptica el paquetito que le había entregado Johanna.

—Hen... nah —leyó atropelladamente—. ¿Y esto qué es?

—Son unos polvos que dan un maravilloso brillo rojizo a los cabellos castaños. La señora de la perfumería me informó de que proceden de la India, que allí los usan todas las mujeres. Hay que echarlos en un cubo de agua y aclararse el pelo con ellos.

Cuando el entusiasmo de las dos se calmó, Ruth comenzó a preparar la cena. Johanna la miraba con los pies levantados.

—¡Ay, cuánto me gusta estar en casa! —exclamó con un suspiro de satisfacción. Y a continuación, como todos los viernes, comenzó a hablar de la semana transcurrida.

—Strobel comentó que él también sentía mucho que el marido de Sybille Stein se hubiera roto la pierna. Pero que es imposible que ella salga de casa cada media hora para ver cómo está, que cuando cerramos la tienda a las doce en punto, la comida tiene que estar servida en la mesa. —Sin darse cuenta, la voz de Johanna había adoptado un tono de censura.

—¡Uy, si Heimer hubiera dicho eso! ¡Habrías echado sapos y culebras por la boca! —comentó Ruth desde el fogón.

—¡Qué tendrá que ver una cosa con la otra! —repuso Johanna, encrespada—. La crítica de Strobel fue justificada, porque lo que no puede ser es que encima tenga que ocuparme yo de la comida.

—¿Tan malo sería? —replicó Ruth—. ¿Es que te has vuelto demasiado fina para eso?

—¡Qué tontería! Es que... no es mi trabajo.

—¿Cuál es entonces tu trabajo? —Ruth caminó afectadamente de puntillas alrededor del fogón—. ¡Trabajo doméstico, qué asco! —Y volviéndose hacia Johanna, añadió—: Yo también he tenido que ayudar en la cocina a la vieja Edel, y no se me caen los anillos por eso.

Marie alzó la vista.

—Pero, si no recuerdo mal, después estuviste un día entero sin hablar con Thomas porque no te eximió de trabajar en la cocina.

—¡Fue por un motivo completamente distinto! —replicó Ruth con el mentón levantado.

Johanna estaba cansada para seguir discutiendo.

—Anda, dime, ¿qué preciosidades estás pintando? —preguntó a Marie.

—Es un boceto para un vaso pintado —contestó esta—. Heimer ha dicho esta semana que tenemos que seguir la moda, y la moda exige pintar el vidrio como si fuera porcelana.

—Es verdad. —Johanna se sintió aliviada por poder dar la razón a su hermana—. Aunque si Heimer se figura que con eso se adelanta a su tiempo, se equivoca. Según Strobel, el cristal pintado está muy visto, ya lo hacían los sopladores de vidrio el siglo pasado, ¿puedes creerlo? Por eso Strobel lo llama una *renaissance*.

La mirada de perplejidad de Marie indicó a Johanna que su hermana no comprendía ese concepto. A renglón seguido, para no volver a quedar como una marisabidilla, continuó:

—En cualquier caso, el cristal pintado tiene mucha demanda. Sobre todo los motivos de caza, pero también otras pinturas figurativas. A pesar de todo, a veces me pregunto en qué se gasta la gente su buen dinero. ¡Y en qué lugar del mundo terminan las piezas de cristal de Lauscha! Enséñamelo, anda —propuso entonces, y apartó el brazo de Marie para echar un vistazo a su dibujo.

Dos palomas se daban el pico posadas en una barra, debajo, en una cenefa ondulada, se leía: «Inseparables».

—¡Qué maravilla! —exclamó Johanna, admirada—. Parecen palomas de verdad.

Ruth colocó la tetera y se sentó a la mesa.

—El vaso es precioso. Pero lo que *madame* no se imagina es lo mucho que cuesta dibujar luego estas líneas finas —dijo Ruth, señalando el plumaje de las aves.

Esa crítica dejó indiferente a Marie.

—A lo mejor te ponen a empaquetar o platear cuando les llegue el turno a los vasos.

—¡Ja, lo que tú querrías es que nadie tomase los pinceles salvo tú!

De repente, Johanna, mientras escuchaba las burlas bienintencionadas de sus dos hermanas, se sintió extrañamente excluida.

—¡Thomas me ha invitado al baile de mayo, el próximo fin de semana! —soltó de pronto Ruth. Tenía las mejillas sonrosadas, y se deslizó sobre el banco hasta

situarse junto a Johanna—. ¡Imagínate, nosotras, las solteras, llegamos por fin al baile de mayo! Y eso no es todo, ni mucho menos. Hay algo más... —se interrumpió como si se lo hubiera pensado mejor—. ¡Ay, estoy tan nerviosa que apenas puedo dormir!

Johanna enarcó las cejas.

—No creo que sea tan excitante. ¿Y tú? —preguntó a Marie—. ¿Irás también a ese baile? —Las dos blusas para Ruth y Marie que llevaba en el bolso eran de lo más adecuado para esa ocasión, se dijo con alegría en su fuero interno.

—Claro que vendrá —contestó Ruth—. Iremos las tres. —Miró hacia la puerta—. En realidad, esperaba que Peter se pasara por aquí. Él... —Se mordió los labios—. No sé si debo revelarlo, pero se propone invitarte formalmente al baile de mayo. Incluso me ha preguntado qué flores son las que más te gustan. —Soltó una risita—. ¡Y me muero de impaciencia por ver qué tipo de ramo escoge Thomas para mí!

Marie sonrió y le propinó a Ruth un codazo en las costillas.

—¡Como si a ti te interesaran las flores!

Johanna las miraba alternativamente a ambas. ¡Algo flotaba en el ambiente! ¿A qué venían esos secreteos?

—Lo siento, pero para el baile de mayo no contéis conmigo. —Y al ver congelarse la risa de sus hermanas explicó deprisa todo lo relativo a la visita del hombre de negocios americano llamado Woolworth.

—Lo siento de veras —repitió.

Pero en realidad su pesar era limitado. Por supuesto que el baile de mayo habría sido una buena ocasión para lucir su vestido nuevo y mostrar a Wilhelm Heimer que se las arreglaba muy bien sin él. Pero después de acabar de enfadarse por los modales de Peter, no quería dejar que la llevase al baile. Además, era la primera vez que Strobel le pedía algo fuera de lo habitual. A Johanna le alegraba compensar por fin un poco su generosidad.

Comenzó a amontonar requesón con cebollino picado sobre una gruesa rebanada de pan negro. Tras una semana de manjares selectos, los viernes le apetecía la comida casera de Ruth. Dio un buen mordisco a su tostada y saboreó el requesón fresco con nata. Al cabo de unos mordiscos cayó en la cuenta de que el único ruido en la mesa era su masticación. Cuando alzó la vista, su mirada se topó con la de Ruth.

—¡Cuánto has cambiado, Johanna Steinmann! —dijo con tono gélido—. Y tú, deja de darme patadas por debajo de la mesa —increpó a Marie, antes de dirigirse nuevamente a Johanna—. Por primera vez desde hace mucho tiempo hay algo que celebrar, ¿y cómo reaccionas tú? Desentendiéndote del asunto.

—¡Pero si se trata de una fiesta de pueblo corriente y moliente! —Johanna, afectada, apartó la rebanada de pan—. En vida de padre, a ninguna de nosotras se le habría ocurrido la idea de asistir. ¿Es que no os acordáis? El primero de mayo, de camino a la iglesia, siempre nos burlábamos de los que se habían emborrachado con vino y cerveza la noche anterior. —Su sonrisa volvió a desvanecerse al contemplar la

expresión hierática de Ruth. Johanna suspiró—. Si la visita de esos clientes no fuera tan extraordinariamente importante... —se interrumpió al darse cuenta de que Ruth tenía los ojos llenos de lágrimas—. Pero, por Dios, ¿qué es lo que sucede?

En vez de contestar, Ruth se limitó a sacudir la cabeza con insistencia.

—Ella y Thomas van a prometerse en el baile de mayo —informó Marie a Johanna.

¡Maldita sea, así que lo de esos dos iba en serio! Apoyó su mano en el brazo de Ruth.

—Pero ¿por qué no me lo has dicho enseguida? Yo no lo sabía. Yo...

Antes de que pudiera seguir hablando, Ruth apartó la mano de Johanna.

—¡No quiero que asistas a mi compromiso! A una fiesta de pueblo corriente y moliente. ¡Y menos con clientes tan importantes como los de Strobel! —le gritó a Johanna—. ¡Y mírate! —Señaló la cabeza de su hermana—. Tu peinado. Tu vestido. Tus zapatos nuevos. ¡Todo nuevo! Nosotras no podemos competir con eso. Seguramente ya habrás encontrado en Sonneberg un montón de amigas que se pasean tan atildadas como tú. ¡Qué te importa a ti que me prometa o no! —Y con mano temblorosa se sirvió una taza de manzanilla.

El tranquilizador aroma de la infusión que se extendió por la estancia contrastaba sarcásticamente con la enconada pelea. A Johanna le recordó el olor a incienso de la tienda de Strobel. Las lágrimas le escocían bajo los párpados. ¡Qué terrible confusión! En lugar de hablar del inminente compromiso, y de su significado, habían generado una bronca sin motivo aparente.

—¿Cómo puedes decir tantas tonterías? Sabes de sobra que sois las dos personas más importantes para mí. Y que siempre me interesaré por vosotras. Y por lo que se refiere a esas supuestas «amigas»: ¿crees acaso que estoy en Sonneberg para divertirme? ¡Tengo que trabajar! ¿O crees que Strobel me regala el dinero?

Ruth, empecinada, se volvió bruscamente.

¡Claro, eso no quería oírlo! Tampoco mencionaba los regalos que todas las semanas recibía con tanta alegría, se dijo Johanna.

—Bien podías haberme dicho antes que Thomas iba a darte promesa de matrimonio en esa fiesta. Algo tan importante no se decide sin más ni más, creo yo. Si me hubieras dado un poco más de tiempo...

—¡Dejadlo de una vez, que parecéis gallos de pelea! —medió Marie—. ¿Por qué no dices simplemente que vendrás? —preguntó a Johanna—. Seguro que será una velada maravillosa para todas nosotras. —Su mirada suplicante era más que elocuente.

Johanna sonrió, dolida.

—¡Pues claro que iré! ¡Por nada del mundo me perdería el compromiso de Ruth! Ya se me ocurrirá algo con lo que apaciguar a Strobel. —De momento era incapaz de manifestar más euforia. Cruzó las manos con aire desvalido—. Solo que... ¿Por qué tiene que ser precisamente ese fin de semana?

—Porque el baile de mayo se celebra el 30 de abril —fue la contestación escueta de Ruth.

Se echaron a reír sin darse cuenta. Y a continuación, afortunadamente, pasaron el resto de la velada sin discutir.

Aquella noche Johanna permaneció mucho rato despierta, escuchando la respiración de sus hermanas. Los reproches de Ruth resonaban como un eco indeseado en sus oídos. ¿De verdad había cambiado? Ella creía que no. Al menos, por dentro seguía sintiéndose la Johanna de siempre. Solo que ellas no querían creerlo.

Se tumbó del otro lado y aplastó la almohada con la mejilla. ¿Por qué no preguntaba nadie cómo se sentía ella? ¿Durmiendo noche tras noche en una casa extraña y en una habitación extraña? Sola, sin tener a nadie con quien hablar. Ni a Ruth ni a Peter les interesaba que su aparente «cambio» guardase relación sobre todo con las burlas de Strobel sobre su antiguo aspecto pueblerino, y con que en el mundo de los grandes negocios había que tener otro aspecto que aquí, en casa. Tampoco valoraban que un fin de semana tras otro regresara lealmente, a pesar de que alguna vez le habría encantado quedarse en Sonneberg. En cambio no hacían más que lamentarse de su ausencia durante toda la semana. Sí, Ruth y Peter solo veían lo que querían ver. Poco a poco iba estando hasta las narices de los aspavientos ofendidos de esos dos.

Los hermanos Heimer, junto con otros mozos jóvenes del pueblo, estaban arriba en el bosque, talando un gigantesco abeto en medio de un tremendo alboroto. El viento tibio arrastraba las risas y gritos de los hombres hasta el pueblo, donde las mujeres se hallaban ocupadas con los preparativos de la fiesta. En el bosque, el trabajo se interrumpía cada pocos hachazos y una botella de aguardiente pasaba de mano en mano. También Thomas dio un trago antes de ceder la botella a su vecino. Luego miró a su alrededor, buscando. Se le tenía que ocurrir algo, había dicho Ruth. ¡Pffff! Arrugó la nariz. ¿Qué había dicho? «Cuando pierda mi virginidad será en un lugar cálido, limpio y seco. ¡Y romántico!». A pesar de la mirada soñadora que le había dirigido mientras hablaba, él se había preguntado, inseguro, si le tomaba el pelo o no. Pero Ruth lo decía en serio. Su vista se dirigió a un pequeño saliente en el que había un banco. El suelo estaba completamente cubierto de musgo y menos repleto de raíces nudosas que el resto del suelo del bosque. Ese mirador sería lo bastante romántico para la dama, ¿no?

A hurtadillas, se llevó la mano a la espalda. En cuanto los otros emprendieran el camino de regreso con el árbol de mayo, él depositaría su mochila con la manta dentro debajo del banco. Incluso había pensado en unas velas y cerillas... ¡Al fin y al cabo, deseaba ver lo que le entregaba!

Antes de darse cuenta, la botella retornó a sus manos. El aguardiente le abrasó la garganta.

Si por él hubiera sido, podrían haberlo hecho en el almacén. ¡Pero, por favor..., si Ruth lo quería romántico, sería romántico! Él sabía que en su lugar algunos de sus amigos hacía tiempo que habrían tomado por la fuerza lo que también él pensaba que se estaba retrasando en exceso. Pero él no opinaba igual. ¿No decían que un caballo bien domado era más dócil con su jinete que otro que había tenido malas experiencias la primera vez que le colocaron la silla?

Hizo una mueca. A pesar de todo, ¡menuda preciosa lagarta estaba hecha! La semana anterior había conseguido volver a darle largas, en el almacén, y además arrancarle la promesa de matrimonio. Ni siquiera él mismo sabía por qué permitía que Ruth lo mangoneara. Por otro lado, todo hombre tenía que pasar por el aro tarde o temprano. Y había peores mujeres para casarse que Ruth Steinmann, la hija de Joost. Ella era especial, desde luego. Como el primer premio en la competición de tiro. La comparación le gustó; ninguna de las dos cosas era fácil de conseguir, todos

los años le habían faltado al menos un par de puntos para ganar la copa. Bueno, a cambio, ¡pronto la chica más guapa de Lauscha sería suya!

Un golpe en el costado interrumpió sus divagaciones y un instante después Sebastian le puso el hacha en la mano. Dio un rápido trago de aguardiente y comenzó a pelar la corteza del tronco del árbol de mayo con golpes planos. ¡Ja, esa noche descubriría una desnudez muy distinta a la de un tronco!

Con dedos temblorosos, Ruth se abotonó su blusa nueva. ¡Se acabó, por fin!

Bañarse, empolvarse, lavarse el cabello y escoger la ropa le había costado más que nunca, pero quedó plenamente satisfecha con el resultado: admirada, dio vueltas delante del espejo, para que los diminutos botones de nácar captasen la luz de la lámpara. A Dios gracias y sin que sirviera de precedente, Marie y Johanna no le habían disputado la tina y el sitio delante del espejo, ambas sabían que era su día.

Sin embargo, lo que no sabía ninguna de las dos es que ese día tenía que pasar algo más. Y concretamente después de la fiesta, que en cierto momento pretendían abandonar juntos sin que les vieran. Ruth se humedeció los labios. Se moría de impaciencia por averiguar lo que había preparado Thomas. ¿Habría reservado arriba, en Neuhaus, una habitación en alguna posada?

Sintió más flojera en la tripa y los latidos de su corazón se aceleraron. Se obligó a pensar en lo que vendría a continuación: ¡ese día por fin se haría público su amor! Thomas iba a prometerle matrimonio durante la fiesta. Sonrió satisfecha. ¡Ya veía las miradas atónitas, envidiosas y sorprendidas de la gente! ¡El viejo Heimer también abriría unos ojos como platos! Y por supuesto, Eva. Su entusiasmo de tener pronto una cuñada sería limitado. ¡Al fin y al cabo dejaría de ser la única abeja reina de la colmena!

Ruth abrió la puerta para dejar entrar algo más de luz en el baño. Con mirada crítica se contempló por última vez en el espejo y lo que vio la satisfizo. Johanna había elegido muy bien la blusa: el tono claro verde manzana armonizaba de maravilla con el brillo rojizo de sus cabellos gracias a los polvos de alheña. Coqueta, lanzó un beso a su reflejo, después regresó a casa con la cabeza alta.

¡Menuda sorpresa sería para Lauscha que el baile de mayo se convirtiera en una ceremonia de compromiso!

Como todos los años, el baile se celebraba en la explanada de la fábrica de vidrio. Para evitar molestar al día siguiente a los maestros vidrieros cuando estiraran el cristal, el árbol de mayo no se había emplazado en el centro de la explanada, sino en uno de los bordes. El tronco descortezado del alto abeto brillaba como plata al débil sol poniente. A su alrededor habían atado cintas de colores, sus extremos ondeaban suavemente al viento. Todas las mesas y los bancos estaban ocupados hasta el último

asiento, la cerveza corría a raudales, y las hermanas Steinmann eran las únicas que seguían tomando agua.

Mientras sus hermanas se sentaban en compañía de Peter, Griselda Grün, Sarah y otras mujeres del pueblo en un extremo de la larga mesa, Ruth se encontró empotrada entre Thomas y sus hermanos. En el extremo de la mesa se sentaba —un perfecto cabeza de familia— Wilhelm Heimer.

Todos parecían divertirse mucho.

Bueno, casi todos.

Ruth miró enfurruñada a su alrededor. En las otras mesas ya habían empezado a comer. Pero ninguno de los Heimer hizo ademán de lanzarse a por las salchichas asadas y la ensalada de patata. Ambas cosas las vendía detrás del árbol de mayo el posadero del Águila Negra. Al lado, Weber, el panadero, había montado un puesto de venta. El aroma de sus pastelitos rellenos de puerros recordó a Ruth que apenas había probado bocado desde el día anterior. Finalmente fue Peter quien se levantó y compró salchichas y ensalada para cada una de ellas. Pero cuando Ruth tuvo delante la comida, fue incapaz de catarla.

—¡Uy, salchichas! Si no te apetece, me las comeré yo. —Y antes de que pudiera darse cuenta, Thomas se apoderó de su plato y engulló con placer una salchicha.

—A lo mejor a Ruth le apetece otra cosa —dijo riendo Michel, el pequeño de los hermanos Heimer, llevándose la mano al pantalón.

Rápidamente uno de los otros retomó el chiste verde y contraatacó con otro comentario picante.

¡Idiota! Ruth lanzó una mirada iracunda a Michel. A pesar de que en el taller de los Heimer se hablaba a diario un lenguaje grosero, ella no había conseguido acostumbrarse. Tampoco era capaz de reírse de ese tipo de chistes, como hacía Eva. Porque la mayoría de las chanzas eran a costa de las mujeres y casi siempre tenían que ver con los pechos, el trasero o cosas más íntimas aún.

Le dio a Thomas un golpecito en el costado.

—¿Cuándo piensas decirlo? —le preguntó en susurros.

Él la miró como si no supiera de qué hablaba, pero luego pareció recordar.

—Hay tiempo para eso. —Negó con un gesto—. La fiesta acaba de empezar.

Ya había comenzado a tocar la orquesta. Todos los instrumentos parecían competir en superarse mutuamente, pero el caso es que enseguida hubo tanto ruido que ya no podías oír ni tus propias palabras. Sin embargo, eso no parecía molestar a nadie, sencillamente gritaban más alto. Para Ruth era un misterio cómo pensaba hacerse oír Thomas en medio de ese griterío. Eso sin contar con que muy pronto nadie estaría lo bastante sobrio para escuchar novedades. La gente se levantaba continuamente para traer más cerveza; hasta las mujeres la bebían, aunque menos que los hombres. Ruth todavía no había dado ni un sorbo de la jarra que le había pasado

Thomas. Su amargor le resultaba insoportable.

Asustada, vio que al ponerse de pie tenía que guardar el equilibrio. No era posible que hubiera bebido tanto, ¿verdad?

—¡Eh, vosotros, silencio! ¡Thomas tiene algo que decir! —Michel acudió inesperadamente en auxilio de su hermano.

Thomas agarró del brazo a Ruth, alzándola hasta él.

—El caso es que... —Se apartó tímidamente unos mechones de pelo de la frente.

Ruth, orgullosa, alzó el mentón. Había llegado el momento de que todos se enteraran.

—¡Vamos, habla de una vez y no te enrolles! —gritó Sebastian con la jarra de cerveza levantada—. ¡Que no hemos venido aquí a soltar discursos!

Los otros asintieron con un gruñido. La sonrisa de Ruth se agrió.

Thomas miró irritado a sus hermanos.

—El caso es que... —repitió—. Bueno, Ruth y yo...

Ahora había captado la atención de la mayoría de los que se sentaban a la mesa. Ruth se dio cuenta de que también sus hermanas y los demás del final de la mesa los miraban. Guiñó un ojo a Johanna y a Marie.

—Seguro que todos vosotros conocéis el dicho «Zapatero, a tus zapatos». Por eso los sopladores de vidrio prefieren casarse con las hijas de otros sopladores. Ejem, quiero decir... —Se ruborizó al ver la expresión sombría de Sebastian y Eva—. Como es natural, la excepción confirma la regla.

Salvo los dos afectados, todos se sumaron a sus carcajadas y ese instante penoso pasó.

Ruth sonrió, indulgente. ¡Nunca se le habría ocurrido pensar que Thomas se pondría tan nervioso!

—De todos modos... Hoy todavía no hablamos de boda, sino de compromiso. Hoy es el día de nuestro compromiso.

Apenas terminó de hablar, Thomas intentó sentarse, pero Ruth lo sujetó por la manga. Sonriendo, inclinó la cabeza para saludar a los presentes, mientras los amigos de Thomas les gritaban las primeras felicitaciones, asombrados. Sus hermanos, por el momento, reprimieron sus comentarios y miraron a su padre, que se levantó con torpeza.

Wilhelm Heimer carraspeó y al segundo se hizo el silencio.

—Hijo mío... y, ejem, querida Ruth..., a pesar de que no me gusta demasiado que me enfrenten a hechos consumados —agitó el índice exageradamente—, recibid mi bendición. Por eso deseo darte desde ahora la bienvenida a nuestra familia. —Y levantó su jarra de cerveza en dirección a ellos.

—Todos los días comprobamos en el taller lo bien que trabajáis juntos —prosiguió Wilhelm Heimer—. Aunque todavía no ha llegado el momento, deseo que después de la boda trabajéis igual de bien juntos en otro «taller». ¡Un viejo como yo estaría encantado con un nieto o dos!

Aceptó con indulgencia las risas que siguieron a su discurso. Ruth esperaba fervientemente no ruborizarse.

—¿Queréis casaros? ¿Y cuándo será? —soltó Eva como un pistoletazo, en cuanto se sentaron de nuevo. Ella era la única que todavía no los había felicitado.

Ruth contuvo el aliento. Sentía tanta curiosidad como los demás por la respuesta de Thomas: aún no habían hablado de la fecha de la boda, no había querido presionar demasiado.

Thomas miró a Ruth como si todavía no lo hubiera pensado. Por fin dijo:

—Ya veremos. Hoy desde luego, no. —Y se reía de su propio chiste, cuando, al ver la arruga de enojo en la frente de Ruth, añadió a toda prisa—: Brindemos por la chica más guapa del pueblo. ¡Por Ruth, mi prometida y futura esposa! —Y levantó la mano de la joven, como si ella acabase de ganar un pulso o alguna otra competición.

Ruth estaba radiante.

Wilhelm Heimer farfulló:

—Ojalá lo hubiera visto Joost.

También sus hermanas y Peter la abrazaron.

Eva estaba sentada al lado con mirada gélida, mientras cada vez más gente se acercaba a la mesa a felicitar a los prometidos.

Poco después, la novedad fue apagándose lentamente y con ello el entusiasmo de Ruth. De hora en hora los hombres estaban más borrachos, y sus bromas se tornaban más desvergonzadas. Peter bailaba alternativamente con Johanna y Marie, y a Thomas ni siquiera se le había ocurrido sacarla a bailar. Al ver la pista, Ruth se convenció de que debía alegrarse por ello: las tablas de madera del suelo estaban tan toscamente talladas que temía clavarse una astilla al bailar. Y la música... Habría querido taparse los oídos para apagar el estruendo monótono de las trompetas. ¡Lo había imaginado todo completamente distinto! Mucho más romántico. Ella en brazos de Thomas, con un ramillete perfumado en la mano. Él confesándole su amor con bonitas palabras, acompañado por la luz de las velas y el son de los violines. Por otra parte, ¿quién poseía un violín en el pueblo? No le quedó más remedio que reírse de su propia ingenuidad.

—¡Por fin te veo divertirme! ¡Pensaba que lo de hoy se iba a quedar en nada! —Thomas respiraba pesadamente debido a la cerveza, y la mano con la que le levantaba la barbilla temblaba.

—Estoy cansada. Quiero irme a casa —le gritó Ruth al oído—. A casa —repitió al ver que no la entendía.

Por fin pareció entenderla. Cuando se levantó, su cuerpo se balanceó tanto que Ruth tuvo que sujetarlo. Ella lo apartó a un lado.

—Creo que es mejor que volvamos a aplazar nuestro propósito —le gritó al oído, y se giró para irse, pero Thomas la agarró del brazo con fuerza.

—Lo acordado es lo acordado. No creas que voy a dejar que me vengas con más retrasos —balbuceó. Tropezaba, por lo que Ruth también perdió el equilibrio—. Ya verás, lo he preparado todo. ¡Será muy romántico! —riendo, arrastró la erre como hacían en su día los emigrantes italianos que ayudaron a construir la vía férrea.

—Me haces daño. —Ruth le agarró la mano para abrírsele.

No pensaría en serio que iba a irse al bosque con él. ¡Con lo borracho que estaba!

—A lo mejor aún tienes que requebrarla un poco —gritó Sebastian—. Algunas mujeres lo necesitan.

—Pues voy a hacer la prueba.

En lugar de soltarla, Thomas rodeó las caderas de Ruth con el brazo y comenzó a bailar en el estrecho espacio entre la mesa y el banco.

Ella se dio cuenta de que ya no era dueño de sus actos.

—Suéltame ahora mismo —dijo enfadada pero esforzándose por no llamar mucho la atención.

Thomas volvió a tropezar y estuvo a punto de arrastrarla al suelo. La invadió una oleada de pánico.

—Eh, Thomas Heimer —oyó de pronto detrás de ellos.

Era Peter. Observaba con desprecio al que había dado un traspie.

—Aunque ahora estéis prometidos Ruth y tú, eso no te da el menor derecho a tratarla mal. Si quiere marcharse, déjala que se vaya. ¡Y sin tardanza!

Si las miradas matasen, Thomas habría sufrido en ese momento graves heridas. Por fin soltó el brazo de Ruth sin oponer resistencia.

Durante un instante, ella no supo adónde mirar. ¡La gente, esperanzada, no les quitaba el ojo de encima! Como si se refocilasen con el espectáculo.

Ruth jamás se había sentido tan humillada. Pero quiso que todos vieran la buena pareja que hacían Thomas y ella. Las demás mujeres tenían que envidiar a la futura señora Heimer.

A continuación, todo aconteció muy deprisa: Thomas le propinó un puñetazo a Peter. Mucho después de la fiesta, Ruth seguía preguntándose cómo fue capaz de hacerlo en su estado. Peter vaciló un segundo, después se lo devolvió. Las mujeres saltaron a un lado chillando. Los ojos de los demás hombres relucían.

Por fin.

Ya fuera una cerveza derramada o un pequeño empujón o una mirada torcida, de pronto había razones suficientes para una pelea y, antes de que pudieran darse cuenta, esta estaba en pleno apogeo.

—Oye, ¿qué tal el compromiso de tu hermana? ¿O debo preguntar qué tal el baile de mayo?

Johanna todavía no se había despojado de su chaqueta y Strobel ya la estaba asediando a preguntas. Por regla general, no le interesaba ni pizca lo que ella hacía en su tiempo libre en Lauscha, así que no estaba preparada para eso.

Strobel soltó una risita.

—¡Déjame adivinarlo! —Y se tapó la boca con el índice exagerando el gesto—. La música fue espantosa, la fiesta, pueblerina, y al final todos estaban borrachos como cubas. ¡No me extrañaría que la ceremonia del compromiso se hubiera ido al garete por la cogorza del futuro esposo!

Las mejillas de Johanna ardían.

—Se lo contaré con todo detalle: ¡en efecto fue espantoso! Lamento haber asistido —añadió con tanta vehemencia que parecía que Strobel la hubiera convencido para que asistiera.

Se obligó a ignorar su cara de qué-te-había-dicho-yo. ¡Lo mejor sería olvidar lo antes posible ese fin de semana!

—¿Apareció mister Woolworth?

El comerciante asintió. Parecía un gato que ha hecho estragos sin ser visto en una cuba llena de arenques.

—Aquí está su pedido. Hay que cursarlo hoy mismo.

Johanna, sin recelar nada, tomó el formulario en el que se anotaban los artículos deseados por cada cliente, el o los fabricantes, los precios y los plazos de entrega. Pero se encontró con que, en lugar de una hoja de papel, sostenía tres en la mano, y una cuarta se había caído al suelo.

Todo eso no podía ser un único pedido.

Recogió el formulario y lo examinó con expresión de incredulidad. Muñecas, juguetes, artículos de cristal, tallas en madera... ¡Al tal Woolworth parecía servirle todo! Su mirada se detuvo en una partida, tragó saliva.

—¿Quinientas muñecas parisinas?

Strobel, al ver su asombro, sonrió.

Johanna siguió pasando las hojas, sus labios repetían en silencio un artículo tras otro. Cuando alzó la mirada de nuevo, toda una mezcla de sentimientos se reflejaba en su rostro: estupefacción al ver la cuantía del pedido; asombro a la vista

de algunos artículos; pánico ante la suma final, cuyas cifras anteriores al punto repasó tres veces. ¡Nunca había pedido tanto un único cliente! Con las notas en la mano pasó a la mesa y se sentó.

Strobel la siguió y tomó asiento a su vez.

Durante un momento, Johanna luchó por recuperar la serenidad. Alzó los ojos y exclamó:

—¡Maldita sea, por qué no habré estado aquí! Ese Woolworth tiene que ser un auténtico hombre de mundo. ¿Quién, si no, confiaría en poder vender semejantes cantidades? —Señaló una partida cualquiera de la nota.

—¡Doscientas muñecas de Sonneberg! Heinrich Stier llorará de alegría cuando le entreguemos el pedido.

—Le vaticiné que tendría éxito con esa muñeca que imita un bebé —comentó Strobel con petulancia—. A ver, ¿dónde hay muñecas con la tez suave de un niño de pecho? ¡En ninguna parte! —se contestó.

—La visita debió de durar horas. ¿Y pudo venir al menos Sybille Stein para encargarse de atenderlos? ¿Y ese ayudante? ¿Él también...? —Aún se ruborizaba al pensar que en realidad habría sido tarea suya preparar café para los clientes americanos.

Strobel la interrumpió con una de sus extrañas risas.

—Queridísima Johanna, si quisiera describirte en detalle esa visita manifiesta y extremadamente notable, estaríamos aquí sentados como mínimo tanto tiempo como Woolworth y yo. Pero... —Su mano huesuda aferró la de ella.

Johanna estaba a punto de perdonarle el «queridísima» porque creía que aún podría escuchar otros episodios, pero Strobel continuó:

—La oportunidad que se pierde en la vida no vuelve nunca. —Suspiró, y cruzó las manos con ademán teatral—. Si yo no hubiera sido de la opinión de que tu presencia en Sonneberg...

En ese instante, Johanna deseó que su jefe le hubiera ordenado asistir en lugar de permitirle marcharse. Pero luego se reprochó su infantilismo. No le quedó más remedio que escuchar su sermón sobre las oportunidades perdidas y las decisiones equivocadas. Al menos le había soltado la mano, se consoló.

—Ah, por cierto, a comienzos de junio estaré fuera dos semanas, suponiendo que mis planes viajeros no te molesten —añadió con tono irónico—. Me representarás durante mi ausencia. Todo lo demás lo hablaremos cuando llegue el momento.

La primera intención de Johanna fue contestar: «Imposible. No tengo la experiencia necesaria. ¡Y además no me atrevo!», pero en vez de decirlo se limitó a asentir, resignada. Se guardaría muy mucho de volver a negarle algo tan rápido.

Mientras el intermediario recibía y atendía a los clientes, Johanna dedicó toda la jornada a cursar el pedido de Woolworth. Había que avisar a todos los maestros de

taller y fabricantes de los artículos encargados por el americano. Strobel tenía un formulario propio, en el que Johanna anotaba el número de piezas, la presentación, el precio y el plazo en el que debía suministrarlas cada fabricante. Al mismo tiempo debía prestar suma atención para no confundir el nombre y la cantidad de cada artículo. A pesar de todo, esa actividad fue para ella más placentera que laboriosa. Detrás de cada formulario había un nombre, una familia, una historia. Cuando terminó, había escrito ciento treinta pedidos. Durante unos meses darían trabajo a un montón de familias, se dijo contenta. Se moría de impaciencia por entregar los pedidos a las recaderas.

Si en Lauscha casi todos los hogares se ganaban la vida soplando vidrio, en Sonneberg era la fabricación de muñecas la que garantizaba el pan a sus habitantes. Y de manera análoga a lo que ocurría con los vidrieros, aquí también había especialistas para cada tipo de tarea: uno se ocupaba de colocar los ojos de cristal —a su vez hechos en Lauscha— a las muñecas; otro pintaba y sombreaba los labios, un tercero perfilaba pestañas y cejas en las caras desnudas. Además había costureras, tejedoras, confeccionadores de zapatos y bolsos. A pesar de que según Strobel las muñecas de Sonneberg eran conocidas en todo el mundo, los fabricantes no lo habían tenido fácil en los últimos años. Por lo visto, los franceses se estaban introduciendo mucho en el negocio: encargaban en Sonneberg únicamente las cabezas de porcelana y el resto de la muñeca la fabricaban ellos a mejor precio, ¡gracias al trabajo gratuito de las presas! En vista de la competencia extranjera, un pedido tan grande era fundamental para los fabricantes de muñecas de la Selva de Turingia.

El pedido de Woolworth incluía abundantes objetos de cristal de Lauscha. Ojalá hubiera podido convencer a Peter para que confiara a Friedhelm Strobel sus animales de cristal, pensó Johanna, y no por primera vez. Pero no, Peter tuvo que imponer su cabezonería a todo trance.

—Tu Strobel es demasiado fino para un principiante como yo. No, no, recurriré a uno de los intermediarios más pequeños —le había contestado él, sin dejar que los argumentos de Johanna de que Strobel ya había ayudado a arrancar a algún artesano desconocido le hicieran cambiar de opinión.

Pero ¡atención! ¡Había otro nombre que no figuraba en la lista! La expresión de Johanna se iluminó.

—¡Al menos las baratijas de Heimer no irán al extranjero! —murmuró entre dientes con cierta hostilidad.

Después de que ese día también trajera buenos pedidos, durante la cena Strobel se encontraba de excelente humor. Obedeciendo sus indicaciones, la criada había preparado pescado en salsa verde. Para acompañarlo abrió incluso una botella de champán. Según decía, los ricos del mundo entero bebían casi exclusivamente esa bebida. Y hasta había mandado a Johanna al sótano para subir una de esas botellas

con ocasión de recibir a algún cliente importante. Pero hasta entonces ella nunca lo había probado.

Muy animada por una jornada tan laboriosa, y aliviada porque el comerciante no se hubiera enfadado con ella, tomó un buen trago. El champán tenía un sabor parecido al vino blanco, aunque era mucho más... chispeante. Johanna notó que miles de burbujitas estallaban en su lengua. Rio.

—Esta bebida le encantaría a Ruth. Siempre ha sido una aficionada a lo raro.

Strobel rio también, para decir a renglón seguido:

—Querida Johanna, deja de compararte continuamente con tus hermanas. Tú no eres como ellas. Estoy seguro de que el pasado fin de semana te lo ha demostrado con creces —dijo, mientras fileteaba con destreza su pescado.

Johanna, tímidamente, dio otro trago, pero de repente la bebida espumosa le supo ácida. ¿Habría llegado la pelea a oídos del comerciante? ¿O tenía el don de la clarividencia?

Strobel deslizó hasta el borde del plato la espina central del pescado, y continuó hablando sin preocuparse por la visible incomodidad de la joven.

—A menudo, por sentido del deber, uno se mete en asuntos ajenos a su propio destino. En lo que a ti respecta, opino que poco a poco deberías dejar de ser la niñera de Ruth y Marie.

Johanna alzó los ojos. Ojalá Peter supiera que al menos en esa cuestión Strobel y él eran de la misma opinión, le pasó por la mente. Sonrió con ironía.

—Pero ¿quién me dice que no es ese mi destino? Al fin y al cabo soy la mayor y por tanto la responsable de mis hermanas menores.

—La responsabilidad también puede asumirse de otra manera —la contradijo Strobel, enarcando las cejas.

Como siempre que su discurso se tornaba insistente, se inclinó sobre la mesa. Su aliento olía a pescado y a perejil, que predominaba en la salsa verde.

—Tú no estás destinada a servir a otros, sino a dirigir. No eres tú quien debe correr detrás de tus hermanas, sino ellas detrás de ti. Mírate: eres una mujer fuerte. Pero cuando das un salto simplemente porque Ruth o Marie silban para llamarte, haces el ridículo.

¿Cómo se le ocurría a Strobel inmiscuirse de ese modo en su vida? Tampoco le gustaba el tono con el que hablaba de sus hermanas. Por otro lado, era sincera: a veces se sentía realmente tonta acudiendo fielmente a Lauscha un fin de semana tras otro.

—A lo mejor le parece ridículo que ame a mi familia —dijo en voz alta—, pero no puedo evitarlo. ¡Soy una sencilla chica de pueblo! Y no tengo nada de fuerte. Además, eso no les gustaría a sus clientes, porque las mujeres favoritas de los hombres son las que dicen a todo sí y amén, ¿me equivoco?

—Eso tal vez sea cierto para la mayoría —respondió Strobel despectivo—. Pero existen auténticos *connaisseurs*, que son lo bastante hombres como para enfrentarse a

una mujer fuerte. Y no solo en el sentido profesional —añadió, alargando las palabras.

De pronto, a Johanna la conversación le pareció en cierto modo indecente. Al menos, demasiado personal. Picoteó, confundida, su pescado, que esperaba intacto en el plato. Había mil cosas que deseaba preguntarle sobre su inminente viaje, pero no sabía cómo cambiar de conversación.

—A la mayoría de los hombres no les gusta que la mujer tenga opiniones propias. Y no digamos una voluntad propia —repitió, obstinada.

Strobel se encogió de hombros.

—Como he dicho, cada uno es cada uno. Yo tengo en alta estima a las mujeres dominantes. En mi experiencia, someterse a una dama así, ponerse en sus manos, depara un gran... —vaciló un segundo, como si buscara la palabra adecuada— placer a un hombre. Como es natural, eso exige personalidad por ambas partes, pero esto tampoco es tan raro de hallar como tú crees. Ese fenómeno incluso aparece descrito en la literatura universal. Quizá debería proporcionarte lecturas al respecto.

Su rostro se iluminó.

—Sí, esa es de veras una buena idea —afirmó con suma satisfacción.

Johanna frunció el ceño. ¿De qué demonios hablaba Strobel? Carraspeó y señaló su pescado con el tenedor.

—¿Podría enseñarme a separar la espina? O seguiré sentada aquí con mi solla hasta medianoche.

Meditabundo, Strobel vio cómo la figura erguida de Johanna desaparecía por el oscuro pasillo.

¡Cómo se había escurrido cuando la conversación se tornó más íntima! No tenía la menor duda de que todavía era virgen. A pesar de todo, estaba seguro de que ella se había formado una ligera idea de lo que había querido decirle.

Se sirvió más champán, pero no dio ningún sorbo. Sus pensamientos eran tan excitantes que no necesitaba estímulos adicionales.

Johanna, su ayudante. Y su llave a la libertad. En menos de tres semanas habría llegado el momento: él viajaría a B. mientras dejaba su floreciente negocio en sus manos. Se removía en su silla, preso de una grata agitación. Un caleidoscopio de visiones estremecedoramente bellas comenzó a desplegarse ante sus ojos. En su avidez, al principio ni siquiera se fijó en que algunas imágenes mostraban exclusivamente a Johanna. Pero después escuchó su propia risa.

¿Y por qué no?

¿Por qué no unir la utilidad con el deleite? ¿No había sido esa su intención original? Que solo había desechado —al menos hasta la fecha— porque se había interpuesto el asunto de B. ¿Podría iniciarla en su juego? El riesgo era grande, se vio obligado a reconocer: en el peor de los casos, ella se despediría, asustada, y él habría

perdido una ayudante capaz.

No obstante, la idea de iniciar en sus juegos a una mujer cuya sensualidad aún no se había despertado se tornaba cada día más tentadora. Era algo que hasta entonces había hecho una sola vez. Pero precisamente en ese momento no le apetecía recordar el deshonroso final de la historia. Hasta la fecha, sus compañeras de juego poseían, en general, más experiencia que él mismo. A lo mejor esa era también la razón de que no supiera situar en otro plano su relación, comercial hasta la fecha. Se mordió el labio inferior hasta que saboreó el familiar gusto metálico. ¿Qué hacer? ¿Sacarla de paseo? ¿Susurrarle palabras bonitas? ¿Colmarla de regalos?

Se reclinó en su silla, asqueado. El problema era que a él nunca le había interesado esa forma de buscar novia. Engatusar a Johanna con halagos no le atraía. Tampoco deseaba contemplar el brillo de sus ojos cuando le regalase algo. Johanna, en cuanto mujer con sentimientos femeninos no le interesaba. Lo que la hacía apetecible era su testarudez, su rebeldía. Su carácter intrépido, que corría parejo con una arrogancia natural pocas veces vista en una mujer. Como es lógico, era consciente de que parte de dicha arrogancia era fingida, de que con ella Johanna únicamente intentaba disimular su inseguridad. Pero eso era legítimo. Más aún, era lo que hacía tan atractiva la situación.

Sus ojos recorrieron el pasillo en dirección a la habitación de la joven.

Se levantó bruscamente, antes de seguir enfrascándose en sus fantasías. Mientras regresaba a la tienda, se enfadó por haber permitido que su mente vagara en esa dirección.

—¡Solo un loco juega con fuego en su propia casa!

Ya había perdido el control de sí mismo antaño, en su antigua vida. Y como consecuencia de ello, también todo lo demás. ¿Quería volver a correr ese riesgo? La respuesta no era difícil; solo los tontos tropiezan dos veces con la misma piedra.

Por fin la casa se había quedado vacía. A veces sus hermanas podían ser realmente pesadas, sobre todo Ruth. ¡Cómo había mariposeado hacía un rato! Como si tuviera que acudir puntualmente a una cita importante. Y sin embargo no existía diferencia alguna entre salir de paseo con Thomas unos minutos antes o unos minutos después. Seguía siendo un misterio para ella qué veía Ruth en él. ¿O era preferible decir: «sobre todo después de la fiesta de compromiso»? ¡Qué suerte que al final no sucediera nada grave en la pelea!

¡Se acabó!, sentenció Marie. No quería pasar su valiosa tarde pensando en los fenómenos derivados del abuso de la cerveza. A pesar de todo, sus pensamientos retornaron al baile de mayo. Las faldas trémulas de las mujeres no se le iban de la cabeza. Como campánulas al viento. Las numerosas capas de tela se alzaban a veces hasta por encima de la rodilla, otras casi hasta la cadera, según la velocidad de los giros. ¡Qué ligereza y alegría de vivir denotaba todo eso! Marie mordisqueó su lapicero. Tenía que ser posible captar ese dinamismo en una figura de vidrio soplado. Durante un tiempo deslizó el lápiz por la hoja de papel, como si este tuviera voluntad propia. Le había sucedido con frecuencia que era justo entonces cuando surgía algo especial. Pero ese día falló, ni ella ni su lápiz sabían qué forma debía surgir. ¿Una copa con el borde ondulado? ¿Una fuente hecha con la técnica de vidrio doblado, en la que se superponían distintas capas de cristal? ¿Una caja?

Marie jugó por un instante con la idea de visitar a Peter. Cuando él creaba uno de sus animalitos, tampoco sabía de antemano qué forma adoptaría. Por otra parte, ella ni siquiera adivinaba cómo formular su pregunta. Tal vez: «¿Cómo puedo captar un cimbreo?». No pudo contener la risa. Meneando la cabeza, dejó el lapicero y se levantó.

Momentos después retornó al taller de su padre. Titubeante, como si tuviera miedo de descubrir un fantasma en la claridad, encendió la luz. Nada se movió, y se reprochó su fantasía, que florecía precisamente cuando no era necesario. Sonriente, se aproximó al banco de trabajo de Joost.

Todo seguía en su antiguo lugar: los tubos, las herramientas y el mechero de gas. La única señal de que ese puesto de trabajo llevaba mucho tiempo abandonado era el sedoso paño de polvo que lo cubría todo. Marie suspiró, y limpió el polvo más espeso con la manga del vestido. Desde que salían a trabajar, la limpieza se quedaba corta.

Obedeciendo a un impulso, tomó sus útiles de pintura y se sentó con ellos en el

sitio de Joost. Pronto se sintió mejor que en el estudio improvisado de la mesa de la cocina.

Durante un rato se limitó a permanecer sentada, disfrutando del silencio. ¡Cuánto añoraba trabajar en ese cuarto! Qué diferencia con el taller de Heimer. El estruendo de las tres llamas, las numerosas personas, la cháchara de Eva, los cantos ruidosos, la eterna prisa... Meneó la cabeza. Además, el trabajo abundaba. Desde que trabajaban con Heimer sus encargos habían aumentado. Por la mañana, Wilhelm repartía las listas de encargos a sus tres hijos y otras listas adicionales a las encargadas de pintar y terminar las piezas. En ellas se leía al dedillo lo que pedían los clientes. Por la noche, el viejo controlaba con mano de hierro si habían concluido la tarea. De no ser así, había que trabajar más rato. No quedaba tiempo para los diseños de Marie.

¿Acaso era ese el motivo por el que su fantasía la dejaba ahora en la estacada? Al fin y al cabo, la cerradura de una vieja puerta por la que ya no pasaba nadie también se oxidaba hasta acabar atascándose. ¡Estaba en su mano impedirlo!

Cerró los ojos y dio rienda suelta a sus pensamientos.

El taller de Heimer estaba orientado a la producción. Daba igual lo que fabricase, todo estaba destinado a satisfacer una necesidad, sin tener en cuenta para nada la ornamentación de vasos, fuentes y copas.

¡A lo mejor era precisamente eso! A lo mejor tenía que abandonar la idea de la utilidad. Marie abrió los ojos de golpe. De pronto tenía tanta saliva en la boca que tuvo que tragar. ¿Qué era lo opuesto a algo útil? ¿No sería algo inútil, verdad? No, no, en lugar de desanimarse, debía proseguir con sus reflexiones.

Ella quería plasmar el cimbreo. Ese movimiento le había gustado, le había transmitido una sensación de ligereza. A lo mejor era imposible reflejar algo así en un plato. Tal vez solo se podían captar sensaciones si no se representaba ninguna otra cosa más. Solo así. Sin sentido, sin finalidad. Única y exclusivamente para alegrar los ojos de los espectadores y satisfacer sus corazones. La idea en sí era muy atrevida: soplar vidrio artístico como mero fin en sí mismo, sin utilidad práctica.

Si se hubiera preguntado a los sopladores de vidrio de Lauscha si se consideraban artesanos o artistas, una abrumadora mayoría habría respondido que lo primero. Marie sabía que abajo, en el pueblo, había uno que se llamaba artista. Georg Silber — él insistía en que lo llamasen «Chorch» porque al parecer así se pronunciaba su nombre en inglés— viajaba mucho. En sus raras visitas a Lauscha presumía de las exposiciones internacionales en las que ofrecía sus obras de arte a un público selecto. Los de Lauscha se reían de él y de sus informes figuras de vidrio, a las que daba títulos extraños como *El despertar de Venus* o *Zeus en la aurora*. ¿Arte? En todo caso, el arte era algo diferente a los ojos de los del pueblo. Un vaso adornado con una guirnalda de lirios del valle... eso era arte; un ciervo soplado a voluntad u otras representaciones de animales del bosque.

Todo lo demás eran bobadas.

¡Y qué si lo eran! Mientras ella únicamente pintase y reflexionase para su propia

satisfacción, nadie se reiría de ella, decidió Marie. Tampoco había motivos para llamarlo arte, concluyó.

Abrió con parsimonia su bloc de dibujo. Estaba preparada para dar vía libre a su lápiz. Esta vez, desde los primeros trazos notó que no era dirigido por la mano que lo sostenía, sino por una fuerza que salía de su interior. Esa experiencia no le era del todo ajena, aunque sí de una intensidad desacostumbrada. Se entregó a ella, confiada.

Pintó y pintó. Su mano cambiaba los lápices de colores sin pensar. En lugar de volver a colocarlos ordenadamente en el estuche, los dejaba con descuido a su lado. Pronto el banco de trabajo pareció un campo de batalla lleno de lanzas de colores. Marie sombreaba y matizaba. Difuminaba e intensificaba perfiles.

Mientras tanto, la llama de gas y los tubos no se le iban de la cabeza. El vidrio era un material difícil, acaso el más difícil de todos. Joost se lo había repetido desde que eran pequeñas: si no se exponía lo suficiente a la llama, era duro e inflexible; si lo calentabas en exceso, se escurría como la miel. Su transparencia era única en el mundo. Marie no era capaz de recordar otro material con esa cualidad destacada. Y era precisamente esta la que ponía a prueba todos los días a los sopladores de vidrio, pues el cristal transparente dejaba al descubierto cualquier fallo. En el cristal no se podían ocultar burbujitas, ni apelmazamientos, ni desigualdades. Lo que se hacía con vidrio tenía que ser perfecto. La madera podía tallarse con posterioridad, el hierro podía volver a limarse o a forjarse, pero el vidrio solo ofrecía una oportunidad. Y en opinión de Marie, un boceto no valía nada antes de que pudiera materializarse delante de la llama.

Al acabar, le temblaban los dedos. Se tapó la boca con la mano, como si quisiera ocultar su mudez ante sí misma. Y, sin embargo, lo que se veía en la hoja de papel que tenía delante se podía describir con palabras sencillas: había dibujado una espiral. Una espiral en disminución ascendente con los colores del arcoíris. En su parte superior tenía un delicado ojal que permitiría colgarla. En una ventana, por ejemplo. O del techo.

Un soplador de vidrio tendría que ser muy experto para ser capaz de soplarla y darle forma.

Un soplador de vidrio también tendría que saber fundir pulcramente los distintos tubos de vidrio de colores.

Todo eso era cuestión de oficio. De técnica.

Sin embargo, lo que perturbaba a Marie era otra cosa, algo que no podía describirse con palabras: ella veía los destellos de colores que proyectaría la espiral en una habitación si la alcanzaba la luz del sol. Casi podía percibir el movimiento repetitivo que haría la espiral al tocarla ligeramente. Las imágenes que captarían los sentidos se abatieron sobre ella como una cálida lluvia estival. Se reclinó en su asiento y disfrutó.

Vio a un ama de casa, cansada por el trabajo eternamente monótono, eternamente laborioso. Unos niños caminaban pesadamente colgados de su falda. Abría la puerta

con el codo, en las manos una pesada cesta de ropa. Y entonces vería en la ventana de la habitación la espiral de Marie. A la primera ojeada su expresión sería menos fatigada. Acaso se sintiera satisfecha con el mero hecho de contemplar la espiral. Puede que siguiera con el dedo las redondeces frías y suaves. Una sonrisa asomaría a sus labios. Y cuando volviera a salir de la habitación, su paso sería más ligero. Tal vez la sonrisa le durase un rato.

Marie abrió los ojos.

Tiritaba.

Por refrescante que fuera una cálida lluvia de verano, al final te daba frío. ¡Fantasías, puras fantasías!

Wilhelm Heimer se reiría a mandíbula batiente si ella le enseñase su espiral. A lo mejor hasta se le ocurriría un chiste obsceno a uno de sus hijos o incluso a Eva, en ese sentido Marie los creía capaces de todo. Nadie, ningún soplador de vidrio de Lauscha se atrevería a poner en práctica su diseño. Haría bien escondiendo la hoja de papel en su estante del armario. Recogió sus lápices diseminados, apenada.

Apagó la luz del taller, después se detuvo un instante en la puerta. Miró con nostalgia el quemador de gas de Joost. La llama tenía el poder de insuflar vida a sus dibujos. Ella, Marie Steinmann, carecía de ese poder.

¡Ay, ojalá supiera soplar vidrio!

Cuando las carreteras fueron transitables para los viajeros, los clientes llegaron en tropel a Sonneberg. En las semanas siguientes, el tintineo de la campanilla de la tienda se convirtió en un sonido tan habitual que Johanna se preguntaba cómo había podido asustarla al inicio de su trabajo. Continuamente tenía que abandonar las montañas de formularios que había que rellenar después del pedido de Woolworth, para echar una mano a Friedhelm Strobel en la tienda. Le entusiasmaba participar en todo ese trajín, pero tenía que reconocer que pocas veces en su vida había trabajado tanto y tan esforzadamente. A la elevada carga de trabajo se añadía como esfuerzo adicional el desasosiego que propagaba Strobel: cuanto más se aproximaba su viaje, más aumentaba su nerviosismo. A Johanna jamás se le habría ocurrido imaginar que el comerciante de juguetes y objetos de cristal, tan cosmopolita, llegara a alterarse tanto.

El lunes que se marchó por fin a la estación, Johanna soltó un suspiro de alivio. ¡Si hubiera tenido que escuchar una sola indicación más, seguramente habría sido ella la que habría salido de viaje! Le había insistido encarecidamente que vigilase la caja de la tienda por lo menos media docena de veces. Lo mismo hizo con el muestrario. Su miedo a que los competidores intentasen espiar durante su ausencia cabía calificarlo de enfermizo. Al final, había generado tal inseguridad en Johanna que esta no solo se llevaba todas las noches a su habitación el dinero de la caja, sino también el muestrario, que escondía debajo de la cama.

Pero en los días siguientes se dio cuenta de que era muy distinto tener que tomar ella misma las decisiones, ya fuesen nimias o importantes, en lugar de limitarse a poner en práctica las indicaciones de otro. ¿Debía conceder a monsieur Blatt de Lyon el descuento que pedía, a pesar de que superaba el margen que le había dicho Strobel? ¿A qué soplador de vidrio debía encargarse el pedido de más de quinientas copas azogadas después de que Hans, el Bávaro fallase por la torcedura de una muñeca? ¿Era competencia suya reñir a Sybille, la criada, por descuidar en exceso sus obligaciones tras la partida de su jefe?

Pero, en conjunto, la primera semana transcurrió sin grandes sobresaltos, y Johanna se sintió satisfecha de sí misma y de su nuevo papel. Espontáneamente decidió quedarse por primera vez un fin de semana en Sonneberg. Garabateó en un trozo de papel una breve nota para sus hermanas y se la entregó a una de las recaderas que pasó por allí como todos los mediodías.

Aquella noche, en lugar de emprender el largo camino de regreso a casa, se acostó hacia las ocho, una experiencia desacostumbrada pero también agradable. ¡Estaba tan cansada! La idea de no tener que levantarse a una hora determinada a la mañana siguiente fue como un gran regalo.

Despertó a las doce del mediodía del sábado. Se dirigió, tambaleándose, hacia el lavabo, y contempló con incredulidad su imagen reflejada en el espejo. ¡Mira que haber dormido tanto tiempo! Como la señora Stein no acudía los fines de semana, tampoco disponía de agua caliente. Se roció la cara con agua fría hasta eliminar cualquier vestigio de somnolencia. Tras recogerse el pelo, eligió un cuello de encaje de color crema para su vestido azul y se vistió. La sensación de comenzar el día sin prisas ni agobios era extraña y seductora a la vez.

Justo cuando iba hacia la cocina, una llamada a la puerta la sobresaltó. Recordó el dinero y el muestrario que tenía debajo de la cama. ¡Ladrones! Pero su razón volvió a imponerse en el acto: los ladrones no llamaban. Irritada por su propio temor caminó hasta la puerta y la abrió de golpe.

—¡Ruth! —Se llevó un susto de muerte—. ¿Qué ha pasado? ¿Y Marie? ¿Le ha sucedido algo?

—Todo va bien —se apresuró a decir su hermana—. Hemos recibido tu recado. Y me dije: si no viene a vernos, iré a verla yo.

Los latidos del corazón de Johanna se fueron calmando poco a poco.

—Pero tú no has venido a verme por simple añoranza —repuso, desconfiada—. Hay otra razón, ¿verdad?

Ruth enarcó las cejas.

—¿Y si es así? ¿Quieres enterarte aquí fuera?

—¿Que vas a tener un hijo?

Johanna no podía creer lo que acababa de oír. ¡No quería creerlo!

—Pero ¿cómo ha podido suceder? ¡Si ni siquiera estás casada!

Ruth soltó una risa amarga.

—¿Crees acaso que el hecho de que una mujer no esté casada la protege contra un embarazo? —Ese comentario era típico de «santa Johanna», pensó Ruth.

Johanna sacudió la cabeza, malhumorada.

—¡No digas tonterías! Pero... —Ni ella misma supo qué decir—. ¿Y qué opina Thomas al respecto?

Ruth se irguió.

—Está orgulloso como un rey. ¡En serio! —añadió al ver la expresión escéptica de Johanna—. Si no le hubiera obligado a guardar silencio, ya habría ido contando por todas partes que va a ser padre.

Ruth, sin embargo, se guardó muy mucho de decir cómo había comentado Thomas su potencia procreadora. «Un hombre, un tiro», había dicho, hinchando el pecho como un urogallo.

—Sebastian y Eva llevan años esperando en vano descendencia, por eso su alegría es muy comprensible —explicó Ruth—. ¡Por fin los Heimer tienen descendencia a la vista! Él se muere de impaciencia por contar a su padre la alegre noticia.

—Seguro que hace mucho que el viejo Heimer se huele algo. Vuestras prisas repentinas poco después del compromiso, a fin de cuentas, el viejo sabe sumar dos y dos.

Ruth se encogió de hombros.

—No sé. Pero decir, no dijo nada —agregó con un gesto de desdén, ¿qué le importaba a ella el viejo?

—Escucha, Thomas incluso se ha reunido ya con el cura. También fue él quien propuso el 30 de junio como fecha de la boda. Me parece bien. Cuanto antes, mejor. Porque no me apetece ir a la iglesia con una barriga gorda. Al fin y al cabo nadie tiene por qué enterarse de que ya hemos...

Johanna se levantó y se acercó al calendario que colgaba junto al aparador de la cocina. Pasó las hojas apresuradamente y comentó aliviada:

—¡Qué suerte, Strobel ya estará aquí! Si no, me habría perdido tu boda.

—¡No serás capaz! —Ruth se bebió su taza de café, luego palmoteó—. Y ahora, vámonos de compras. Puedo escoger mi vestido, y Thomas ha dicho que no repare en el precio.

Johanna la miró de reojo.

—Vaya, entonces parece que está contento de verdad.

Si hasta ese momento Johanna se había considerado una clienta exigente, Ruth la sacó de su error: hasta que esta se decidió al fin por un vestido de tafetán de color burdeos, transcurrieron horas en las que no quedó perchero ni vestido colgado sin examinar.

Después, Johanna no necesitó ser muy convincente para invitar a su hermana a una de las numerosas fondas. Agotadas pero satisfechas, se sentaron a una mesa junto a la ventana y disfrutaron de los cálidos rayos del sol que penetraban en la estancia a través de las cortinas de encaje de malla gruesa. Cuando pidieron café y el plato del día —salchichas cocidas con colinabo y patatas— se sintieron damas de mundo. Además de la suya, había otras tres mesas ocupadas por mujeres. Dos de ellas —eran recaderas— saludaron a Johanna por encima de las mesas. Al parecer no era del todo inusual que las mujeres comiesen en una fonda, constató Johanna aliviada, mientras Ruth daba por sentado que para su hermana era una experiencia cotidiana.

Llegó la comida y se abalanzaron sobre ella, hambrientas. Para celebrar ese día

pidieron a continuación un trozo de la tarta de chocolate que reinaba, seductora, encima del mostrador. Pero cuando llegaron los platos desde la cocina los dejaron momentáneamente intactos. Fue Ruth la que expresó lo que les pasaba a ambas por la cabeza.

—¿No es extraño? Hace medio año no sabíamos si tendríamos bastante comida en los días siguientes, y hoy unas pueblerinas como nosotras estamos sentadas en una fonda de Sonneberg planificando mi boda.

—¡Los tiempos cambian! ¡Y a veces incluso para bien! —Johanna tomó sus cubiertos y pinchó la tarta con ganas—. ¿Qué tal lo de estar con un hombre? —preguntó masticando.

Ruth, incrédula, lanzó una mirada a su hermana. ¿Era precisamente ella la que le hacía esa pregunta?

Johanna se encogió de hombros.

—Si prefieres no hablar de eso...

¿Lo prefería? Ruth se sentía indecisa. El deseo de comunicar a alguien sus experiencias era grande. Pero ¿sería Johanna la persona adecuada?

Sus vacilaciones provocaron inseguridad en Johanna.

—Bueno, solo me refiero a lo del embarazo y todo eso. ¿No habrías podido frenar un poco más a Thomas?

—¡Frenar a un hombre! ¡Ni que eso fuera tan fácil! Cuando te enamoras, tarde o temprano llega la hora en la que eso es bastante difícil. Pero tú no puedes imaginártelo —contestó con tono ligeramente altanero.

—Pues no, en lo tocante a esos asuntos, la verdad es que no puedo imaginarme nada —confirmó Johanna, alzando las manos en un gesto casi cómico—. En cambio, sé redactar pedidos y llevar la contabilidad.

Ruth rio. La sinceridad de su hermana la desarmaba.

—Seguro que esos conocimientos te ayudan a progresar cuando se trata de asuntos del corazón —dijo con ironía.

Durante un rato se consagraron en silencio a la tarta. Mientras que Johanna se afanaba mirando su plato, los pensamientos de Ruth retrocedieron hasta su primera noche con Thomas.

Tras el poco honroso final del baile de mayo no subieron al bosque hasta la noche siguiente. Thomas solo tenía una manta y unas velas, ningún embrujo principesco que correspondiera a las altas expectativas de Ruth. ¡Qué desilusionada se sintió en el primer momento! No obstante, dejó que la arrastrara hasta la manta. Él había cumplido su parte de la promesa —anunciar su compromiso en el baile de mayo—, de modo que ella no podía buscar excusas. Aquella noche sus cumplidos fueron extrañamente sosos: que pensaba en ella día y noche, que le parecía guapísima, todo recitado con monotonía, como un poema aprendido de memoria con esfuerzo. Inmediatamente sus manos se introdujeron, decididas, bajo su falda. Ávidas. Posesivas.

Ruth tragó como pudo un trozo seco de tarta.

Después todo sucedió muy rápido. Sus manos, encallecidas por el trabajo diario con la llama de gas, le separaron las piernas. Su vientre apretó el de ella contra el suelo musgoso del bosque. Algo, una raíz, una piedra o una piña se clavó dolorosamente en la espalda de Ruth. Además hacía frío. Pero no se atrevió a decir nada. Lo último que quería escuchar en ese instante era alguno de sus comentarios sobre su delicadeza.

¿Y después?

Cerró los ojos convulsivamente e intentó evocar el romanticismo que tanto había deseado para ese momento. El jadeo de Thomas, su aliento tan cerca de su oído, sus movimientos bombeantes con los que penetraba en su cuerpo frío... le dolieron. Ruth sintió alivio cuando por fin se apartó.

Involuntariamente apretó las piernas. Su brusco movimiento hizo que Johanna alzara la vista. Ruth sonrió al instante y tomó un sorbo de café.

¡Qué susto se llevó cuando vio todo húmedo y embadurnado entre sus piernas!

Al ver su consternación, Thomas se limitó a reírse.

—¡Esa es la savia de la vida! Tendrás que acostumbrarte a ella. —Después la abrazó y contemplaron juntos las estrellas. Pero aquella noche el cielo estaba nublado. A pesar de todo, esos minutos fueron los más hermosos para Ruth.

Suspiró y miró a su hermana.

—Señora Heimer... Tendré que acostumbrarme a eso.

—¿Qué crees que me sucede a mí? —preguntó Johanna.

Las dos rieron.

—¿Es el auténtico príncipe azul con el que soñabas de pequeña? —preguntó Johanna en voz baja.

Ruth calló. La pregunta era importante. No para Johanna, sino para ella misma, reconoció.

Es verdad que no podía afirmar que él la mimase como si fuese la reina de un palacio de cuento de hadas. Pero no era la avaricia la que hacía actuar a Thomas con tanta... sobriedad, sino su naturaleza. Cuando ella le describía, entusiasmada, algo que había visto en una de las revistas de Johanna, le dedicaba casi siempre una mirada de incompreensión.

—Tú y tus chaladuras —decía él entonces.

Pero ¿era extraño todo eso? Por sus orígenes, Thomas no estaba acostumbrado a las extravagancias.

—No, no es mi príncipe azul —respondió Ruth al fin—. ¿Qué iba a hacer yo con un príncipe azul en Lauscha? —Sonrió con coquetería—. Para eso prefiero al hijo del soplador de vidrio más rico. Al fin y al cabo, yo tampoco soy una princesa, sino una chica corriente y moliente.

—¡No, no lo eres! —replicó Johanna, tajante—. Ni en todo Lauscha ni en ningún otro lugar encontrará Thomas una mujer más guapa, juiciosa y trabajadora. No debes

disimular tu talento ni siquiera un instante.

Para ocultar su emoción, Ruth se introdujo en la boca el último trozo de tarta.

—Es cierto, a veces dudo de mí misma —confesó de pronto—. Marie tiene su pintura, tú trabajas fuera y ganas mucho dinero. ¿Y yo...?

—Tú serás pronto la madre de un angelito de rizos rubios que todos te envidiaremos muchísimo. —Johanna sonrió a su hermana—. Pero antes serás la novia más guapa que se haya visto en Lauscha.

—El vestido es una auténtica maravilla, ¿verdad? —Al pensar en el gran paquete de debajo de la mesa la melancolía de Ruth se disipó tan deprisa como había llegado—. ¡Eva se morirá de envidia!

Más tarde, las dos hermanas se despidieron con un abrazo a la puerta de la casa de Strobel. El siguiente fin de semana Johanna pensaba regresar a su hogar para abordar detalles relativos a la boda. Cuando Ruth se iba, se volvió de nuevo.

—Oye, ¿y adónde se ha ido Strobel? —preguntó, no tanto por verdadero interés como por la mala conciencia de que hubieran pasado toda la tarde hablando de Thomas y de ella.

—Ni idea —contestó Johanna frunciendo el ceño—. Pero a juzgar por su modo de comportarse, cabría pensar que partía para dar la vuelta al mundo.

—Qué raro —comentó Ruth—. ¿Es que no habláis nada entre vosotros?

—Pues sí. Pero, si te soy sincera, prefiero saber de él lo menos posible. A veces es un tipo muy raro.

El lunes siguiente, Johanna estuvo tan atareada que no tuvo tiempo de pensar en la boda de Ruth.

Acababa de abrir la puerta de la tienda y estaba metiendo la llave en un cajón debajo del mostrador cuando la puerta se abrió y entró Karl Flein el Suizo. El soplador de vidrio tenía que haber partido de Lauscha en plena noche para presentarse allí tan temprano.

—Tenéis golondrinas jóvenes bajo el tejado —dijo a modo de saludo, señalando con la barbilla hacia la puerta.

Johanna esbozó una sonrisa. El saludo era típico de ese hombre, que valoraba más que cualquier otra persona del pueblo la belleza de las plantas y de los animales.

—Ya lo sé —contestó ella—. Si fuera por Strobel, tendría que quitar el nido. Teme que los animales dejen caer algo encima de nuestros clientes —acentuó con ironía las últimas palabras y se encogió de hombros—. ¡Y eso que se dice que las golondrinas en las casas velan por el bienestar y la salud!

Johanna se inclinó sobre el mostrador.

—Bueno, Suizo, ¿qué puedo hacer por ti? ¿Tienes sed? ¿Quieres que te traiga un vaso de agua? Hace mucho calor para ser junio, ¿no crees?

A ella siempre le había agradado ese hombre callado y amable, y no solo desde que había asistido al entierro de su padre con una rosa de vidrio soplado. Le alegraba mucho que el tal mister Woolworth también le hubiera encargado obras suyas.

El Suizo rechazó el ofrecimiento con un gesto.

—No necesito nada, gracias.

Johanna esperó hasta que, con ademán ceremonioso, sacó un trozo de papel del bolsillo de la pechera. Era el pedido que ella le había enviado con una recadera la semana anterior. Johanna sintió un repentino escalofrío. ¿Había cometido algún error?

—En vuestro pedido hay algo que no comprendo. ¿Qué es esto? —el Suizo señalaba una línea.

Johanna tomó la nota.

—Enseguida lo veremos —contestó. Pero al poco rato su sonrisa de confianza se desvaneció.

—Veinte docenas de bolas con colgador, azogadas por dentro, de cinco centímetros de diámetro —leyó ella, frunciendo el ceño—. ¿Y esto qué es?

—Primero pensé que se trataba de los collares de cuentas que ya me habéis comprado con frecuencia —contestó el Suizo—. Pero con ese diámetro, ¡es imposible!

Johanna se pasó la mano por la boca, como si quisiera ocultar su propia ignorancia.

—Cinco centímetros de diámetro... serían unas cuentas de cristal muy grandes —intentó sonreír—. Por desgracia, el señor Strobel no está. Lo mejor será que vaya a por su libreta. Quizá hizo alguna anotación al respecto que nos sirva de ayuda. —Y con una inclinación de cabeza hacia el hombre se dirigió a la parte trasera.

Cuando había copiado el pedido, nada le llamó la atención. En realidad, se había limitado a copiar lo que ponía con la letra de Strobel en el pedido de Woolworth debajo del número tres-ocho-seis, que en su contabilidad identificaba a Karl Flein el Suizo. ¿Se habría equivocado Strobel con el tamaño de las bolas? Johanna se mordió los labios. ¡Maldita sea, haberlo averiguado era tarea suya! Ahora ni siquiera podía preguntárselo.

La libreta del comerciante tampoco la ayudó a salir de dudas, aunque este había garabateado también en ese artículo una pequeña anotación al margen, como era su costumbre. A Johanna le costó descifrar su letra.

—Producto nuevo. Incluir en muestrario. Uso de las bolas: colgantes para árbol de Navidad —leyó en voz alta frunciendo el ceño.

—¿Colgantes para árbol de Navidad? —repitió el Suizo.

—¿Bolas de cristal? ¿En el árbol de Navidad? —inquirió Johanna perpleja, mientras llegaba hasta sus oídos el piar hambriento de los pollos de golondrina en el exterior.

El soplador de vidrio se encogió de hombros.

—¿Por qué no? Lo que es por mí, vuestros clientes pueden colgarse del árbol si les apetece —repuso riendo—. En el fondo no son más que grandes cuentas de cristal. Con una diferencia: en lugar de cerrar el pincho al final, tengo que soplar hasta convertirlo en un pequeño gancho. A modo de colgador, por así decirlo —sonrió, confiado—. Podré hacerlo, por supuesto. Ahora que sé para qué son las bolas... Bueno, me marcho a casa para poner manos a la obra. —Y se caló la gorra sobre la frente—. No obstante, debes decirle a tu jefe que la próxima vez se exprese con más exactitud. —Karl se despidió con un guiño.

Cuatro semanas después, Ruth Steinmann se convirtió en la señora Heimer.

La fiesta de boda fue tan espléndida que cabría pensar que Ruth había sido llevada al altar por un príncipe: los invitados ascendieron a casi cien personas, en su mayoría sopladores de vidrio y familiares, pero también intermediarios de Sonneberg con los que trabajaba el taller de Heimer. Haciendo una excepción, Wilhelm Heimer se había mostrado rumboso y había alquilado El Águila Negra. Aunque no se trataba

de la posada más grande de Lauscha, por su situación a mitad de la altura del pueblo era un punto de encuentro muy apreciado por los sopladores de vidrio.

Ocho camareras se encargaron de repartir entre la gente las bandejas con café, bollos y tarta. Apenas se consumieron los dulces, se sirvió la cena: venado estofado con albóndigas de patata y guarnición de lombarda y repollo. Además de la cerveza, que fluía a raudales, se sirvió vino tinto, aunque solo lo bebieron los comerciantes de Sonneberg. Los sopladores de vidrio eran bebedores de cerveza, eso siempre había sido así, y el novio —bajo la mirada en un principio indulgente de su novia— fue uno de los más activos a la hora de ratificar esa tradición. Sus camaradas siguieron lealmente su ejemplo y la fiesta fue haciéndose más ruidosa y alegre a medida que pasaban las horas.

Aparte de la buena comida y bebida, la mesa engalanada para la fiesta contribuyó a la suntuosa celebración. En un trabajo de días, Marie realizó una guirnalda de ramas de boj que adornó cubriéndolas por completo con rosetas de papel dorado recortadas en filigrana. Enroscó una parte de la guirnalda alrededor de las sillas de los novios, de manera que parecían un trono real. Otro trozo de guirnalda enmarcaba la mesa con los regalos, que fueron numerosos.

Los sopladores de vidrio, como es natural, trajeron toda suerte de objetos de cristal, empezando por vasos, fuentes y platos hasta frascos para perfume, jarrones y cajas con tapadera. Karl Flein el Suizo regaló un ramo de rosas de vidrio que había soplado con tubos de cristal de color rojo y naranja. Las rosas tenían hojas verdes y espinas fijadas al tallo una a una. En conjunto daban tal impresión de realismo que Edeltraud llegó presurosa con un jarro de agua para colocar el ramo en su interior. Algunos invitados próximos repararon en el error, y luego todos rieron a carcajadas.

Los hermanos de Thomas, en medio de un gran alboroto y comentarios picantes, hicieron entrega de dos edredones y almohadas rellenos de plumas. De los intermediarios de Sonneberg llegaron regalos como un espejo veneciano, un candelabro de porcelana de cinco brazos e incluso cubiertos de plata para partir y comer pescado. Johanna tuvo la impresión de que los socios de Heimer querían superarse en los regalos. Sin duda a la joven pareja también le habría venido como anillo al dedo objetos prácticos para la vida doméstica cotidiana, como una batería de cocina o útiles de limpieza, pensó malhumorada.

La propia Ruth recibía todos los regalos con una gracia que enorgullecería a una reina. Su alegría a la vista de los valiosos y excepcionales presentes era auténtica. Siempre había soñado con entregarse al lujo. Pero también dio las gracias con entusiasmo y de corazón a los invitados que, como la viuda Grün, se presentaron con un simple juego de toallas o una fuente de cristal. Durante el día entero, Ruth tuvo para todos una palabra amable, estrechó manos y recibió felicitaciones sin descanso.

—Ojalá papá pudiera verla ahora —susurró Johanna en voz baja.

Marie asintió.

—He tenido todo el rato la sensación de que él, en cierto modo, está presente —

confesó—. Hasta me he sorprendido a mí misma mirando al cielo.

—¿Tú también? —le espetó Johanna.

Las dos rieron, turbadas. La mayor suspiró.

—Pero no me gusta mucho la idea de que vivas sola a partir de ahora.

—Pues tú no eres la más indicada para decirlo. ¿Quién lleva ya más de medio año viviendo con un desconocido? —replicó Marie, y añadió—: No debes preocuparte por mí. No me importa estar sola.

—Y además yo no estoy más que a una pared de distancia —intervino Peter—. A Marie le basta con llamar si pasa algo. Por lo demás —tiró de Johanna levantándola con suave autoridad— creo que ya te has roto bastante la cabeza por hoy. Anda, vamos delante.

La pareja de novios acababa de abrir el baile en esos momentos y hacía señas a los presentes para que salieran también a bailar. A Ruth aún no se le notaba el embarazo. El vestido que Johanna había escogido con ella en Sonneberg acentuaba su figura alta y esbelta. Había renunciado a recogerse el pelo, que llevaba peinado en una pesada trenza que colgaba por su espalda.

—Ruth es bellísima —susurró Johanna al oído de Peter, mientras se sumaban a otras parejas en la pista de baile.

—Pues tú eres por lo menos tan guapa como ella —le dejó caer él en voz baja.

Su aliento cosquilleó los finos pelillos de la nuca de Johanna. Esta se acarició con torpeza para librarse del cosquilleo.

—¡Qué tontería! —rio. No estaba acostumbrada a recibir cumplidos—. ¡Yo no tengo nada de especial!

—Para mí, sí —dijo Peter con tono elocuente.

Johanna alzó la vista hacia él, ligeramente irritada.

—Pero ¿es que todavía no te has rendido?

—Nunca me rendiré —respondió, negando con la cabeza—. Sigo estando convencido de que estamos hechos el uno para el otro.

—¡Ay, Peter! —Le dio un golpecito en la espalda—. ¿Y qué pasará si te haces viejo y encanece de tanto esperar?

Su pregunta iba medio en broma medio en serio. Como es natural, por una parte el insistente cortejo de Peter la halagaba, por otra, no quería despertar en él falsas esperanzas. Daba igual cómo la viera Peter, para ella era como un hermano, nada más.

—Correré gustosamente el riesgo —contestó este con tono despreocupado—. Fíjate en esos dos. —Señaló con la cabeza a Ruth y Thomas—. Hace un año nadie imaginaba que acabarían convirtiéndose en pareja.

—Al menos en una cosa he de darte la razón: nadie sabe lo que nos deparará el futuro —añadió Johanna sin comprometerse, para finalizar la conversación en un tono conciliador.

Cuando se cansaron de bailar, acalorados, se encaminaron al mostrador a pedir

dos jarras de cerveza. Después se sentaron ante una mesita en la que las camareras habían depositado sus propias bebidas. Desde allí disfrutaban de una buena perspectiva sin ser vistos.

—Me quedaré aquí sentada hasta que finalice la fiesta —anunció Johanna con las mejillas sonrosadas. La cerveza atravesó, fría y refrescante, su garganta—. Hoy ya no puedo soportar más comentarios vanidosos de Wilhelm Heimer. ¡Y cómo me mira siempre de reojo mientras habla! ¡Grrrrr! Como si quisiera reprocharme continuamente la buena boda que ha hecho nuestra Ruth —suspiró—. Es muy generoso por su parte haberles regalado la vivienda que está encima del almacén, lo reconozco. Yo ni siquiera sabía que esa casa también era suya.

Peter rio.

—Ya lo ves. ¡Thomas es de veras un buen partido!

—¡Vaya si lo es! —se burló Johanna señalando con la barbilla la pista de baile, donde Thomas y sus amigos hacían el tonto cacareando y saltando como gallinas.

Enarcando las cejas, Johanna vio cómo algunas mujeres, entre las burlas de los espectadores, intentaban sacar de la pista de baile a los borrachos. Johanna soltó un suspiro de alivio al ver que Ruth no figuraba entre ellas.

—¿Crees que les irá bien? —le preguntó a Peter señalando con la cabeza a la pareja de recién casados.

Peter se limitó a encogerse de hombros.

De pronto Johanna fue consciente de que el entusiasmo de ese día era una excepción: bailar, charlar despreocupadamente, sin un Strobel que hiciera comentarios raros, sin preocuparse por cómo se las arreglaría sola Marie. Al día siguiente todo volvería a ser muy distinto.

De repente le dolió el corazón. Volvió a sacar a Peter a la pista de baile confiando en que la opresión de su pecho desapareciera.

Y después, antes de que pudieran darse cuenta, el verano también había transcurrido. En las cumbres boscosas, azotadas por el viento, los primeros árboles de hoja caduca comenzaron a perder sus ropajes, y los abetos de detrás se tornaron de repente más sombríos. Al sol ya le costaba trabajo escalar las empinadas pendientes montañosas, de modo que el pueblo estaba de día en día más tiempo en sombra. Ahora, cuando Johanna emprendía los viernes el camino a casa, el carro del fabricante de pizarrines ya traqueteaba en la oscuridad.

A pesar de que había días en los que Ruth sentía un vago malestar con su barriga cada día más gorda, igualmente se presentaba a trabajar a la hora en punto. Y eso estaba bien, porque el trabajo en el taller de Heimer no disminuía. Thomas y sus dos hermanos estaban encima de la llama de gas de la mañana a la noche, soplando el vidrio, mientras que Ruth, Marie y las demás mujeres remataban las piezas.

A Marie, tras las largas horas pasadas arriba, en la empresa de Heimer, muchas veces le dolía la espalda. No obstante, cada vez con más frecuencia pasaba la mitad de la noche sentada a la mesa de la cocina con su bloc de dibujo. Percibió la calma, bienhechora y benéfica, que la marcha de Ruth había propiciado. Por fin podía extender sus dibujos y lápices de colores, garabatear ensimismada, probar y tachar sin que nadie mirase continuamente por encima de su hombro profiriendo gritos de entusiasmo. El interés de sus hermanas siempre le había resultado un poco pesado. Las alabanzas fraternales eran subjetivas, eso lo sabía cualquiera. A lo sumo Marie deseaba un «auténtico experto en arte» con el que poder intercambiar opiniones. Pero, pese a carecer de un guía así, sus bocetos, con el correr de los meses, se tornaban más elegantes y pensados. Se sorprendía más y más dibujando círculos y globos, que tachaba irritada inmediatamente, en lugar de platos o fuentes de cristal.

Comenzó con un detalle sin importancia que se remontaba meses atrás. Un comentario de Johanna, poco después de la boda de Ruth, tuvo la culpa de que a Marie ya no se le fuera de la cabeza la forma esférica.

—¡No te puedes imaginar lo que veo en la tienda de Strobel! —comentó su hermana—. Siempre crees conocer cualquier objeto de vidrio fabricado en Lauscha, y de repente se presenta un soplador con un nuevo modelo que te deja con la boca abierta.

Entonces Marie preguntó educadamente qué era lo que veía, aunque habría preferido taparse los oídos; no le apetecía escuchar qué objetos bellos, extraordinarios o simplemente feos llevaban a Strobel los sopladores de vidrio. No después de que Wilhelm Heimer hubiera vuelto a rechazar uno de sus modelos.

—Tus diseños son buenos, chica, eso hay que reconocerlo —admitió—. Pero mientras no terminemos con nuestros encargos, no empezaremos nada nuevo.

Su palmadita en el hombro no mitigó la desilusión de Marie. Por eso al principio solo escuchó por encima lo que Johanna contaba de Karl Flein, el Suizo, que tenía que realizar un encargo para un americano.

—Que la gente cuelgue cuentas de cristal del árbol, eso ya es conocido, pero bolas de cristal. ¿Te lo imaginas? —Johanna se rio.

De repente Marie aguzó el oído. Animó a Johanna con una inclinación impaciente de cabeza. ¡Sigue contando!

Esta obedeció.

—¿Cómo demonios se le ha podido ocurrir a mister Woolworth la idea de encargar bolas de cristal para los árboles de Navidad?, le pregunté a Strobel apenas regresó de su viaje. Inquirí también si era una costumbre americana colgarlas del árbol. Pues no, me contestó Strobel. Mister Woolworth le contó que el año pasado compró una pequeña cantidad de bolas de cristal transparente a un comerciante de Pen... Pensilvania. —Johanna tartamudeó ligeramente al pronunciar ese nombre—. Lo hizo por la insistencia del hombre, y si las bolas no se vendían, podría devolvérselas. Pero, por lo visto, se las quitaron de las manos. Como hombre de negocios que es, el tal Woolworth ha olfateado uno bueno. Y el Suizo se beneficia de ello. Me alegra que Strobel le haya dado el encargo a él, a su familia le vendrá bien.

A continuación, Marie hizo que le describiera las bolas con todo detalle. No había mucho más, reconoció. Pero la idea en sí era fascinante.

Cuando Johanna regresó poco después a Sonneberg, no imaginaba la semilla que germinaría en su hermana gracias a su comentario. Aquella noche, Marie, revolviéndose insomne en su cama por primera vez, luchaba contra las imágenes que pululaban dentro de su cabeza: bolas brillantes que destacaban contra el verdor de un abeto o de un pino. Con su brillo plateado reflejado por la luz de las velas. Le habría gustado levantarse en ese mismo momento y conjurar esas bolas en su bloc de dibujo, únicamente para quitárselas de la cabeza. Pero después se regañó por necia. A Wilhelm Heimer le interesarían esas bolas tan poco como el resto de sus creaciones.

A pesar de todo, en las semanas siguientes no pudo evitar pensar continuamente en las bolas de cristal, que pronto emprenderían el viaje desde las manos del Suizo a América para brillar en los árboles de Navidad. La idea de que el vidrio soplado de su patria fuera apreciado en todo el mundo la llenó de orgullo.

Tampoco ahora Marie lograba conciliar el sueño, aunque estaba muerta de cansancio.

La Navidad se aproximaba y no sabía si alegrarse u horrorizarse por ello. Ruth celebraría la Nochebuena con los Heimer, pero antes pasaría un instante a verla.

—¡Se me han ocurrido un par de sorpresas de las buenas! —había dicho Johanna en su última visita.

Marie se imaginaba a qué se refería; seguramente su hermana llegaría a casa con una maleta llena de regalos. ¡Ja, con el sueldo que cobraba no necesitaba hacer magia!

Ojalá se le ocurriera algo a ella para sorprender a su hermana.

Al final abandonó la idea de dormir, buscó a oscuras sus zapatillas, se las puso y bajó la escalera. A lo mejor le entraba sueño si permanecía despierta un rato más. Encendió la luz de la cocina y se sentó a la mesa con una taza de té frío. Esa tarde, Marie no se había molestado en encender la estufa, de modo que hacía un frío desagradable. Se acercó a la ventana y comprobó si entraba corriente por algún sitio. Aunque todo estaba bien cerrado, el frío parecía irrumpir en el interior a través del cristal. La mirada de Marie se detuvo en los cristales de hielo que cubrían la ventana como el más delicado encaje de Plauen. Recorrió lentamente con el dedo las formas afiligranadas. La naturaleza seguía creando las más hermosas obras de arte, le pasó veloz por la mente, y al momento pensó: yo tendría que conseguir crear algo que reprodujera punto por punto esta belleza invernal.

Después de recoger una toquilla, que se echó sobre los hombros, pasó incansable al viejo taller.

¿Debía crear un árbol de Navidad como los que había conocido en su infancia? Podía hacer nuevas estrellas de paja, y quizá pintarlas de blanco para que se asemejasen a cristales de hielo. Por otro lado, Dios sabía que esa idea no era nada extraordinario.

Por el contrario, un árbol con bolas de vidrio como las que soplaba el Suizo... ¡Eso sí que constituiría una auténtica sorpresa!

Sumida en sus pensamientos, comenzó a limpiar con un trapo húmedo el puesto de trabajo de su padre.

Se había acostumbrado a limpiar una vez por semana el taller abandonado y sus herramientas, por muy atareada que estuviera. Su padre había trabajado allí toda su vida, día tras día. Para ella era importante preservar ese recuerdo, y también le parecía importante limpiar regularmente el musgo de la cruz del sepulcro de Joost.

Todo seguía como él lo había dejado: a la izquierda, la conexión de la conducción de gas y el paquete de cerillas en el que se reproducía una llama de color naranja; a la derecha, la conducción de aire, que procedía del fuelle de debajo de la mesa; en medio, pulcramente ordenados por colores y longitudes, los tubos de cristal. Marie los fue tomando uno por uno con cuidado y les quitó el polvo. Después dejó el trapo y se sentó.

Durante un rato clavó sus ojos en la penumbra. Limpiar el polvo no era más que una excusa, reconoció, un motivo para sentarse allí. Asió la caja de cerillas y sacó

una. Su mano temblaba un poco por el disparate que pensaba llevar a cabo. Vaciló un momento. Examinó el puesto de trabajo con ojos inquisitivos.

A continuación hizo lo que tenía que hacer.

Abrió la conducción de gas. Primero le dio una vuelta a la llave de paso, luego dos en contra de la dirección de las agujas del reloj. El gas comenzó a salir, silencioso e invisible. Marie no podía ni verlo ni olerlo.

¡El puesto de Joost despertaba de nuevo a la vida!

Su pie derecho buscó el fuelle y su pierna halló el ritmo. Arriba, abajo. Arriba, abajo. Para comprobar, acercó su mejilla al tubo. En la suave corriente de aire creyó notar cada pelito.

«Tienes que soplar con fuerza para que cante la llama», oyó decir a su padre. Un ruido ahogado escapó de su garganta, encendió la cerilla y la acercó al mechero. Inmediatamente salió una llama azul rojiza.

Marie se sentó más derecha, intentó relajar sus hombros contraídos. No había motivo alguno para sentirse nerviosa. Tenía el gas bajo control. Solo abriría el tornillo lo que se atreviera. No debía tener miedo.

Se tranquilizó, tomó el tubo de entrada del aire, que hasta entonces había soplado al vacío, y lo acercó a la llama. Esta pronto se pondría azulada y generaría el calor necesario para fundir el vidrio.

Pero no pasó nada.

Marie se extrañó. ¿Poco gas? ¿O poco aire?

Comenzó a pisar el fuelle con más rapidez. Nada. Así que, poco gas. Volvió a colocar el tubo de entrada de aire en el dispositivo fijador previsto para él, con el fin de liberar su mano. Después dio otra vuelta al tornillo que regulaba la entrada de gas. Al añadir aire, la llama se alzó un momento, pero comprobó de una ojeada que la temperatura no era ni mucho menos suficiente para calentar los tubos.

Se esforzó por recordar cuánto abrían sus conducciones de gas Thomas y sus hermanos. Aunque lo presenciaba a diario, aún no se había fijado en esos detalles. Como mujer, soplar vidrio no era uno de sus cometidos, las mujeres solo se encargaban de terminar las piezas.

Marie miraba fijamente la conducción de gas como si esta pudiera darle la respuesta. Había dado tres vueltas a la llave, pero ¿cuántas más vueltas admitiría todavía? A lo mejor había que dar diez vueltas, o veinte, para obtener una llama en condiciones.

Comprendió que todo eso no le servía de nada. O se atrevía con el gas o podía desistir ya mismo de su intento. Tragó saliva. Luego abrió la llave del gas. Muchas vueltas hasta que se oyó un siseo. ¡Conocía ese sonido! Ahora todo iría bien. Añadió aire.

Al punto una llama puntiaguda salió disparada hacia lo alto.

Marie imaginó que no sería tan fácil explicar a Ruth la causa de sus pestañas demasiado cortas y arrugadas. Ni sus cejas chamuscadas casi hasta resultar irreconocibles. Por no hablar de los dedos índice y corazón de la mano derecha, ambos hinchados, tensos y ardientes. Tiró al momento la toquilla quemada. Mientras desbarraba diciendo que al encender la lámpara de gas no había prestado atención, daba por sentado que Ruth no creería una sola palabra. La mayor, sin embargo, se limitó a adoptar una expresión de cierto escepticismo, pero por lo demás no quiso saber nada de las causas del accidente de Marie. Esta soltó un suspiro de alivio. Y eso que por un instante incluso barajó la idea de contar sencillamente la verdad. Me he quemado porque me figuré que podía soplar vidrio como un hombre. Pero ¿no se decía que las mujeres con un embarazo avanzado no debían alterarse? Y Ruth se habría alterado, eso sin duda.

¿Tú... soplando vidrio? ¿Es que te has vuelto loca? ¿Tienes el diablo metido en el cuerpo! ¡Habría podido arder toda la casa! ¡Habrías podido arder tú misma!

Unas noches después, Marie se sentó nuevamente en el puesto de trabajo, sonriente. A lo mejor era verdad que se le había metido el diablo en el cuerpo. Pero, si era así, ahora iba a espolearlo de lo lindo.

De acuerdo, tras fracasar en su primer intento, había sentido miedo. La llama era peligrosa, en Lauscha lo sabían hasta los niños. Pero al final su nostalgia superó al miedo.

Esta vez se quitó la toquilla y se recogió el pelo en una trenza muy apretada alrededor de la cabeza. Y no giró la llave del gas hasta el tope, sino justo hasta el punto que había observado en los últimos días en que Thomas y sus hermanos la abrían. Cuatro giros completos. Fue premiada con una llama azulada que se parecía mucho a las de los demás sopladores. Una sonrisa afloró a sus labios.

Con mano temblorosa tomó uno de los tubos de vidrio incoloro con los que Joost soplabla los frascos de farmacia. Estaba liso y frío al tacto. Lo giró con regularidad en la misma posición de la llama hasta que el centro comenzó a ponerse al rojo. Ese era el momento en que el vidrio se derretía. Marie apartó en el acto el tubo de entrada de aire y estiró la pieza de vidrio por sus extremos hasta que tuvo dos partes en la mano. Apartó una de ellas y contempló la otra con mirada crítica. La larga pieza, llamada pincho, que se había formado al estirar el tubo era igual que las de Thomas y sus hermanos. ¡Cosa de hombres, bah! Ella sabía perfectamente cuál era la siguiente

tarea, porque los últimos días no había parado de observar a los hermanos Heimer. Pese a todo, cuando volvió a someter a la llama el tubo de vidrio acortado hasta que se fundió y cerró su grueso extremo, se sintió excitada. Procedió del mismo modo con el segundo tubo. Después introdujo las dos partes en un vaso para enfriarlas. En el taller de los Heimer había un dispositivo especial para esto, pero en el de Joost, no.

Respiró hondo.

Hasta entonces todo iba bien.

Poco después preparó del mismo modo más de una docena de tubos. Había llegado el momento.

—Lo conseguirás, Marie Steinmann —se susurró a sí misma dándose ánimos.

Tomó un tubo de cristal en la mano, lo aplicó a la llama para que esta vez se calentase el centro. Cuando se puso al rojo, lo apartó del fuego y se acercó el extremo todavía abierto a la boca. Lo notó frío, y eso a pesar de que apenas a un palmo de distancia actuaban sobre el vidrio temperaturas inmensamente altas. Sopló en su interior.

Dios mío, haz que me salga bien, rozó en el mismo instante en que se formaba una burbuja ante sus ojos. Una enorme burbuja transparente.

Marie siguió soplando con el ceño fruncido.

Un poco más.

La presión de detrás de su frente aumentó.

Otro poco más.

Alto. Ya no más, o la burbuja explotaría.

En el pincho había una bola redonda perfecta. Marie la miraba con incredulidad. Lo había conseguido. Estaba tan impresionada que por un momento olvidó pisar el fuelle.

Su llama se apagó de inmediato.

Para Marie, las semanas posteriores fueron las más excitantes de su vida. Esto se debió sobre todo a que nadie, salvo ella, sabía lo que acontecía por las noches en el lugar de trabajo de Joost.

En el transcurso de esas noches, Marie adquirió más destreza con la llama, el funcionamiento conjunto del gas, el aporte de aire y sus soplos mejoraban día a día. Después de haber soplado diez bolas redondas casi perfectas, comenzó a experimentar con la forma: en una ocasión estiró el cuerpo hueco que iba surgiendo hasta darle forma ovalada; en otra, le dio forma de pera, pero sin que el vidrio resultase desproporcionado por ser demasiado grueso o demasiado fino. Sin embargo, cuando intentó hacer una figura en forma de cono, la pieza le salió demasiado larga. En cuanto llegó a sus manos esa cosa informe, se echó a reír sin darse cuenta. ¡Su forma no tenía nada que ver con una piña de abeto, parecía más bien una salchicha larga y delgada! La idea de haber malgastado uno de los tubos de cristal de Joost no

le hizo ni pizca de gracia.

Marie hizo girar la figura de un lado a otro. Con un poco de imaginación, se la podía tomar por un carámbano de hielo de los que por entonces colgaban del borde del tejado. Pero a pesar de todo no era bonita. La apartó a un lado.

A partir de entonces solo sopló formas redondas y ovaladas. Escondió las piezas terminadas arriba, en el antiguo dormitorio de Joost, dentro del armario ropero, donde no las descubrirían ni Ruth ni Johanna.

Un experto soplador de vidrio como Thomas Heimer podía soplar en un día hasta diez docenas de formas sencillas, Marie lograba hacer en una noche una docena a lo sumo. La llama se le apagaba más de una vez y le costaba esfuerzo avivarla. En una ocasión se cortó y buscó por toda la casa un trozo de trapo limpio con el que vendar el pulpejo de su mano. En otra, creyó oír a Ruth y recogió a toda prisa; era el viento que sacudía la puerta.

Tenía la intención de soplar para Navidad un total de cuatro docenas de bolas. Cuando al fin las tuvo listas, el calendario marcaba el 18 de diciembre. No le quedaba mucho tiempo para lo que se había propuesto.

Con manos temblorosas, ayudándose de un cuchillo que había encontrado en el cajón de Joost, comenzó a separar los largos pinchos lo más cerca posible por encima de la forma. A continuación, cortó con unas tenazas trozos de un palmo de largo de un alambre que había comprado en la tienda el fin de semana anterior. Luego los enroscó alrededor de la base de las bolas hasta formar una especie de gancho. Sostuvo en alto una bola colgada de su mano estirada a modo de prueba. No estaba mal. De esa manera se podría sujetar bien al árbol. Marie se apresuró a dotar de un gancho a todas las bolas, a pesar de que lo normal era pintarlas primero.

Después llegó por fin el momento que desde hacía días esperaba con ansia.

Había que pintar las bolas.

Marie sacó del cajón la botella con el esmalte blanco, muerta de impaciencia. Tuvo que revolverlo todo hasta encontrar la botella con el color negro. Blanco y negro, para rotular los frascos de farmacia no habían necesitado más colores. Para lo que Marie tenía en mente, esos dos colores bastaban. Después de agitar con fuerza las dos botellas, hundió el pincel en el blanco. Con trazos seguros comenzó a pintar una de las bolas redondas. No se detuvo hasta que la bola quedó completamente cubierta de cristales de hielo. Cristales grandes y pequeños, sencillos y llenos de arabescos, parecidos a los que cubrían las ventanas.

Con un grato temblor, tomó la segunda pieza, que tenía forma de pera. Pintó de blanco la mitad inferior casi por completo, sobre la mitad superior aplicó unos delicados puntos blancos. Ante sus ojos flotaba un paisaje invernal. Después de haber pintado el último copo de nieve, hundió el pincel en la pintura negra y trazó los perfiles de unas casas.

Marie concluyó al fin la bola con un suspiro de satisfacción. Todo era exactamente igual a como se lo había imaginado: el contraste entre claridad y oscuridad, característico del invierno, armonizaba muy bien con sus bolas lechosas y opacas. Pensó con pena en lo adecuado que habría sido también como fondo para su pintura un azogado en plata. ¡Pero no podía acudir al taller de Heimer y utilizar su material para platear sus propias bolas!

Tomó los informes carámbanos de hielo, pero de improviso se levantó, salió al pasillo y sacó una bolsita pequeña del bolsillo de su abrigo.

Hasta un soplador de vidrio experto rompía de vez en cuando alguna pieza: bien por distraerse durante un momento provocando que el vidrio se le escurriera como si fuese miel, bien porque se cayera de la mesa de pintado o se astillase al ser envuelto. Las piezas con daños leves se entregaban al intermediario con el precio rebajado; lo que estaba más estropeado iba a parar al cubo de la basura.

Unos días antes, Marie había preguntado a Wilhelm Heimer si podía llevarse a casa un poco de vidrio del cubo de la basura. El viejo accedió con un encogimiento de hombros, pero no le quitó ojo de encima, por si había alguna pieza buena.

—¡Viejo roñoso! —gruñó entre dientes Marie.

En lugar de sacar los fragmentos de vidrio de la bolsa, la golpeó con un martillo previamente envuelto en un trapo viejo. Y lo hizo hasta que ya no asomó ninguna esquirla. Con una sonrisa dejó caer el polvo brillante de la bolsa hasta su mano.

¡Polvo de plata! ¡Brillo de nieve! ¡Polvos mágicos!

Con exquisito cuidado, como si se tratase de oro puro, devolvió a la bolsa las minúsculas partículas de vidrio. Empapó un pincel ancho en pintura blanca y lo pasó por todo el carámbano. Antes de que se secase la pintura, la espolvoreó con el polvo hasta que la forma quedó completamente cubierta. Ahora su carámbano era perfecto.

A continuación escogió algunas bolas en las que solo se veían los perfiles negros de estrellas y llenó su interior con pintura blanca espolvoreada asimismo con polvo de vidrio.

Como obedeciendo una orden, fuera había empezado a nevar. Gruesos copos lanosos bailaban en la noche. Marie miró por la ventana, preocupada. Ojalá no nevara durante días. Al final, Johanna no podría regresar a casa debido al estado intransitable de las carreteras. Marie se mordió el labio. Eso mejor ni pensarlo. Cerró los ojos e intentó imaginar el árbol de Navidad en todo su esplendor. ¡Si pudiera permitirse unas cuantas velas más! Pero su dinero solo había alcanzado para media docena.

—¡Un árbol! —se le escapó de pronto con un leve grito—. ¡Marie Steinmann, cómo puedes ser tan tonta!

En su empeño había pensado en todo salvo en decirle a Paul el Muecas que cortase un abeto para ella. Al día siguiente se pasaría por la casa del viejo leñador.

Gracias a Dios, aún faltaban seis días para Nochebuena.

Al principio, Johanna pensó que el día de Nochebuena habría mucho jaleo en la tienda de Strobel. Pero la campanilla de la puerta calló con tal tenacidad que, a eso de las diez, Johanna salió hasta la puerta para comprobar si de verdad había abierto. A mediodía no se habían visto honrados con la visita de un solo cliente.

A las doce en punto Strobel cerró con llave.

—Se acabó.

Se acercó al largo mostrador y sacó una botella de champán. Después de abrirla con mucha prosopopeya y llenar dos copas, ofreció una a Johanna.

—¿Champán a mediodía? ¿Significa esto que está usted satisfecho con el negocio navideño? —preguntó, burlona.

—Como después cada uno de nosotros se irá por su camino, no nos queda más remedio que brindar ahora. —Aunque sus copas apenas se rozaron, el eco del cristal resonó largamente—. Y por lo que respecta a tu segunda pregunta: sí, estoy satisfecho. Más que satisfecho, incluso. —Strobel volvió a brindar por Johanna.

Ella tomó unos sorbos de su copa.

—Pues, si no hay nada más... Le deseo buen viaje y... —dijo antes de intentar recoger su abrigo; su bolsa con los regalos estaba ya preparada en la entrada, pero el intermediario le cerró el paso.

—No tan deprisa, querida. Todavía no has recibido tu regalo de Navidad.

—Claro que lo he recibido —sonrió, confundida—. ¿O es que los cinco marcos extra que había en el sobre de mi paga no eran un regalo?

Strobel hizo un gesto de desdén.

—¡Dinero! Una pequeña atención merecida, nada más. Pero un auténtico regalo es mucho más valioso que el dinero. Puede ser un símbolo de algo, puede tener poder u otorgarlo. Puede abrir mundos o destruirlos, según y cómo.

Sonriendo, le entregó un paquete que contenía con toda seguridad un libro.

—Veo que no sabes qué pensar de mis palabras. Pero creo que mi regalo hablará por sí mismo en cuanto lo veas. Dicho sea de paso, es el libro que te prometí hace una eternidad. Recordarás nuestra conversación sobre mujeres dominantes y hombres a los que eso les gusta.

Johanna no conseguía recordarlo.

—Déjame que te diga unas palabras más al respecto.

Tantos aspavientos por un libro, pensó Johanna, malhumorada.

—Creo que su regalo hablará por sí mismo, ¿no?

Johanna miraba, enojada, a Strobel. El fabricante de pizarrines saldría ese día más temprano de lo habitual. Esperaba que no se marchara sin ella por culpa del vanidoso Strobel.

Él exhibió una de sus extrañas sonrisas.

—Tienes razón, de hecho, las palabras sobran. El libro será una revelación para ti.

Strobel cerró la tienda detrás de Johanna, de buen humor. Aún disponía de dos horas hasta que lo recogiera el carruaje que había pedido. Tiempo suficiente, por tanto, para pasar revista al año transcurrido. Se sirvió otra copa de champán y brindó por sí mismo. Tenía todos los motivos para celebrarlo: su negocio era más floreciente que nunca y podía viajar a B. siempre que se le antojase, pues sabía que con Johanna su tienda estaba en las mejores manos.

El champán bajó frío por su garganta. Sí, desde que Johanna estaba con él, su vida había mejorado mucho. Se felicitó de nuevo por la sabia decisión de relacionarse con ella en un plano puramente profesional. No es que ese día la encontrase menos atractiva que antes, pero le bastaba con jugar un poco con ella. Por eso le había regalado las memorias del marqués de Sade. Soltó una risita. Se moría de impaciencia por saber lo que Johanna pensaba de ese tipo de libros. Pero con eso volvía a agotarse su interés por ella. Y estaba bien que así fuera, ¡nadie lo sabía mejor que él!

¿Cómo decía tan acertadamente el dicho? Uno tenía que abrir el apetito en casa y luego comer fuera. ¿O era al revés? Sea como fuere, reservaría sus apetitos para su estancia en B. Ardía en deseos por comprobar los progresos de los trabajos de reforma de la casa, que él contribuía a financiar con una aportación considerable. A juzgar por los planos que le habían enviado, el viejo edificio se estaba convirtiendo en una auténtica joya. Sí, un ambiente adecuado haría aún más placenteras sus visitas a B. ¡Suponiendo que eso fuese posible!

En Nochebuena, el abeto que Marie había encargado a Paul el Muecas inundó con sus esplendorosas luces toda la habitación. Marie distribuyó de manera uniforme por el árbol las cuarenta y ocho bolas, colocó entre ellas las velas y esparció el resto del polvo de vidrio por las ramas del abeto a modo de copos de nieve. El resultado fue fascinante. El aroma de las velas de cera de abeja al calentarse las envolvía y contribuía sobremanera a que pareciera un momento mágico.

—Es sencillamente increíble. ¡En toda mi vida he visto algo tan bello! —Johanna, con lágrimas en los ojos, se acercó a Marie y la abrazó—. Aunque en realidad debería echarle un buen rapapolvo —agregó enseguida—. Cuando pienso en lo que podría haber pasado.

Se volvió hacia Peter, que también admiraba la obra de arte de Marie.

—¡Vamos, di algo! —le instó.

—Es que me he quedado pasmado. La obra de Marie sencillamente me deja atónito. —Peter sonrió—. En todo este asunto solo hay una cosa que me enfada: que no hayas acudido a mí. ¡Ponerse ante la llama sin experiencia alguna! Podría haber sucedido algo muy grave, en eso Johanna tiene razón.

—¿Lo ves? Por eso mantuve la boca cerrada. Porque sabía de sobra que tú te opondrías a mis propósitos —respondió Marie con tono mordaz—. Me imaginaba que, como hombre, no te gusta nada que una mujer se atreva a acercarse a vuestra sacrosanta llama.

Peter torció el gesto.

—No te he visto nunca tan acalorada, pero tu indignación te ciega un poco: yo, desde luego, no te habría apartado de la llama. ¿Por qué iba a hacerlo? Es cierto que ninguna mujer lo ha intentado antes que tú, pero, en realidad, ¿por qué no van a soplar vidrio las mujeres? Y ya que tienes tantas ganas de hacerlo, al menos habría podido ponerte al corriente.

Marie le dio la razón, arrepentida.

—La próxima vez, si no estoy del todo segura, acudiré a ti —prometió solemnemente.

—¿La próxima vez? —preguntó Peter.

—¿La próxima vez? —repitió Johanna—. Pero ¿acaso te propones volver a soplar vidrio?

Marie rio.

—¡Por supuesto que sí! ¡Esto solo ha sido el comienzo!

Para celebrar ese día, la familia se reunió en el salón, que se usaba en raras ocasiones, ubicado en el piso superior de la casa. Todos llevaban sus mejores atavíos, lo que en el caso de los Heimer significaba que todos vestían de negro, como si estuvieran en un funeral. Con su vestido de color burdeos, cuyas mangas se adornaban con volantes de color salmón, Ruth se sentía como un ave del paraíso entre un montón de cuervos. Por un momento sintió que no le apetecía entrar. Nadie parecía haber pensado en ventilar antes la habitación, olía a vejez y a polvo. Ese olor desencadenó en ella una extraña sensación. Hacía justo un año que había pisado por primera vez esa estancia, concretamente el día que Wilhelm le pidió que empaquetase los regalos de Navidad para Eva y los demás. ¡Cuánto había envidiado a Eva su polvera! ¡Y qué decepcionadas se sintieron sus hermanas y ella cuando el viejo les regaló una simple fuente con manzanas!

Este año los regalos ya estaban envueltos, aunque sin cariño. Descansaban en fila unos al lado de otros sobre el aparador barnizado en marrón oscuro. Ruth comprobó de una ojeada que también este año figuraba el nombre de Eva en la mayoría de los rótulos. Y qué más da, pensó altanera. De todos modos, el mejor regalo lo llevaba ella

en su seno. Y con gesto amoroso acarició su vientre henchido.

Thomas se unió inmediatamente a los demás, deslizándose sobre el sofá, para participar en el juego de dados. Ruth se sentó en una butaca. Su respaldo duro y derecho le apretaba la espalda, que le molestaba bastante desde hacía unos días. No aguantaría mucho así, pero se consoló pensando que la familia iría a la cocina para cenar. Después confiaba en poder pasarse un ratito por casa de sus hermanas.

Mientras los otros apostaban a voces a los dados, Ruth se frotaba su espalda dolorida lo mejor que podía. Lanzó una mirada de soslayo a su alrededor. Buscó por la estancia un abeto adornado o al menos unas ramas verdes en un jarrón, pero en vano. Al fin y al cabo, alguien tendría que haberse molestado en traerlo. Constató que los Heimer le habían contagiado su falta de imaginación, ese día se le antojaba imposible imaginar que alguna vez hubiera deseado adornar esa habitación. ¡La mera idea de vivir allí y, tras una larga jornada de trabajo, tener alrededor a la familia la horrorizaba! La vivienda situada encima del almacén no era ni con mucho tan bonita como ella deseaba —Thomas no sentía el menor interés por los «adornos inútiles»—, pero al menos allí estaban solos.

Observó cómo Sebastian, entre mucho alboroto, contaba unas monedas encima de la mesa y se las metía en el bolsillo a Michel. A continuación el juego comenzó de nuevo. Hasta el viejo participaba en él con ardor infantil; Ruth no podía decir si sus mejillas estaban coloradas por el juego o por el vino caliente especiado que los hombres bebían con frenesí.

—Bueno, ¿qué huevo está empollando otra vez mi gallina? —La mano fría de Thomas en su espalda la sobresaltó—. Seguro que está cavilando el nombre —anunció sonriente a los presentes—. ¡Aunque está decidido hace mucho tiempo! Se llamará Wilhelm, igual que el abuelo. —Y miró a su padre en demanda de aprobación.

—¡Thomas! —A ella le molestaba que le pusiera la mano sobre la tripa delante de todos.

—Siempre hablas de un niño. Sin embargo, no es seguro que vaya a serlo.

—¿Y qué va a ser, si no? —respondió su marido, perplejo; luego se giró hacia los otros—. Durante un tiempo pensé que nuestro hijo nacería cuando el Niño Jesús, pero ahora no tiene pinta de que vaya a ser así.

Ruth intentó darle un empujón por debajo de la mesa, que fracasó debido a su gordura. ¡No podía decir con más claridad que el niño había sido engendrado antes de su boda!

—¿Cuándo nacerá? —preguntó Eva con los labios apretados.

Ruth sonrió.

—No lo sé con exactitud, pero con toda seguridad no antes de mediados de febrero.

—¡Ja, al final tendremos dos! —Thomas rio de su propio chiste, los otros hombres le acompañaron—. El año pasado parece que hubo una ahí enfrente, en

Rudolstadt, que dio a luz mellizos. Y los dos...

—Thomas, no te basta con pasarte todo el rato hablando de un hijo, ¡ahora resulta que son dos! —le interrumpió Ruth entre bromas y veras—. Creo que lo mejor será que vaya a ver cómo va Edel con la cena.

Apenas tomaron el asado de Nochebuena, los hombres retomaron su juego de dados, mientras que Eva se dispuso a ayudar a la vieja criada a fregar los platos. Ruth fue a por su abrigo.

—Voy a pasar un momento a ver a Johanna y a Marie. —Le dio a Thomas un beso en la mejilla.

—¿Es necesario? —preguntó él con tono de desaprobación.

—Volveré enseguida —prometió ella, y salió ligera del cuarto antes de que él pudiera añadir algo.

Fuera, en el pasillo, se topó con Eva.

—Que te quede claro —le dijo a Ruth echando chispas—, cuando hayas parido, se acabó lo de escurrir el bulto en el trabajo.

Ruth se ahorró la respuesta. Primero, la acusación de Eva no era cierta, porque ella no había faltado todavía ni un solo día al taller, aunque más de uno le había apetecido no ir. Y segundo, Eva sentía una envidia desmesurada por el embarazo de Ruth y aprovechaba cualquier excusa para mostrarse grosera con ella. Lo único bueno era que tenía muy pocas ocasiones para ello: si Thomas se hubiera enterado una sola vez cómo ofendía a la madre de su futuro hijo... Ruth no sabía lo que él habría hecho. De su futuro hijo..., ahora estaba cometiendo la misma falta que con tanta frecuencia reprochaba a Thomas.

Caminando pesadamente por las calles sumidas en el silencio navideño se preguntaba, preocupada, qué pasaría si en lugar del esperado hijo alumbraba una hija.

Si la Nochebuena del año anterior había sido extremadamente parca, en la de este, bajo el espléndido árbol de Navidad de Marie, había un nutrido número de paquetitos. Los tres esperaban a Ruth para abrir los regalos. Después de que esta se sentara y todos preguntaran por su estado de salud, nadie quiso esperar más. Los primeros regalos que había que abrir eran los de Peter.

Durante un momento solo se oyó el crujido del papel.

—Seguro que es algo para el bebé —dijo Ruth mientras luchaba con la envoltura. Johanna tomó su paquete.

—¿Y si así fuera? —Pensó en sus propios regalos para Ruth, todo ropa de bebé—. ¿No te gustaría?

—¡Peter! —Ruth dio un gritito, no parecía haber escuchado la pregunta de Johanna—. Esto no puedo aceptarlo. ¿Es que te has hecho rico de la noche a la mañana?

Boquiabierta, sostuvo en alto un estuche; colocados sobre seda de color rosa, se veían un cepillo de pelo, un peine y una lima de uñas. Johanna comprobó de una simple ojeada que todas las piezas tenían el mango de plata finamente cincelada.

—Siempre he deseado algo así. ¿Cómo lo has sabido?

—Conozco a mis chicas Steinmann. Y pensé que seguramente recibirías bastantes regalos para tu bebé de todos los demás.

—¡Gracias, muchas gracias! —Ruth estaba radiante—. ¡Cuando lo vea Thomas! El pobre se ha sentido la mar de desdichado por lo mucho que ha tenido que cavilar con mi regalo.

—¿Y qué te ha regalado? —quiso saber Johanna, que recordaba demasiado bien la falta de imaginación de Thomas en la Nochebuena anterior.

—Una estola de lana. ¡Marrón! —Ruth esbozó una mueca jocosa—. No es precisamente el color que yo habría elegido —concluyó encogiéndose de hombros.

—¡Peter! —se oyó de nuevo.

Marie no fue capaz de decir nada más. Fascinada, hojeaba un grueso libro encuadernado en tela. Lo cerró a disgusto y lo sostuvo en alto para que todas pudieran leer el título: *Manual de diseño artístico*.

—¡Dios sabe que no habrías podido encontrar nada mejor para Marie!

Johanna estaba admirada. Los regalos de Peter no solo eran valiosos, sino que habían sido elegidos con mucha sensatez. Seguro que no había sido fácil conseguir el

libro de Marie, ella al menos todavía no había visto nada parecido en la librería de Sonneberg.

—¡Te toca a ti! —Peter le dio un empujoncito en el costado.

Los dedos de Johanna temblaban cuando comenzó a deshacer el nudo que cerraba la envoltura de su regalo. Sentía una repentina excitación. Los regalos de Ruth y Marie habían sido muy personales. Le era completamente imposible imaginar qué había escogido Peter para ella. La forma del paquete tampoco ofrecía el menor indicio. El pensamiento de que la caja cuadrada pudiera contener acaso un portaplumas o una libreta para anotaciones comerciales la sumió de pronto en un malestar inexplicable. Cuando por fin deshizo el nudo, el papel cayó por sí solo.

—¿Un atlas universal? —alzó la vista, asombrada.

—¿Un atlas? —repitió Ruth—. ¿Qué significa eso?

Johanna sostenía en alto el libro de gran formato.

—Aquí dentro está reproducido el mundo entero. Fíjate, hay mapas de cada continente. Y también de cada uno de los países. Y todo está coloreado a mano. ¡Qué libro tan maravilloso! —Y añadió un «gracias» con cierto retraso.

—Pensé que te gustaría mucho un atlas como este. Ahora que Lauscha se ha vuelto tan pequeño para ti...

Johanna enarcó las cejas. ¿Percibía una leve sorna en su voz? Lo miró inquisitiva, pero la mirada de Peter parecía franca y natural.

—Y si por una casualidad también Sonneberg se me quedara pequeño, ¿debo salir a recorrer el ancho y vasto mundo? —inquirió risueña.

—Yo no he dicho eso. Pero a los viajeros hay que dejarlos marchar, después regresan espontáneamente. Esa ha sido siempre mi opinión. —Su expresión de seguridad no pudo disimular el dolor que traslucía su voz.

Johanna respondió a su sonrisa.

—¡Ni siquiera has señalado con un marcador el mapa en el que se encuentra nuestra Selva de Turingia!

Peter empujó el libro hacia abajo, hasta que su mirada se cruzó con la de Johanna.

—¿Tan fácil querías que te lo pusiera? —preguntó con voz ronca—. ¡Tendrás que averiguar tú misma dónde está tu hogar!

Johanna tragó saliva. Por favor, ahora di algo anodino, imploró su muda mirada. No quería sentir remordimientos por tener que rechazarlo una vez más. Quería disfrutar de la fiesta. Y ser feliz. Como merecía esa noche.

Peter le hizo el favor. Dio unas palmadas.

—¿No se me prometió un ponche fuerte para esta noche? ¿Fue mera palabrería o se pondrá en práctica?

Johanna se levantó, aliviada, y echó un leño a la lumbre. Puso agua a calentar, añadió un chorro de ron, canela en rama y una taza entera de azúcar.

Después de sentarse, carraspeó. Tomó la mano de Marie y la de Peter e indicó a los demás que la imitasen, hasta que todos se agarraron de la mano. Sus expresiones

de sorpresa la turbaron.

—Esta Nochebuena es para cada uno de nosotros muy especial —comenzó a decir con voz entrecortada. Al levantar la vista, Ruth le dedicó una sonrisa de ánimo—. En los últimos doce meses han sucedido muchas cosas. Se han cumplido deseos que ni siquiera nos habríamos atrevido a soñar no hace demasiado tiempo. Otros deseos nos acompañarán en lo sucesivo. Pero, en conjunto, este ha sido un buen año para todos —tragó saliva—. A lo mejor os parece un poco ridículo, pero me gustaría que guardásemos este momento en lo más hondo de nuestro corazón y no lo olvidásemos nunca.

Peter insistió en acompañar a Johanna el primer día de trabajo después de Navidad, al menos hasta el lugar donde la esperaba el fabricante de pizarrines. La saludó a la puerta de su casa, bien arropada con chaqueta y chal. Cuando partieron hacia Sonneberg aún era de noche. Caminaron juntos por las tranquilas calles. La nieve estaba tan congelada que a cada paso se partían afilados pedacitos de hielo.

Johanna se envolvió el chal con más fuerza alrededor de la cabeza.

—¿Sabes lo que me dijo hace poco uno de los clientes de Strobel? «Tengo la impresión de que los de Turingia solo conocéis dos estaciones: el invierno y el frío invierno». ¡Cómo dio ese hombre en el clavo a pesar de que solo pasa por aquí cada dos o tres meses como viajante que es! —Pequeñas nubecillas blancas acompañaron sus palabras.

Poco después, Johanna se detuvo y giró la cabeza hacia su pueblo. Desde primera hora de la mañana las llamas de los mecheros Bunsen en las ventanas de las casas calentaban la noche gélida. Pequeñas luces titilantes, más claras que cualquier antorcha o lámpara, cargadas de fascinación y de fuerza. Como luciérnagas.

—¿Habrá en alguna otra parte del mundo otro pueblo que viva casi exclusivamente del soplado del vidrio? —A Johanna le brillaban los ojos.

—Yo no lo conozco. Creo que en ese sentido, Lauscha es único.

—La visión siempre se apodera de mí de nuevo —le confesó—. ¡Cuando pienso que una familia se congrega alrededor de una llama! Que todos juntos trabajen en un encargo es ciertamente un hermoso pensamiento, ¿no crees?

El corazón de Peter dio un brinco involuntario. ¿No desprendían una pizca de nostalgia sus palabras? ¿No preferiría quizá dar media vuelta pero era demasiado orgullosa para admitirlo? Lo intentó de nuevo.

—¿Estás segura de que quieres seguir trabajando con Strobel en el nuevo año? —Peter, más que ver la mirada de incompreensión de ella, la intuyó.

—¡Pues claro que sí! ¿Quién sino yo lo representaría durante sus ausencias? ¿A qué viene esa pregunta?

Ahora el que se detuvo fue él.

—No te comportes como si mi pregunta fuera completamente absurda. Maldita sea, no me gusta nada que te relaciones con ese... bicho raro. Que no es normal, lo ha demostrado a más tardar su regalo, ¿no? —El simple hecho de recordarlo le enfurecía.

Johanna había abierto el regalo de Strobel sin el menor recelo, mientras Marie y Ruth atisbaban curiosas por encima de su hombro. Y luego sintió una repentina conmoción a la vista de las atroces ilustraciones. El repulsivo libro de Strobel había aniquilado de golpe su alegría, el resto de la Nochebuena lo habían pasado con una desenvoltura forzada.

Johanna le tiró de la manga, obligándolo a caminar de nuevo.

—Oye, no te alteres tanto. Que es un bicho raro, ya lo sé. La única explicación que se me ocurre es que él no miró antes ese libro. A lo mejor se lo regalaron y él me lo ha regalado a mí. Eso sería muy típico de él, no es la primera vez que me regala una pieza de muestra que ya no le sirve.

A Peter la explicación de Johanna no le parecía muy convincente.

—¡Pieza de muestra! —resopló—. Si todo el libro está dedicado claramente a las perversiones. Una cosa así no llega a tus manos por casualidad.

Johanna suspiró. Apretó el paso, como si quisiera huir de él.

Peter se apresuró para no quedarse atrás.

—¡Johanna, vente conmigo! Mis animales de vidrio me están dando bastante dinero, así que ya no soy el pobre diablo de antes. No me costaría mantenerte a ti y a tu familia. Y a tus hermanas también les gustaría que regresaras a Lauscha.

Johanna se dio la vuelta tan bruscamente que él estuvo a punto de chocar con ella.

—¡No voy a renunciar por las buenas a mi trabajo porque mi jefe me haya hecho un regalo de Navidad ciertamente extraño!

—No es eso y lo sabes —se defendió Peter—. Hace mucho tiempo que deseo que vengas conmigo.

—¿Y por eso te parece bien cualquier medio para traerme de vuelta a Lauscha? —replicó Johanna—. ¿Sabes cuál es tu problema? Que sencillamente no quieres ver más allá del borde del plato de Lauscha. Porque si pudieras hacerlo, te darías cuenta de que también podemos ser amigos sin estar pisándonos continuamente los pies. — Y sin darle la posibilidad de responder, se alejó a grandes zancadas por la nieve pisada.

Furiosa, se subió al pescante junto al fabricante de pizarrines. Le entregó el dinero por el trayecto sin decir palabra, y el caballo se puso al trote. ¿Cómo osaba Peter intentar someterla continuamente a su tutela? A juzgar por su comportamiento, la gente habría podido creer que estaban casados.

Pero el viento frío de la marcha evaporó su ira casi más deprisa de lo que había llegado. Es que él se preocupaba por ella, y la verdad es que no tenía nada que oponer, ¿o sí? Sus preocupaciones eran de todo punto innecesarias, ella sabía cómo tratar a Strobel. Tenía claro que le había regalado el libro con absoluta deliberación. ¡Con su cháchara del día de Nochebuena! ¿Sería ese su humor particular? Si eso era cierto, desde luego había puesto el carro delante de los bueyes. No obstante, ella no

movería un dedo y jamás le hablaría del libro. Abrir mundos, ¡y un cuerno!

Con esto terminó sus cavilaciones sobre Peter y el motivo de su pelea, porque había otra cosa que exigía toda su atención: con sumo cuidado enderezó la bolsa que llevaba al lado, que junto con otro objeto informe contenía —bien envueltas en trapos de lana— seis de las bolas navideñas de Marie. Quería enseñárselas a Friedhelm Strobel cuando regresase. Estaba bastante segura de que ese tipo de bolas gustaría a mister Woolworth, el cliente americano. Y puede que no solo a él. A lo mejor interesarían a otros clientes. Así que, sin que Marie lo supiera, había metido en su bolsa seis de las piezas más bonitas. Ahora meditaba la mejor manera de presentarlas. ¿Debía decir que se las había dado un soplador de vidrio que deseaba permanecer en el anonimato? Era una hipótesis poco creíble, incluso para sus oídos. Seguro que a mister Woolworth le daba igual que las piezas las fabricase un hombre o una mujer. ¿Qué les importaba a los americanos las tradiciones de Lauscha?

Su mano tanteó dentro de la bolsa en busca del otro objeto. De perdidos, al río, se dijo sonriendo para sus adentros. Porque había decidido matar dos pájaros de un tiro: además de las bolas de árbol de Navidad también pensaba mostrar a Strobel el ramo de rosas de cristal que le habían regalado a Ruth por su boda.

Le había costado un poco convencerla, pero al final su hermana accedió a prestarle las rosas de cristal del Suizo durante una semana. Como es natural, Johanna habría podido acudir al Suizo para proponerle que soplara otro ramo para enseñárselo al intermediario, pero optó por la otra solución. ¿Qué cara hubiera puesto el Suizo si Johanna le hubiera encargado algo?

Cuando Strobel regresó por fin de su viaje, a Johanna le entraron unas repentinas dudas. ¿Y si no le gustaban las bolas? Acaso fuese preferible hacer un primer intento con el ramo de rosas de cristal.

Así que las bolas de Marie esperaban empaquetadas su salida a escena mientras el comerciante escudriñaba el ramo a fondo. Después lo depositó a modo de prueba en distintas cajas, como si quisiera examinar si se podría enviar. Johanna sabía que ese era el punto débil de las rosas de cristal: ella misma había sudado la gota gorda para transportar el delicado objeto desde Lauscha hasta Sonneberg.

Sin decir palabra, Strobel pergeñó con mano ágil un boceto. Johanna sonreía socapa. Él terminó y levantó la vista.

—¿De quién dices que es el ramo?

—De Karl Flein, el Suizo.

—¿Y no sabe que has traído aquí las flores?

Johanna puso los ojos en blanco. Si ya le había dicho antes que el Suizo no sabía nada de su suerte. Con forzada tranquilidad contestó:

—Es una pieza única. Pero estoy segura de que, a cambio de un precio adecuado, el Suizo estaría dispuesto a fabricar un número importante de piezas. Y no dudo que a los clientes de las grandes ciudades, sobre todo, les gustaría mucho un adorno de cristal tan refinado como este.

Otra muda inclinación de cabeza.

—Puede que tengas razón. —La miró con dureza—. Solo hay un problema.

Johanna receló. Su tono no le gustaba nada. Lo conocía demasiado bien; siempre que Strobel se disponía a negociar con un pobre e ingenuo soplador de vidrio un precio desvergonzadamente bajo, utilizaba justo ese tono. De ahí su sorpresa cuando él se volvió súbitamente y dijo:

—He cambiado de idea. Estas rosas no me sirven para nada. El embalaje sería demasiado caro. —Puso el índice sobre sus labios arrugados y frunció el ceño, malhumorado—. Además, pensándolo bien, incluso me parecen cursis. Carentes de gusto y de elegancia. Fuera con ellas. ¡Fuera! ¡Fuera! —Y le hizo seña de que se marchara.

Johanna tuvo la sensación de haber recibido unos golpes sordos en la espalda. Con mano floja asió el ramo. Habría dado cualquier cosa por conseguir dar una respuesta mordaz en ese instante.

—Como usted diga —respondió con voz metálica.

Envolvió el ramo en silencio y lo devolvió a su bolsa junto a las bolas de Marie. Por nada del mundo se las enseñaría a ese, que las tacharía de bazofia, decidió en ese mismo momento.

Puede que el comerciante tuviese un mal día. O que no le gustaran de verdad las rosas de cristal.

Sin embargo, Johanna, frunciendo el ceño, habría podido jurar que por dentro Strobel casi temblaba de entusiasmo.

Los días siguientes no le dejaron tiempo para continuar analizando el extraño comportamiento del intermediario. Porque poco después de Año Nuevo llegó a la tienda un grueso sobre con estampillas americanas. Johanna, que atisbaba por encima del hombro a Strobel mientras lo abría, reconoció en el acto el fino papel comercial de color cáscara de huevo encabezado por un diamante verde con una uve doble inscrita: la carta procedía de mister Woolworth.

Strobel sonrió.

—Dice que los objetos de vidrio de Lauscha se vendieron solos, y que les debe una magnífica campaña navideña. Maldita sea —siguió leyendo, ahora con el ceño fruncido—, este año no vendrá en mayo, sino a finales de verano. Por eso me pide que le remita los documentos necesarios para hacer su pedido por escrito. —El intermediario meneó la cabeza—. Muy típico de ese americano. ¡Como si yo tuviera aquí montones de esos documentos! ¿Se imaginará lo laboriosa que es su elaboración?

—Después de todo lo que me ha contado usted de ese hombre, supongo que eso le da completamente igual. —Johanna rio.

Renegando, Strobel se sentó a continuación a la mesa y copió gran parte de sus muestrarios. En perfecto inglés escribió descripciones, garabateó recomendaciones y comentarios personales al margen de los dibujos o resaltó especialmente algunos artículos enmarcándolos en rojo. Johanna le ayudó confeccionando listados en los que se especificaban los distintos precios, dependiendo de la diferente cuantía de los pedidos de una misma pieza. A Strobel no le hacía mucha gracia enviar por correo esos documentos. Contenían demasiada información que no debía caer en manos de nadie. En el competitivo mercado de juguetes y artesanía, cada mayorista guardaba con enorme sigilo su escala de precios, sus descuentos y sus ofertas especiales. La mayoría se negociaba cara a cara, es decir, directamente entre el cliente y el intermediario. Pero ¿qué remedio le quedaba? Woolworth era un cliente demasiado importante para ignorar sus deseos.

Siguió un intenso intercambio epistolar entre Sonneberg y Hamburgo. Allí, en la ciudad del gigantesco puerto, desde el que se enviaban a todo el mundo los productos de Sonneberg, la empresa americana tenía una oficina que remitía toda la

documentación directamente al hombre de negocios. A Johanna le resultaba increíble lo poco que tardaba en responder Woolworth a cada uno de sus escritos, hasta que Strobel se lo explicó: solo los dibujos y fotografías se enviaban a América por mar, lo que gracias a los nuevos vapores con sus mejoradas hélices de propulsión costaba mucho menos del tiempo que se habría necesitado un par de años antes. Sin embargo, las listas de números y todos los escritos llegarían a América por otra vía, concretamente la telegráfica. Johanna escuchó con incredulidad cuando el comerciante le habló del cable submarino que habían tendido desde Europa hasta América y por el que se transmitían *impulsos*, fuera lo que fuere eso. Pese a lo fantástico que sonaba todo, debía de funcionar, pues no habían transcurrido ni siquiera cuatro semanas del año y llegó a casa de Strobel un grueso sobre de color pardo que contenía un pedido. Apenas un cuarto de hora más tarde se oyó el estampido del corcho de una botella de champán, y Johanna se sintió ya algo tambaleante por la mañana temprano, pero casi tan alegre como el comerciante. Después, durante todo el día, Strobel llevó consigo en su chaleco el grueso fajo de papel, tarareando sin cesar, y se mostró amable con personas a las que hasta entonces no había dedicado ni una inclinación de cabeza a modo de saludo.

Las semanas posteriores fueron turbulentas, tanto en Lauscha como en Sonneberg.

Ruth dio a luz una hija sana, a la que bautizó con el nombre de Wanda, Marie pasaba la mitad de la noche ante la llama de gas, y Johanna se sintió como un hada buena.

Gracias a Woolworth, tuvo que rellenar un montón de pedidos para los sopladores de vidrio de Lauscha, los fabricantes de muñecas de Sonneberg y otros artesanos. Al cabo de más de un año conocía a cada familia por su nombre, a la mayoría incluso en persona, y sabía que en muchas escaseaban el salario y el pan. Colaborar a que su destino mejorase un poco la colmaba de felicidad. Pocos meses antes le habría enfurecido que no figurase entre ellos un nombre en concreto: el de Peter Maienbaum. Tozudo como una mula, Peter seguía llevando sus animales de cristal a uno de los comerciantes menores que no tenía ni con mucho los buenos contactos de Strobel. Pero para entonces aceptaba su obstinación con indiferencia.

Sin embargo, no estaba preparada para que algo aniquilara de golpe su alegría por el gran pedido.

Cuando le quedaban por rellenar apenas una docena de notas, tropezó con una línea del pedido de Woolworth: «Rosas de cristal. Tres docenas de ramos de siete rosas cada uno. Color carmín. Precio de venta 3,80 marcos», se leía con pulcra escritura mecanografiada; detrás, la anotación a mano de Strobel: «Número 345, precio 0,40 DM».

Qué raro. Johanna frunció el ceño. No se había enterado de que Strobel hubiera incluido en la oferta las rosas del Suizo. ¿Por qué nunca se lo había comentado? ¡Y luego, el precio! ¿Cuarenta *pfennigs* por un trabajo tan complejo? ¿Quién se había equivocado? Meneando la cabeza con gesto de desaprobación, apartó su silla hacia atrás para ir a buscar a Strobel. Un instante después volvió a sentarse.

—¡Pero si el número 345 no es el Suizo!

Más tarde supo quién se escondía detrás del número 345. Tobias Neuner, uno de los pocos sopladores de vidrio que todavía no tenía conexión con la fábrica de gas y trabajaba con lámpara. El dinero que ganaba apenas bastaba para mantener a los suyos, por no hablar de innovaciones técnicas. El destino no trataba bien a esa familia: los padres de Tobias estaban postrados en cama y exigían mucho tiempo a

Siegling, su mujer. Pero, además, dos de sus ocho hijos no estaban bien de la cabeza y constituían una carga. Entre los otros seis, solo había un chico. Tobias, por tanto, tenía muchas bocas que alimentar y apenas contaba con ayuda. Por lo que Johanna sabía, jamás había aceptado un encargo que requiriera tubos de vidrio de color, y la razón era muy sencilla: Neuner no podía permitirse adelantar el dinero para los caros tubos. De todos modos, la mayor parte del tiempo, Tobias no trabajaba directamente para un mayorista, sino para Wilhelm Heimer y otros fabricantes que no daban abasto con los encargos. Como era un soplador de vidrio muy bueno, siempre le arrojaban a los pies migajas suficientes, de forma que la familia nunca había pasado hambre, pero por los pelos.

¿Y ahora Tobias iba a soplar esas rosas tan complicadas? ¿Por un puñado de *pfennigs*? ¡Aparte de que el ramo de rosas era un diseño del Suizo!

A Johanna le zumbaban los oídos de rabia cuando fue a buscar al mayorista y le pidió explicaciones.

Strobel reaccionó con absoluta indiferencia.

—Pues sí, pero cambié de opinión y terminé por incluir las rosas. Tres docenas es una cifra insignificante.

¡En opinión de Johanna no lo era!

—¡Usted no puede encargar sin más a otra persona la creación de un soplador de vidrio sin que este lo sepa! ¡Eso es un engaño!

—Eres muy impertinente, Johanna Steinmann —respondió Strobel agarrando la primera pieza que tenía al alcance de la mano—. Mira, fíjate en este jarrón. ¿Figura algún nombre en él? ¿Y aquí? —Levantó una copa—. ¿Ves algún nombre?

Johanna se ahorró el esfuerzo de contestar, y Strobel tampoco lo esperaba.

—El vidrio es un material que está a disposición de todo soplador. En ninguna parte está escrito que un diseño solo puede ser fabricado por su autor. ¡Estaría bueno! No, apreciada Johanna, los negocios no funcionan así.

Johanna le dirigió una mirada furibunda.

—Por supuesto, tiene usted razón al decir que en ninguna parte figura quién ha soplado algo por primera vez —replicó con tono gélido—. Pero, en mi opinión, también hay leyes no escritas. Y son tan importantes como las que están sobre el papel.

—¿Leyes no escritas? —Strobel no quería oír nada de eso—. Fíjate en tus sopladores, mujer: ¡se envidian unos a otros! Todos soplan lo que se les pide. Ninguno se preocupa de si esa o aquella pieza ha sido fabricada por otro. Todos se esfuerzan por echar un vistazo al taller de sus competidores, ¡por si pueden copiar algo! ¡Y tú desvarías con no sé qué código de honor!

Johanna callaba, enfadada. A Strobel no le faltaba razón.

—Además, si tanto quieres a tus compatriotas de Lauscha, en realidad deberías alegrarte de que le haya encargado las rosas al muerto de hambre más pobre entre ellos. Y para que veas que sabe Dios que no soy el monstruo que tú crees, te diré algo

más: voy a adelantar a Neuner el dinero de los tubos de color. ¿Qué dices a eso, eh? —Strobel parecía deleitarse con la expresión de amargura de Johanna. Ahora se había acalorado.

—Y una cosa más: el Suizo no se va de vacío. ¡Sale muy beneficiado con sus bolas para el árbol de Navidad!

Evidentemente, Johanna habría podido aducir en ese momento que sabía muy bien lo que se escondía detrás de su gran magnanimidad: ¡explotación, pura explotación! Ningún soplador de vidrio que pudiera permitírsele habría aceptado realizar un trabajo tan esforzado por cuarenta ridículos *pfennigs*. Para eso había que estar tan desesperado como Tobias Neuner. Aparte de que no todos conseguirían hacer los capullos de rosa afiligranados, eso ella lo sabía de sobra. Pero no dijo nada más. Friedhelm Strobel había explicado con toda pulcritud sus razones, y Johanna lo conocía lo suficiente para saber que se atendería a ellas.

A partir de ese día contempló la gestión comercial de Strobel con ojos más críticos.

En el fondo sabía, ya antes de entrar a trabajar con él, que era un hombre de negocios duro, siempre dispuesto a cargar la guerra de precios entre los mayoristas sobre las espaldas de los fabricantes. A lo mejor había que comportarse así para tener éxito, se decía. Al fin y al cabo, a los sopladores de vidrio no les iba del todo mal, ¿verdad? Sin los amplios contactos de los mayoristas, la mayoría se quedarían plantados con sus productos. Ella siempre había defendido estos argumentos, incluso frente a Peter. Y a pesar de que este no se cansaba de resaltar que trabajaba para un usurero, la admiración de Johanna por el talento comercial de Strobel, por sus conocimientos de inglés y francés, por su mundología y sus aptitudes como vendedor incluso habían aumentado en el transcurso del último año.

Su único consuelo, tras el poco honroso incidente, fue el hecho de que no le había podido reprochar que las bolas de Marie fueran un bodrio. Seguramente también le habría robado la idea y... ese mero pensamiento era tan espantoso que Johanna no quiso seguir dando vueltas sobre el asunto. ¡Marie la habría matado, seguro!

Libro segundo

Primavera de 1892

*Vidrio, vidrio,
¿qué es?
Es y no es.
Es luz y no es luz.
Es aire y no es aire,
es un aroma sin perfume.
Y sin embargo es duro,
dura presencia inadvertida
para el pájaro cautivo, que no lo ve
y al que hace ansiar la inmensidad.*

(Antología de Gerhart Hauptmann)

Ruth amasaba la masa correosa sobre la mesa con movimientos cansinos. A continuación formó con desgana cuatro panes, que depositó sobre una tabla enharinada y tapó con un paño limpio. Al día siguiente a primera hora los llevaría a la panadería, confiando en que alguna de las demás mujeres los cociera con los suyos. Ella no tenía tiempo para colocar los panes dentro del gran horno de piedra y pasar un ratito charlando mientras se cocían. Con el trabajo en el taller, los quehaceres domésticos y la niña, sus días estaban más que llenos. ¡Qué no habría dado por disponer de la ayuda de la vieja Edel al menos un día por semana!

—¡Mujer, seguro que podrás con ese trabajo tan liviano! Imagínate lo que ocurriría si le pidiera ayuda a mi padre. —Ante la pretensión de Ruth, Thomas se limitó a sacudir la cabeza sin comprender.

—¡Pero para Eva todo son facilidades! —rugió la joven sin que nadie le prestara atención.

Todavía quedaba un resto tibio del té que había preparado para la cena. Contempló el líquido de color verde claro asqueada. ¡Deseaba tanto una taza de auténtico café! Todavía le quedaba un poco —Johanna le traía un paquetito de vez en cuando—, pero quería reservárselo para un día que estuviera de mejor humor. Para ese, lo adecuado era el té amargo, decidió en un ataque de automortificación.

Lanzó una mirada a la cama infantil, después trajo una de las sillas que Thomas había sacado del último rincón del almacén de su padre. ¡Cuánto más habría preferido ella un banco rinconero alrededor de la mesa!

—En las sillas podemos sentarnos igual de bien —había contestado Thomas a su sugerencia.

En lo tocante a gastar dinero, los Heimer habían salido al padre.

Eran poco antes de las nueve de la noche. Transcurrirían horas hasta que Thomas regresara del Águila Negra. A pesar de todo, Ruth no paraba de aguzar el oído en dirección a la puerta. No tenía ninguna gana de retomar la discusión de la noche anterior, y estaba claro que el mal humor de Thomas no mejoraría por unas jarras de cerveza.

Fue otra nimiedad lo que lo enfureció tanto. Como Wanda llevaba ya varias semanas dando con sus pies contra la cuna, Ruth había encargado al maestro carpintero Zurr una camita para ella. ¡No iba a crecer la niña con las piernas torcidas! Zurr la había traído esa tarde, y tuvo que ser Thomas precisamente el que saliera a la

puerta a recibirla. En cuanto se marchó el hombre, empezó la bronca: manirrota fue el insulto más suave que le dedicó. Le cayó encima una granizada de reproches. Y no solo eso.

¿Por qué no le había contado de antemano que había encargado la cama?, esto es lo que enfadaba a Ruth más tarde. A él no le gustaba que lo pasaran por encima, quería estar informado de todo. ¡Ay de ella si olvidaba, como ese día, rendir cuentas de uno de sus pasos! ¡Pero, maldita sea, no era su prisionera! ¿Es que como esposa no tenía ningún derecho?

Le habría gustado irse a la cama. No solo le dolían los brazos de acarrear las pesadas cajas de objetos de vidrio, también en su cabeza se había instalado un cansancio insoportable. Pero tomó la cesta de sus labores de punto. Por un momento vaciló sobre cuál de las tres prendas comenzadas debía seguir tejiendo, y se decidió por una chaquetita. Seguramente para cuando la terminase, a Wanda se le habría quedado pequeña haría mucho.

—¡Vieja plañidera! —se regañó a sí misma.

Luego rebuscó en su cesta hasta dar con el resto de lana de color más alegre que pudo encontrar. ¿Alcanzaría la lana amarilla para dos rayitas finas en las mangas?

El siseo de sus agujas era inconstante. Tan inconstante como sus pensamientos, para los que no tenía tiempo durante su larga y repleta jornada de trabajo, y que ahora se agolpaban en su cabeza. Durante un rato intentó con insistencia no pensar en nada. Examinó la vivienda que era su hogar. Nada más casarse se mudaron a las habitaciones situadas encima del almacén de Heimer. Tenía la impresión de que desde entonces habían transcurrido cien años.

¿Era eso el curso de las cosas? ¿Días que se sucedían con lentitud, se confundían, insulsos, tediosos? Ir al trabajo, volver a casa, atender a la niña, cocinar, limpiar, dormir. Discutir. Ir al trabajo.

—¿Y qué quieres, niña? —le dijo Griselda suspirando una vez que Ruth le insinuó tímidamente su tedio—. Así es la vida. Alégrate de lo que tienes: un marido, una hija sana, y Dios sabe que tampoco pasas hambre. Comparada con otras, te va muy bien. Y créeme, yo sé de lo que hablo.

Tras ese sermón, Ruth se sintió todavía peor. La viuda Grün tenía razón: visto superficialmente le iba bien.

El siseo de las agujas de punto enmudeció un instante. Ruth frunció el ceño. ¿Cómo era eso de las superficies brillantes? Apenas se las arañaba salían a relucir defectos y grietas y a veces incluso profundos abismos.

«Alégrate de lo que tienes».

Ruth dirigió una mirada amorosa hacia la cuna. Wanda era un sol desde que nació, todo el mundo lo decía. Nunca chillaba, sonreía alegre a quienquiera que le dedicaba un minuto de tiempo, e incluso en sus primeras semanas dormía toda la noche de un tirón. ¡Y era guapa! Como su madre. Eso también lo decían todos.

Solo había un problema con Wanda. Ruth no pudo defenderse del grueso nudo en

su garganta.

No era un chico.

Las agujas de punto enmudecieron ante sus ojos. «No seas llorona», le susurró la misma voz de antes, pero Ruth no pudo contener las lágrimas, pronto su torso se estremeció con pequeños y fuertes sollozos. Pero le daba igual.

¿Cuándo, si no, podía dar rienda suelta a sus lágrimas? ¿Durante el día, en el taller? ¿Bajo las miradas venenosas de Eva, que acechaba para descubrir algo parecido? ¿Delante de Thomas? Seguro que él disfrutaría. ¿O debía derramar sus lágrimas sobre la sonrosada piel de muñequita de Wanda mientras le ponía los pañales?

Thomas estaba contento de verdad con el bebé. Fanfarroneaba por todas partes con el buen mozo que saldría de la unión de un Heimer con una Steinmann. Había bebido noche tras noche con sus camaradas por el bienestar del aún no nacido.

Y luego, sucedió. El bebé, que no le había causado el menor problema durante el embarazo, vino al mundo con el defecto mayor que podía imaginarse un Heimer: ser niña. Que estuviera sana, que tuviera desde el primer día una piel lisa y bonita y una pelusilla en la cabeza tan suave y rubia que Ruth no podía dejar de acariciarla, a él le traía sin cuidado. Después de dirigir una mirada a la criatura, Thomas abandonó su dormitorio en silencio. Aquella noche no regresó a casa. Seguramente estaba celebrando con sus amigos el nacimiento, intentó convencerse Ruth. Sin embargo, en lo más hondo, estaba al cabo de la calle. A la mañana siguiente, Eva, la víbora, había ido a visitarla con el pretexto de ver a la niña. De sus labios no salió alabanza alguna, y en lugar de decir ¡qué niña tan bonita!, estos dedicaron palabras de compasión hipócrita a Ruth y a Thomas:

—Pero ningún lugarteniente, con lo contento que estaba Thomas con su hijo. Y Wilhelm con su nieto. ¡Si al menos no dijeran tantas bobadas los otros en El Águila Negra! Que si Thomas es también un fabricante de cajas como vuestro padre y cosas por el estilo. No es de extrañar que tras algo así un hombre tenga que librarse de su tristeza con unas cuantas cervezas de más. Sebastian dice que estaba tan borracho que no pudo encontrar solo el camino de vuelta a casa. Por eso se lo llevó a la nuestra. ¡Buf, no me gustaría tener una resaca como la suya! Wilhelm hasta le ha dado el día libre. Puedes figurarte lo que significa eso.

Sí, se lo había imaginado muy bien sin la ayuda de la elocuente mirada de Eva: Thomas había agarrado una borrachera de campeonato. Ruth había intentado no dejar que la afectasen las maldades de Eva. Esta sentía envidia porque ella y Sebastian todavía no lo habían conseguido, se dijo a sí misma.

Ese día, cuando Thomas regresó por fin a casa al anochecer, no cruzó con ella ni cinco frases, ni mucho menos le pidió perdón por su ausencia nocturna. Cómo anheló Ruth que dirigiera una mirada a la cuna o preguntara al menos qué tal estaba la niña. Pero nada de eso sucedió.

Sus hermanos o el viejo no eran mejores, para ellos la hija de Ruth parecía no

existir. De poco sirvió que propusiera el nombre de Wanda esperando que la uve doble alegrase a Wilhelm. Ninguno pareció interesarse lo más mínimo por el nombre de la niña.

Y después...

Una semana después del nacimiento de Wanda, Thomas le pegó. Y no solo eso. Todavía ahora, meses después, un escalofrío recorría la espalda de Ruth al recordar aquella noche.

Aquel día tenía inflamado el pezón izquierdo, por lo que amamantar le dolía tanto que los ojos se le llenaban de lágrimas. Thomas, en lugar de dirigirle palabras de consuelo, o darle un abrazo cariñoso, miró de soslayo la cabecita de Wanda para clavar a continuación sus ojos en sus pechos desnudos, como si los viera por primera vez. Cuando, a eso de las siete, Ruth quiso acostarse, completamente agotada física y mentalmente, él entró tras ella en el dormitorio.

—¡Ahora ya no nos molesta una barriga gorda! —dijo, desabrochándose el pantalón.

En un primer momento, Ruth no entendió lo que quería. No podía pretender acostarse con ella. Precisamente ese día que se sentía tan mal.

Pero Thomas podía y quería.

Ruth estaba demasiado débil para resistirse.

Su inmovilidad le enfureció.

—¿Tengo una mujer o una muñeca sin vida? —le chilló mientras la penetraba.

Con los ojos cerrados, Ruth apretó los dientes confiando en que terminase pronto. Lloraba mil lágrimas por dentro.

No estaba preparada para sus golpes. Primero en la mejilla derecha, luego en la izquierda. Zas, zas. Por las buenas. Ella, incrédula, abrió de repente los ojos y durante un instante tuvo la impresión de que él estaba por lo menos tan asustado como ella.

—La culpa es tuya —le gritó a la cara—. La próxima vez, mira a tu marido cuando se toma su derecho conyugal. ¡Guárdate tus orgullosos remilgos para otra situación!

Desde ese día le pegaba habitualmente. ¡No tan fuerte como para que se le notase, Dios nos libre! Thomas Heimer no quería que lo acusasen de maltratar a su mujer.

Sin darse cuenta, Ruth se palpó la herida de detrás de la oreja, donde el puño de su marido le había abierto la piel la noche anterior.

No pudo seguir explicándole lo de la cama para la niña, porque al momento él le sacudió una bofetada.

—¿Por qué se te tienen que ocurrir siempre esas ideas imposibles? —le gritó como si fuera una escolar maleducada.

Todavía no acertaba a comprender lo que le estaba pasando. A ella, la hija de Joost, para quien la dignidad de una mujer era tan importante.

Su vergüenza era tan grande que no era capaz de contárselo a Johanna ni a Marie. Además, ¿de qué le habría servido? Ella le había dado el sí voluntariamente y de todo corazón, y por tanto también a la familia Heimer, que ni siquiera juzgó necesario acudir al bautizo de la niña. Justo ese día, todos tenían «algo importante» que hacer. Si no hubiera sido por sus hermanas, se habría encontrado sola con Wanda delante del cura.

En la actualidad, la desilusión le seguía provocando un nudo en la garganta. ¡No faltó mucho para que en esas primeras semanas se dejara convencer de que había fracasado! Pero siempre que dirigía una mirada a la cuna o le daba el pecho a Wanda una ola cálida la inundaba. Amaba a esa niña. ¡Y de qué manera! Era una Steinmann como ella y sus hermanas.

Al pensar en Johanna y Marie se le escapó una sonrisa. Las dos compensaban con Wanda las carencias que provocaba la parte de los Heimer: la pequeña no tenía ni una semana cuando Marie plasmó su primer retrato. A partir de entonces, captó con sus hábiles trazos de carboncillo cada progreso del crecimiento de la niña. Aunque Ruth no se atrevía a colgar los dibujos —a pesar de lo bonitos que eran—, los sacaba una y otra vez del cajón para contemplarlos. ¡Y Johanna! No pasaba un fin de semana sin que se presentase con algún precioso vestidito. La semana anterior había traído un mordedor de plata pura. ¡Y eso que aún no había empezado a echar los dientes!

Las facciones de Ruth se endurecieron. Si de ella dependía, Johanna podía malcriar a la niña por completo. Muy poco tiempo después del nacimiento, se propuso mostrarse orgullosa de su hija, tan orgullosa como Joost lo había estado de ella y de sus hermanas. A Wanda no le faltaría de nada. Era su princesita.

Había dibujos y bocetos por todas partes: por el suelo, sobre la mesa de Joost, en sus viejos bancos de trabajo... Paisajes invernales, caras de ángeles, un Nacimiento en miniatura...; temas todos ellos relacionados con los adornos del árbol de Navidad. Pero en lugar de alegrarse por semejante abundancia, Marie miró casi asqueada el desorden del taller. ¿Esos eran sus progresos? ¡Ridículo!

Su mirada cayó sobre el libro que Peter le había regalado en Nochebuena: *Manual de diseño artístico*. ¡A veces deseaba no haberle echado ni un vistazo! Se había convertido en su Biblia, en su amigo. Y en su enemigo; en los últimos tiempos, sobre todo en esto. ¿Era de verdad el arte esa manera de captar la realidad que se describía en él?, se preguntaba una y otra vez. ¿Se podía trocear un dibujo como si fuera un ganso de Navidad, poner al descubierto sus huesos y deleitarse luego con su desnudez? ¿Era ese el auténtico sentido del arte?

Marie lo dudaba.

La lógica de las formas mencionada en el libro era tentadora, claro está: un círculo pintado era la ampliación de un punto. Muchos puntos alineados originaban una línea. Cuatro líneas iguales daban un cuadrado en cuyo interior volvía a caber un círculo, partiendo de cuyo centro podía dibujarse una cruz que compartía los lados del cuadrado... todo era divisible en signos, líneas y ángulos. Para Marie era una experiencia nueva poder captar el arte con semejante exactitud. Ahora había empezado a revisar sus bocetos teniendo en cuenta las regularidades mencionadas en el libro, pero no había llegado muy lejos: en el libro de Peter no se hablaba de bolas en ningún pasaje. Una bola no tenía ni principio ni fin. No se la podía dividir ni en cuadrados ni en puntos. Tampoco se podía decir: «Ahí es arriba y ahí, abajo», o «Aquí es más redonda que en cualquier otro sitio». No se componía ni de esquinas ni de ángulos. Igual que las pompas de jabón que Joost soplaba antaño con ella, también la bola de vidrio era un mundo en sí. Se bastaba a sí misma, y justo esta circunstancia había encantado a Marie.

La consideraba la forma perfecta. La medida de todas las cosas, por la que había que valorar cada boceto suyo: mientras un motivo no se pudiera dibujar sobre una bola, no valía nada para ella. Mientras una forma no tuviera al menos carácter de bola, lo mismo cabía decir.

Apartó el libro con decisión, con él no avanzaría. Tenía que hablar con alguien que conociera el vidrio. Y las bolas.

El único problema era que ese alguien no existía.

Al viejo Heimer ya no tenía que llevarle bocetos nuevos; sus hijos trabajaban de la mañana a la noche para cumplir los encargos de los mayoristas. Y, de todos modos, Marie dudaba que compartiera su entusiasmo por las bolas de vidrio.

Pero ¿con quién, si no, iba a conversar? Ruth y Johanna consideraban su interés por el dibujo un bonito entretenimiento. Además, estaban ambas tan ocupadas consigo mismas y con sus vidas que no tenían tiempo para percatarse de su evolución artística. Y aunque la mirasen atentamente a cada nueva bola no habría quedado satisfecha con eso. De tener un público, deseaba que poseyera verdadero sentido artístico.

Solo quedaba Peter. Él había mantenido su palabra.

—Si te sirve de ayuda, podemos reunirnos dos veces por semana al atardecer. Como fabricante de ojos, mis conocimientos están limitados a un solo ámbito del soplado de vidrio, pero los compartiré gustosamente contigo. En cualquier caso, podré darte algunas clases prácticas. A fin de cuentas yo no empecé a soplar vidrio ayer.

Con el transcurso del tiempo, Marie se dio cuenta de lo mucho que le aportaban esas clases con Peter: no eran tanto sus indicaciones prácticas como la sensación de que la tomaba en serio.

Y no obstante, tras medio año de «aprendizaje» con Peter, Marie no podía desembarazarse de la impresión de que estaba todavía al principio del conocimiento. ¿Llegaría a convertirse algún día en una buena sopladora de vidrio? ¿Cómo iba a lograrlo si ni siquiera disponía de tubos suficientes para practicar con ellos? Gracias a su buen sueldo, Johanna era más que generosa si se trataba de surtirla de lápices y blocs de dibujo, pero los tubos de vidrio no podía sacárselos de la manga con tanta facilidad. Solo había ese material en la fábrica. Aunque Johanna, con su nueva facilidad mundana, seguramente no habría tenido ningún inconveniente en acudir a la fábrica de vidrio y comprar tubos si Marie se lo pedía, esta sin embargo no quería ni pensar en los chismorreos que se desatarían en el pueblo. Así que no le quedaba más remedio que pedir de vez en cuando a Peter que le trajese tubos.

En una ocasión, Johanna le ofreció comprarle pinturas al óleo.

—¿Acaso no pintan al óleo todos los grandes artistas? —le comentó, con la intención de hacerle un cumplido.

Marie le dio las gracias, pero rechazó la propuesta; la pintura al óleo no era su fuerte, era demasiado espesa y poco fluida. El material con el que deseaba trabajar era el vidrio. Era un maestro severo, desde luego: podía reventar, fundirse, saltar en mil pedazos. Podía cortarte o quemarte. Para entonces, Marie lo sabía por experiencia propia. Pero cuanto más conocía el vidrio, más crecía su obsesión por él.

Miró el reloj de pared: iban a dar las ocho, ya se habría ido el cliente de Peter. Era la hora de su clase. Recogió sus últimos bocetos, se echó una chaqueta ligera por encima y salió de casa.

Le abrió la puerta con expresión sombría.

—Todavía tengo que trabajar —dijo a modo de saludo.

Marie, indecisa, se quitó la chaqueta a pesar de todo. Sobre la mesa no veía trabajo alguno, pero sí un vaso y una botella de aguardiente.

—Si hoy no te viene bien, me marchó —dijo ella intentando ocultar sus dibujos detrás de la espalda.

Peter le indicó que lo acompañara a la mesa.

—Ahora ya estás aquí. Y quizá me venga bien un poco de distracción.

—Me gustaría probar algo nuevo —le informó ella—. También está relacionado con los adornos para el árbol, pero se trata de algo que aún no me he atrevido a hacer. —Y sin más preámbulos extendió sus dibujos delante de él.

—Nueces, avellanas, bellotas. Y piñas. —Peter la miró—. Pues no acabo de entenderlo. Esto ya está muy visto. Casi todo el mundo las pinta de pintura dorada y las cuelga del árbol.

La joven sonrió.

—Pero no todo el mundo tiene nueces de cristal colgadas de su árbol de Navidad.

—¿Nueces de cristal? —Le dirigió una mirada crítica.

Mientras le explicaba con más detalle su idea, la excitación de Marie iba en aumento. Ya lo veía todo perfectamente ante ella. Podía sentir en el interior de su mano la suave redondez de avellanas y bellotas. Palpar con la punta de los dedos las piñas estilizadas. Observó a Peter, esperando que se entusiasmara tanto como ella.

Pero él se limitó a encogerse de hombros.

—Si ya no tienes bastante con la bola soplada al aire, solo te queda una cosa: ir a ver a Strupp, el fabricante de moldes, y encargarle que te los fabrique.

¿Tendría la culpa su mal humor o de verdad Peter encontraba su idea menos grandiosa que ella?, se preguntó Marie.

—¿Que vaya a ver a Strupp? ¿Y qué voy a decirle? ¿De dónde voy a sacar el dinero para los moldes?

Marie se esforzó por conseguir que su voz sonara espantada. Y sin embargo, la sugerencia de Peter no era un descubrimiento. En las últimas semanas, siempre que había reflexionado sobre sus nuevos adornos navideños, llegaba a la misma conclusión: si quería ser fiel al natural, las piñas o las nueces de vidrio no podían soplarse a su antojo, sino en un molde. Y en Lauscha solo había una persona que fabricase moldes: Emanuel Strupp.

—¡Pues háztelos tú misma! Tus bocetos son tan detallados que podrías hacer a partir de ellos un modelo en barro. Y a partir de ese modelo puedes crear el molde en yeso. Yo podría conseguirte barro y yeso para las masas, eso no sería ningún problema. Supongo que tus formas no aguantarán tanto como las de Strupp —nadie sabe lo que añade a su masa—, pero tampoco creo que vayan a reventar ante la llama la primera vez. Creo que merece la pena intentarlo, ¿no te parece?

Los labios de Marie se abrieron en una sonrisa triunfal.

—Para ser sincera, yo ya había pensado algo parecido. Pero que tú me creas capaz me da el último empujón para probar suerte. —Se encogió de hombros—. Al fin y al cabo, solo es eso: una prueba. ¿Qué puedo perder? —Impulsiva, apretó el brazo de Peter—. ¡No sé qué haría sin ti! ¡Eres un tipo estupendo!

Peter clavó los ojos en su vaso.

—Pues eres la única que lo piensa.

Marie calló, turbada. Podía imaginar perfectamente a quién se refería su comentario. La semana anterior, Johanna le había echado otro rapapolvo con muy poca amabilidad. Y eso que él solo le había preguntado si tampoco vendría a casa el próximo fin de semana. Después de haberse quedado dos fines de semana seguidos en Sonneberg, la pregunta, en opinión de Marie, estaba más que justificada. ¡Pero Johanna se puso hecha un basilisco! Y le echó en cara que quisiera tenerla bajo su tutela.

—Ya sabes cómo es Johanna —musitó Marie.

—¿Por qué será tan testaruda esa mujer? —Peter levantó las manos en un gesto de desesperación—. ¿A quién querrá demostrar que sabe arreglárselas sola? Todos lo sabemos hace mucho.

Marie buscaba con ahínco la respuesta adecuada. Pocas veces le hacía alguien una confidencia. No se le daban bien esas cosas. Y ella tampoco era una mujer que corriera decidida hacia otros para liberarse de sus preocupaciones. Cuando se encontraba mal, se sentaba a su mesa de dibujo y pintaba. Y cuando se encontraba bien, hacía lo mismo.

—Dios sabe que nadie puede afirmar que yo la obligue a nada. Todavía hoy resuenan en mis oídos las palabras de vuestro padre: «Dale tiempo, Johanna no es ni de lejos tan adulta como aparenta». Muy bien, pero ¿cuánto tiempo tendré que esperar aún a que ella se dé cuenta de una vez de cuál es su sitio? —Peter hizo un gesto de impotencia.

Así que su padre estaba al corriente del cariño especial que Peter sentía por Johanna. Y al parecer, lo aprobaba.

—¡Pero no puedes obligarla a que te quiera! —Marie se asombró del tono casi agresivo de su voz. ¿Por qué estaba Peter tan convencido de que Johanna y él estaban hechos el uno para el otro?

Peter se hundió igual que un fuelle al que le hubieran quitado el aire.

—Eso también lo sé —admitió en voz baja—. A pesar de todo, en lo más hondo, todavía albergo la esperanza de que algún día venga a mí. Voluntariamente. Solo que a veces... —sonrió con timidez—, la espera se me hace más cuesta arriba de lo habitual. ¡Maldita sea, yo solo soy un hombre! Tengo anhelos, necesidades... —se interrumpió—. Pero que hago contándote esto precisamente a ti —su tono era amargo—. Tú tampoco eres como las demás mujeres. Pareces estar por encima de esas cosas.

—No sé qué quieres decir, pero desde luego no parece un cumplido —replicó Marie, ofendida. ¿Qué bicho le había picado ese día al siempre bondadoso Peter?

—¿Sabes que durante un tiempo pensé que tú y el menor de los Heimer...? —La miró de soslayo.

—¿Michael y yo? —Ahora Marie estaba horrorizada de veras—. Pero ¿cómo se te ocurre una idea semejante? —No faltó mucho para que se sacudiera como un gato que sin querer se queda bajo la lluvia.

—Bueno, en primavera te visitaba con mucha frecuencia. Así que me figuré que... tú y él... ¿Qué tiene de raro pensar que también tú escojas a un Heimer para casarte?

—¡Muchas gracias! —replicó Marie, enfadada—. A lo mejor él se hizo ilusiones en ese sentido. ¡Eso no puedo evitarlo! No fui capaz de despacharlo. Porque, sabes, no es un mal tipo.

Omitió mencionar que aprovechó sus visitas para conseguir que le enseñase algunos trucos sobre el manejo de la lámpara. A continuación se avergonzó un tanto por el modo en que lo había logrado. ¿Se habría sentido un poco, muy poco, halagado por sus zalamerías? Bueno, ya era hora de cambiar de conversación, decidió Marie.

—Y ya que hablamos de visitas frecuentes... ¿Me equivoco o he visto en tu casa con frecuencia a Rita Strupp?

Peter asintió.

—Sí, ¿y qué?

¿Por qué los hombres eran tan lacónicos en el momento decisivo?

—¡Ella me quiere! —Peter torció el gesto—. Es muy insistente, creo que no tendría que esforzarme mucho para... —se interrumpió, como si notase que la conversación amenazaba con volverse demasiado íntima—. Pero ¿qué voy a hacer con Rita?

Marie no pudo aguantar la risa.

Otros hombres no harían unas preguntas tan tontas. Al fin y al cabo, es una chica muy guapa.

—Aunque así sea —respondió Peter, desdeñoso—. Prefiero una mujer con cabeza. Aunque creo que eso no tiene mucho que ver con Rita: para mí cualquier otra no sería más que una segunda opción; no puedo evitarlo. ¡Y no quiero conformarme con eso! Escucha: si alguien te prohibiera soplar vidrio a partir de hoy, ¿dirías: no importa, me pondré a hacer tapetes de ganchillo?

—La comparación es extraña, pero muy gráfica. —Marie hizo una mueca—. Pobre Peter. —Le dio un codazo en broma—. Con el frenético trabajo de Johanna, veo que te esperan tiempos muy solitarios.

Él asintió, sombrío.

—Tienes razón. Si no sucede un milagro que traiga a Johanna de vuelta a Lauscha, ya puedo hacerme monje.

—¿No es la nena más bonita que habéis visto nunca?

Ruth, con los brazos estirados, sostenía en alto a Wanda. La respuesta fueron unos ruidosos grititos del bebé.

—¡Toma, seguro que tía Marie también quiere sostenerte!

Y antes de que esta se diera cuenta ya tenía a la niña en brazos. Wanda torció bruscamente el gesto, esbozando una mueca de disgusto.

—No quiere estar conmigo, ¿es que no lo ves? —Marie sostenía a la niña alejada de ella, como si fuera un cuerpo extraño.

Wanda aprovechó la ocasión para agarrar uno de los lápices de su tía. Al momento siguiente lo tenía dentro de la boca.

—¡Deja eso, que es venenoso! —Marie gimió al ver las manchas de baba de color verde manzana que aparecieron poco después sobre el delicado cuello de encaje del vestido de la niña.

—Anda, dámela a mí —dijo Johanna sonriendo—. Tu tía Marie es demasiado inquieta para un gusanito tan pequeño como tú.

En cuanto tuvo las manos libres, Marie intentó ordenar su mesa de trabajo. Su mirada se posó, sin comprender, en los innumerables objetos que Ruth había esparcido allí desde su llegada. ¡Qué una niña tan pequeña necesitase tantas cosas!

Estaba muy avanzada la tarde de domingo, y en realidad Marie se proponía ensayar con su segundo modelo de arcilla. El primero, una piña alargada, no había salido mal para ser el primer intento; ahora deseaba averiguar si con más práctica le saldría mejor. Pero no tenía pinta de que pudiera ponerse a trabajar.

—¿De dónde habrá sacado estos cabellos rubios casi plateados? —Ruth, embelesada, acarició la cabeza de su hija, luego miró a Johanna—. Desde luego, de Thomas no, eso seguro. Por supuesto, este brillo sedoso no es casual. Todas las noches se lo cepillo treinta veces. Con un cepillo muy blando, claro está. Y se lo lavo con el jabón de lavanda que me regalaste. —Sonrió—. Cuando Wanda crezca, le regalaré un prendedor de plata para el pelo. Igual que el que yo deseaba de pequeña.

—¿No te acuerdas? Mamá tenía el pelo rubio. No tan claro como Wanda, pero sí más claro que el de papá y el nuestro. —Johanna cerró los ojos—. Aún recuerdo el tacto de su pelo sedoso, con el que se hacía una gruesa trenza por la noche.

—¡Es verdad! —exclamó Ruth—. Siempre discutíamos para cepillar y trenzar sus cabellos. Una vez que...

Marie carraspeó.

—¿No podríais seguir hablando en la cocina? Me gustaría dibujar un rato todavía y...

—¿Quieres ponerte a dibujar ahora? ¿Con el poco tiempo que pasamos juntas? —replicó Ruth.

—Para pintar tienes tiempo toda la semana —añadió Johanna con tono de reproche.

—¡Toda la semana! —Marie apretó los labios—. ¡Es para partirse de risa!

Porque Ruth se pasaba «un ratito» casi todas las tardes y luego se quedaba allí horas y horas. Hablando con Wanda. Hablando de Wanda. De su belleza y de su inteligencia, etcétera, etcétera. Marie lanzó una mirada avinagrada a su sobrina, que seguía chillando. ¿Por qué los bebés tenían que ser tan escandalosos?

—¿Por qué no preparáis café y me uno a vosotras dentro de media hora? —sugirió, esforzándose por mostrarse amable.

Les dio las gracias cuando las dos obedecieron su invitación, y la calma se restableció instantáneamente en la estancia.

—La verdad, no sé qué le pasa a Marie —comentó Ruth acalorada mientras contemplaba cómo Johanna molía el café—. Da la impresión de que una no es bienvenida. Mmm, qué aroma. ¡Huele que alimenta!

—Pero si te traje un saquito de café la vez pasada. ¿Lo has gastado ya?

—Hace mucho. Desde entonces han transcurrido tres semanas. Algún lujo podré permitirme, ¿no? ¿A que sí, Wanda?

Columpió a la niña sobre su rodilla. Y con marcada indiferencia agregó:

—Ah, por cierto, mañana te acompañaré a Sonneberg.

—¿Mañana? ¿En lunes? Pues no me viene nada bien —respondió Johanna frunciendo el ceño—. Ya sabes que Strobel regresa mañana, así que tengo que estar puntual en la tienda. Y tampoco podré marcharme muy pronto; después de sus viajes siempre quiere que le informe de todo lo acontecido durante su ausencia.

—¡Solo oigo hablar de Strobel: que si Strobel por aquí, que si Strobel por allá! Parece que está continuamente de viaje. ¿No es la segunda vez este año? —¿Por qué no preguntaba Johanna qué pensaba hacer en Sonneberg? ¡En esa casa nadie parecía interesarse de verdad por ella!

—La tercera —corrigió Johanna, seca—. Pero para ser sincera, por mí puede irse de viaje todo el tiempo y las veces que quiera.

—Ya, lo entiendo perfectamente. Seguramente holgazaneas de lo lindo cuando él no está.

—De eso nada. No tienes ni idea. Algunos días, a mediodía ya no sé dónde tengo la cabeza de tanto trabajo. Pero dime, ¿qué vas a hacer mañana en Sonneberg?

¡Por fin! Ruth sonrió, misteriosa.

—Una cosa. En realidad no quería decirlo, pero... Bah, qué más da. Al fin y al cabo sois mis hermanas.

Miró, afable, a Marie, que entretanto también se había sentado a la mesa. Después sacó de su bolso, que había depositado junto a su silla, una de las revistas de Johanna. Se llamaba *El cenador*, y según el subtítulo quería contribuir a la lectura edificante de las lectoras. Mientras Johanna se limitaba a hojear la revista por encima, Ruth leía línea tras línea, contemplaba detenidamente cada ilustración, absorbiendo toda la información como una esponja.

Sin necesidad de hojearla mucho tiempo, abrió con seguridad por una página y señaló con el índice una foto en la que un bebé ataviado con el encaje más exquisito yacía sobre una piel de oso.

Las otras dos la contemplaron sin comprender.

—El benjamín de la familia imperial rusa; no entiendo nada: ¿qué tiene que ver eso con tu visita a Sonneberg? —preguntó Johanna.

Ruth puso los ojos en blanco.

—A veces sois muy lentas de entendederas. Es obvio, ¡quiero hacerle una fotografía a Wanda! Igual que la de este hijo de los zares. Encima de una piel de oso. Ella es por lo menos igual de guapa que el niño de la foto.

—¿Una fotografía de Wanda? —La expresión de Johanna reflejaba escepticismo—. ¿Y qué dice Thomas al respecto?

—¡Thomas! —repuso Ruth con un ademán despectivo—. Es mejor que no se entere. Cuando vea la foto, seguro que le gustará.

Lo más probable era que no le contase por qué iba a Sonneberg, aduciría como pretexto una consulta médica. Lo más probable era que nunca le enseñase la foto. Porque era más que probable que la moliera a palos si se enteraba de en qué «mierda» había gastado un buen dinero. Un dinero que ella había ahorrado céntimo a céntimo de la cantidad que recibía para los gastos de la casa. Pero todo eso no tenían por qué saberlo sus hermanas.

—Una fotografía así es un recuerdo para siempre —dijo—. Más tarde, Wanda podrá colgarla como si fuese un cuadro.

—Pero ¿no será muy caro? ¿No sería mejor que te pintase otro retrato de Wanda? Te saldría gratis —propuso Marie.

—Bueno, no sé, las fotografías de boda son más habituales, pero ¿de un bebé? —Johanna meneó la cabeza—. ¿No es un poco exagerado? Y no me salgas ahora con que los zares rusos lo hacen.

—¿También tú tienes envidia de Wanda? —Ruth se sulfuró como si la hubiera picado una tarántula—. Porque, si es así, habría debido quedarme en casa de los Heimer a escuchar los celos mezquinos de Eva. —Notó que se le hacía un nudo en la garganta. En los últimos tiempos, cada vez lloraba con más facilidad. Para no estallar en lágrimas, volvió a enfadarse—. Si viviera papá, al menos él querría a su nieta. No sería tan envidioso como vosotras.

—Haz el favor de no exagerar —respondió Johanna—. Sabes perfectamente que haríamos cualquier cosa por tu hija. Pero no por eso tendrá una que dejar de manifestar sus dudas si las tiene, ¿no?

Ruth desvió la vista, obstinada. No había ido allí a escuchar palabras como esas.

—¿No estarás mimando a Wanda en exceso? —comentó Marie.

—¿Y si así fuera? —replicó Ruth—. ¿Tan malo sería? —Y sin esperar respuesta prosiguió muy segura—: ¡Mira a esta pequeña beldad! No se la puede comparar con los otros niños. Es muy especial y se merece lo mejor.

Esa noche, antes de que Ruth se marchara a casa, acordaron que Johanna la esperaría a la mañana siguiente para viajar juntas a Sonneberg.

A medida que su carruaje se acercaba a Sonneberg, el mal humor de Strobel aumentaba. Por primera vez no sentía ni el más leve atisbo de alegría anticipada al recordar el pueblo y su tienda. Ni pizca de entusiasmo. Veía pasar ante él los sombríos bosques de abetos con mirada fija. Le costaba respirar. Un olor a sudor viejo estaba suspendido como un pesado paño sobre el interior del carruaje que había tenido que tomar después de que su último transbordo de tren fallase por culpa de unos trabajos en las vías.

Una provincia. Nada más que una provincia.

La idea de tener que pasar semanas enteras en medio de ese yermo antes de poder pensar en la próxima visita a B., era más de lo que podía soportar en ese momento.

Cerró los ojos y rememoró los días que había dejado atrás. ¡Qué animación! Había sentido cada fibra de su cuerpo.

Había sido una visita especial: para celebrar el final de las obras de reforma. Como lo había expresado con tanto acierto la condesa P.:

—Celebremos el resurgimiento de un templo del placer.

El conde Z. incluso había comparado las estancias con un palacio. En fin... Strobel soltó una tosecita. ¿Un palacio? Realmente no le habían hecho falsas promesas, su dinero había sido de veras bien invertido. Había surgido algo único en su género.

Y qué ambiente. Todo en negro y rojo, abundante terciopelo, todavía más seda, y, como contraste, cuero basto. Acompañado de música, champán y sobre todo de compañía selecta. ¡Solo al alcance de unos cuantos elegidos!

Strobel se irguió en el asiento. No todo se podía comprar con dinero, aunque alguno lo pensase. No, los que poseían una llave de ese templo del placer eran elegidos: personas de cultura extremadamente elevada. Doctores, abogados, concejales e hijos de ricas casas comerciales, es decir, la flor y nata de la sociedad, que solo compartía una cosa: una severa educación, en la que el orden y la disciplina estaban por encima de todo lo demás. La capacidad para someterse, para aceptar castigos —o, en casos inversos, para mostrar dureza, para castigar a los subordinados por sus negligencias—, había que inculcarla desde la más temprana infancia si más tarde se la quería celebrar como una forma de arte.

Strobel clavaba los ojos en el asiento de enfrente. De una larga raja en el desgastado cuero artificial brotaba un relleno pardo que olía a moho. Siguió el borde

quebradizo del desgarró con el índice. Donde el cuero artificial se clavaba en su piel, dejaba un profundo arañazo blanco, pero Strobel no sentía nada.

Ahora la buena vida y los estimulantes atractivos de todo tipo se habían terminado. Entrevistas con clientes, confección de listados, negociaciones con sopladores de vidrio y fabricantes de muñecas... A partir de ahora eso volvería a ser el pan nuestro de cada día. En vez de copiosos banquetes, comidas apresuradas en las que tendría que conformarse con Johanna como única compañera de mesa. Un pensamiento poco excitante. Pues, a fuer de sincero, ¿qué podía ofrecerle esa joven? Lamentablemente, poco, a pesar de que él se esforzaba desde hacía mucho por ampliar su horizonte e iniciarla en el mundo de los placeres refinados. Ella lo escuchaba y soltaba uno de sus comentarios burlones que a él le hacían creer durante algún tiempo que desarrollaría una forma singular e inteligente de conversación, pero en su interior continuaba siendo todavía una chica de pueblo. En lugar de seguirle por sus excursiones verbales, por sus cursos mentales a veces muy excéntricos, ella empezaba a hablar de Lauscha a la menor ocasión. Y eso que a él le importaba un rábano ese villorrio oculto tras las siete montañas. ¿Cómo decían tan acertadamente los ingleses? *You can take the girl out of the village, but you can't take the village out of the girl*, lo que era tanto como decir: una paleta será siempre una paleta.

Y respecto a «lo otro», también en ese sentido sus esfuerzos habían sido inútiles afanes amorosos. Se rio a la vista de su formulación tan certera. Después de que Johanna no dijera ni pío sobre su regalo de Navidad, una edición de las memorias del marqués de Sade que le había costado un dineral, él no siguió esforzándose en ese sentido. A lo mejor no era más que un simple guijarro imposible de pulir para convertirlo en diamante. Este pensamiento se le antojaba cada vez más probable.

Por otra parte, ¿no había dicho el conde G. —o fue el barón Von Z.— que, según su experiencia, eran a menudo los chicos y chicas de pueblo los que mostraban un talento natural para la sumisión o la dominación? Eso no parecía aplicable a Johanna Steinmann, o le habría dado alguna señal hacía tiempo.

El carruaje se detuvo tan repentinamente que Strobel perdió el equilibrio y cayó al suelo.

—¿No puedes tener más cuidado? ¡Torpe! *Putain!* —insultó al cochero.

Con expresión gélida se miró las rodillas manchadas de polvo mientras el cochero descargaba su equipaje. Luego pagó el precio exacto del trayecto, sin dar un céntimo de propina. ¿Propina, por qué?, se preguntó cuando subía su bolsa por los escalones que conducían a la puerta de la tienda. ¿Por haberle traído ese palurdo rudamente al suelo de los hechos?

Irritado, intentó abrir la puerta de la tienda y chocó contra ella con todo su peso.

Cerrada.

Strobel lanzó una mirada incrédula a su reloj: las nueve y diez. Una mañana de lunes.

¿Qué demonios pasaba?

Hurgó en la bolsa de viaje en busca de su llave.
¿Dónde se había metido Johanna?

—Atención, señoras, no se asusten. ¡Enseguida habrá mucha luz!

El fotógrafo se retorció los extremos de su bigote, se frotó las manos y desapareció bajo un paño negro detrás de su cajón.

—¿A que es muy buena? Mira qué guapa está —dijo Ruth, henchida de orgullo maternal.

Johanna observaba inquieta a su alrededor, como si buscase un camino de huida.

—¡Tengo que irme, de verdad! —exclamó.

El reloj de sobremesa del fotógrafo marcaba las nueve y cuarto. ¡Maldita sea! ¿Por qué había permitido que Ruth la convenciera de acompañarla?

—Seguro que termina pronto —le susurró esta para tranquilizarla.

Monsieur la miró con ojos de reproche.

—Así no puedo trabajar, *mesdames*. Necesito silencio. Y el bebé también tiene que permanecer callado. ¡Y quedarse quieto! —Señaló con la cabeza a Wanda, que lloriqueaba.

Ruth se acercó presurosa a su hija, volvió a colocarla en el centro de la manta de lana —el fotógrafo no había conseguido ni con su mejor voluntad una piel de oso— y regresó junto a Johanna.

—¡Qué pisto se da! ¿Serán así todos los franceses? —Hizo una mueca—. Creo que sin ti no me habría atrevido a venir aquí.

Pero antes bien que fanfarroneabas, le pasó a Johanna por la cabeza.

—Tú y tus ideas. Acabarás metiéndome en un lío morrocotudo. Como Strobel llegue antes que yo y la tienda no esté abierta...

—Pues tendrás que bajarle los humos. ¿Qué importa media hora? No creo que los clientes hagan cola tan temprano.

Mientras la inquietud de Johanna crecía a cada minuto, el fotógrafo, con muchos aspavientos, hizo otra foto más, esta de madre e hija. Por fin terminaron. Ruth le pagó y acordaron que Johanna acudiría a buscar las fotos el viernes siguiente.

Las nueve y veinte.

Por enésima vez, Strobel miró alternativamente su reloj de bolsillo y después por

la ventana.

¿Dónde se había metido? ¿Estaría enferma? Sencillamente no podía imaginar otra razón que la hubiera impedido acudir al trabajo. Al fin y al cabo, la formalidad era una de sus mayores virtudes. Debe ser algo grave, se dijo. Si hubiera sido una enfermedad inofensiva, le habría mandado recado. Dejó el lápiz y las listas y fue a la cocina, donde encontró un aviso de Sybille Stein; con letras garabatosas le comunicaba que estaba enferma y no acudiría al trabajo. Arrojó la nota al suelo, asqueado. ¿Por qué en esa casa todo el mundo lo trataba sin el menor respeto? Eso no podía seguir así, ¡tendría que buscar urgentemente una nueva criada!

Como un espía, se apostó detrás de la ventana de la cocina. Sin el entrecorcor de las cazuelas y otros sonidos de la estancia como fondo, su tensión no hizo sino aumentar.

Las nueve y veinticinco.

De Johanna, ni rastro.

Las nueve y treinta.

A lo mejor no estaba enferma ella, sino una de sus hermanas. O la cría de una de ellas. Irritado, Strobel se mordió un pellejo de su pulgar derecho. ¿Cómo no había caído en la cuenta? ¡En Lauscha no tenían más que silbar para que Johanna acudiera saltando! Qué inútilmente se había esforzado él para explicarle lo insignificantes que eran esos pueblerinos. Pero si se trataba de su familia, era terca como una mula.

Si lo meditaba con más detenimiento, ¡era incluso la terquedad personificada!

Las nueve y treinta y cinco.

Tanta terquedad no beneficiaba a nadie. Impedía ver lo esencial.

Las nueve y cuarenta y uno.

A lo mejor era hora de darle una lección. Sí, acaso fuera lo correcto. La idea lo excitó. Inquieto, Strobel se deslizó hacia delante en su silla.

¿Dónde estaría, maldita sea!

Eran las diez menos cuarto cuando la vio doblar la esquina, del brazo de Ruth.

El picaporte de la tienda cedió a la presión y a Johanna el corazón le dio un vuelco: ¡Strobel! ¡Precisamente ese día había tenido que adelantarse el tren! Johanna colgó su abrigo en el perchero del vestíbulo a toda prisa. Reinaba el silencio. No había nadie que la recibiera con reproches. Y estaba bien así, porque aún no se le había ocurrido una explicación plausible para su retraso, pues confiaba en una inspiración espontánea. Se pasó las manos por el pelo, remetiéndose un mechón que Wanda había sacado tirando de él. Después respiró hondo, y cuando se disponía a entrar en la tienda la agarraron bruscamente del brazo por detrás.

—¿De dónde vienes? —Strobel, como surgido de la nada, apareció de súbito a su lado.

—Yo... —Johanna, asustada, se llevó la mano a la garganta—. He tenido que hacer un recado —respondió con voz débil.

Strobel dio un paso hacia ella.

—¡Ya lo he visto! —Señaló la ventana con la cabeza, su torso temblaba—. ¡Recados, con tu hermana! —soltó su brazo apartándolo con fuerza. En pocos pasos se plantó junto a la puerta de la tienda y echó el cerrojo.

Ajá, así que Strobel no quería público para su rapapolvo. Johanna se frotó el brazo.

—¡Es inconcebible! Regreso sin sospechar nada y me encuentro con que tú...

—Lo siento mucho, de veras. De haber sabido que iba a estar tanto rato ausente, jamás habría... Para compensarlo trabajaré más tiempo esta noche.

Hasta que se tranquilizase, lo mejor era alejarse de él, decidió Johanna, dando unos pasos hacia la cocina.

Pero Strobel, de un salto, la siguió.

—Te confío mi tienda de buena fe, con la certeza de saberla en buenas manos. ¿Y cómo me pagas? ¡Abusando de mi confianza a la primera oportunidad! —En las comisuras de su boca había un resto de saliva que a cada respiración se hinchaba como una telaraña al viento.

¡Qué repugnante! Johanna se volvió, asqueada. De acuerdo, había cometido una falta, pero eso no era motivo para injuriarla.

—Ya he dicho que lo siento —repitió ella, y con más valor del que en realidad tenía puso los brazos en jarras—. ¡Es la única vez que he llegado tarde! Media hora, ¿y por eso me organiza usted semejante escándalo? ¡Es ridículo!

—Vaya, ¿con que es ridículo? ¡Ya te enseñaré yo quién es el que hace aquí el ridículo!

Un momento después, Strobel volvió a agarrarla por el brazo. La empujó dentro de la cocina y contra la mesa, hasta que sus riñones se doblaron hacia atrás.

Todo sucedió tan deprisa que Johanna no tuvo la menor posibilidad de resistirse.

Pero ¿qué estaba pasando? ¡Así no actuaba un maestro furioso, sino un hombre que tenía algo muy distinto en mente!, pensó ella poseída por el pánico.

—¡Tú lo has querido! —susurró él con voz ronca. Sus dedos huesudos se le clavaron en la carne a través de la tela de seda—. La culpa de todo esto es tuya y solo tuya.

Johanna quería gritar, pero ningún sonido brotaba de sus labios. Intentó captar la mirada de él en vano.

Esto no puede ser. No Strobel. Yo no.

Su cerebro se afanaba tanto en entender esa situación irreal que al principio ni siquiera se percató de lo que sucedía. Y así transcurrió un momento hasta que relacionó el ruidoso repiqueteo de la tela con las manos de Strobel: mientras la apretaba contra la mesa con el vientre, llegó al escote muy cerrado de su vestido y tiró de él hasta que el terciopelo se desgarró. Sus ojos brillaron al contemplar la piel desnuda de la joven.

—Una lección...

Por fin Johanna comprendió. Empezó a gritar, intentó liberar sus manos de la presión férrea de la mano izquierda masculina. Fue inútil. Strobel le estrujó los pechos tan fuerte que la vista se le nubló un segundo por el dolor.

—¡Esto es lo que querías! Venga, di que lo quieres. ¡Que lo necesitas!

Ella intentaba sin conseguirlo apartar sus brazos a golpes, darle patadas en la espinilla. Pero nada podía hacer contra su fuerza fanática, y él reía al ver su desvalimiento.

¿Dónde estaba la señora Stein? ¿Por qué no la ayudaba nadie?

Había caído en la trampa como un animal: cuanto más se resistía, más fuerte clavaba Strobel sus garras en ella, murmurando palabras incomprensibles. Reía. A carcajadas. Como un loco. Le clavaba la rodilla en el vientre.

Al principio, los oídos de Johanna no reconocieron su propio grito, que reverberó en los estantes de la cocina. No podía encorvarse porque él la empujaba.

Sus pechos, su vientre, el dolor se hizo tan agudo que de repente todo se tornó amarillo resplandeciente ante sus ojos.

Poco antes de desmayarse, el dolor disminuyó. Las lágrimas corrían por su cara, y advirtió lo bien dosificado que estaba el dolor que él le causaba. Ese apercibimiento es lo que la asustó de verdad.

Haz algo, defiéndete.

No puedo.

Ya le había arrancado la falda y la enagua. Antes de que ella supiera lo que

pasaba, Strobel le introdujo el muslo entre las piernas. Toqueteó su braga. Se apretó contra ella. Caliente. Húmedo. Repugnante.

¡No, eso no! Eso no, por nada del mundo.

—Yo te enseñaré a tomar el pelo a tu maestro.

Le sacudía la cabeza con las manos, pequeños fragmentos de saliva caían sobre sus mejillas, su cuello y su boca. Johanna apretó con fuerza los labios.

¡Besar, no, por favor, por favor, besar, no!

Viendo lo que Strobel estaba a punto de hacerle, a Johanna le pareció de pronto una idea tan descabellada que no pudo evitar reírse. Una risa de terror, con los ojos muy abiertos y las pupilas profundamente negras. Y dilatadas, muy dilatadas, por el miedo.

Eso lo empeoró todo aún más.

En cierto momento terminó. El torso de Johanna estaba pegajoso por el sudor de Strobel. La arrojó al suelo de un empujón. Ella se quedó tirada, encogida, los ojos cerrados. Su cabeza estaba vacía, su cuerpo era una envoltura agujereada, hueco, muerto. Sus ropas desgarradas eran simples jirones que ya no cubrían nada. Y todavía no se atrevía a creer que todo había pasado. Por eso su patada no la sorprendió.

—¡Levántate y arréglate!

La voz se aproximó. Johanna intentó encogerse incluso más.

—Y no te atrevas a mencionarlo siquiera. Piénsalo: ¡todo lo que ha sucedido es culpa tuya!

Johanna todavía estaba en la casa, al fondo, en su habitación, cuando Strobel volvió en sí.

—¿Qué he hecho? —susurró roncamente, clavando la vista en la delantera ensangrentada de su camisa, en su bragueta abierta—. Pero ¿qué he hecho?

Su corazón latía desbocado. ¿Cómo él, el *connaisseur*, había podido perder el control de ese modo? ¿Cómo, siendo un espíritu tan refinado, había podido salirse de sus casillas como un toro enfurecido?

Un castigo.

Johanna.

Su camisa, llena de sangre.

Su tienda, todo el día cerrada.

¿Habría clientes ante la puerta?

¡Johanna! ¿Debía ir a verla?

¿Disculparse?

Tenía la cabeza tan embotada, tan desatinadamente embotada...

«¿Cómo se puede ser tan estúpido para practicar la caza furtiva en tu propio

bosque!», de pronto escuchó muy lejana una voz despectiva. Familiar, y ultrajante. Strobel se tapó los oídos con las manos.

—No he querido hacerlo.

¿Era esa su voz? ¿O la voz de antaño? Se mordió el nudillo del dedo índice hasta que la piel cedió y comenzó a manar sangre. Aquí y ahora.

¡Dinero! Ofrecería dinero a Johanna. ¡Mucho dinero! Tanto, que callaría y...

«¿No ha sido suficiente que con tu pecado hayas escarnecido al Creador?».

Y ante los ojos de Strobel apareció el semblante patricio y señorial de su padre, tan lleno de aversión a su propio hijo. Al lado, la figura derrumbada de su prima Clara. El viejo odio volvió a hervir en él. ¡Clara, la puta polaca! Una pariente pobre que había buscado y recibido cobijo bajo el techo de la familia de Strobel. Y como muestra de gratitud lo arrastró a la desgracia con visible complacencia. Si hubiera llevado colgado al cuello un cartel con la inscripción «Violada», no habría sido más impresionante que su expresión de dolor. ¡Y encima después de haberle provocado durante meses, de haberlo seguido paso a paso por toda la casa con su provocativo parpadeo!

—¿Cómo has podido traer tus prácticas brutales a esta casa antes honorable?

Hasta entonces nunca había visto temblar a su padre.

De un golpe, Strobel derribó la mesa. Luego una silla. Y otra. ¡Maldición, ella no quería otra cosa! Igual que Johanna.

«Te maldigo por toda la eternidad».

El estómago de Strobel se contrajo hasta convertirse en un ovillo duro.

No, ni una maldición más. No para él.

Su juventud y el sometimiento a la influencia aplastante de su padre eran la única disculpa que encontraba por haberse dejado expulsar como un perro vagabundo. ¡En la actualidad nadie podría echarlo, eso seguro!

Fuera, en el pasillo, oyó cerrarse una puerta. Cuando miró por la ventana, no pudo evitar admirar el paso erguido de Johanna. Llevaba consigo dos bolsas grandes y una maleta.

¡Se va!

Me abandona, a mí y a mi negocio.

Tenía que hacer algo, tenía que... Si nada de eso era tan grave, una falta leve, como tan acertadamente se decía. Nada más. Un fallo, irrelevante.

Corrió hacia la puerta, la abrió de golpe y...

Ella se había ido.

«No encontrarás una puerta abierta en todo Berlín, de eso me encargaré yo con todos los medios a mi alcance».

Una sonrisa se dibujó en el rostro de Strobel procedente de alguna parte. Una sonrisa de suficiencia.

¡Su padre no tenía razón! No se le cerraron todas las puertas, qué va, al contrario.

Asqueado, contempló el caos que había creado en la cocina. A continuación rio,

desdeñoso.

Una simple falta de autodominio, eso era todo. Una pequeña pérdida de control que, sin embargo, si seguía allí parado escuchando las voces del pasado, tenía sobrado potencial para hundir su prestigio por segunda vez.

No lo permitiría. Jamás.

Con movimientos nerviosos levantó las sillas. De un empujón, volvió a colocar la mesa en el centro de la habitación. Agarró un trapo y limpió el tablero pegajoso.

Tenía que pensar.

Hallar una solución.

Ninguna condenación más.

No para él.

La tienda de Strobel permaneció cerrada el resto de la jornada.

Eran las cinco de la tarde cuando por fin salió de casa. Cuidadosamente vestido, sin la menor huella de la sangre de Johanna, la espalda encorvada como si soportase una pesada carga, caminó por las calles con cara de preocupación, que se tornó más acusada aún cuando entró en El Buey de Oro, la fonda de su elección siempre que le apetecía comer fuera de casa. En lugar de sentarse como acostumbraba a una de las mesas de ventana, esta vez escogió una en la que solían reunirse los comerciantes de Sonneberg y pidió un aguardiente. Toda su conducta —el hecho de acudir a la fonda en pleno día, su elección de mesa y pedir un aguardiente siendo bebedor de vino— era tan poco habitual que no transcurrió mucho tiempo hasta que el primero se sentó a su lado, interesándose por su bienestar.

Aquella tarde y noche, refirió por lo menos media docena de veces, con voz temblorosa y mirada apenada, la tremenda desilusión que había sufrido ese mismo día. Y quienquiera que fuese el comerciante de Sonneberg que se sentaba frente a él, todos se mostraron igual de horrorizados: ¡Debe de ser espantoso que te robe tu propia ayudante! ¡Imagínese, qué abuso de confianza!

Antes de calentar la sopa del día anterior, Griselda Grün sacó de nuevo la carta del sobre. Arrugado de tanto tocarlo, costaba desdoblar el papel barato. A pesar de que hacía mucho que se sabía de memoria las escasas líneas, sus ojos, igual que en la primera lectura, se deslizaron por cada palabra; Magnus deseaba volver a casa. Eso ponía. El sello se veía desdibujado, pero Griselda estaba bastante segura de haber descifrado bien la fecha; la carta se había enviado dos semanas antes. Ella no sabía cuánto tiempo se necesitaba para viajar desde Rostock a Lauscha, pero ahora esperaba a diario su regreso. Echó una ojeada por la ventana.

Pasó la mano por el tablero de la mesa antes de dejar la carta, la madera era tan áspera como su piel. No se veían salpicaduras de sopa por ninguna parte. Depositó la hoja casi con devoción. Cuando el cartero se detuvo delante de su casa, creyó que se trataba de un error. ¿Una carta para ella? Imposible, ella jamás había recibido una carta.

El chico vivía. Y deseaba regresar. Griselda no sabía si debía alegrarse por ello.

Al igual que la noche anterior, tampoco ese día hallaba sosiego. Se levantó, recogió sus avíos de costura, volvió a dejarlos.

Hacía ya mucho que había visto a Magnus por última vez. Poco antes de la muerte de Josef, hizo su hatillo y se marchó. Acababa de cumplir dieciséis años. Griselda no lo detuvo. Tampoco le suplicó, ni lloró. Pensaba que no era un buen hijo. De tal palo, tal astilla, ¿no se decía así?

En los años posteriores a la muerte de Josef, Griselda vivió tranquila por primera vez en su vida.

Y ahora, esa carta. ¿Por qué Magnus daba señales de vida? No había la menor alusión al asunto en las escasas líneas. ¿Por qué ahora precisamente y no en los años anteriores?

Se esforzó por recordar su rostro, seis años eran mucho tiempo. Un rostro que nunca había tenido rasgos infantiles, pues desde el principio fue una copia en pequeño del rostro paterno: sencillo y con una expresión malhumorada, como si estuviera descontento con el Creador por haber nacido. Griselda no recordaba que Magnus hubiera tomado partido por ella jamás. Siempre que Josef le pegaba, miraba inmóvil. Ni una sola vez había gritado: ¡Detente, padre!, arriesgándose a recibir algún golpe. Nunca salía de su escondite hasta que su padre se había marchado a la taberna y ella estaba ocupada refrescándose o aplicando pomada a sus moratones. Todavía

recordaba perfectamente su mirada: el desprecio que traslucía le dolía tanto como los golpes de Josef. No se da cuenta, había intentado consolarse ella, no es más que un niño. Pero hasta un niño habría debido comprender que Griselda no tenía la culpa de la brutalidad de Josef. La culpa era del aguardiente que su marido trasegaba noche tras noche en La Vieja Jarra. Había corroído como ácido el juicio de su marido. Lo único que ella agradecía a Dios en aquella época era que el padre nunca se había vuelto contra su propio hijo. ¡Menudo consuelo!

El recuerdo de aquellos tiempos desdichados hizo estremecerse a Griselda. Cerró la ventana, aunque no sin haber vuelto a mirar a la tibia noche de junio.

¿Qué buscaba Magnus en Lauscha? ¿Por qué no se había quedado donde estaba?

Él nunca había formado parte del pueblo. En el fondo, lo mismo cabía decir de toda su pequeña familia. Y sin embargo, el hecho de que Josef no era soplador de vidrio no tendría que haber sido un problema para ellos. Al fin y al cabo tampoco nadie reprochaba a Weber, el panadero, o a Huber, el tendero, que no fueran sopladores. En Lauscha también necesitaban gente que se encargase de las demás cuestiones de la vida cotidiana. Fue el carácter de Josef el que lo convirtió en un marginado. No tuvo ni un solo amigo. ¡No era de extrañar! Con sus comentarios envidiosos y malhumorados consiguió que se apartaran de él incluso los más bondadosos. Y Magnus no era mucho mejor, ninguno de los hijos de los sopladores de vidrio quería jugar con él. Pero de dónde podía venirle eso, se dijo Griselda, apesadumbrada.

Ella no tenía la menor duda de que, para entonces, Magnus habría seguido hacía mucho el ejemplo de su padre, convirtiéndose él mismo en un borracho.

La soledad, que para ella significaba paz y tranquilidad, y a la que en realidad se había acostumbrado hacía años, la envolvió de pronto con su gélida frialdad. ¡No tenía a nadie con quien poder hablar! ¡Ninguna vecina que se pasara un ratito por su casa! Durante una temporada creyó que con la mayor de las Steinmann surgiría una especie de amistad. Pero después de que Johanna perdiera su empleo en el taller de los Heimer, eso también se quedó en nada. Y aunque Johanna hubiera permanecido en Lauscha, seguramente no habría tenido demasiado tiempo para una vieja. Porque tenía que ocuparse de sus hermanas. Griselda pensó en Ruth. ¿Qué le pasaría para no haberse presentado a trabajar ese día? Ay, en el fondo, ella sabía demasiado bien cómo era la vida de Ruth y no la envidiaba por ello. Que otras mujeres fueran tan tontas como antaño ella y escogieran a un borracho como marido era un pobre consuelo. Que uno fuera rico como los Heimer o pobre como ella, no tenía la menor importancia. ¡Los hombres que pegaban eran todos iguales!

El pensamiento de haberse librado de toda esa miseria le resultó de repente tan consolador que le provocó remordimientos de conciencia. Clavó la vista en su labor. Quizá debiera hacer un vestidito para la pequeña Wanda. O un chaleco de ganchillo. Seguro que Ruth se alegraría.

Menos pesarosa que antes, Griselda se levantó y se encaminó al banco para ver

qué restos de lana encontraba dentro. Poco después, estaba tan enfrascada en su tarea que olvidó por primera vez desde hacía días la carta de Magnus. Después de haber sacado de abajo del todo una pequeña madeja de color azul marino, otra verde, y una aguja de ganchillo, volvió a cerrar el banco. A continuación, por pura casualidad, atisbó por la ventana.

En la curva de debajo de su casa se veía una sombra.

Griselda se llevó la mano al cuello. Su corazón comenzó a latir más deprisa.

¿Magnus?

No, eran dos personas. Entornó los ojos para ver mejor.

Un hombre y una mujer. Se movían de un modo muy extraño.

¿Por qué avanzaban tan despacio?

Parecía como si el hombre apenas pudiera sostener a la mujer, como si a esta le fallasen las piernas cada pocos metros. ¿O estaría malinterpretando su marcha a rastras? A lo mejor simplemente estaba borracha.

Las manos de Griselda se clavaron en la lana. ¿Debía salir al encuentro de ambos y preguntarles si necesitaban ayuda?

Todavía vacilaba. La mujer se envolvía la cara con un pañuelo, no se distinguía su rostro. Seguro que eran unos bribones. Vagabundos al amparo de la oscuridad.

Griselda dio un paso, apartándose de la ventana. Ahora era evidente que la mujer necesitaba ayuda, no podía seguir andando. ¿Serían viajeros que habían sido asaltados en la carretera a Sonneberg?

Un momento después salió precipitadamente de casa y se dirigió a ellos.

El hombre se parecía a Magnus. No mucho, pero por un momento... Griselda se paró en seco. Pero si era...

—¡Johanna! —Se tapó la boca con la mano—. ¡Magnus! —Se santiguó.

Durante un instante atroz el tiempo pareció detenerse. Solo se oían los gemidos de Johanna.

Griselda observaba a la joven, consternada. Después sus ojos se clavaron en su hijo.

—Magnus, por el amor de Dios, ¿qué has hecho?

Marie se sentaba ante su puesto de trabajo, exhausta.

Miraba hacia la puerta que había cerrado tras ella. ¿No debía haber vuelto a subir hacía rato para ver cómo se encontraba Johanna? ¿A examinar las heridas que cubrían todo su cuerpo y que se encontraban incluso en zonas que no eran de la incumbencia de nadie? Al pensar en los pechos heridos de Johanna, el pánico volvió a adueñarse de Marie. Jamás había visto nada igual. Ella se habría sentido mejor si hubieran llamado al médico. Pero Johanna no lo permitiría. Ni siquiera quiso que Marie fuera a buscar a Ruth. Ni a Peter.

—Peter no, no debe enterarse de nada —las palabras brotaron espesas como papilla del ensangrentado y partido labio inferior de Johanna.

—Pero Peter es nuestro amigo. Él puede echarnos una mano —había replicado Marie.

Su mera presencia habría sido una ayuda para ella, pero Johanna había negado vehementemente con la cabeza.

—Él no debe enterarse de nada.

Marie tragó saliva. Pero ¿qué se figuraba su hermana? ¡Griselda y su hijo — Marie no había reconocido al chico— tenían ojos en la cara! Griselda se la había llevado aparte y había susurrado algo sobre una violación, antes de que Marie se percatara de lo que le había sucedido a su hermana. Al día siguiente por la mañana a más tardar, medio pueblo sabría lo sucedido. Al pensar en la vergüenza todo se retorció dentro de Marie.

Aguzó los oídos de nuevo. Silencio. Ni un gemido, ni una voz llamándola.

Griselda se había ofrecido a quedarse durante la noche, pero Marie rechazó su ofrecimiento.

—Si no me las arreglo sola, siempre puedo ir a buscar a Ruth —adujo, y la viuda Grün asintió con una inclinación de cabeza.

Desnudó sola a Johanna y su espanto fue infinito. Ambas derramaron lágrimas mudas. Marie sabía que en toda su vida olvidaría esa visión. Lavó las heridas con una cocción de manzanilla y aplicó una pomada cicatrizante. Después le puso el camisón más suave que logró encontrar. Mientras tanto, Johanna tenía la mirada ausente, como si ya no perteneciera a este mundo. No chilló cuando Marie llegó a las zonas del cuerpo desolladas, aunque el más mínimo contacto debió provocarle dolores atroces. Inerte como una muñeca, se dejó hacer. Y no dijo una sola palabra de quién lo había

hecho. Ni dónde y cuándo había sucedido. Al final, Marie dejó de preguntar.

Durante un rato se limitó a permanecer sentada al lado de la cama de su hermana sosteniéndole la mano. Cuando Johanna cayó por fin en un sueño inquieto, se marchó abajo. Necesitaba unos minutos para ella o perdería la razón.

¿Qué individuo había asaltado a su hermana de un modo tan inhumano?, se preguntaba una y otra vez.

Desvalida, clavó la vista en las herramientas de Joost, de las que se había apropiado con naturalidad en los últimos meses. ¿Qué habría hecho su padre en su lugar? ¿Habría ido a buscar a Peter? ¿O habría respetado el deseo de Johanna de que no se enterase de nada?

Sin duda, su vergüenza era grande, y el hecho de que Peter fuera un hombre suponía un problema adicional. Por otra parte, ¿no afirmaba siempre Johanna que era como un hermano para ellas? ¿Se avergonzaría menos ante un hermano que ante cualquier otro hombre?, se preguntó Marie. Lo ignoraba.

Pero sí sabía que no podía afrontar sola la situación.

—¿Que Johanna ha sido qué?

En un movimiento impulsivo, Peter intentó abalanzarse hacia la puerta, pero Marie le cerró el paso.

—¡Quédate donde estás, maldita sea! Está dormida. Además no sabe que estoy aquí. Ella... la verdad es que no quería que te enterases.

—¡Pero qué tonterías estás diciendo! —agitado, se pasó la mano por los cabellos—. Tengo que ir con ella, ¿es que no lo entiendes? ¡Ahora me necesita! —gritó.

La joven asintió en silencio, pero no dejaba libre la puerta.

No faltó mucho para que la apartase de un empujón. Unas imágenes espantosas cruzaban por su mente. ¿Su Johanna violada? ¿Manos extrañas, manos brutales sobre ese cuerpo bello y orgulloso que él ni siquiera se atrevía a abrazar?

Como un animal enjaulado corría de la estufa a la puerta y volvía sobre sus pasos. ¡Mataría a ese tipo!

—¿Cuándo ha sucedido? ¿Por qué no has venido a verme enseguida? Vamos, habla de una vez. ¿Fue Strobel el cerdo? —Y sacudió rudamente a Marie por los hombros.

—No lo sé. Desde que Magnus la trajo a nuestra casa, apenas ha pronunciado diez palabras. Y comprendo que no quiera hablar. Sería revivirlo todo de nuevo. — Marie se apretó la boca con la mano.

—¿Ni siquiera ha dicho su nombre? ¿Pretende acaso proteger al violador? Pero ten por seguro que aun así no saldrá bien parado. Johanna no necesita decir nada, yo le sonsacaré la verdad de todos modos.

—Peter, cuando hablas así me das auténtico miedo —sollozó Marie, que se sujetó el vientre como si también estuviera desollado.

La miró, y reconoció en sus ojos la misma perplejidad que le acosaba a él. Marie no tenía la culpa de lo sucedido. No era justo que descargase su rabia en ella.

—Lo siento —susurró con voz ronca. Le pasó un brazo por los hombros y al notar su temblor se asustó—. El pensamiento de que a Johanna le haya sucedido algo así me está matando —tenía la garganta como estrangulada, cada palabra le dolía.

—A mí me ocurre lo mismo. —Ahora las lágrimas corrieron sin trabas por el rostro de Marie—. ¿Qué clase de bestia hace algo así?

Dejó que Peter la condujese hasta el banco de su cocina sin oponer resistencia. Él se sentó a su lado, con dos vasos y una botella de aguardiente. Le puso un vaso en la mano.

—Bebe —la exhortó, y después se echó al colete el contenido de su vaso.

El líquido provocó una quemadura familiar en su garganta. Los ojos de Peter eran unas estrechas ranuras.

—Que el tal Magnus haya aparecido precisamente hoy de un modo tan repentino es más que sospechoso, ¿no crees?

—Magnus no ha sido —afirmó Marie con voz inexpresiva—. Si no, no la habría traído a casa. Tendrías que haber visto lo horrorizado que estaba. Yo creía que iba a echarse a llorar.

Marie miró a Peter con los ojos nublados por las lágrimas.

—Mirarla era tan espantoso. Durante un momento creí que se iba a morir. Johanna tan débil, tan... —Su torso se estremecía.

Peter no sabía cuánto más podría soportar aún. Impotente, dio un puñetazo en la mesa.

—Intuí desde el principio que había gato encerrado en Strobel. Maldita sea, ¿por qué permití que empezase a trabajar con él? —Pensar que podría haber evitado el tormento de Johanna casi lo volvía loco.

—¿Estás seguro de que ha sido él?

La cara de Peter era una máscara de furiosa determinación.

—¿Quién, si no?

Aquella noche ninguno durmió mucho, incluyendo a Griselda Grün. La preocupación por Johanna, las cavilaciones sobre el autor de un acto tan execrable, el hecho de que fuese precisamente Magnus quien la hubiera encontrado herida al borde de la carretera... todo eso no le dejó ni un momento de respiro. A la mañana siguiente, a eso de las seis, y con el cuerpo entumecido, se preparó para acudir al trabajo, más agotada que la noche anterior. Quiso echar un breve vistazo a Magnus, pero después se quedó parada en el umbral de la puerta. Una ardiente ola de amor maternal la inundó.

Su hijo.

Un buen chico.

Un héroe incluso.

Había salvado a Johanna. Si no la hubiera encontrado, si no se hubiera ocupado de ella, quién sabe lo que habría sido de la joven.

Incluso dormido tenía las mejillas pálidas. No tenía mucha carne sobre las costillas, pero la delgadez le sentaba bien a su rostro. Cuando se marchó, estaba gordo de verdad, sus ojos eran casi invisibles entre sus gruesas mejillas y su nariz ancha. Ahora dominaban su cara, bordeados por una espesa corona de pestañas.

Griselda tragó saliva. Nunca había barajado la posibilidad de que algún día desapareciera el parecido de Magnus con su padre. Y ahora incluso creía reconocer levemente en él sus propios rasgos.

Su hijo.

Por un instante había creído que él había sido el que... Dio un hondo suspiro.

Cuando poco después Peter llamó a la puerta y pidió hablar con Magnus, su corazón se desplomó un poco.

Su hijo, un héroe. Para Griselda esa idea era frágil como el cristal.

La visita no duró mucho. Magnus se despertó inmediatamente, en cuanto Griselda le dio unos toques suaves.

—¿Tú eres Peter, el fabricante de ojos, verdad? ¿Habéis encontrado ya a ese cerdo? —soltó a bocajarro.

—¿Todavía no ha contado Johanna quién ha sido el autor? —preguntó Griselda.

Peter negó con la cabeza. Esos dos no tenían por qué saber de quién sospechaba. Le asombró que Magnus se acordase inmediatamente de él, ya que él por su parte no lo había reconocido.

Magnus no pudo contarle mucho. Encontró a Johanna acurrucada al borde de la carretera a la salida de Sonneberg a una hora que no podía precisar, debían de ser las cinco. Estaba a punto de desmayarse. Y asustada, por lo que él le dirigió palabras tranquilizadoras. No se dio cuenta enseguida de lo que le había sucedido, pues sospechó que la habían asaltado. Le preguntó si quería que la llevase al médico. No, ella quería ir a casa, a Lauscha. Así que en la medida de sus fuerzas la sostuvo, tiró de ella, y en una ocasión incluso cargó con ella un trecho. No tenía dinero para el tren, pero en el estado de Johanna difícilmente habría podido meterla en un compartimento. En ese punto, Magnus se interrumpió y bajó la vista.

—Has estado fuera mucho tiempo. ¿Por qué has vuelto? —preguntó Peter, que ya se disponía a irse.

—¿Que por qué he vuelto? —repitió Magnus pensativo—. En realidad ni yo mismo lo sé. —Su sonrisa tenía algo que te desarmaba—. A lo mejor ha llegado el momento de que me aclare con ciertas cosas de la vida.

Tanto Griselda como Magnus Grün prometieron guardar silencio sobre lo que le había acontecido a Johanna.

—Y esto también vale para después de mi regreso de Sonneberg —les advirtió Peter, tragando saliva con fuerza—. Si todo Lauscha se dedica a criticarla,

aumentarían sus sufrimientos.

—Pero la gente se preguntará por qué ha dejado de la noche a la mañana su empleo en Sonneberg —contestó Griselda preocupada—. ¿Qué vas a decirles?

Peter no respondió.

Poco después iba camino de Sonneberg para hacer lo que tenía que hacer. A pesar de que le costó mantener el control de sí mismo, esperó hasta mediodía antes de visitar a Strobel. Cuando estuvo seguro de que todos los clientes habían abandonado la tienda, entró.

Volvió a salir un rato después. El cuerpo del comerciante había sido molido a palos.

Después de que Marie no acudiese a trabajar, Ruth se pasó por la casa en la pausa del mediodía para saber qué sucedía. Escuchó con incredulidad el relato de su hermana. Su consternación fue tan grande que apenas pudo controlarse. Lloró y gritó y Wanda imitó a su madre. A Marie le costó un gran esfuerzo tranquilizar a ambas.

—¿Por qué no viniste a verme anoche? —preguntaba Ruth una y otra vez entre sollozos—. ¿Por qué Griselda no me ha informado de lo sucedido esta misma mañana?

Después ya no hubo manera de apartarla del lecho de Johanna. Hacia el mediodía subió corriendo con Wanda en brazos a casa de los Heimer y contó a los hombres reunidos en torno a la mesa de la comida que Johanna había vuelto de Sonneberg con una grave pulmonía y que Marie y ella tendrían que turnarse para cuidar a su hermana. A continuación, el viejo torció el gesto y farfulló:

—El que no trabaja no cobra.

Pero para entonces Ruth ya había vuelto a bajar media escalera.

Johanna se pasaba la mayor parte del tiempo mirando fijamente la pared. Marie y Ruth, sentadas junto a su cama, se limitaban a susurrarse algunas palabras de vez en cuando. Hasta Wanda parecía darse cuenta de que había sucedido algo y permanecía callada.

Ruth intentó varias veces interrogar a su hermana, pero esta cerraba los ojos en el acto.

No pronunció palabra durante todo el día. A última hora de la tarde Marie le ofreció un plato de sopa, pero ella se limitó a negar con la cabeza. La expresión de su rostro era casi de rabia, los ojos clavados en la pared. No quiso comer ni beber nada. No estornudó, no tosió, no utilizó siquiera el orinal. Tampoco lloró. No hizo ningún movimiento, ni el más leve gemido.

A medida que pasaban las horas, Ruth y Marie cruzaban miradas cada vez más preocupadas. Era como si Johanna hubiera abandonado su cuerpo.

Ni Ruth ni Marie ni Peter se imaginaban que Johanna empezaría a hablar esa noche. De improviso, estaban los tres sentados alrededor de su cama, Johanna se dirigió a

ellos.

—¡Está loco! —dijo con una voz de incredulidad casi infantil mientras los miraba asombrada.

Nadie se atrevió a decir algo o a respirar siquiera para evitar que dejara de hablar.

—Strobel se ha vuelto loco. Sencillamente —soltó una risa histérica—. De la noche a la mañana. —Sus párpados temblaron como si tuviera una pestaña metida en el ojo.

Los demás se miraron.

Contó lo sucedido sobriamente, con unas cuantas frases escuetas y rápidas, como si quisiera terminar lo antes posible. No entró en detalles, pero tampoco calló nada esencial.

—Strobel se ha vuelto loco. No acierto a explicármelo de otro modo —repitió. Presa de la agitación, sus dedos daban tirones a la manta.

—¿Y bien? ¿Por qué no decís nada? —preguntó casi con tono de reproche.

Ruth la abrazó entre sollozos.

—¡Ay, Johanna, todo ha sido por mi culpa! —gemía—. ¡Por mi culpa llegaste tarde! Nunca, nunca me lo perdonaré.

—Pero ¿qué disparates dices? —Peter la sacudió con violencia y la apartó de la cama.

Johanna clavó los ojos en su hermana.

—Tú no tienes la culpa. ¡Solo Strobel tiene la culpa, él es el único culpable! Una cosa así no tiene explicación, ¿verdad? —Su mirada aleteó hasta Peter—. ¿Qué pasa? ¿Por qué estás tan enfadado?

—Estoy que reviento de rabia —replicó, encolerizado.

Marie le tiró de la manga.

—No estoy furioso contigo, Dios me libre —añadió con más suavidad mientras apretaba la mano de Johanna.

A ninguno le pasó por alto que ella lo permitió.

—En mi opinión, Strobel no es un loco, sino un peligro público. Es un criminal, un violador. ¡Y puede que algo más! No hay nada de lo que no le crea capaz, te lo aseguro. La falta de escrúpulos con que me miró a la cara y...

—¿Has ido a verlo? —De repente, Johanna se sentó en la cama—. ¿Qué? ¿Cuándo? ¿Por qué? ¡Tú no podías saber que fue él!

—¿Quién, si no? —replicó Peter—. ¡Ni siquiera lo negó! Se limitó a decir que sería su palabra contra la tuya.

Johanna apretó los labios, que parecían exangües y finos como el papel.

—Peter, Johanna está cansada, ¿no lo ves? —le advirtió Marie.

Peter miró a esta, enfadado.

—Yo solo digo una cosa: ¡ese canalla ha recibido su merecido!

—¿Qué has hecho? ¿Has cometido algún delito? —preguntó Johanna con un punto de histeria.

—Le ha pateado a Strobel el trasero de tal modo que no podrá sentarse durante una semana —contestó Ruth en su lugar. Lágrimas contenidas brillaban en sus ojos.

—Si pudiera, volvería a hacerle lo mismo.

—Y yo te proporcionaría el palo —añadió Marie con idéntica furia.

A continuación una sonrisa de tristeza se dibujó en el pálido rostro de Johanna.

Las semanas siguientes transcurrieron en una saludable monotonía: mientras Marie y Ruth salían a trabajar, Johanna pasaba el día sola en la casa paterna. A veces la visitaba Magnus, que había desarrollado un instinto protector hacia Johanna que a Marie y a Ruth les resultaba conmovedor, aunque a ella le parecía más bien molesto. A veces Johanna se pasaba a ver a Peter, y, sentada en el banco de su cocina, lo miraba cuando trabajaba. Pero la mayor parte del tiempo no hacía nada. Por primera vez en su vida, no era la laboriosidad lo que dominaba el curso de sus días, sino el reposo. Y eso estaba bien. Porque no solo sus heridas físicas necesitaban tiempo para sanar, sino también las que no se podían ver a primera vista.

«La culpa es tuya», le había lanzado Strobel a la cara junto con fragmentos de saliva.

Pero cuanto más lo pensaba Johanna y revivía en su mente la mañana de la violación, más segura estaba de que ella no habría podido impedir lo que pasó. En los días previos a la partida de Strobel no hubo la menor señal de cambio en su estado de ánimo, muy al contrario, incluso había mostrado su alegría por poder viajar gracias a su presencia. Y tampoco la había mirado con más extrañeza que antes. Que aquella mañana hubiera llegado tarde tampoco explicaba su brutal ataque. En consecuencia, solo podía haber un motivo: Strobel había enloquecido definitivamente durante el viaje; se repetía con insistencia esa frase. Si era sincera —y en esos días a menudo fue muy sincera consigo misma—, muy dentro de ella sintió desde un principio que había algo extraño en el comerciante. Y a pesar de todo había aceptado el empleo. De haberlo habido, esa había sido su equivocación.

—Si sospecháramos que cada tipo raro es un criminal, no quedaría mucha gente con la que relacionarse —contestó Marie cuando Johanna le habló de sus autorreproches.

Visto así, tenía que dar la razón a su hermana. También Wilhelm Heimer era raro a su manera y la gente contaba todo tipo de cosas del hijo de Griselda. Hasta el marido de Ruth tenía un carácter que escocía a Johanna como un manojo de ortigas. Pero ¿tenía por eso que sospechar que todos esos hombres eran peligrosos? Desde luego que no. Y sin embargo, a partir de esa época la mirada de Johanna tuvo siempre una chispa de desconfianza al enfrentarse a un desconocido que ya nunca la abandonaría del todo.

A las torturadoras preguntas sobre el porqué, se sumaba además el miedo a las posibles consecuencias. Pero cuando pocos días después le vino la regla, se le quitó

un gran peso de encima.

Como es natural, los rumores que Strobel había puesto en circulación sobre Johanna llegaron a oídos de algunos vecinos de Lauscha. Se suscitaron vivos chismorreos sobre el asunto, pero nadie fue tan lejos como para acusarla públicamente de robo. Es verdad que las hermanas Steinmann no eran como las demás mujeres, pero ni por asomo eran unas ladronas. Más bien se figuraban que los rumores procedentes de la ciudad solo pretendían propagar una mala imagen de una de ellas.

También Thomas Heimer lanzó pullas a Ruth, pero esta se mantuvo firme. Finalmente la mayoría optó por creer la versión de las Steinmann: que Johanna había regresado a causa de una grave enfermedad. A nadie le extrañó que después decidiera quedarse. La gente de Lauscha era una comunidad apegada al terruño en la que casi nadie daba la espalda a su pueblo. Y del puñado que lo hacía, gran parte volvía en el transcurso de su vida, como había demostrado el regreso de Magnus Grün.

Al principio, ni Ruth ni Marie ni Peter creían que, tras una experiencia tan grave y atroz, Johanna fuese capaz de retomar una suerte de vida cotidiana normal. Pero el milagro sucedió, día tras día. Cada vez que Johanna se reía de los chistes de Ruth, hacía un comentario irónico sobre alguno de los vecinos o salía de casa para ir a la tienda a comprar mantequilla, los demás soltaban un suspiro de alivio. Entonces se daban cuenta de la tensión que habían vivido. En lugar de seguir deslizándose de puntillas por la casa, comenzaron a consagrarse de nuevo a las grandes y pequeñas exigencias de la vida diaria, mientras que Johanna hacía lo mismo con el descuidado gobierno del hogar de las Steinmann. Ahora Ruth solo se pasaba por allí una vez al día y ya no se quedaba horas, Peter reanudó sus encargos interrumpidos. Y Marie se atrevió a volver a sus dibujos después del trabajo, dejando sola a Johanna.

—Me marchó. —Ruth asomó la cabeza por la puerta.

Thomas, que se había tumbado después de trabajar en el banco de la cocina, se incorporó.

—¿Adónde?

Ruth se apoyó a Wanda en la cadera.

—¿Adónde va a ser? ¡A ver a Johanna, claro! —exclamó esforzándose por adoptar un tono de ligereza.

—¿Has olvidado que tenemos que reunirnos con los demás? Padre quiere comentar con nosotros un asunto de negocios.

—No, no lo he olvidado —contestó Ruth—. Pero la tremenda humareda de las pipas de Wilhelm y Sebastian empeoraría aún más la tos de Wanda. ¡Una tos así en pleno verano no es normal! ¿Por qué no puede hablar con vosotros durante el trabajo?

—Tú vienes —ordenó Thomas tan bajo que en un primer momento Ruth no le entendió.

Indecisa, se quedó quieta en el umbral de la puerta.

—Puedo venir luego —ofreció ella, que no quería volver a discutir—. No tardaré mucho, lo imprescindible para llevarle una cazuela de sopa.

—¡Maldita sea! ¡¿Es que estás sorda?! —Thomas llegó hasta ella en dos zancadas. Su golpe en el cogote de Ruth fue corto y fuerte. Wanda gimió bajito.

¡Por favor, hija, no llores!

Thomas odiaba que Wanda llorase.

—No me gusta que te pases el tiempo con tus hermanas. Eva no se pasa todo el rato yendo a Steinach, ella sabe cuál es su sitio. ¡Pero a ti he de recordarte una y otra vez que ahora eres una Heimer! —Ya había comenzado a levantar la voz—. ¡Me gustaría saber qué demonios hacéis ahí las tres!

Su cara estaba apenas a un palmo de la de Ruth. A esa distancia, sus ojos parecían enormes, como los de una rana.

—¡Te he hecho una pregunta! ¿Qué pasa en vuestra casa? ¡Hay algo que no encaja en esa presumida de Johanna!

—No sé a qué te refieres —contestó Ruth con la mirada gacha—. Si fueras a visitarla alguna vez, podrías convencerte por ti mismo de que todo está en orden —respondió con fingido valor.

—¡Faltaría más! —replicó Thomas—. ¡Y también se ha terminado ya eso de

llevar continuamente comida y a saber qué más a tus hermanas! A partir de ahora te ocuparás de mi familia. —Y agarrándola por la muñeca, apretó.

Ruth soltó un gemido de dolor.

—Entonces, ¿dónde irás esta noche?

El dolor subió disparado hasta su codo y mucho más arriba.

—A ver a tu familia —contestó ella, odiándose por ello.

Thomas soltó su muñeca.

Apenas llegaron a casa de los Heimer, el disgusto continuó.

Thomas se sentó a la mesa con los demás, despreocupándose de Ruth. Eva le sirvió una jarra de cerveza. Ruth la saludó con una breve inclinación de cabeza.

—Puedes ayudarme a preparar la cena. Todavía hay que cortar pan, bajar al sótano a por mantequilla y fregar los cacharros del mediodía —enumeró ella, mientras cortaba abnegadamente lonchas de jamón.

A pesar de que la noche era cálida, la ventana de la cocina estaba cerrada. Del fregadero, donde se apilaban los platos sucios, salía un olor agrio. Desde que Edel, la vieja criada, falleciera a principios de año, la casa de los Heimer estaba más abandonada que nunca.

¡Estupendo! Después de haberse matado a trabajar todo el día en el taller y preparar la cena a Thomas, tenía que seguir trabajando allí.

—¿Y qué hago entretanto con Wanda?, ¿acostarla en el suelo? —contestó Ruth, venenosa.

Mientras hablaba, el gato saltó a la repisa de la ventana, donde se instaló cómodamente. Señalándolo con la cabeza, Ruth prosiguió enfurecida:

—¡Aquí vive mejor el gato que la nieta! Al menos el animal tiene un lugar propio.

Con un encogimiento de hombros, Eva contestó:

—Nadie te impide acostar a Wanda en una de las camas.

—¿Para que esté a punto de caerse como ocurrió la última vez? —se enfureció Ruth, que solo logró impedir la caída porque en ese momento acudió por casualidad a comprobar cómo se encontraba la pequeña.

—Una nena necesita una cama segura.

Protectora, estrechó a la pequeña junto a su pecho. Wanda había empezado a toser, su cuerpecito estaba caliente.

—Este horrible humo es lo último que beneficia la tos de Wanda.

De pronto, todos miraron a Ruth y a su hija. Sebastian dio una placentera chupada a su pipa, como si quisiera decir: ¡pues ahora, más!

—¡Una cama infantil, bah! ¡Como si con eso bastase para ti! —rugió Eva.

—Tú y las de tu condición necesitan la seda más fina. Con plumón de ganso. Y por añadidura, seguramente una cuna tallada a mano. —Y miró a los presentes en

busca de aprobación.

Thomas observó a Ruth, irritado.

—¿Es que también tienes que pregonar tus deseos especiales?

En ese momento, Wanda tosió tan fuerte que las lágrimas brotaron de sus ojos. Ruth la miró, desvalida. ¿Cómo podía ayudar a la pequeña?

—Con esos vómitos, aquí ya no se entiende ni uno mismo —rezongó Sebastian—. ¡Dile simplemente que se calle!

—Si queréis escuchar mi opinión, un poco de severidad nunca le ha hecho daño a ningún mocoso. Ya se ve lo que sale cuando uno malcría en exceso a sus hijos. —Wilhelm Heimer sacudió apenado la cabeza, como si no quisiera dar crédito a su mala suerte por tener como nuera a Ruth.

Ruth miró a Thomas, que se dedicaba a abrir una nueva botella de cerveza. ¿No toleraría que su padre la insultase, verdad?

Eva depositó con brío la bandeja de jamón sobre la mesa.

—No te enfades, Wilhelm. Nadie tiene la culpa de sus orígenes —murmuró.

Los demás gruñeron, manifestando su aprobación.

—¿Hemos llegado al punto de tener que avergonzarme por ser hija de Joost? —replicó Ruth fuera de sí—. No creo que se pueda decir que la malcrío por ocuparme de mi hija enferma. Sin embargo, vosotros preferiríais que Wanda no hubiera venido al mundo. ¡Como es una niña! —concluyó escupiendo las últimas palabras.

Le habría gustado echarse a llorar allí mismo, pero no pensaba conceder ese triunfo ni a Eva ni a ninguno de los demás. Se levantó con la cabeza muy alta.

—Ahora me voy a casa. La niña tiene fiebre y debe acostarse. Y vosotros podréis mantener vuestra conversación de negocios sin que os molesten —añadió con una mirada expresiva hacia las jarras de cerveza.

Esa noche, Thomas llegó a casa muy pasada la medianoche. Por su forma de abrir la puerta, de un empujón, Ruth supo que se había emborrachado nuevamente. Sus maldiciones al chocar con algo en el pasillo confirmaron su suposición. A pesar de que estaba sudando, se puso la manta por encima de la barbilla y rezó para que sus gritos no despertaran a la niña.

En cuanto la acostó en su propia cama, Wanda se durmió y la tos desapareció como por ensalmo. Ruth no dejó de vigilar su estado. Pese al paño fresco que Ruth le había colocado, la frente de Wanda seguía caliente, pero su respiración volvía a ser regular. ¿Era posible que su hija se hubiera sentido tan mal en el entorno de los Heimer? ¡Seguramente Wanda percibía lo poco grata que era allí!

Se encendió la luz.

—Muy buenas noches. —Thomas se acercó a los pies de la cama, cuyos listones de madera crujieron cuando se apoyó pesadamente en ellos.

¡Cretino! Ruth cerró los ojos con más fuerza. ¿Por qué no se desvestía de una vez y se tumbaba a su lado? Seguro que ella no pegaría ojo con sus ronquidos de borracho, pero al menos se ahorraría una pelea. Ruth notó que Thomas la miraba,

cavilando sobre si estaba dormida o lo fingía. Bajo la manta, el sudor brotó por todos sus poros.

Él cruzó la habitación con paso inseguro hacia la silla donde siempre dejaba su ropa por la noche. Tarareando entre dientes, empezó a desnudarse.

Ruth respiró aliviada, ya no habría broncas esa noche. Pero justo en ese momento Wanda empezó a toser.

Ruth contuvo el aliento. Para. Por favor, por favor, para ya.

Thomas se volvió tan deprisa como si hubiera estado esperando el más ligero suspiro de alguna de ellas.

—¡Ya empezamos de nuevo con los ladridos! ¿Es que no me has cabreado bastante por hoy? —balbuceó.

Ruth se levantó de golpe. Ya no tenía sentido hacerse la dormida.

—Yo me ocupo de ella. No te preocupes, se callará enseguida, ¿verdad, Wanda? —A pesar de sus esfuerzos por aparentar confianza, su voz sonaba estridente y casi aterrorizada. Iría a por la nena y se la llevaría a la cocina.

Pero Thomas le cerraba el paso.

—¿Ocuparte tú? —La agresividad brillaba en sus ojos—. Eres demasiado estúpida. Ni siquiera eso sabes hacer. Pero ponerme en ridículo delante de mi padre ¡eso sí! ¡Replicar con descaro es lo único que sabes!

—¡Thomas! —ella odiaba que su voz adoptase ese tono de sumisión, pero a veces conseguía apaciguarlo de ese modo.

Con los ojos bajos, intentó pasar junto a Thomas, pero este la agarró del brazo. El empujón con el que la lanzó hacia atrás fue tan inesperado que un instante después se vio en el suelo.

—Ruth Steinmann por los suelos. —Thomas la miraba desde arriba, riendo—. ¡Has querido ponerme en ridículo! Como a un majadero. Igual que haces siempre. ¿Qué crees que he tenido que escuchar después de que te largases sin más ni más, eh? Que no me tratas con respeto. ¡Pero en eso se equivocan todos! —Se plantó ante ella abierto de piernas, el abombamiento de su pantalón revelaba su excitación.

Durante un momento, Ruth se asustó. No sería la primera vez que estando en ese estado la...

Pero Thomas parecía satisfecho con la situación.

—¿Y bien? ¿Dónde está ahora tu impertinencia? ¿Y tu orgullo?

A lo mejor se habría conformado con seguir insultándola si justo no le hubiera dado a Wanda otro ataque de tos. Entonces recordó que, además de una mujer testaruda, tenía una hija inútil.

—De tal madre, tal hija, ¿no se dice así? Ponerme en ridículo a mí. ¡Faltaría más, pequeño escuerzo! —Y con peligrosa lentitud se volvió hacia la camita de la niña.

Cuando Ruth se dio cuenta de lo que se proponía, su grito resonó en la noche.

Marie había deseado muchas veces vivir dentro de una de sus bolas de vidrio. Cuánto más fácil debía de ser la vida ahí dentro, sin esquinas ni ángulos con los que poder tropezar, sin principio ni fin. A cambio el brillo y los colores de un arcoíris reflejado por las paredes redondas. El paraíso de cristal, pensaba ella al contemplar una de sus bolas.

Nunca había sido mayor su nostalgia que ahora, pero sus motivos eran distintos a los de siempre: deseaba ir a su paraíso de cristal porque la vida se había tornado insoportable, una pesadilla de la que raras veces conseguía escapar.

Una excepción eran sus horas semanales de prácticas con Peter, por lo que también ese día esperaba con impaciencia a que por fin fueran las ocho de la tarde.

—Ya sé que soy la persona más desconsiderada del mundo, pero no puedo evitarlo. Me siento realmente agobiada.

En lugar de soplar vidrio y discutir sobre bocetos, esta vez Marie le abrió su corazón. Su expresión revelaba mala conciencia y desamparo.

—Ahora, desde que Ruth y Wanda se han venido a vivir con nosotras, ya no hay un solo rincón donde una pueda estar sin que le molesten. ¡Y yo que me había acostumbrado a vivir sola!

Peter le sirvió un vaso de vino.

—¿No hay ninguna reconciliación en perspectiva?

Marie negó con un gesto.

—¡Qué va! Thomas viene corriendo cada dos o tres días, pero Ruth ni siquiera le deja entrar en casa. Cruzan unas palabras delante de la puerta —nunca en voz tan alta como para que puedan oírse—, y después él se marcha a grandes zancadas. Entonces parece que está a punto de echarse a llorar, o se pone tan furioso que la cubre de insultos. ¿Quién se aclara con eso? Johanna y yo seguimos sin saber todavía por qué Ruth se presentó en casa hace tres semanas en plena noche. ¡Ni una sola palabra sale de su boca! —suspiró—. Arriba, en casa de los Heimer, tampoco pasa un día sin que Thomas me interrogue. Qué hace Ruth durante todo el día, que si habla de él. —Su voz tenía un tono burlón—. Un día llegó a preguntarme incluso si Wanda estaba bien, ¡figúrate! Yo ya no sé qué responder, pero tengo que estar a bien con los Heimer, porque si ahora el viejo encima me despide, estaremos las tres sin trabajo. Menos mal que Johanna ahorró algo de dinero.

—Eso es lo último que debes temer —replicó Peter—. Wilhelm Heimer sabe de

sobra que nunca más encontrará una pintora mejor y más rápida. ¡Si hasta en la taberna presume de tu habilidad!

—¿Ah, sí? Pues yo no noto nada de eso, porque me mira como si quisiera librarse de mí, hoy mejor que mañana. A sus ojos, las Steinmann solo le hemos ocasionado disgustos. Sin embargo —negó con un gesto—, en cierto modo me las arreglo con el viejo. Y Thomas tampoco es problema mío. —Su mirada sombría se perdía en el infinito.

—Entonces ¿cuál es tu problema? —preguntó Peter, paciente.

—Si quieres saberlo con detalle, Johanna —respondió Marie con un hondo suspiro.

Peter frunció el ceño.

¿De verdad debía explicárselo? ¿O Peter de todos modos tomaría partido por Johanna? Marie decidió arriesgarse e intentarlo.

—El problema es que Johanna, al contrario que Ruth, no tiene nada que hacer. Ruth se pasa el día ocupada con Wanda, la peina, la baña o le hace un nuevo vestido de ganchillo, en mi opinión, un teatro un tanto excesivo; pero al menos me dejan en paz. Salvo cuando Wanda se apodera de mis pinturas —añadió con ironía—. Pero ¿Johanna? Recorre la casa como un animal enjaulado. De puro aburrimiento ya ha dispuesto de otro modo mi puesto de trabajo, ordenado mis papeles —aunque yo lo llamo desordenar—, y, en cuanto me siento a trabajar, observa por encima de mi hombro. Quiere saber esto, me pregunta aquello. ¡Acabará volviéndome loca! —Marie levantó los brazos en gesto de indefensión.

—Te entiendo, pero ¿cómo puedo ayudarte? —Peter la miró, resignado—. Le he propuesto por lo menos tres veces que trabaje conmigo. A cambio de un salario, claro está. ¡Pero ella no quiere ni oír hablar del asunto! —Señaló una pila de cajas en las que relucían piezas de vidrio azules, rojas y verdes—. Lo reconozco, empaquetar animalitos de vidrio no es ni con mucho tan excitante como trabajar en una tienda grande, pero al menos tendría algo que hacer. —Era imposible no percibir la frustración en su voz.

—¡Ay, Peter, y yo llenando tus oídos con mis lamentos! Mientras que tú ya llevas tu fardo a cuestas. —Marie le dio un empujón.

—¿Recuerdas nuestra conversación de principios de año? ¿Cuando te dije que solo un milagro traería de vuelta a Lauscha a Johanna? —La risa de Peter sonó triste y amarga—. Ahora ha regresado, y sin embargo está más lejos de mí que nunca. En el mejor de los casos, soy para ella el hermano mayor; en el peor, un hombre, en el que por principio no se puede confiar. ¡Cómo me mira a veces! Parece temer que yo también abuse de ella. —Sacudió la cabeza, entristecido—. Después de lo que le hizo ese cerdo, puedo incluso comprender su desconfianza. ¿Podrá volver a sentir algún día como una mujer normal?

Durante un momento ambos callaron, después Marie preguntó en voz baja:

—A pesar de todo, ¿no podrías volver a hablar con ella? ¡Porque como no tenga

pronto algo que hacer, acabará haciéndome enloquecer! ¿Y quién sabe? Cuando trabajéis juntos... —intentó que su voz sonase animosa.

Peter rio.

—¡Sí, sí, y este año criarán pelo las ranas! —Y volvió a ponerse serio—. De acuerdo —añadió—. Hablaré otra vez con ella, aunque cada vez me siento más estúpido al hacerlo. Pero en estos momentos un desaire más o menos ya no importa.

Peter no tuvo que esperar mucho la ocasión propicia. Al día siguiente, Johanna asomó la cabeza por su puerta.

—He preparado leche de manteca, ¿quieres que te traiga un vaso? Está helada y es muy refrescante —le gritó por encima de la llama de su mesa de trabajo.

A pesar de que a Peter le habría apetecido más una cerveza, asintió. Después de cerrar la llave del gas, se pusieron cómodos detrás de la casa con un vaso de leche cada uno. Durante unos minutos charlaron de cosas intrascendentes, hasta que Johanna se dejó caer en la hierba. Se subió hasta las rodillas la falda de su vestido sin mangas y suspiró ruidosamente.

—¡Ay, qué bien sienta el sol! Por primera vez en mi vida puedo gozar del sol todo lo que me apetezca. Ruth dice que te pone la piel como la de una campesina, pero ella se pasa medio día sentada en el banco de delante de casa con la cara hacia el sol.

A Peter le costó trabajo resistir al acto reflejo de limpiarle con el índice con todo cuidado los restos de leche de sus labios. Ese año Johanna se había puesto más guapa si cabe: sus piernas ligeramente bronceadas, el brillo dorado de su pelo que caía en suaves ondas sobre sus hombros...

Estaba tan abismado en su contemplación que a punto estuvo de perder la ocasión que le brindaba su comentario.

—¿Significa eso que ahora os contáis entre los ociosos adoradores del sol? —preguntó con sonrisa socarrona mientras espantaba una abeja con la diestra.

Johanna volvió a incorporarse en el acto.

—Tienes razón, esta vida disipada no puede continuar.

Peter se alegró.

—Sin embargo, según pasa el tiempo ya no sé qué hacer —continuó—. Ruth sigue sin soltar prenda. Por lo tozuda que se muestra, estoy empezando a creer que ella y Thomas no se reconciliarán. ¡Pero si están casados!

—Si te soy sincero, la verdad es que no tengo ganas de hablar de Ruth —admitió Peter, levemente irritado—. Pero ya que estamos en ello, no es la primera mujer que abandona a su marido, ni tampoco será la última.

Johanna lo miró, consternada.

—¡Qué fácil lo pones! Yo, por el contrario, intento encontrar una explicación a su conducta. Y solo se me ocurre una: ¡a Thomas se le tiene que haber ido la mano! Y seguramente no una vez. Y Ruth...

¡Ya estaba bien! Peter se incorporó.

—Ahora haz el favor de escucharme con atención —indicó con todo el énfasis que pudo, mientras le tomaba la mano—. No es necesario que un día sí y otro también te rompas la cabeza pensando en Ruth. Aunque no lo creas, es una mujer adulta, sabe muy bien lo que hace.

—Pues yo no estoy muy segura. ¡Está tan triste! Por la noche, cuando cree que nadie la oye, llora. —Los ojos de Johanna se humedecieron—. Para ella tiene que haberse hundido el mundo. ¡Con lo enamorada que estaba!

—Yo no he dicho que sea fácil —respondió Peter—. Pero quizá lo que está pasando en estos momentos sea mejor que una vida al lado de Thomas. ¿Has pensado en eso?

Una mariquita se posó en la mano de Johanna y ella se enfrascó en su contemplación.

—¡Johanna! —exclamó Peter—. Para variar, hablemos de ti.

—¿Qué hay que hablar de eso? —respondió, atormentada—. Lo único que quieres es volver a proponerme que trabaje contigo. —Se sacudió la mariquita de la mano—. Yo..., no te enfades conmigo, Peter, pero no funcionaría.

Y por qué no, quiso preguntar él. ¡Si tú quisieras, funcionaría!

En lugar de eso, comentó:

—No puedes estar eternamente en casa. Al margen de que tarde o temprano se te acabarán los ahorros, es que simplemente no es tu estilo. La ociosidad no va contigo, y, dicho sea de paso, lo mismo piensa Marie. Estamos preocupados por ti.

—Marie... —Johanna ladeó la cabeza—. ¿Sabes que es una sopladora de vidrio bastante buena? No me refiero a sus ideas artísticas sino a su trabajo manual. La última serie de bolas de vidrio que sopló en sus moldes casi carece de fallos.

—Eso no necesitas decírmelo. Pero ¿por qué lo mencionas ahora? Primero hablas de Ruth, ahora de Marie, no son más que maniobras de distracción.

—¡Qué va! —repuso ella con tono amistoso.

Una sonrisa asomó a su boca.

«Y en cuanto me siento a la mesa de trabajo, mira por encima de mi hombro. Quiere saber esto, me pregunta aquello», Peter recordó las palabras de Marie. Y de repente le asaltó un presentimiento.

—¿Qué te propones? —preguntó casi amenazador.

Ella dobló las piernas y se arrodilló delante de él.

—Sé muy bien lo que todos pensáis de mí: Johanna está metida en casa lamiéndose las heridas —dijo con tono de reproche—. Pero no es cierto, porque llevo ya algún tiempo pensando en cómo continuar. Y mi plan también tiene que ver con Marie —añadió con parsimonia.

Peter la miraba. ¿Era posible que conociera tan bien los pensamientos de esa mujer imposible, maravillosa, obstinada?

—Quieres vender las bolas para el árbol de Navidad de Marie —afirmó con

incredulidad.

Ella lo miró asombrada.

¡Pues él tenía razón!

—Y testaruda como eres, no quieres dármelas a mí para que se las enseñe a mi intermediario, sino que quieres encontrar tu propio intermediario.

—¡Eres un auténtico aguafiestas! —dijo Johanna con fingido enfado.

—¿Conoce Marie tus planes? Porque al fin y al cabo son sus bolas.

—No, yo... Mientras no tenga la seguridad de que lo que me propongo va a funcionar, preferiría no decirle nada. Iré sola a Sonneberg y...

—¡Oh, no, Johanna Steinmann, no lo harás! —se opuso Peter con energía—. Al menos no antes de que hayas hablado con tus hermanas. Ya veo que quieres volver a demostrarnos a todos nosotros lo bien que te las arreglas sola, pero lo de ahora no te concierne únicamente a ti.

Esa misma noche, las tres hermanas se reunieron en compañía de Peter. Ante la insistencia de este, Johanna acabó por desvelar sus planes.

Una vez pasada la primera excitación, llegaron las objeciones. Pese a que Marie llevaba ya mucho tiempo soñando en secreto con no tener que seguir escondiendo su vidrio soplado, ahora le faltaba confianza en sí misma para dar ese paso.

—¿Qué dirá la gente cuando se entere de que me he sentado a la mesa de trabajo de un soplador? ¿Qué sucederá si nadie quiere comprarle algo a una sopladora de vidrio? —quiso saber.

Johanna reconoció que por supuesto contarían con enemistades. A muchos sopladores de vidrio y comerciantes les parecería imperdonable que una mujer osara irrumpir en un ámbito masculino. Y por eso ella tendría que buscar a un intermediario de ideas avanzadas, al que le diera igual que las bolas las hubiera soplado un hombre o una mujer.

Las objeciones de Ruth fueron de índole más práctica.

—Si logaras encontrar un intermediario para las bolas de Marie, ¿cuándo elaborará ella los encargos?

—¡Por la noche, naturalmente! —contestó esta—. No estoy acostumbrada a otra cosa. ¿Tú qué dices? —se dirigió a Peter. Él se limitó a asentir con la cabeza de manera ambigua y ella le hizo una mueca.

—Al principio así será —admitió Johanna—. Pero en caso de que aumenten los encargos, y lo doy por descontado, tendrás que dejar de trabajar con los Heimer.

Dos pares de ojos aterrados se clavaron en ella, mientras Peter, al igual que antes, se mantenía en segundo plano como un observador silencioso. Johanna le echó una ojeada, preguntándose, insegura, si se alegraba de que se mantuviera al margen o si habría preferido contar con su apoyo.

Ruth fue la primera en serenarse.

—Yo podría ayudar a pintar —ofreció—. Ya sé que ninguna pinta tan bien como tú —dijo con ironía a Marie—, pero creo que tus cristales de hielo y tus paisajes invernales me saldrían. Y también podría empaquetar las bolas. Todavía nos queda un cajón lleno de cajas. ¿Las botellitas de medicinas y las bolas tienen un tamaño parecido, verdad?

—Procedamos con calma —aconsejó Marie—. Lo que propone Johanna significaría que abriríamos nuestro propio taller de soplado de vidrio. Conmigo de

sopladora. No sé, ¿una empresa con tres mujeres? ¿Puede funcionar siquiera una cosa así?

—¿Y por qué no? —contestó Ruth, valerosa. Eso supondría trabajar para nosotras mismas y no tendríamos que rendir cuentas a nadie.

Johanna sonrió.

—¡Eso sí que sería una auténtica cooperativa de mujeres! ¡Las tres Steinmann!, ¡la gente tendría por fin un motivo real para criticarnos!

En ese momento habría podido abrazar al mundo entero, pero en lugar de eso dirigió a Peter una sonrisa radiante. Le parecía imposible que a sus hermanas les interesase tanto su idea.

Entonces Peter carraspeó.

—¿Cuándo piensas ir a Sonneberg?

Johanna lo miró asombrada.

—Quizá la semana que viene, o la otra. Todavía no lo he pensado.

—Pues deberías hacerlo si no quieres que tu empresa fracase a las primeras de cambio por influencias externas. ¿Has olvidado acaso que ese tal mister Woolworth, el americano, piensa venir a Sonneberg en agosto? No quedan ni dos semanas para su visita.

—¿Woolworth? ¿Y qué tiene que ver él con mi plan? Ese solo visita a...

Peter rio.

—¡De eso nada! Por lo visto, este año Strobel únicamente recibirá un trocito del pastel americano. Casi todos los comerciantes de Sonneberg han recibido una carta de Woolworth anunciándoles su visita. ¡En la ciudad no se habla de otra cosa! Todos cavilan qué pueden ofrecerle de «especial», y confían en conseguir grandes encargos con su visita.

Johanna tuvo primero que digerir esta noticia.

—Eso significa que tengo que ir lo antes posible a Sonneberg. Cuando el tal Woolworth esté en la ciudad, nadie se interesará por mí. Tengo que anticiparme al americano, si se me permite la expresión —soltó una risita—. Y así —sonrió a los presentes— nuestro futuro intermediario podrá enseñar enseguida al buen señor Woolworth las obras de Marie.

—Entonces lo mejor será que vayas esta misma semana. ¿Quieres que te acompañe? Podría ayudarte a cargar y esperarte con Wanda mientras visitas a los representantes —propuso Ruth.

La sonrisa de Johanna se esfumó. Le bastaba pensar en Sonneberg para ponerse enferma. A pesar de todo, respondió:

—No, creo que prefiero ir sola. Con este calor, Wanda no se sentiría a gusto en la ciudad.

—Podría acompañarte Magnus —sugirió Marie—. Tiene tiempo y seguro que le encantaría ir contigo.

—¡Magnus! ¿Y a Magnus qué le importa esto? —preguntó Peter frunciendo el

ceño—. De hacerse, seré yo quien acompañe a Johanna.

Esta, irritada, los miraba alternativamente.

—¿Habéis terminado? No necesito que me acompañe nadie —dijo con más brusquedad de la que pretendía—. Llevo yendo sola a Sonneberg desde los diecisiete años, y seguiré haciéndolo en adelante. No necesito guardianes. —Tragó saliva—. Partiré mañana mismo a primera hora, aunque caigan chuzos de punta. Si os tranquiliza, puedo ir en tren, así estaré en la ciudad en un abrir y cerrar de ojos.

Los otros tres se miraron. Contra eso ya no tuvieron nada que objetar.

—Pero yo decidiré qué bolas te llevas —exigió Marie—. Lo mejor será que eche inmediatamente un vistazo para ver cuáles son las más presentables.

—Y yo voy a ir a buscar el cajón con las cajas, así podremos empaquetar esta misma noche las piezas más bonitas.

Abandonaron la habitación, del brazo. Poco después se oyeron ruidos de sacudir y arrastrar muebles procedentes del antiguo dormitorio de Joost.

Mientras Johanna servía un vaso de vino para Peter y otro para ella, dijo en voz baja:

—Gracias.

—¿Por qué? —Peter soltó una risita fugaz.

Ni la misma Johanna supo qué contestar. Lo único que sabía es que no había ningún otro hombre en el mundo al que quisiera más. A lo mejor hasta amaba a Peter, a su manera.

—Por no haber intentado quitarme la idea de la cabeza. —Y, sin poder evitarlo, añadió—: Prefiriendo como prefieres que empezase contigo.

—En fin —contestó él—, la vida no siempre es como uno desearía. —Suspiró, sumido en sus pensamientos—. Por lo visto, tendré que hacerme a la idea de que algún día me casaré con una mujer de negocios. —Su encogimiento de hombros tuvo algo desvalidamente cómico y resignado a la vez.

—¡Peter! —exclamó Johanna en voz baja—. No doy crédito a mis oídos, ¿es que nunca te rendirás? —inquirió sin poder contener la risa.

Él se limitó a mirarla.

—No, en lo que a nosotros concierne, jamás.

A la mañana siguiente, Ruth preparó el desayuno, y luego subió a despertar a Johanna. El recuerdo de los viejos tiempos fue de pronto tan intenso que durante un momento creyó que llegaría hasta sus oídos el ruido que hacía Joost desde el lavadero. ¿Qué pensaría padre de sus proyectos? Se detuvo junto al tragaluz para contemplar el cielo sin nubes. Sin duda los aprobaría, se dijo, antes de entrar en el dormitorio.

—¡Van a dar las seis! ¡Arriba! ¡Hoy es nuestro gran día!

Abrió de golpe la cortina descolorida que el sol ya pugnaba por atravesar. El «ya

estoy despierta» de Johanna no pareció convencerla. Por seguridad, volvió a sacudir a su hermana por el brazo.

—El tren sale dentro de media hora, así que no se te ocurra volver a dormirte.

¿Cómo habría funcionado eso en Sonneberg?, se preguntó Ruth de nuevo. Después echó un vistazo a la pequeña habitación contigua, donde Wanda dormía apaciblemente en la vieja cama infantil de Marie. ¡Ojalá siguiera igual hasta que Johanna se hubiera puesto en marcha!

Cuando regresó abajo, Marie ya se había tomado el café. Estaba junto al fregadero, lavando su taza.

—¡Estoy tan nerviosa! Seguro que hoy en vez de zarcillos cuajados de flores solo me salen líneas en zigzag.

—No dejes que se te note o Thomas volverá a intentar interrogarme; no le gusta nada que me las arregle sin él —repuso Ruth mientras se servía una taza de café—. De momento, no tiene que saber lo que nos proponemos.

Ruth Heimer por los suelos... Se moría de impaciencia por ver su cara de estúpido cuando ellas tuvieran un pedido en el bolsillo. Y, con deleite, dio un sorbo del elixir de la vida.

—Tienes razón —ratificó Marie—. Y además es posible que todo esto no sea más que una bonita idea. —Pero tenía la cara sonrosada de excitación y sus ojos brillaban esperanzados.

En el taller de los Heimer, a Marie las horas se le hicieron eternas, y Ruth ese día se mostró impaciente incluso con Wanda. No podían dejar de preguntarse cómo le iría a Johanna. ¿A cuántos comerciantes tendría que visitar hasta encontrar alguno al que le gustasen las bolas de Marie? ¿Conseguiría algún encargo? ¿O se negarían a comprarle a una mujer? Al atardecer, cuando el sol se hundía como una bola roja incandescente, se preguntaron: ¿cuándo regresará Johanna?, ¿es una buena o una mala señal que aún no haya llegado?

También Peter, que se reunió con ellas después de trabajar, se mostraba inquieto. Propuso ir a recoger a Johanna a la estación, pero Ruth y Marie se opusieron. ¿Qué pasaría si algún vecino los veía a los tres esperando a Johanna? Eso suscitaría preguntas curiosas. Peter no dejaba de caminar arriba y abajo por delante de la puerta de la casa como si fuera el vigilante de una cárcel. Ruth y Marie lo dejaron tranquilo.

Eran casi las ocho de la tarde cuando escucharon el liberador «¡Ya viene!» de Peter. De un salto se plantaron fuera.

Johanna estaba blanca como la tiza. Ni una seña con la mano, ni una risa, ni un gesto para decir: «¡Aquí está nuestro contrato!». Su expresión, su postura... solo significaban una cosa: todo había ido mal.

Ninguno se atrevía a mirar a los demás. Inmóviles, como si tuvieran los pies anclados al suelo, vieron cómo Johanna recorría los últimos metros hasta ellos. Unos

vecinos que pasaban en ese momento por delante de su casa los observaron asombrados.

—¿Qué te ocurre, Johanna? ¡Parece como si hubieses visto a un fantasma! — exclamó Ruth al fin.

Johanna pasó a su lado abatida y entró en casa. Llevaba el vestido pegado a la espalda en la zona por la que el sudor había discurrido entre sus omóplatos. Se sentó a la mesa.

—Y así es casi como me siento —su voz era frágil como la de una anciana, su mirada perdida vagaba por la habitación.

¡El calor! ¿Acaso Sonneberg había vuelto a despertar en ella con demasiada fuerza el recuerdo de la violación? ¿O sencillamente el asunto la había sobrepasado?

Ruth y Peter cruzaron una mirada de preocupación. Marie le sirvió un vaso de agua a su hermana.

Peter se sentó a su lado en el banco y le pasó un brazo por los hombros en un gesto protector.

—Ahora todo va bien. Estás en casa, con nosotros. —Y le tendió el vaso de agua.

Nadie sabía qué decir. Reinaba tal silencio que solo se escuchaba el gorgoteo del agua en la garganta de Johanna.

—He visitado a todos los comerciantes. He hecho escala en todos ellos, uno por uno. Ni siquiera me han escuchado —contó al fin.

Gruesas lágrimas rodaban por su rostro.

—Me he sentido como una apestada, una leprosa. Y sin embargo ha sucedido algo mucho peor.

Los tres se miraron.

Un sentimiento sordo de decepción se apoderó de Ruth, provocándole dolor de tripa.

—¿De qué hablas, por Dios? —Peter la sacudió con suavidad—. ¿Es que el tal Woolworth llegó antes de lo pensado? ¿Por qué no ha tenido nadie tiempo para ti?

Johanna se limitó a negar con la cabeza.

—Al principio, no comprendía lo que pasaba —prorrumpió en sollozos con voz sofocada—. Después de que el primero fuera tan brusco, pensé: ¡este tiene un mal día, prueba con el siguiente! Cuando el segundo me miró de arriba abajo y me dijo que no tenía tiempo para mí, tampoco sospeché nada. Pero después... —Se tapó la cara con las manos y rompió a llorar—. En toda mi vida me he sentido tan mal. Quiero decir..., salvo entonces..., pero ahora... —Sus palabras se perdieron entre los sollozos.

Los demás aguardaron sin saber qué hacer hasta que ella recuperó la serenidad.

—Si atendiendo mis ruegos, la mujer de la perfumería, no me lo hubiera explicado seguiría sin saber lo que pasa —dijo por fin, con la voz ahogada por las lágrimas.

Poco a poco Ruth iba enfureciéndose por la decepción.

—¿Qué ha ocurrido? ¿Tendrías la amabilidad de explicárnoslo de una vez?

Al momento recibió un puntapié de Marie por debajo de la mesa.

—Strobel ha contado por toda la ciudad que le robé y que por eso me despidió. —
Johanna tenía la cara blanca.

»Ahora todos me consideran una ladrona. ¡Eso es lo que pasa! —La histeria de su voz aumentó. Su risa rompió el silencio consternado de los demás.

—En Sonneberg estoy acabada. Definitivamente. Allí, ni los perros compartirían conmigo sus huesos.

Johanna se sentía casi más trastornada que después de su violación. Esta había acertado a explicársela pensando que Strobel estaba loco, que había perdido el control. La había violado, le había arrebatado su virginidad, la había maltratado, pero en lo más hondo de su ser, milagrosamente, Johanna había salido incólume. Pero ahora sus calumnias la habían herido hasta la médula: le habían arrebatado la dignidad a ella, a Johanna Steinmann, la hija de Joost. Todos los valores que su padre le había transmitido habían sido aniquilados de golpe. Era cuestión de tiempo que los rumores se propagasen hasta Lauscha. ¿Habría sucedido ya?, ¿llevaría la gente mucho tiempo criticándola a sus espaldas?

Durante días se encerró en la sofocante alcoba pequeña. Mientras fuera el aire vibraba de calor, no quiso ver a nadie, ni hablar con nadie. No había consuelo, ni buenos consejos que la ayudasen.

En cierto momento surgió en su mente otra grave sospecha: a lo mejor fue ella la causa de que Ruth se separase de Thomas. ¿La llamaría ladrona y Ruth la habría defendido? ¿Callaba por eso su hermana los motivos de su huida en plena noche?

Johanna cavilaba, fuera de sí. Revivía una y otra vez cada una de las humillaciones de su visita a Sonneberg. Después se derrumbaba y permanecía inmóvil durante horas.

—¡Ya no lo aguanto más! Desde hace días casi no se deja ver por aquí abajo. Si subo a ver cómo está, gira la cara hacia la pared. ¡Y vuelta a largarme como una imbécil! —Ruth recorría la cocina de un lado a otro, enfurecida—. ¿Cuánto tiempo va a seguir así? Seguramente el tal Woolworth está en la ciudad hace mucho, y nosotros seguimos sin tener un comerciante para tus bolas.

—¿Cuántas veces piensas repetirlo? Ponte en su lugar, Johanna no se comporta así para enfadarte.

Marie estaba cansada. Había pasado toda la jornada con la pintura en esmalte y ahora no conseguía eliminar de su nariz ese olor venenoso. Además, le dolía la cabeza.

Fue al taller y se sentó a la mesa de trabajo de Joost. ¿Cuánto tiempo hacía que no pasaba allí una noche tranquila?

Ruth la siguió.

—Encerrarse arriba, en el cuarto, preocupádonos, tampoco mejorará las cosas. Pero lo peor es que ni siquiera nos deja hablar con ella.

—¡Mira quién habla! Tú también callas como una tumba en lugar de explicarnos lo que sucede entre Thomas y tú.

—Eso solo nos interesa a él y a mí. Pero esto, esto nos interesa a las tres. Es nuestro futuro, nuestra vida, nuestro... —Enmudeció.

—Bueno, a la que ha difamado Strobel es a Johanna. Cuando pienso que estás delante de alguien que te atribuye las cosas más terribles sin que puedas hacer nada. Desde luego, no me gustaría estar en su pellejo.

—Y no lo estamos, gracias a Dios —afirmó Ruth, malhumorada.

—Puedes ser pero que muy ruin, ¿sabes? —Marie lanzó una mirada iracunda a su hermana.

—Y tú supones lo peor de mí. Porque lo digo en otro sentido del que tú crees. — Y acercando su antigua silla de trabajo, se sentó a su lado.

—Ya oíste lo que dijo Johanna: en Sonneberg lo ha perdido todo, pero eso no significa ni mucho menos que también lo hayamos perdido nosotras, ¿verdad?

—No lo sé. En realidad no debería significar eso. Pero quién sabe si los intermediarios no nos meterán a las tres en el mismo saco al enterarse de que somos las hermanas de Johanna —contestó Marie, que sabía de sobra adónde quería ir a parar Ruth. ¡Ella también se rompía la cabeza cavilando qué hacer!

—¿Eso crees? —Ruth se mordió el labio, parecía como si no esperase esa respuesta—. En realidad quería proponer llevarme tus bolas para ofrecérselas a los intermediarios. Claro que si me rechazan igual que a Johanna...

Marie le dirigió una mirada de reojo. ¡Así que su decisión tampoco era para tanto!

—Creo que lo mejor sería que pidiéramos a Peter que enseñase mis bolas a los comerciantes.

Ruth alzó los ojos, aliviada.

—Como quieras, al fin y al cabo son tus bolas.

¿Quién acababa de despotricar algo sobre nuestro futuro, nuestra vida?, masculló Marie para sus adentros.

Estaba dormida cuando alguien la sacudió rudamente por el brazo.

—¡Despierta! —le susurró Ruth al oído—. ¡Tengo que hablar contigo!

Para no despertar a Johanna, Marie siguió a Ruth a la cocina, tambaleándose.

—¿Te has vuelto loca? ¿Por qué me despiertas en plena noche? Al contrario que tú, yo no puedo tumbarme a la bartola durante el día, tengo que trabajar. —La luz de la lámpara de gas que había encendido Ruth despedía un brillo desagradable para sus ojos cansados. Redujo la llama con un giro.

—Tengo una idea. —Ruth estaba tensa como un resorte—. ¡Se me ha ocurrido una idea fantástica! —repitió. De un salto se plantó junto a Marie y se arrodilló ante

ella—. Imagínate: hay una forma de que yo pueda echar una mano. Si lo que me propongo funciona, no volveremos a depender de nadie. Nosotras...

—¡Ruth, por favor! —insistió su hermana—. Estamos en plena noche y no tengo ganas de adivinanzas, dime qué te ronda por la cabeza y acostémonos de nuevo.

De repente, Ruth volvía a parecerse a la joven llena de vida de antaño: tenía las mejillas sonrosadas, sus ojos brillaban de entusiasmo, sonreía con picardía.

—¡Cuando hayas escuchado mi plan, se te pasará el sueño de todos modos!

A la mañana siguiente, Ruth se levantó más temprano de lo habitual. Después de haber echado un vistazo a Wanda, se dirigió al lavadero. Marie le cedió, complaciente, el sitio delante del espejo e incluso le ofreció ocuparse del desayuno. Ruth asintió con aire ausente. Sus miradas se encontraron en el espejo.

—¿Te atreverás de veras a hacerlo? —preguntó Marie, con la mano ya en el picaporte.

—Es el único camino.

—No. Como ya dije ayer, siempre podemos pedirle a Peter...

—Tienes razón. A pesar de todo... —Le hizo a Marie en el espejo una seña de ánimo con la cabeza—. ¿Sabes? ¡Déjame intentarlo, nada más! En último extremo, yo también sufriré un desplante, y si así ocurre no estaremos ni mejor ni peor que ahora. Pero si mi plan resulta... —dio un rápido golpecito en la pared de tablas de madera—. Pero mejor no hablar de eso o será un desafío innecesario al destino.

Después de marcharse Marie, Ruth se lavó de arriba abajo. Luego comenzó a peinar sus cabellos con cuidado. Cuando terminó, tomó en la mano un grueso mechón y lo sostuvo a la luz del sol que se colaba por el estrecho ventanuco del cobertizo de tablas. ¿Se engañaba o su pelo había tenido un brillo más hermoso? Se acercó al espejo. ¿No estaba su piel un tanto macilenta, a pesar del tiempo que pasaba al aire libre? Su mirada ¿no era menos radiante? Desanimada, apartó el cepillo, y una oleada de tristeza se apoderó de ella. ¡Qué vieja se sentía de repente! Vieja y manoseada, como una herramienta antigua que hubiera pasado por muchas manos, y sin embargo solo había caído en las manos de uno. Soltó una risa amarga.

Le costó superar su triste estado de ánimo. Se cepilló otras cincuenta veces y aprovechó el tiempo para lanzar diferentes miradas a su reflejo a modo de prueba. Tenía que conseguir irradiar confianza; no deseaba la compasión de mister Woolworth, sino un encargo.

Apenas terminó de recogerse el pelo, la acometieron las dudas: ¿No era ese peinado demasiado pueblerino? Seguro que el americano estaba acostumbrado a damas elegantes, distinguidas. Con mucho cuidado para no destruir toda su obra, volvió a dejar caer unos mechones laterales. Escéptica, se giró a izquierda y a derecha. Así estaba mejor, al menos el conjunto tenía ahora una nota juguetona. Enroscó alrededor de su dedo índice los mechones sueltos hasta que estos se

retorcieron formando tirabuzones. Mejor aún. Dirigió una mirada coqueta a su reflejo: en realidad todavía era muy guapa. No tenía sentido querer competir con las mujeres de mundo, decidió. Era más sensato resaltar sencillamente lo mejor de una misma.

Con maniobras expertas se introdujo el vestido por la cabeza sin rozar ni un solo cabello. Habría preferido llevar su vestido de boda, pero con el calor de agosto habría muerto dentro de él. Por eso se decidió por su segundo vestido más bonito: era de un tono marrón muy discreto, pero a cambio no se había ahorrado tela para la falda, suaves y generosas franjas de tela rodeaban favorecedoramente sus piernas. Además, el color de su piel parecía más fresco en contraste con el marrón claro. Se puso un collar que le había hecho hacía algún tiempo Marie con alambre de plata y cuentas de cristal. Obedeciendo a una inspiración, corrió detrás de la casa y acechó a su alrededor hasta que su mirada cayó sobre unas margaritas. Cortó un manojito con rapidez. De nuevo en el lavadero, se enredó algunas flores en el pelo, y se prendió un pequeño ramillete en el hombro con un alfiler. Finalmente quedó satisfecha de su aspecto.

Volvió a entrar en casa. Marie ya estaba lista para acudir al trabajo.

—La cesta con las bolas está fuera, en el pasillo. He colocado encima los modelos grandes, solo tienes que tener cuidado de no aplastarlas.

—¿Y ella? ¿No se ha dado cuenta de nada?

—¿Johanna? —Marie meneó la cabeza—. O se ha hecho la dormida cuando he entrado en la habitación a recoger la cesta o de verdad no estaba todavía despierta. Sea como fuere, no ha dicho ni pío.

Ruth soltó un suspiro de alivio.

—Gracias a Dios. No me apetecía nada tener que explicárselo todo. —Y se dispuso a ir a la cocina para tomar una taza de café a la carrera.

Marie la sujetó por la manga.

—¿Estás segura de que lo conseguirás? Quiero decir que... tú no has estado muy a menudo en Sonneberg.

—¿Por qué confías tan poco en mí? —Ruth comenzaba a enfadarse lentamente—. Yo no soy más tonta que Johanna, ¿verdad? Si consigo coincidir con el fabricante de pizarrines, llegaré a la ciudad en un santiamén. Y si no —se encogió de hombros—, tendré que ir andando, ya conozco el camino.

—Pero entonces el americano llevará mucho rato visitando a los intermediarios —replicó Marie, nerviosa—. ¿Cómo lo encontrarás? Y aunque te tropezases con él en algún sitio, no puedes abordarlo en plena calle.

Ruth se mordió el labio inferior.

—Eso es lo único que me provoca quebraderos de cabeza —reconoció—. Ya me he preguntado si no sería preferible averiguar en qué hotel se aloja.

—¿Y luego?

—¡No te pongas tan trágica! —Ruth sacudió la cabeza en un gesto de

desaprobación—. Entonces podría esperarlo allí.

—Es una posibilidad —admitió Marie—. Pero ¿qué sucederá si ese americano no habla alemán?

—¡Marie! —exclamó su hermana—. De eso ya hablamos largo y tendido la noche pasada. ¡Tiene que entender alemán! ¿Cómo, si no, podría comunicarse? Me cuesta creer que todos los intermediarios dominen el inglés. —Y volviéndose bruscamente se dirigió a la cocina—. No voy a dedicar una sola palabra más a este asunto, porque cuanto más reflexiono, peor me siento.

Marie ya se había ido cuando Ruth subió a sacar a Wanda de su cama, le cambió los pañales y la trasladó a la otra habitación. Depositó a Wanda con cuidado en la cama, al lado de Johanna, tras lo cual su hija la miró con unos ojos como platos. Ruth confió en que no comenzara a gritar en ese mismo instante.

—¿Qué significa esto? —preguntó Johanna, malhumorada.

—Hoy tienes que ocuparte tú de Wanda. Voy a salir y no sé cuándo regresaré. Puede que incluso esté ausente durante la noche.

Mientras hablaba fue consciente de golpe de que hasta entonces ni siquiera había sopesado esa posibilidad. Y, sin embargo, no era muy descabellada: si tenía que esperar mucho tiempo al tal Woolworth...

Johanna se incorporó, muy tiesa, y se subió a Wanda al regazo.

—¿Que te vas?, ¿a lo mejor incluso estarás fuera durante la noche? —su voz denotaba una chispa de interés—. ¿Vas a encontrarte con Thomas?

Ruth se encogió de hombros sin comprometerse. Por ella, su hermana podía creer lo que le apeteciera. Calculó lo que costaría pasar la noche en un hotel y qué más tendría que llevarse para ello. Al pensar en la posibilidad de tener que alquilar una habitación, la acometió de nuevo una sensación de inseguridad: ¿Podía hacerlo siendo una mujer? ¡Y seguro que costaba una fortuna! Con las manos húmedas por el nerviosismo, sacó un camisón limpio del armario; su cepillo de pelo y algunos utensilios más los recogería del lavadero. Después volvió a acercarse a la cama de Johanna.

—¿Qué tal estoy? —Hizo una pequeña pirueta.

Al no contestarle con rapidez, la seguridad de Ruth comenzó a marchitarse como una flor que no se riega. Pero entonces captó la mirada de admiración de Johanna.

—Estás arrebatadora. Cualquier hombre te encontrará cautivadora, créeme —contestó por fin su hermana con voz sincera y convincente.

Ruth, que había contenido la respiración, suspiró aliviada. Ojalá la profecía de Johanna fuera aplicable a los comerciantes americanos.

—Todavía no ha comido nada —dijo señalando a su hija con la cabeza. ¿Puedo confiar en que te ocuparás de ella? Esta noche Marie puede echarme una mano.

—¡Pues claro que me ocuparé de la niña! ¡Vaya pregunta! —contestó Johanna. Y tras cosquillear la barriga de Wanda, esta empezó a gorjear.

A Ruth le costó un gran esfuerzo reprimir un comentario mordaz. «Pues claro que

me ocuparé de la niña». ¡Como si en los últimos días algo estuviera claro en Johanna! Carraspeó.

—Me desagrada preguntártelo, pero... ¿puedes darme un poco de dinero?

Johanna frunció el ceño.

—¿Para qué necesitas dinero si vas a reunirte con Thomas?

—Yo... tengo intención de... —balbuceó Ruth—. Bueno, ¿qué pasa?, ¿me das el dinero o no?

—Claro, mujer. ¡No hay motivo para sulfurarse! —Johanna levantó las dos manos, apaciguadora—. Ya sabes dónde está mi bolsa, toma lo que necesites.

Una leve sonrisa se asomó a los labios de Ruth. Si todo fuera tan sencillo.

De repente se sintió al mismo tiempo temeraria e intrépida. Se detuvo en el marco de la puerta y se giró de nuevo.

—¡Deséame suerte! —Y, sonriendo, lanzó a ambas un beso con la mano.

Mientras bajaba por la escalera podía sentir en la espalda la mirada asombrada de su hermana.

Apenas llegada a las primeras casas de Steinach, el fabricante de pizarrines que llevaba siempre a Johanna doblaba la esquina con su viejo jamelgo y su carro desvencijado. Al reconocer a Ruth, se detuvo y la dejó subir.

En lugar de dejar la cesta con las bolas de Navidad de Marie detrás, junto a las cajas de pizarrines, la colocó entre sus piernas. Durante el trayecto se cruzaban continuamente con recaderas. La visión de sus cestas con altas pilas de bultos le recordó a las hormigas que había observado durante sus horas de amor con Thomas en el bosque, pero al contrario que a sus pequeños moradores, a las mujeres se les notaba su carga: avanzaban con esfuerzo, algunas con las caras deformadas por el dolor, con las espaldas inclinadas, apartando con las manos sin parar el sudor y las moscas de la frente. Ruth, que sabía lo pesada que podía ser una de esas cestas llena de objetos de cristal, no se habría cambiado por ninguna de ellas. De pronto, sentada en el pescante junto al fabricante de pizarrines, se sintió muy importante.

Ya en Sonneberg, se echó al hombro la cesta y se puso en marcha. Nadie se fijaba en ella, la ciudad estaba repleta de mujeres que entregaban mercancías. En general, en las estrechas calles reinaba un intenso trajín: sillas de posta, coches de punto, peatones, todos se esforzaban por avanzar más deprisa que los demás. Más de una vez recibió un brusco empujón que la hizo tambalearse. Temiendo por su frágil mercancía, decidió caminar muy pegada a los muros de las casas, mientras sus ojos recorrían incesantemente las calles. Un batiburrillo de palabras en lengua turingia, sajona y extranjeras la envolvía como una espesa niebla. Vio confirmados sus temores: ¡encontrar al mayorista americano sería un auténtico milagro! Ir a visitarlo a

su hotel era lo único sensato.

A pesar de que ansiaba tomar un vaso de limonada fresca o al menos de agua fría, fue derechita al estudio de fotografía, donde las fotos de Wanda esperaban a ser recogidas.

El fotógrafo no se mostró ni con mucho tan amable como la primera vez, y Ruth se preguntó si también habría oído hablar del supuesto robo de Johanna. Murmurando irritado entre dientes, rebuscó una eternidad en una caja buscando el sobre con las fotos. Ruth se mantenía a su lado con expresión huraña mientras veía descender sus posibilidades de obtener de ese hombre informaciones valiosas, pero al divisar las fotos de Wanda no pudo menos que manifestar en voz alta su entusiasmo. ¡Su hija parecía una auténtica princesa! Y ella misma era bastante atractiva.

Su entusiasmo pareció ablandar al fotógrafo.

—Supe en el acto que estas fotos serían algo muy especial. Todo *très, très chic* — comentó con indisimulado orgullo de artista.

»Vea esto: ¡qué iluminación! Y esto de aquí: ¡qué nitidez de los perfiles!

Ruth lo miró, radiante.

—Son las fotografías más bonitas que he visto en mi vida —afirmó sin faltar a la verdad.

Al fin y al cabo, él no tenía por qué saber que también eran las únicas. Depositó sobre el mostrador los honorarios acordados.

—Ha sido un placer, *madame*.

Ruth decidió lisonjearlo un poco.

—Es usted un verdadero artista. Los de Sonneberg pueden considerarse dichosos por tener un fotógrafo como usted. Seguro que estará desbordado por los encargos, ¿verdad?

La expresión del hombre se nubló.

—¡Pffff! Cabría esperar así.

—¿Cómo? —Ruth enarcó las cejas, inquisitiva, mientras jugueteaba con un bucle. El fotógrafo resopló.

—¡Muñecas, vidrio, juguetes de madera... eso es todo lo que importa en esta ciudad! La gente solo piensa en vender.

Ruth sintió una muda alegría.

—¿Y los extranjeros? Al parecer, ese americano del que todos esperan tan grandes negocios está en la ciudad desde ayer. Seguro que él sí que sabría apreciar una fotografía artística suya, ¿no le parece?

El hombre soltó otro resoplido.

—¡Qué va! —exclamó, acompañando sus palabras con un ademán desdeñoso—. Ese menos que nadie. Por lo visto, es un tipo muy tacaño.

La consternación de Ruth ante esta información no fue fingida.

—Pero..., yo pensaba... después de todo lo que uno oye de ese tal mister Woolworth...

—¡Ja! ¡En lo que se refiere a sus compras comerciales, puede que no escatime el dinero! —El hombre estaba visiblemente contento de haber encontrado en Ruth una oyente interesada en sus opiniones.

»Por eso los intermediarios bailan a su alrededor como si fuera el becerro de oro. Esta misma mañana, los dos americanos han pasado por delante de mi estudio: los intermediarios mariposeaban a su alrededor como palomillas ante una lámpara. “¡Pasen, señores! ¡Venga a verme! ¡No, por favor, entre primero en mi tienda!” —imitó a los comerciantes.

»Pero los demás comerciantes nos quedamos a dos velas. Por ejemplo, se aloja en el hotel más barato de la ciudad, y se dice que incluso pide siempre la comida más barata de la carta.

Ruth tragó saliva, Dios sabía que no se imaginaba así a ese hombre. Además no estaba solo.

—Yo nunca he visto a un americano —confesó ella—. ¿Qué aspecto tiene ese Woolworth?

—Ay, *chérie*... —El fotógrafo le palmeó la mano por encima del mostrador—. Pues el de un caballero de mediana edad: traje mal cortado, un poco de tripa, gafas, pelo malo.

Ruth no pudo ocultar más su desilusión.

—¿Y qué esperaba usted? —preguntó el hombre, divertido—. Sepa que personalidades de todo el mundo acuden a Sonneberg, también yo vine a parar aquí en su día, pero hace ya mucho tiempo que aprendí una cosa: sean de Hamburgo, de Roma o de Nueva York, al final todos son iguales.

Cuando Ruth abandonó el estudio de fotografía sabía que el hombre al que quería vender las bolas de Marie se alojaba en el Hotel del Sol. Y encima le habían dado un vaso de agua para calmar su sed.

Se mantuvo todo el día cerca del hotel, sin perder de vista la entrada, pero Woolworth no se dejó ver ni a la hora de la comida ni por la tarde. Le ardían los pies y la sed se le antojaba casi insoportable. La escasa sombra del abedul contra cuyo tronco había apoyado su cesto desapareció por completo con el correr de las horas y el calor se tornó cada vez más intenso. Ruth no pudo evitar pensar en Wanda y le entraron ganas de llorar. Las margaritas de su pelo ya no eran más que tristes y marchitas flores muertas. Se las fue arrancando una tras otra y las tiró. Ahora sus mechones, en lugar de caer formando suaves espirales, colgaban sudorosos y lisos de su moño. El sudor asomaba en manchas oscuras a través de la tela de su vestido y el pánico de Ruth aumentaba: ¿Cómo iba a causar una buena impresión hecha un guiñapo?

Finalmente, llevada por la desesperación y porque ya no soportaba las miradas curiosas y desconfiadas de los demás transeúntes, se atrevió a entrar en el hotel. El frescor de la recepción la golpeó tras el calor de fuera. Aunque sabía que era el hotel más sencillo de la localidad, se quedó sin embargo sorprendida por la sobriedad que la rodeaba: el mobiliario se componía exclusivamente del mostrador de recepción, ante el que una dama entrada en años parecía esperar a alguien, y un banco de madera. Ruth llevaba sentada justo cinco minutos cuando desde una puerta de detrás del mostrador vino hacia ella un hombre de aspecto poco amistoso.

—¿Desea usted algo?

Ruth se deslizó hacia delante.

—Estoy esperando a un huésped —contestó con tanto autodominio como pudo.

El hombre la examinó de los pies a la cabeza.

—¿Y la señora es también huésped de nuestro establecimiento?

—No, yo...

—En ese caso no puede usted esperar aquí. —Y agarrándola con grosería por la manga la obligó a levantarse—. ¡Aquí no nos gustan los vendedores ambulantes! —le siseó al oído.

Momentos después, Ruth se vio de nuevo en el exterior, sometida al calor agosteño. Dirigió una mirada furiosa al hombre. ¡Ceporro! ¡Dios sabe que no habría molestado a nadie si se hubiera quedado un ratito más sentada en el banco!

Después de su expulsión, ya no se atrevió a seguir rondando por delante del hotel. ¡Al final ese hombre llamaría a los gendarmes! Medio tirando, medio cargando con el

cesto, caminó unos pasos hasta la próxima esquina. Notó que se le hacía un nudo en la garganta y que los ojos se le llenaban de lágrimas. Se detuvo, los hombros cansados por el peso del cesto y su desilusión.

—¡Mentecata! —la voz masculina volvió a sobresaltar a Ruth—. ¡Cómo es posible ser tan estúpida! ¡He dicho las mantas! ¡Las mantas! ¡No los edredones!

Ruth soltó un suspiro de alivio. Aunque no podía ver a quién estaban poniendo de vuelta y media, desde luego no era a ella. Entonces se dio cuenta de que había llegado a la parte trasera del hotel. En un patio estrecho había media docena de cuerdas para tender la ropa de las que colgaban almohadas poco rellenas, cubiertas de numerosas manchas. En medio, casi tapada por la estatura del dueño del hotel, había una camarera.

El hombre se marchó al fin y la joven comenzó a descolgar las almohadas. Ruth la observaba por encima de la valla de tablas. Tenía los ojos pequeños, y un rasgo de dureza alrededor de la boca que no cuadraba mucho con sus mejillas enrojecidas. Ruth carraspeó.

—Tu jefe parece un hombre severo.

La estrecha cabeza se volvió de golpe.

—¿Y qué? ¿A ti qué te importa? —dijo la joven echando chispas.

—En realidad, nada —contestó Ruth con una sinceridad abrumadora—, solo que antes también yo he experimentado su dureza.

La otra la miró con desconfianza, pero no preguntó más. Sin quitar previamente las pinzas, tiró de las almohadas para descolgarlas.

A pesar de todo, Ruth le contó lo ocurrido.

—Estaba sentada en el banco más quieta que un ratoncito. Únicamente esperaba a alguien.

El recuerdo de sus inútiles esfuerzos hizo que las lágrimas volvieran a asomar a sus ojos. Rebuscó en su bolsa, sacó un pañuelo y se sonó la nariz.

—Llevas un collar muy bonito. —Por lo visto, la camarera se había decidido a hablar con ella.

—¿Te gusta? Lo ha hecho mi hermana. Tiene mucha habilidad para estas cosas. —Ruth percibió la avidez en los ojos de la otra.

—¡Tómalo! Vamos, pruébatelo. —Abrió de prisa el cierre y sostuvo el collar por encima de la valla.

—¿De veras?

Ruth alargó el brazo.

—¿Te lo habría ofrecido, si no? Apuesto a que te sentará de maravilla. —Agitó el collar.

La otra lo tomó al fin, con tanto cuidado como si sostuviera en su mano una corona imperial.

—Yo nunca he tenido ningún adorno, excepto un prendedor para el pelo. El poco dinero que me paga ese avaro jamás me permitirá comprarme nunca algo tan bonito

—las últimas palabras las escupió en toda regla.

El corazón de Ruth latió más deprisa.

—Si quieres, puedes quedarte con el collar. A cambio, solo tienes que hacerme un pequeño favor.

Poco tiempo después, el propietario del hotel se encaminaba al banco para ingresar las ganancias de la semana, y Ruth entró en el hotel por la puerta de servicio. Deslizándose veloces por un desgastado suelo de parqué, dos ágiles pares de pies ascendieron por una estrecha escalera, y tras un tintineo de llaves se abrió una puerta.

—Esto podría costarme el empleo, así que no dejes que te pillen —susurró la camarera mientras miraba por encima del hombro en dirección a la escalera.

Antes de que pudiera dar las gracias a la joven, la puerta se cerró desde fuera. Y Ruth se encontró en la habitación de Frank Winfield Woolworth.

Las horas siguientes fueron como mínimo tan torturadoras como todo el día bajo los rayos del sol. Cuanto más tiempo pasaba sola, más miedo le daba su propio valor.

Debían de ser alrededor de las ocho de la tarde cuando oyó voces en la entrada del hotel. El corazón de Ruth empezó a latir enloquecido. ¿Qué pasaría si él la tomaba por una ladrona? ¿Dónde debía situarse cuando entrase el hombre? ¿Junto a la ventana? ¿Justo detrás de la puerta? ¿Al lado de la mesa sobre la que había extendido un paño blanco y sobre este las bolas de Marie? Las voces se aproximaban, así que se apresuró hasta allí. Dios mío, haz que no me eche inmediatamente, imploraba en silencio.

—*Actually, I agree with you* —oyó decir a una honorable voz de hombre—, *but with all the expenses...* —Una llave giró en la cerradura.

Por favor, Dios mío, haz...

Se abrió la puerta. Entró un hombre, que se detuvo como petrificado, sorprendido y también visiblemente enfurecido.

—*What the heck are you doing in my room?*

Ruth no necesitó traducción para eso.

—Yo... vengo de Lauscha. Yo...

Dios mío, haz que entienda el alemán, envió Ruth, que casi nunca rezaba, una segunda jaculatoria al cielo. Desvalida, agitaba la mano en el aire y tragaba saliva con esfuerzo.

—Quisiera enseñarle una cosa. —Y señaló la mesa, esforzándose por esbozar una sonrisa—. Bolas de árbol de Navidad.

Woolworth la miraba sin comprender y con cara de pocos amigos.

Las manos de la joven aferraron el respaldo de la silla, como si de ese modo intentara impedir que la echasen de la habitación con cajas destempladas.

En ese instante entró en la habitación un segundo hombre.

Ruth le lanzó una mirada con el rabllo del ojo que le hizo perder la cabeza: ¡Nunca había visto a un hombre tan atractivo como el ayudante de Woolworth!

Los dos conversaron brevemente y luego se acercaron a la mesa.

Un segundo después el famoso mister Woolworth tenía en la mano una bola cubierta de cristales de hielo. A pesar de la oscuridad de la habitación, la bola capturó la escasa luz y la reflejó multiplicada. El hombre se volvió hacia su acompañante, y cruzaron unas palabras en inglés. Tomó una segunda bola, y luego una tercera. Cuando decía algo, sonaba como si se hubiera tragado una patata caliente.

Ruth no entendía una palabra, pero percibía el interés del hombre. La presión de sus manos en el respaldo de la silla se aflojó un poco. Precisamente en el momento en que se atrevió a lanzar una segunda mirada al atractivo asistente, este se volvió hacia ella. Sus miradas se encontraron por encima de los reflejos de las bolas.

—¿Cómo demonios ha entrado usted en esta habitación? —preguntó en perfecto alemán—. ¿Qué es lo que quiere?

Ruth notó cómo el rubor subía a sus mejillas.

—No quisiera responder a su primera pregunta, porque entonces alguien tendría problemas. —Levantó las manos en un gesto de disculpa e intentó esbozar una sonrisa.

»Pero tendré mucho gusto en decirle lo que quiero. Vengo de Lauscha para ofrecerles estas bolas de árbol de Navidad. —Ruth se apartó de un soplido un mechón de pelo de la cara.

El hombre frunció el ceño, pero pareció satisfecho con su respuesta. Él y Woolworth volvieron a intercambiar unas frases.

¡Gracias, Dios mío!

Woolworth hizo una pregunta a su asistente mientras señalaba a Ruth. Ella oyó algo parecido a «Looscha» y asintió con la cabeza.

El hombre alargaba incesantemente sus manos hacia nuevas bolas, mostraba una a su asistente, exponía otra a la decreciente luz del día.

Ruth no se atrevía a volver a mirar al segundo hombre. En cambio, aprovechó un momento para examinar a Woolworth con detenimiento. No, ella no compartía la opinión del fotógrafo, pues solo a primera vista parecía un caballero maduro normal y corriente. No eran sus ropas ni su peinado lo que le diferenciaba de otros hombres, sino su modo de moverse, lleno de tensión y agilidad. Y sus ojos, que jamás se detenían en algo más de un segundo, acaparaban toda la estancia. Ruth tenía la impresión de que a ese hombre no se le pasaba por alto ni lo más insignificante.

Comenzó a sentirse más incómoda todavía con su vestido sudado y su deteriorado peinado. Intentó ahuecarse un poco los cabellos pegajosos de sudor con disimulo. Contra su voluntad, su mirada se posó de nuevo en el acompañante de Woolworth, cuando este —con una nuez de cristal plateada en la mano— se volvió hacia ella. Frunciendo el ceño, le habló en inglés.

—Mister Woolworth quisiera saber por qué no la representa a usted un intermediario —tradujo el más joven—. Al fin y al cabo, no es habitual que los vendedores entren furtivamente en habitaciones de hotel. —Una sonrisa divertida afloró a su boca.

—En fin, la cosa es... —Ruth se mordió los labios. De pronto, todas las explicaciones que tenía preparadas desaparecieron de un soplo. No le quedaba más remedio que contar la verdad.

—Somos tres hermanas: Johanna, Marie y yo. Por cierto, me llamo Ruth —añadió—. Nuestros padres han muerto y tenemos que salir adelante solas. Por eso Marie, que es la pequeña —tuvo que tragar, porque de súbito tenía demasiada saliva en la boca—, ha soplado las bolas. Tiene mucho talento. Pero no es habitual que las jóvenes o las mujeres se sienten ante una mesa de soplador, que es el lugar de trabajo donde...

—Sé muy bien lo que es una mesa de soplador —la interrumpió sonriente el asistente de Woolworth.

Ruth notó cómo el rubor ascendía de nuevo a su rostro. ¿Se estaría burlando de ella?

—Una mujer nunca se había atrevido a soplar vidrio. En Lauscha, eso es cosa de hombres. ¡Y de Marie! —añadió, altanera—. Pero ningún intermediario quiere ofrecer nuestros objetos de vidrio. —Se encogió de hombros—. ¡El vidrio es cosa de hombres!

El asistente tradujo y Ruth contuvo el aliento. ¿Qué respondería Woolworth? Que le gustaban las bolas era evidente. Pero ¿abrigaría los mismos prejuicios contra una sopladora de vidrio que la mayoría de los hombres?

Unas fuertes risas la sobresaltaron, sacándola de sus temerosas reflexiones.

—*This girl has chuzpe!*^[1] —exclamó Woolworth palmeando el hombro de Ruth, pasmada de asombro—. *This is something I would have done as a young man, too!*

Ruth se volvió hacia el hombre más joven en demanda de ayuda.

—Mister Woolworth dice que la idea de que las bolas de cristal hayan sido creadas por una mano femenina le complace sobremanera —tradujo, sonriendo—. Y además le gusta que usted se arriesgue.

—¿De veras? —Ruth tenía los ojos como platos—. ¿No... no me estarán tomando el pelo?

Los dos hombres rieron.

Ruth estaba allí plantada, sintiéndose muy tonta. Mientras los hombres hablaban, comenzó a recoger las bolas. ¿Y ahora qué?

El asistente fue hacia ella. Cuando sonreía, los hoyuelos que tenía junto a la boca se acentuaban, apreció Ruth.

—Mister Woolworth está muy interesado en estas bolas, pero como estará toda la noche ocupado con otros asuntos comerciales, propone que nosotros dos nos sentemos a discutir detalles como precios y condiciones de entrega.

La mirada de la joven iba de uno a otro, y se detuvo finalmente en Woolworth. Respiró hondo y después le ofreció la mano.

El hombre la miró como si no supiera bien cómo interpretar ese gesto. Pero después tomó su mano.

Y Ruth se oyó decir:

—Por los buenos negocios —como si tales negociaciones fueran su pan nuestro de cada día.

Woolworth contestó algo en inglés.

A ella le costó disimular una sonrisa. Cuando se enterasen las otras en casa...

—¿Me permite que la acompañe abajo? —El asistente le tocó suavemente el brazo mientras señalaba la puerta con la otra mano.

Ruth le dirigió una sonrisa radiante. ¡Johanna nunca había contado que las negociaciones comerciales pudieran ser tan excitantes!

Después de haber dejado el cesto en el mostrador de recepción para su custodia —al dueño del hotel se le pusieron los ojos como canicas de vidrio al verla en compañía del asistente de Woolworth—, entraron en el comedor del hotel.

Ruth se sentó con la cabeza muy erguida en la silla que le acercó Steven Miles. Una cena con un hombre así, ¿quién se habría atrevido a soñarlo? Para entonces le importaba poco su atavío algo estropeado, pero en cambio disfrutó muchísimo con las miradas de curiosidad del resto de los comensales.

—Creo que todavía no nos hemos presentado como es debido —dijo su acompañante apenas se sentaron—. Soy Steven Miles. —Y le tendió la mano por encima de la mesa. Su apretón de manos fue cálido y firme.

—Yo me llamo Ruth... Heimer. ¿A qué se debe que hable usted tan bien alemán, señor Miles?

Él rio y se apartó de la frente un corto mechón de pelo negro.

—Usted también habla muy bien alemán. No, ahora en serio, mis padres son alemanes. Emigraron a América poco antes de que yo naciera.

—Entonces es usted americano.

—¡Entero y verdadero! ¡Y de corazón!

Un camarero se acercó a su mesa. De la cinturilla de su pantalón colgaba un sucio paño de cocina, las uñas de sus dedos tenían los bordes negros.

—¿Qué desean tomar los señores? —Presentó la carta a Steven, a Ruth se limitó a lanzarle una mirada de desdén.

—Traiga primero dos copas de *sherry*. Porque tomará una copa de *sherry*, ¿verdad? —le preguntó a ella.

Ruth, que ignoraba lo que era esa bebida, contestó con una sonrisa de disculpa.

—Preferiría una limonada.

Sin pestañear, Steven le pidió una limonada.

—Qué tipo tan antipático —murmuró apenas se alejó de su mesa el camarero—. ¡Y menudo día! ¡Tan lleno de sorpresas! —añadió.

Su voz, momentos antes fría y distante cuando hablaba con el camarero, volvía a ser amable. Sonrió a Ruth como un chiquillo.

—Me parecía imposible que este comedor llegara a gustarme.

Ella confió en que esas palabras fueran una especie de cumplido. Le sonrió.

—Por aquí solemos decir: hay que contar siempre con algo satisfactorio, porque

las malas noticias vienen solas.

—Unas palabras sabias dichas por una boca bonita. —Su mirada se detuvo un instante en los labios de Ruth, después levantó la vista—. Y ya que hemos mencionado las malas sorpresas, aquí, por desgracia, la cocina deja mucho que desear. Si me lo permite, elegiré por los dos.

Ella asintió. Desde que habían entrado en el comedor tenía la impresión de que lo veía todo a través de una lupa: la sala de ventanas altas y estrechas que necesitaban una limpieza urgente, los otros comensales, en número de cinco, que ocupaban las mesas situadas junto a la pared.

Y Steven Miles. Sobre todo Steven Miles.

Era de estatura media, ni muy alto ni muy flaco, como algunos chicos del pueblo, que pareciera nunca disponían de suficiente comida. Tenía el cabello rebelde, que sin fijador seguramente se dispersaría en todas direcciones. Al igual que Woolworth, llevaba bigote, aunque menos ancho y espeso, pues apenas cubría el firme labio superior.

Tenía ojos oscuros e inteligentes que —pese a estar algo juntos— irradiaban una sinceridad que rara vez se veía en los hombres.

—Sus ojos me recuerdan un poco a los de nuestro vecino —se oyó decir Ruth para su propio sobresalto.

Steven Miles apartó la carta y la miró interrogante.

—Como no conozco a su vecino, no puedo juzgar si eso es bueno o malo.

Ella se echó a reír.

—No se preocupe usted, Peter Maienbaum es un tipo realmente amable. Es soplador de vidrio y está enamorado de mi hermana Johanna. —Mientras hablaba, intentaba determinar con más exactitud la causa de la agradable sensación en su tripa. ¿Cómo podía sentirse tan a gusto en compañía de un extraño?

El camarero trajo las bebidas y Steven pidió dos raciones de *gulasch* con albóndigas de patata.

Ruth, que llevaba todo el día sin comer, no estaba segura de si lograría tragar bocado.

Steven Miles propuso resolver los asuntos comerciales antes de comer.

—Como en este caso no existe ningún intermediario, lo mejor será que redactemos un contrato —en alemán, por supuesto— similar al formulario que utilizan los intermediarios, pero que además recoja que usted es el fabricante. —Colocó su cartera en el regazo y sacó un taco de papel y útiles de escritura.

Ruth asintió con gesto decidido. Entonces todo estaría en regla, ciertamente. ¿Qué otro remedio le quedaba sino confiar en ese hombre completamente desconocido?

—¿A quién ponemos como fabricante? ¿El nombre de Marie o ustedes tres? Es decir, ¿Johanna, Marie y Ruth Heimer? —preguntó levantando el portaplumas.

Ruth tragó saliva. ¿Y ahora, qué?

—El caso es que mis hermanas se apellidan Steinmann. Heimer solo soy yo.

Él frunció el ceño, pero fue demasiado cortés para preguntar.

—Steinmann es mi apellido de soltera. Estoy casada —susurró con voz ronca.

Se le pusieron las manos húmedas y pegajosas. ¡Estaba loca! ¿Cómo había podido creer que iba a obtener algo de manera razonable?

—¿Casada? ¿Y su marido? ¿Qué dice sobre su visita furtiva a hombres desconocidos en habitaciones de hotel?

Lo que debía sonar divertido, a Ruth le sonó a enfado.

—Mi marido no sabe lo que estoy haciendo. Me he separado de él. Vivo de nuevo en casa de mis hermanas. Con mi hija. Se llama Wanda. No tiene más que ocho meses. Yo...

Dios mío, ¿y ahora qué?

Antes de que Ruth supiera cómo, los ojos se le llenaron de lágrimas.

Steven, confuso, se pasaba la mano por el pelo, que se le dispersó en todas direcciones. Hizo un gesto al camarero, que se acercaba a la mesa con dos platos, indicándole que se alejase.

—Por favor, no llore. Nosotros lo arreglaremos. No se preocupe usted, yo me encargaré de todo. Pero, primero, tranquilícese. ¡Ruth, estimada Ruth! —Y le ofreció su pañuelo de seda.

Ella lo tomó con manos temblorosas. Olía a tabaco y a él.

—Eso está mejor. Las negociaciones de un contrato son un asunto emocionante, cierto, pero la emoción suele comenzar cuando se discuten las condiciones y no a las primeras de cambio. ¡Pero, después, también he visto a hombres a punto de sollozar! —E intentó relajar la situación con una sonrisa.

A Ruth le habría gustado que se la tragara la tierra. Estaba sentada en el restaurante de un hotel con el asistente de Woolworth y no se le ocurría otra cosa que hacer el ridículo. El pensamiento era tan espantoso que se le saltaron de nuevo las lágrimas. Reparar además en la mirada desvalida de Steven fue su perdición. Con voz ahogada por el llanto, balbuceó:

—Disculpe un momento.

Y echando su silla hacia atrás corrió medio a ciegas por la sala.

Como no sabía adónde ir, se quedó parada delante del comedor. Lloró un poco más, y agradeció que en ese momento no pasara por allí el camarero mugriento ni otros comensales. Después de haberse pasado varias veces por la cara una punta de la falda, volvió a entrar y se sentó frente a Steven Miles con rostro inexpresivo.

—Le pido mil disculpas por mi explosión emocional —rio con amargura—. Qué mujer tan tonta, seguro que pensará usted ahora. ¡Y no le faltará razón!

Ruth Heimer por los suelos. Pasó el índice por el borde del cubierto que el camarero había colocado durante su ausencia.

—Es que han sucedido tantas cosas en los últimos tiempos que a veces no

reconozco mi propia vida. —Cuando levantó su mirada hacia él, sus ojos revelaban pánico.

»Todo está patas arriba, nada es ya como fue o como debiera ser...

—¿Por qué sencillamente no me lo cuenta? —preguntó Steven en voz baja.

Si antes de ese día alguien le hubiera dicho a Ruth que un día le relataría toda su vida a un hombre completamente desconocido, habría pensado que esa persona estaba loca. Pero eso fue exactamente lo que hizo: comenzó por la muerte de Joost, habló del trabajo en el taller de Heimer, de Griselda, Eva y los demás. De su primer escaso salario.

Steven Miles se limitó a escuchar casi todo el tiempo. Solo ocasionalmente —si ella se atascaba— preguntaba. Ruth se oyó confesar su sueño de juventud: encontrar un príncipe azul. Pasó por encima de la búsqueda de esposa de Thomas, en cambio refirió con más detalle la celebración de su boda el año anterior. ¡El adorno de las mesas, los numerosos invitados, el ambiente de alegría! Contar dolía. La inocencia perdida se abría ante ella en su descripción como el inicio de un abismo por el que podía precipitarse al instante siguiente. Sin embargo, una mirada al rostro concentrado de Steven la libró de la caída. ¡Desembarazarse al fin de todo eso era como una liberación! Le habló de la transformación de Thomas después de que el hijo deseado resultara una hija no deseada. Se oyó relatar incluso las palizas. Habló de los cardenales con indiferencia, como si estuviera describiendo la tela de una cortina. De los mechones de pelo arrancados. De los brazos retorcidos hacia atrás, cuyos codos le dolían incluso días después. Por último habló también de la noche en que Thomas había agredido a Wanda.

Miles alargó la mano por encima de la mesa y le acarició la cabeza como se hace cuando los niños están tristes.

Ruth tuvo que luchar contra el impulso de tomarle la mano y sujetarla. Lo miró.

—Yo..., perdone que le haya contado todo esto. No soy así, se lo aseguro. Ni siquiera mis hermanas saben que Thomas me pegaba.

—Pero ¿por qué soportó sola su desdicha? —Steven volvió a reclinarse hacia atrás y meneó la cabeza sin comprender—. ¿Quería usted proteger a su marido con su silencio?

Ella se encogió de hombros.

—¡Qué terrible vergüenza sentía! ¡Que tu propio marido te pegue, no es algo que vayas contando por ahí, la verdad! Por otra parte, es un hecho que se da en muchos hogares. Y además Johanna y Marie no pueden estar pendientes exclusivamente de mí, bastante tienen las dos con lo suyo. Sobre todo Johanna. El intermediario con el que trabajaba hasta hace poco le ha jugado una muy mala pasada. —Lo miró, parpadeando—. Pero eso es otra historia. Muy triste y malvada, dicho sea de paso. Pero ni siquiera mi locuacidad es suficiente para contársela.

Él sonrió irónico.

—Pues hoy es la segunda vez que me niega usted información.

—Es una cuestión de confianza —se limitó a contestar Ruth—. En mi lugar, opino que usted se comportaría igual, usted tampoco abusaría de la confianza que le han dispensado. —Mientras hablaba, cayó en la cuenta de que también habría podido formular una pregunta.

Steven asintió en silencio. Sus ojos se posaban en su rostro, su mirada era suave como la brisa estival.

—¿Qué sucede? ¿Por qué me mira usted así? —preguntó, ligeramente inquieta.

Él no contestó enseguida. Al momento siguiente llegó el camarero y sirvió el *gulasch* con desgana, por el borde de ambos platos goteó salsa marrón sobre el mantel raído. En el centro de la mesa depositó una fuente en la que seis albóndigas de patata nadaban en un agua de cocción turbia y lechosa.

Las miradas de Ruth y Steven se encontraron por encima de la comida. Ninguno de los dos pudo contener la risa.

—Me parece que ha debido asistir usted a veladas más entretenidas —matizó ella, esbozando un gesto de disculpa.

—No se engañe —contestó Steven pinchando una de las albóndigas con su tenedor—. Que aproveche. Por cierto, ¿sabe que las albóndigas de patata de Turingia son famosas en el mundo entero?

No lo sabía, pero le pareció muy amable por su parte haberlo mencionado.

A pesar de que la comida era completamente insulsa, Ruth constató al primer bocado lo hambrienta que se sentía. Antes de darse cuenta, se había zampado la primera albóndiga. Estaba intentando pescar la segunda cuando la mirada de Steven se posó en ella.

—¡Por fin una mujer que no come como un pajarito! —declaró en tono elogioso—. Entre nosotros, en Nueva York, la comida por desgracia está pasada de moda entre los miembros femeninos de la sociedad. —Meneó la cabeza.

En lugar de alegrarse por sus palabras, Ruth clavó los ojos en su plato.

—Soy una auténtica pueblerina, ¿verdad?

—En absoluto. —Él se inclinó hacia delante—. Y tampoco tiene por qué avergonzarse de sus lágrimas. Si le soy sincero, hasta la envidio un poco por ser capaz de expresar sus sentimientos. Por el contrario, de nosotros, los hombres de negocios, se espera que tengamos el carisma de un pez. —Su sonrisa temeraria reapareció—. Simplemente no recuerdo haber estado nunca en tan grata compañía. —Sus ojos eran oscuros y cálidos como dos trozos de carbón.

Ruth sintió que sus mejillas enrojecían bajo su mirada. La verdad es que a ella no le parecía un pez, ni mucho menos.

—Eso lo dice únicamente para que me sienta mejor. ¿Cómo podría estar yo a la altura de las damas de Nueva York?

—¿Y por qué querría estarlo? No lo necesita en absoluto, es usted una mujer extraordinaria.

Ella rio.

—Eso habría tenido que decírselo a mi marido. «Ruth y sus cagadas» —lo imitó, antes de caer en la cuenta que una mujer de mundo no empleaba tales expresiones.

Steven se echó a reír a carcajadas.

—Si me lo permite, mañana le traduciré esa expresión a Frank, ¡le encantan esas frases tan gráficas!

—Pero solo si no menciona mi nombre —contestó Ruth entre risas.

Tensa como un resorte momentos antes, ahora volvía a sentirse animada y feliz. No sabía a qué se debía esa mezcolanza de sentimientos; ¿quizá a que debido a su extraña conducta el encargo todavía no se había trasladado al papel? ¿O era por Steven Miles, cuya mirada se enredaba cada vez más en la suya?

Después de cenar, Steven volvió a sacar sus carpetas. Acordaron que su nombre

como fabricantes sería «Familia Steinmann»; después continuaron punto por punto. Cuando él mencionó la cuantía del pedido, Ruth sintió un súbito vértigo.

—¿De veras quiere usted trescientas piezas de cada bola de muestra?

Él asintió.

—¿Pueden suministrar esa cantidad? ¿O la considera un problema?

—¡No! —contestó ella.

No podía decir si era un problema mientras su cabeza estuviera ocupada sumando todas las bolas.

—Así que con estas veinte bolas de muestra estamos hablando de un encargo de más de... ¿seis mil bolas?

Steven asintió ausente; su portaplumas se deslizaba hacia abajo por una columna.

—Por regla general, acordamos con los intermediarios el envío hasta el puerto de Hamburgo. Pero en su caso propongo que nosotros nos encarguemos del transporte de Sonneberg a Hamburgo, lo que lógicamente influirá en el precio.

Ruth se mordió el labio.

—Por supuesto, es natural.

Ella ni siquiera sabía cómo iban a llevar seis mil bolas de Lauscha a Sonneberg. ¡Así que ni por asomo se encargaría además del transporte posterior! Johanna se quedaría asombrada cuando viera todo lo que había tenido en cuenta su hermana Ruth.

—La fecha de entrega será el treinta de septiembre. Ese día tendrán que estar en Sonneberg las bolas embaladas y listas para su posterior transporte. Si no fuera así, el suministro carecería de interés para las ventas navideñas. —Ahora, a juzgar por su mirada exclusivamente comercial, parecía que no hubieran cruzado ni una palabra sobre su vida privada—. ¿Lo comprende con claridad, verdad?

Ruth asintió aturdida. ¡Seis semanas! ¿Lo conseguirían? ¿Cuántas noches eran seis semanas? ¿Cuántas bolas tendría que soplar por noche Marie? Mientras su cabeza echaba humo, Steven prosiguió:

—La última fecha posible de embarque desde Hamburgo a Nueva York es el dos de octubre. La travesía y el transporte posterior en América abarcan seis semanas, lo cual significa que los adornos para el árbol de Navidad llegarán a las tiendas a mediados de noviembre.

Ruth suspiró.

—Navidad en Nueva York, y en medio, las bolas de Marie. No consigo imaginármelo bien.

Nueva York..., el simple nombre sonaba excitante. Había mil cosas que deseaba preguntarle. Sobre Nueva York, sobre su patrón, sobre su familia.

Pero Steven no permitió distracciones.

—Pues debe conseguir imaginárselo, si hay algo que le desagrade a mister Woolworth son los incumplimientos de contrato. Por eso permítame que le haga una última e insistente pregunta: ¿conseguiréis cumplir con este contrato, Ruth?

¿Acababa de tutearla Steven, aunque hubiera sido de forma indirecta? Ruth tuvo que hacer un esfuerzo para concentrarse en su pregunta. Su mirada era firme cuando por fin contestó:

—¡Pues claro que lo conseguiremos! El treinta de septiembre nuestras bolas estarán en Sonneberg listas para el transporte. ¡Aunque yo misma tenga que sentarme ante la mesa de soplador!

Él sonrió.

—¿Suena presuntuoso si le digo que no esperaba otra cosa de usted?

Ruth tuvo la sensación de que bajo su mirada florecía igual que una flor regada después de mucho tiempo.

—Si a pesar de todo surgieran dificultades, siempre puede intentar localizarme en nuestra oficina de Hamburgo.

—¿En Hamburgo? Yo pensaba que usted venía de Nueva York.

¿A qué distancia está en realidad Hamburgo?, se preguntó Ruth. Desde luego no tan lejos como Nueva York.

—Mister Woolworth quiere asegurarse de que su mercancía navideña no se pierde en algún rincón del puerto de Hamburgo, sino que llega a bordo del barco correcto. Por eso me quedaré en Europa hasta que se haya completado el embarque —le explicó Steven, complaciente.

Aclararon fácilmente el resto de las preguntas hasta que llegaron al punto que previamente había ocasionado a Ruth los mayores quebraderos de cabeza: la cuestión del pago.

—Antes de concretar, quisiera hacerle la siguiente oferta —abrió Steven esta ronda—. Le pagaremos la misma cantidad que pagamos por bolas parecidas a uno de los intermediarios de Sonneberg. Descontando, digamos que un diez por ciento por el envío a Hamburgo, que se hará por cuenta nuestra. —La miró interrogante.

Ruth estaba a punto de asentir sin más. Lo que él decía era convincente. Pero entonces recordó que el intermediario al que se refería Steven tenía que ser Friedhelm Strobel. Y este vendía las bolas de Karl Flein, el Suizo. Eso contó en cierta ocasión Johanna, ¿no? Steven ya había apoyado el portaplumas en la línea correspondiente cuando Ruth le dio un suave golpecito en el brazo por encima de la mesa.

Él miró atónito la expresión de desdicha de la mujer.

—¡Pero si todavía no he mencionado un precio contra el que pueda usted protestar!

Ruth acertó a esbozar una sonrisa.

—Yo tampoco quisiera protestar, y menos aún mostrarme insolente. ¡Por Dios, por nada del mundo quisiera poner el negocio en peligro hablando a tontas y a locas! Es que... —Tímidamente, se apartó unos mechones de la cara. Una margarita olvidada cayó sobre la mesa.

—¿De qué se trata? —preguntó Steven, burlón, enarcando las cejas.

Ruth daba vueltas de un lado a otro a la flor mustia entre el pulgar y el índice.

¡Bah, qué más daba! Miró a Steven.

—Las bolas de Marie son mucho más bonitas que todas las demás que ustedes compran. Las de Marie están pintadas, contienen auténticos paisajes invernales. Y algunas están azogadas por dentro. Es una tarea muy trabajosa, se lo aseguro. Para algunas bolas ha confeccionado incluso el molde; para las nueces, por ejemplo. Y para las piñas de abeto. Y...

Steven levantó las manos como parando un golpe.

—¡Basta! Me ha convencido usted. Las bolas de Marie son en efecto más laboriosas de fabricar.

Al final también se pusieron de acuerdo en el precio. Woolworth les pagaría 1,20 marcos por cada docena de bolas, lo que supondría nada menos que seiscientos marcos por las seis mil. ¡Seiscientos marcos! Para ganarlos, Johanna, Marie y ella tendrían que pasarse un año entero matándose a trabajar para Heimer, se dijo Ruth, regocijada. Es verdad que con ese dinero tendrían que pagar los materiales y el gas, pero al final seguro que les quedaba un buen pellizco.

El comedor se había vaciado hacía mucho tiempo, y el camarero rondaba tan llamativamente alrededor de su mesa que Steven sacó su reloj de oro del bolsillo.

—¡Cielo santo, si son más de las diez! ¡En su compañía, me he olvidado del tiempo! —la miró, preocupado—. He sido muy desconsiderado por retenerla aquí tanto tiempo. ¿Hay algún tren para Lauscha a estas horas?

Ruth rio.

—¿Ha olvidado usted, señor Miles, que estamos en el campo? —Ese nombre no le gustaba, habría preferido mucho más llamarlo Steven—. El último tren salió hace mucho. A estas horas de la noche únicamente se puede viajar a pie.

—No puedo permitir de ningún modo que emprenda semejante caminata en la oscuridad. Por ello, le procuraremos una habitación en el hotel. —Hizo una seña llamando al camarero—. Si usted está de acuerdo, claro.

Antes de que Ruth pudiera responder, Steven se había encargado de todo. Ojalá Wanda esté bien, le pasó por la mente. Pero hacía mucho que se regodeaba pensando que iba a pernoctar en un hotel por primera vez en su vida.

Pocos minutos después sostenía en la mano una bola de madera que llevaba sujetas dos llaves. Steven le explicó que una era la de su habitación y la otra la de la entrada del hotel.

Ella rio bajito.

—¡Cuando pienso que hoy a mediodía me colé por la entrada de servicio! ¡Todavía no acabo de creerme que el señor Woolworth no me echara de la habitación con cajas destempladas!

—En cambio, a cada segundo aumenta la probabilidad de que nos echen a nosotros. —Steven señaló con el mentón al camarero, que apagaba una lámpara de pared tras otra mientras les dirigía miradas muy expresivas.

—¡Qué lástima! —se oyó decir Ruth—. Me habría gustado mucho charlar un rato

más con usted. Dado que usted lo sabe todo sobre mí y yo aún no sé nada de usted.
—Calló, abochornada. Pero ¿qué mosca le había picado?

Steven Miles pareció vacilar. Miró primero a la joven, luego al camarero y de nuevo a la joven.

—Primero abandonemos la guarida del león antes de que nos devore. —Y le ofreció la mano.

Era la primera vez que un hombre la ayudaba a levantarse; se sintió mimada de verdad. Se incorporó con presteza.

Después de haber recuperado su cesto, que estaba detrás del mostrador de recepción, se encontraron cara a cara en la escalera que conducía a las habitaciones. Se produjo una situación embarazosa.

—Yo... —comenzó a decir vacilante Ruth.

—Me gustaría... —empezó a decir Steven en el mismo instante.

Ambos rieron y el momento embarazoso pasó.

—No sé cómo decirlo sin que usted... tenga una impresión equivocada. —Steven se pasó el índice y el pulgar por el bigote.

—¿Sí? —demandó ella con un graznido. De pronto sus rodillas volvían a temblar y sabía que no se debía al esfuerzo de ese día.

—Bah, olvide lo que acabo de decirle —oyó decir a Steven, para decepción suya. Él denegó con un gesto.

»Iba a preguntarle si podíamos prolongar un rato nuestra conversación en su cuarto o en el mío, pero Dios sabe que esa proposición es impropia para una dama, aunque se haga con una intención completamente honesta. Disculpe que se me haya siquiera pasado por la mente.

Y, antes de que Ruth pudiera contestarle, se echó su cesto al hombro.

—¡Pero al menos podré acompañarla a su habitación!

Mientras subían por la estrecha escalera, Ruth no sabía si se sentía decepcionada o feliz.

Llegaron a la habitación demasiado deprisa, sin que a ella se le hubiera ocurrido el modo de prolongar la reunión con Steven. Con una sonrisa afligida, habló con él por última vez.

—Muchas gracias por todo. Y por favor, exprese de nuevo a mister Woolworth mi más profunda gratitud. ¡Él no se imagina lo que supone su pedido para mis hermanas y para mí!

—Así lo haré —le aseguró Steven—. Gracias, ha sido una velada maravillosa.

Su aliento se enredó en el cabello de Ruth.

La joven tragó saliva.

—Al final, no he sabido nada más de usted, salvo su nombre y para quién trabaja —musitó.

Durante un momento excitante creyó que iba a besarla. Pero Steven se limitó a acariciar su cabello, con tanta suavidad como si tuviera en la mano un polluelo recién

nacido.

—Eso cambiará. Y quizá antes de lo que usted piensa. —No apartaba los ojos de los suyos—. No se libraré usted de mí tan fácilmente. Se lo prometo.

Para su sorpresa, la habitación estaba fresca, lo que se debía seguramente a que durante el día apenas entraba el sol por la diminuta ventana. Ruth se sentó en el lecho, agobiada. Su mirada cayó sobre la almohada de plumas que a mediodía colgaba en el patio. Mientras la blancura de la tela comenzaba a difuminarse ante sus ojos, un pensamiento la rondaba como una mosca tenaz.

He encontrado a mi príncipe azul.

Es americano.

Steven, la alegría por el pedido, la añoranza de Wanda y el olor desconocido del cuarto provocaban en Ruth un sueño inquieto. Una y otra vez se despertaba acometida por numerosos pensamientos confusos, preguntas para las que no tenía respuesta, sentimientos que le daban miedo.

Por eso se alegró cuando por fin amaneció. Abrió una rendija la puerta y aguzó el oído hacia el pasillo. Fuera todo estaba en silencio; salvo ella, nadie parecía haberse despertado.

Después de lavarse se situó frente al espejo ubicado sobre la jofaina y comenzó a deshacerse las trenzas. ¡Qué bien que hubiera pensado en el peine y el cepillo! La rutina habitual de cepillarse el cabello la reconfortaba, y agarró con mano firme un mechón tras otro hasta que su pelo se derramó en un torrente brillante hasta sus caderas. Se hizo una trenza más floja y se la recogió en forma de ocho. Se vistió. A continuación giró ante el espejo de un lado a otro para examinar el resultado y quedó satisfecha con lo que contempló. Su vestido, que había colgado junto a la ventana abierta para que se airease, volvía a estar liso y fresco y también olía así.

Cuando estuvo lista para salir, comenzaron a tocar en algún lugar cercano las campanas de una iglesia. Una, dos, tres, cuatro, cinco, contó Ruth. ¿Solo eran las cinco de la mañana? Escuchó concentrada el segundo repique, pero tampoco en esta ocasión pasó de los cinco tañidos.

Frunció el ceño. Si bajaba ahora, seguro que no se encontraría con Steven.

Se sentó en la cama y aguardó a que pasara el tiempo.

A las siete, tomó su cesto y su bolso y abandonó la habitación.

¡Por favor, Dios mío, haz que vuelva a verlo otra vez!

También en esta ocasión fue escuchada su plegaria. Un instante después lo vio parado abajo, junto a la escalera. Ruth se asustó por el vuelco que le dio el corazón.

Woolworth estaba a su lado, juntos se inclinaban sobre un montón de papeles. Steven estaba tan enfrascado en los documentos que ni siquiera pareció escuchar los «buenos días» que le deseó el hotelero.

Ruth se arrodilló con todo detenimiento y deshizo el lazo de su zapato para volver a atárselo con acusada lentitud. A lo mejor, si esperaba un poco, Woolworth se adelantaría para ir al comedor y...

Entonces Steven levantó la vista.

Ruth se apresuró a erguirse. Le sonrió con inseguridad. ¿Qué pasaría si él ya no

tenía tiempo para cruzar unas palabras?

Pero al momento siguiente subió por la escalera hacia ella.

—¡Ruth, cómo me alegro de que todavía esté aquí! Qué feliz casualidad encontrarla. ¡Ya temía haber llegado tarde para verla! El portero no ha sabido informarme y usted tampoco ha estado durante el desayuno... —hablaba a borbotones.

—¿Ya han desayunado ustedes? —preguntó Ruth.

—Por supuesto. Mister Woolworth es un *early bird*, es decir, un pájaro madrugador, como decimos los americanos.

—En ese caso...

Steven carraspeó.

—No sé cómo decirlo, acaso no le parezca bien. —Se pasó la mano por el pelo, tras lo que se le levantó una onda.

Ruth tuvo que contener la risa.

—¿Sí?

—El caso es que mister Woolworth tiene esta mañana unas citas que no requieren imperiosamente mi presencia. Por eso ha sido tan amable de concederme medio día libre. Y he pensado que, si usted lo desea, la acompañaré a casa. Al fin y al cabo, la noche pasada se quedó aquí varada por mi culpa.

En lugar de dirigirse a la estación, Ruth eligió la carretera que llevaba primero a Steinach y luego a Lauscha. Steven la seguía con paso tranquilo, como si no hubiera línea de ferrocarril entre Sonneberg y Lauscha.

¡Cuatro horas! Y si caminaban algo más despacio quizá incluso cuatro y media, se alegraba Ruth mientras dejaban atrás las últimas casas de Sonneberg. ¡Ni en sus sueños más audaces se habría atrevido a pensar en que Steven la acompañaría! Tuvo que resistir al impulso de pellizcarse el brazo. Desde que había salido de Lauscha, la suerte parecía sonreírle.

El cielo se veía ese día como recién lavado; ni una sola nubecilla, ni siquiera un velo blanco a lo lejos, junto al horizonte. A izquierda y derecha del camino, en las pendientes, se alzaban los bosques de abetos, casi negros ante esa claridad. En las copas trinaban los pájaros. El cucú cucú de un cuco llegaba hasta ellos, incansable y nostálgico, desde las altas copas de los árboles.

El tomillo silvestre perfumaba el aire. Más tarde, cuando este se calentase más y el sol alcanzase el lindero del bosque, llegaría el aroma de las rosas silvestres, embriagador y sensual.

Incluso el rumor del Steinach sonaba amortiguado ese día, sus aguas parecían acariciar el lecho pedregoso más que pulimentarlo, y donde en otras ocasiones espumeaba lanzando al aire refrescantes gotitas de agua, ese día solamente se escuchaba un suave gorgoteo.

No había duda, sería un día caluroso.

Ruth se retiró un mechón de la frente. Pero aunque hubiera tenido que andar sobre carbones al rojo, le habría dado igual.

No hablaron mucho, al menos al principio, a pesar de que Ruth buscaba con frenesí un tema de conversación. Pero no se le ocurría ninguno. ¿Por qué no decía nada él? ¿Le parecía muy empinado el camino? ¿O no habría debido permitir ella que le llevase el cesto? Al fin y al cabo, él no estaba acostumbrado a ese mamotreto y, por la forma en que se había echado las dos correas al hombro, la carga no debía ser fácil de transportar. Le lanzó una mirada con el rabillo del ojo y luego se echó a reír, liberada.

—¿Qué le sucede, Steven? ¡Parece un gato capaz de acercarse sin ser visto al pote de nata!

—¡Y así es como me siento! —respondió—. ¿Qué puede haber más hermoso que caminar a su lado en un día semejante por este paisaje grandioso? —Sonreía como un chiquillo—. ¡Si soy sincero, me gustaría abrazar al mundo entero! No me diga que a usted no le sucede lo mismo.

—Si abraza usted al mundo, ¿qué quedará entonces para mí? —preguntó Ruth con picardía.

Él se detuvo.

—Quizá... ¿Me permite tomar su mano? —preguntó, vacilante. Y al comprobar que ella no reaccionaba añadió—: El camino es muy pedregoso. Al final, acabará tropezando.

—Es usted muy amable. —Y con mano temblorosa aferró la de él.

Era como si sus manos hubieran sido creadas la una para la otra. Como el vidrio que Marie soplaba en uno de sus moldes, su mano descansaba encajada en la de él. El pulgar de Steven no cesaba de acariciar involuntariamente el dorso de su mano, con ternura y calor.

Durante un rato charlaron de todo y de nada. Steven quiso saber qué tal había dormido en el hotel desconocido, si la pequeña aldea que veían tenía nombre, y cómo se llamaban las estrellas blancas que florecían, tan exuberantes, en el lindero del bosque.

—¡Son simples margaritas! —Ruth se echó a reír—. Antes, de pequeñas, Marie y yo cortábamos a veces un brazado. Nos sentábamos en el banco de detrás de casa y hacíamos diademas para el pelo. —Lo miró—. Luego bailábamos. Éramos muy felices entonces, tan felices como solo pueden serlo los niños. Dentro de un par de años haré diademas como aquellas para Wanda.

Steven volvió a detenerse.

—¿Por qué late tanta tristeza en sus palabras?

Ruth también se detuvo.

—¿Es así?

Sus miradas se engancharon como bardanas.

—¡Me gustaría que fueras feliz, Ruth! —su voz era ronca.

¿Es posible que ame a este hombre? La pregunta la pilló completamente desprevenida.

—¿Por qué? —musitó—. Si no me conoces.

—¡Porque los americanos somos unos optimistas incorregibles! —Steven exhibió una sonrisa audaz. En un gesto de ánimo, levantó un poco la barbilla de Ruth—. Y porque no hay nada que embellezca más a una mujer que una sonrisa.

El momento pasó, pero el tuteo se mantuvo.

Continuaron su camino de la mano. Cuando aparecieron ante su vista las primeras casas de Steinach, Steven creyó que se encontraba en Lauscha. Riendo, Ruth le informó de que a partir de allí tendrían que recorrer un camino igual de largo, pero silenció que además se tornaría más empinado. ¡Ya se daría cuenta él mismo!

Mientras se limpiaba el sudor de la frente, Steven se asombró de la negra capa de suciedad que cubría el pueblo y sus casitas. Ella le habló de la pizarra que los de Steinach arrancaban de la tierra día y noche y de la que vivían más mal que bien.

—El polvo de pizarra no solo se deposita en todas las grietas de las casas y en las ropas de la gente, sino también en sus cuerpos. Sobre todo en los pulmones. —Y le habló de Eva, en cuya familia todos los años fallecía un sobrino, el más pequeño, por lo general.

—Sea como fuere, yo doy gracias por haber nacido en Lauscha. Marie lo llama el paraíso de cristal, pero en mi opinión tiene muy poco que ver con eso.

—Pues si miro a mi alrededor casi podría adherirme a la opinión de tu hermana —respondió Steven señalando montaña arriba—. En el trayecto desde Hamburgo hasta aquí no he visto en ningún sitio una naturaleza tan rica. ¡Qué bosques! Los abetos se alzan densos como la piel de un oso negro en su grupa.

—¡Sí, y cuando no luce el sol, esto está tan oscuro como si estuvieras sentado sobre su piel! Pero en invierno, cuando el frío te congela las manos y la carretera está tan cubierta de nieve que es imposible salir del pueblo, notarás que no es así. Respecto a la riqueza de nieve, a todos nos gustaría ser un poco más pobres.

Steven soltó una carcajada.

—¿Sabes que eres muy especial?

Ruth frunció el ceño.

—No solo eres bella y lista, sino también divertida —explicó en un tono que parecía resultarle incomprensible incluso a él mismo.

A instancias de Ruth, le habló brevemente de su familia. Sus padres habían emigrado muchos años antes, después de que su padre y el hermano de este decidieran abrir en América una sucursal de la empresa mercantil familiar. Tanto Steven como sus hermanas —en número de tres— nacieron en América. Ruth se quedó asombrada al saber que tanto Sophie como Edna y también Jean, la pequeña,

trabajaban en Miles Enterprises, cuando su familia parecía ser tan acaudalada.

Él rio al ver su perplejidad.

—Una cosa no excluye la otra. ¡Para nosotros en América hace mucho que es algo cotidiano que las mujeres se ganen el propio sustento! Sophie nunca permitiría que Paul, su marido, se lo prohibiera. Y no es que necesite el dinero, Paul no es precisamente pobre.

Sophie era la única de sus hermanas que estaba casada.

—¿Y quién se ocupa entonces de la casa? ¿Y de sus dos hijos? —Steven había contado antes que era el orgulloso tío de una parejita de mellizos.

—Los empleados —contestó—. Sophie tampoco tendría tiempo para eso, pues pasa muchas horas a la semana ocupándose de los hijos de inmigrantes pobres.

¡Qué costumbres las de América! Ruth meneó la cabeza.

—¿Y a qué se debe que tú, siendo hijo, trabajes con un extraño?

—¡Muy sencillo! —Se volvió hacia ella—. ¡Porque con nadie aprenderé más que con Woolworth! Como es natural, mi padre espera que tarde o temprano me una a él. Pero de momento tengo la gran suerte de poder observar al mismo tiempo a dos maestros del ramo, lo que alimenta mi esperanza de convertirme también algún día en un concienzudo hombre de negocios.

Ruth suspiró.

—¡Qué emocionante suena todo eso! Cuando pienso en mi pequeño pueblecito...

—¿Qué tono es ese para una empresaria? —Sus ojos chispeaban—. ¡Tú y tus hermanas sois auténticas pioneras!

Ella le lanzó una mirada escéptica.

—¡Fíjate en ti misma! —insistió—. Tenéis un contrato con una de las mayores cadenas americanas. Sois vuestro propio patrón, trabajáis en un ámbito que antes estaba reservado exclusivamente a los hombres... ¡Dios sabe que yo llamo a eso espíritu emprendedor! Créeme, os auguro un futuro muy prometedor.

Los pensamientos de Ruth fueron hacia su casa, donde Johanna yacía en el lecho, humillada y deshonrada. Donde Marie esperaba vender aunque solo fuera una bola. Donde su hija crecería sin padre ni hermanos, sola. Volvió a darle la mano con cuyos dedos había enumerado él sus méritos «progresistas». Ruth sonrió, apesadumbrada.

—¡Ojalá pudiera compartir tu punto de vista! Pero lo que tú llamas espíritu emprendedor, en nosotras ha nacido por pura necesidad.

Al pasar, ella tomó de uno de los numerosos rosales una flor recién abierta. Con nostalgia absorbió su aroma casi imperceptible. Después volvió a levantar la vista.

—Antes, cuando era una jovencita, saludaba esperanzada cada nuevo día. Qué me deparará, me preguntaba nada más abrir los ojos. Todas las mañanas estaba convencida de que me traería buenas sorpresas. La vida también tiene facetas oscuras, pero nunca quise saber nada de eso, y hasta mi padre fortaleció esa creencia. Él solo quería lo mejor para mí. Y para mis dos hermanas, por supuesto. —Se encogió de hombros, resignada.

»¡Cuánto desearía recuperar de nuevo esa creencia!

—¿Que has qué? —Los ojos de Johanna amenazaban con salirse de las órbitas. Estupefacta, clavaba la vista en el pliego de papel que Ruth le mostraba.

—He estado en Sonneberg y he enseñado a mister Woolworth las bolas de Marie —repitió Ruth, con Wanda gorjeando, feliz, en sus brazos.

La risa de Marie era todavía más fuerte que la de Ruth, saltaba como una niña pequeña.

—¿Es que no te has enterado todavía de lo que sucede? Ese americano quiere comprarnos seis mil bolas. ¡Seis mil! —reía—. ¡Ni yo misma acierto a creerlo todavía! —Le arrebató el contrato de la mano a Johanna—. ¡Pero aquí está escrito, negro sobre blanco!

De pronto Johanna sintió una terrible vergüenza. Ahí estaba ella, día tras día metida en su cama de la habitación de arriba, como si padeciera una terrible enfermedad, hozando en su propio dolor como una plañidera ¡mientras fuera la vida giraba como una peonza enloquecida!

¿Ruth con Woolworth? ¿Con ese Woolworth?

¿Un contrato de más de seis mil bolas?

—Y yo, como una mema, creyendo que ibas a encontrarte con Thomas. —Al pensarlo se sintió un poco más tonta todavía.

»Y por eso no has ido hoy a trabajar —dejó caer a Marie—. Has querido esperar a Ruth y sus novedades.

Ruth y Marie intercambiaron una elocuente mirada. Ambas parecían casi reventar de importancia.

Johanna observó a Ruth como si viera a su hermana por primera vez.

—¡Qué osada! —Sacó ambos pies de la cama. En el acto, ese brusco movimiento le provocó un mareo—. Sinceramente, no sé si yo me habría atrevido a tanto.

—¡Y, sin embargo, de las tres, tú eres la mujer de negocios! —Ruth la miró con un orgullo imposible de pasar por alto.

Una vez en pie, Johanna no sabía si reír o llorar. Ruth y Marie se apoyaban en la puerta y parecía como si diesen por sentado que su hermana volvería a esconderse en su cama.

¡Sus hermanas! ¡Los «hombres de piedra»!

—No temáis, no voy a volver a acostarme —aseguró Johanna a ambas mientras recogía su ropa—. Si nuestra cooperativa de mujeres tiene que echar a andar, la vida

de vagancia debe terminar.

El suspiro de alivio de Ruth y Marie se oyó incluso a unas casas de distancia.

Poco después también se presentó Peter. Marie ya le había puesto al corriente de todo la noche anterior. Al ver a Johanna abajo, en la cocina, supo que Ruth había tenido éxito.

Johanna comenzó a preparar la cena con absoluta naturalidad, y Ruth tuvo que contar con todo detalle cómo había sonsacado al fotógrafo locuaz en qué hotel se alojaba el americano. Asombrados y boquiabiertos escucharon luego el relato de cómo consiguió llegar hasta Woolworth con ayuda de la camarera. El pan y el queso quedaron intactos, ¡quién podía pensar en comer en esos momentos! Cuando refirió cómo Woolworth había tomado en su mano una bola tras otra para examinarlas, Marie estaba pendiente de sus labios, fascinada.

—Estaba realmente entusiasmado, ¡créeme! —dijo Ruth a su hermana.

Johanna tomó el contrato. Después de haberlo leído varias veces, alzó la vista con el ceño fruncido. A las otras, como es lógico, no se les pasó por alto su mirada crítica.

—Lo ves, nunca tarda mucho en descubrir el pelo en la sopa —comentó Ruth a Marie con tono mordaz. Y dirigiéndose a Johanna, añadió—: ¿Se puede saber qué es lo que no te gusta?

—¡Nada, nada! ¡Todo es inmejorable! —Johanna levantó sus manos en un gesto defensivo—. El plazo de entrega es muy ajustado, pero nada se puede hacer al respecto. Además, el precio es bueno. Y que te hayas encargado de que tengamos que entregar la mercancía en Sonneberg ha sido también muy inteligente.

Ruth pareció relajarse un poco.

—¿Y? —preguntó a pesar de todo, desconfiada.

Johanna sonrió desvalida.

—Me preguntó de dónde vamos a sacar sin un anticipo el dinero para seis mil tubos, el material de embalaje y el gas.

Esa noche hubo que aclarar mil y una cuestiones. Algunas las respondieron ellas mismas, otras, Peter. Lo que quedó sin solucionar, lo dejaron de momento de lado.

Cuando por fin terminaron su plan había anochecido y fuera se oía el estruendo de una fuerte tormenta.

Agradecidas, las tres hermanas aceptaron el ofrecimiento de Peter de prestarles el dinero necesario para conseguir la materia prima. Y por supuesto se quedaron muy asombradas de que tuviera tanto dinero ahorrado.

Peter incluso les ofreció traerles poco a poco los tubos de la fábrica de vidrio. Marie rechazó enérgicamente su propuesta de ayudarla a soplar el vidrio, para ella era una cuestión de honor hacerlo sola. Estaba acostumbrada a sentarse ante la mesa de

trabajo hasta muy entrada la noche y se creía capaz de cumplir con los plazos. Le daba igual que se avecinase una época de esfuerzos para ella. Después, durante el día, siguiendo los diseños de Marie, Ruth y Johanna pintarían las bolas y las empaquetarían. Marie no quería renunciar a su trabajo en el taller de los Heimer, la seguridad ante todo.

Mientras las tres mujeres abogaban por mantener en secreto su proyecto, Peter objetaba que eso seguramente sería imposible. Los de la fábrica de vidrio se preguntarían por qué necesitaba de pronto cientos de tubos siendo fabricante de ojos. La misma pregunta le plantearía Johann Fritz, el fabricante de cajas, cuando le encargase el material de embalaje.

Peter las miraba alternativamente.

—¿Por qué deseáis seguir escondiándoos? ¡Si podéis estar orgullosas de este encargo!

Marie lo miró, atormentada.

—Sí, es cierto. Pero ¿qué crees que dirán los hombres cuando se enteren? —se interrumpió y torció el gesto. Al momento siguiente, sonrió a los presentes—. En realidad, Peter tiene razón, ¡ya es demasiado tarde para acobardarse!

Johanna asintió.

—Lauscha tendrá que acostumbrarse a nuestra cooperativa de mujeres. Seguro que despertaremos envidias, y algunos se tomarán muy a mal nuestro proyecto. Pero no debemos dejarnos intimidar por eso —dijo Johanna mirando a Ruth—. Eh, ¿me estás escuchando?

Ruth dio un respingo.

—Yo, perdona, ¿qué estabas diciendo?

Johanna meneó la cabeza, sonriendo.

—¡Creo que tus pensamientos aún siguen en Sonneberg!

Ruth, absorta, miró por la ventana azotada por la lluvia.

—No sabes cuánta razón tienes.

Después de despertar de su letargo, Johanna volvió a tomar las riendas. Ni Marie ni Ruth tuvieron nada que objetar a que fuera ella la que negociase con Fritz, el fabricante de cajas, el precio del material de embalaje. También insistió en viajar a Sonneberg para comprar pintura de esmalte blanca, alambre y otros materiales para fabricar las bolas de Marie. Y cuando comenzó el soplado del vidrio, pretendió organizar hasta eso.

—¿Por qué no empiezas por las bolas que requieren más trabajo de pintado? —le propuso a Marie—. Mientras Ruth y yo las pintamos, tú puedes encargarte de la segunda hornada.

La mayor parte del tiempo, Ruth y Marie dejaban que su hermana decidiera, preferían a la antigua Johanna a la que yacía en su cama como paralizada. Solo protestaban si se sentían demasiado mangoneadas. Y entonces Johanna conseguía de veras mantener la boca cerrada durante un rato y las dejaba trabajar en paz a las dos.

Los habitantes de Lauscha no tardaron mucho tiempo en darse cuenta de que en casa de las hermanas Steinmann acontecía algo extraordinario: la luz permanecía encendida hasta muy avanzada la noche y la gente se preguntaba si ya no dormían. ¿No se veía además entre los postigos el temblor delator de una llama de gas? Pronto se plantaron ante su puerta los primeros vecinos, que intentaban entrar en la vivienda utilizando los pretextos más variopintos: una quería que le dejaran un poco de harina; otra, la ayuda de Ruth para confeccionar una chaqueta de invierno; al siguiente se le ocurría echar un vistazo a las antiguas herramientas de Joost, por si pudiera necesitar alguna. Cuando después vieron con sus propios ojos lo que acontecía en el taller de Joost, algunos sencillamente se resistían a creerlo.

¡Marie, la pequeña de las Steinmann, ante la mesa de trabajo!

Las reacciones se extendieron desde el asombro incrédulo hasta la desaprobación hostil. Algunos hablaban de oscuras maquinaciones y varios incluso de obra diabólica. Durante semanas, la irrupción de Marie en el mundo de los hombres fue tema de conversación en muchas casas y en El Águila Negra. En parte divertidas, y en parte con consternación, las hermanas Steinmann se reían con las descripciones que Peter hacía sobre las reuniones de los parroquianos habituales. Allí la voz cantante casi siempre la llevaba Thomas Heimer. Que si él había sabido desde el principio que había algo raro en esas tres, que si eran unas ladinas tercas y respondonas, ¡las tres! Malcriadas, fantasiosas y descaradas. Uno le preguntó por qué

se había casado entonces con una de ellas y los demás se rieron a mandíbula batiente, y Thomas se abalanzó por encima de la mesa.

—¡No permito que nadie me ponga en ridículo! ¡Nada ni nadie! —le gritó al hombre, y le sacudió hasta dejarlo casi inconsciente.

Después ya nadie se atrevió a preguntarle por qué su padre seguía dando trabajo a una de las ladinas, y eso a pesar de su obra diabólica.

A partir de entonces, Thomas se presentaba con regularidad en su casa noche tras noche. Después de las diez, cuando El Águila Negra cerraba sus puertas tras la salida de los últimos parroquianos, él se encaminaba, tambaleándose, más o menos borracho, hasta el domicilio de las hermanas. Sus gritos llamando a Ruth se oían en todo el vecindario. A veces también aporreaba su puerta y las amenazaba a saber con qué. Las primeras veces, Ruth intentó apaciguarlo. Pero en cuanto se asomaba a la ventana, los insultos se recrudecían y se tornaban más injuriosos si cabe. Las llamaba brujas, putas y rateras. Consternada y con la cara roja de vergüenza, Ruth se tapaba los oídos. En cierta ocasión en que Thomas volvió a ponerse especialmente grosero, las otras dos estaban sentadas con ella a la mesa, mortificadas. Pero entonces Johanna se le acercó y separó con suave energía las manos de Ruth.

—¡Déjalo que grite! ¡Es él quien se pone en ridículo, no nosotras!

A partir de ese día, las tres mujeres procuraron ignorar al hombre que se presentaba ante su puerta, y casi siempre Peter lograba librarse de Thomas con amenazas. Hasta la noche siguiente.

Como si no hubiera bastado con el rechazo de los sopladores de vidrio, Marie y sus hermanas eran difamadas además por otras mujeres. Si Ruth o Johanna entraban en la tienda, las conversaciones enmudecían, o seguían cuchicheando en voz baja. A veces era pura envidia, otras, incomprensión, pero sobre todo era el miedo lo que hacía que las mujeres condenasen el estilo de vida de las Steinmann. ¿Qué pasaría si creaba escuela una cooperativa de mujeres como esa? ¡Al final los hombres terminarían por creer que las mujeres podían encargarse incluso de mantener a la familia!

Solamente una, la mujer de Karl Flein, el Suizo, se llevó aparte a Ruth en un momento en que nadie las observaba, para susurrarle unas palabras al oído.

—En los años cincuenta, cuando padre contrajo una pulmonía, yo también me senté a escondidas delante del mechero y soplé cuentas de vidrio. —Las mejillas de Sophie Flein se ruborizaron, como si siguiese avergonzándose de su comportamiento de antaño—. Por aquel entonces aún no existía la fábrica de gas y la llama no calentaba tanto como hoy, pero a pesar de todo las cuentas se fabricaron. Si yo no las hubiera soplado, habríamos muerto de hambre todos nosotros. —Dio una palmada en los hombros a Ruth y al momento siguiente se marchó a toda prisa, como si no quisiera que la vieran con ella.

Pero aún había admiradores más pusilánimes todavía. Y entre ellos figuraba Wilhelm Heimer.

—¡No creas que apruebo semejante disparate en mujeres! —vociferó con tales gritos que todos los trabajadores los miraron a él y a Marie—. ¡Pero hace mucho tiempo que sé que eres una artista consumada! —había añadido guiñando un ojo y en voz tan baja que apenas le oyeron los que estaban a su alrededor—. Mientras tu trabajo conmigo no sufra menoscabo, cerraré los ojos en lo tocante a tus otras actividades.

—¡No vayas a figurarte que así vas a darte importancia con Wilhelm! —le había dicho Eva a continuación, echando chispas y con el tono de una esposa celosa.

Además de Peter, también las visitaban con regularidad Griselda y su hijo para seguir los progresos del encargo de Woolworth. El escepticismo inicial de Griselda desapareció cuando vio de qué manera tan bien pensada ejecutaban su encargo las tres jóvenes mujeres. A veces se sentaba con ellas a la mesa y ayudaba a pintar, y Magnus empaquetaba las bolas y colocaba cajas unas encima de otras.

De semana en semana las cajas de cartón iban apilándose hasta alcanzar el techo. Pronto toda la casa estuvo atiborrada de cajas llenas de bolas de cristal, y a cada paso había que tener muchísimo cuidado para no tropezar continuamente con algo.

A pesar del acoso exterior, del abundante trabajo y de las dificultades, fue una buena época para las tres hermanas. Que el viejo taller de Joost hubiera resucitado y ellas trabajasen codo con codo como antes, las llenaba de un orgullo inconmensurable.

Marie, sobre cuyos hombros descansaba la carga principal, no se lamentó ni una sola vez de sus jornadas de veinte horas, y manejaba la llama del mechero con suma naturalidad, como si no hubiera hecho otra cosa durante toda su vida. La idea de que dentro de pocas semanas sus bolas colgarían de los árboles de Navidad americanos era lo que más la espoleaba. Johanna, sin embargo, se preguntaba a veces si no habría además una pizca de obsesión en el entusiasmo de Marie, y Peter le contestaba con su habitual sequedad:

—¿Acaso puede existir auténtico entusiasmo sin obsesión?

Después del verano de inactividad, el trabajo fue una liberación para Johanna: pintar, acabar, colocar los números de los artículos y los precios, empaquetar, confeccionar listados... ¡Por fin podía demostrar a todos su talento! Si escuchaba a su voz interior, tenía que reconocer que también en ella había germinado la semilla de la obsesión.

Ruth iba todo el tiempo con una sonrisa de felicidad en la cara, y esta tenía que ver sobre todo con el cartero, que llamaba a su puerta cada vez con más frecuencia.

Hamburgo, 30 de agosto de 1892

Estimada Ruth:

Espero que al recibir esta carta se encuentre bien de salud. Seguramente estará muy atareada, por eso casi me remuerde la conciencia robarle su valioso tiempo con estas líneas.

Querida Ruth: no puede usted imaginar siquiera lo satisfecho que está Franklin (mister Woolworth) de haber incluido sus bolas para el árbol de Navidad entre su surtido. Durante el viaje a Frankfurt no paró de repetir que ardía de impaciencia por ver esas bolas brillantes en sus tiendas. Debe saber usted, estimada Ruth, que las tiendas Woolworth no son como otras tiendas: en las nuestras la mercancía no se apila en estantes inalcanzables, sino que está al alcance de la mano de todos los clientes, así cada uno de ellos puede contemplar todo con detalle y escoger lo que su corazón desea. El cliente es el rey, subraya una y otra vez Franklin. Al igual que mi jefe, yo también estoy seguro de que sus bolas satisfarán plenamente los gustos de nuestra clientela.

Debo confesar con horror que en el primer párrafo de mi carta he sido infiel a mi propósito de no robarle demasiado tiempo. ¡Estimada Ruth, es usted quien ha estimulado en mí este afán de comunicación! Hay mil cuestiones de las que me gustaría hablarle. Pero ¿por dónde empezar? ¿Dónde parar? Constato que la forma epistolar es un mal sustituto de mirarla a los ojos y escuchar sus descripciones rebosantes de vida. Permítame la franqueza de contarle que desde nuestro encuentro pienso continuamente en usted. La noche que pasé en su compañía y nuestra excursión por esa naturaleza incomparable me han hechizado. ¡Usted, querida Ruth, me ha hechizado!

Yo —un hombre de números, un calculador desapasionado— me sorprendo preguntándole al destino qué significado tiene que nos hayamos encontrado. Me atrevo a esperar que también usted atribuya a nuestro encuentro más importancia que el de una mera negociación comercial, aunque esta tuvo su indudable encanto: raras veces uno se topa con una compañera de negociación tan seductora. Dicho sea de paso, mister Woolworth dijo que le había parecido muy «americana» su manera de hacer negocios; en sus labios, estas palabras son un cumplido.

Mientras estoy sentado en mi despacho y miro por la ventana, veo zarpar a diario vapores hacia el Nuevo Mundo. ¡Algunos días tengo la impresión de que el puerto de Hamburgo es como un palomar! Faltan pocas semanas para que también yo me embarque en uno de esos gigantes oceánicos para acompañar desde su patria hasta América a sus bolas de árbol de Navidad y otros muchos objetos de cristal. Pero antes de que llegue ese momento me gustaría comunicarle que estoy barajando la posibilidad de retornar a Sonneberg, concretamente el 29 de septiembre. Teniendo en cuenta la gran cantidad de mercancías que habrá que transportar a Hamburgo el 30 de septiembre, seguro que no será perjudicial que vigile personalmente el transporte y el pertinente embalaje. Estimada Ruth, si usted por su parte se decidiera a acompañar de Lauscha a Sonneberg su pedido, podríamos tener la completa seguridad de que la mercancía se tratará con el mayor de los cuidados. Al fin y al cabo, el cristal es un material muy frágil, ¿verdad?

Me alegraría sobremanera recibir una breve respuesta. Ya le he dado mi dirección en Hamburgo, además la encontrará al dorso del sobre. Con alegre esperanza en su aceptación,

Su rendido admirador Steven Miles

Lauscha, 9 de septiembre de 1892

Querido Steven:

Muchas gracias por sus amables líneas. ¡Su carta es bellísima! (Suponiendo que pueda decirse algo así de una carta). Me alegraría mucho que pudiéramos reunirnos el 29 de septiembre en Sonneberg. ¡Por supuesto que escoltaré nuestras bolas de árbol de Navidad! ¡Debo asegurarme de que no acaben en la cuneta en algún lugar entre Lauscha y Sonneberg! ¿Se da cuenta de lo que ha desencadenado en mi interior? En cuanto me relaciono con usted, me comporto como una tonta, o escribo cosas que suenan bastante absurdas. Le ruego que lo atribuya al hecho de que tengo tan poca experiencia escribiendo cartas como entablando negociaciones comerciales.

Yo también recuerdo día tras día nuestro encuentro, solo que me faltan las palabras para expresar mis pensamientos con tanta belleza como usted.

Creo que debo comunicarle que el trabajo progresa de maravilla. Marie espera a diario con impaciencia que llegue la hora de sentarse a la mesa del taller; tengo la impresión de que todo esto es para ella más una satisfacción que un trabajo. A Johanna y a mí nos encanta pintar y acabar las piezas. Es algo muy distinto fabricar mercancía para uno mismo que para otros, es una sensación maravillosa poder enorgullecerse de algo. Sobre todo cuando mi marido hace lo imposible por humillarme y ofenderme. Casi todas las noches

se presenta borracho delante de nuestra casa, exigiendo que salga. En una ocasión me salió al paso cuando iba de camino a la tienda y me agarró brutalmente por la manga. Me dijo que se lo pagaría. ¡Gracias a Dios pasaron por allí unos vecinos del pueblo! Para ser sincera, estaba un poco asustada. ¿Y si un día le hiciera algo a Wanda para castigarme a mí? Miro sus ojos y solo percibo rabia en ellos, una rabia sorda. Hace poco me preguntó completamente en serio por qué lo había abandonado, es algo inconcebible, ¿no le parece? Creo que mientras no comprenda lo que ha sucedido no me dejará en paz. ¡Basta ya! ¡Se acabó!

No tema, querido Steven, no voy a romper a llorar ni a importunarle con mis lamentaciones. Todavía hoy me siento fatal cuando recuerdo mi comportamiento de esa noche. Aún le estoy muy agradecida por su comprensión. Solo puedo explicar mi franqueza aduciendo que desde el principio tuve la sensación de que podía confiar total y plenamente en usted. Teniendo en cuenta que mis experiencias con hombres son muy limitadas y no precisamente buenas, resulta asombroso. En lo más hondo de mi ser sé que usted es completamente distinto. Por eso me alegro de volver a verlo. Por cierto, cuando mire por la ventana, salude de mi parte a los transatlánticos. Debe de ser una sensación maravillosa estar tan cerca del «ancho y vasto mundo».

Reciba un cariñoso saludo desde el Paraíso de Cristal de
Ruth

Hamburgo, 15 de septiembre de 1892

Querida Ruth:

Tu carta me ha convertido en el hombre más feliz de Hamburgo.

He de desmentirte tajantemente: eres una aventajada escritora de cartas. La vivacidad que impregna tus líneas es la misma que irradia tu persona. Al leerla, he tenido casi la sensación de que me encontraba en el taller mientras tus hermanas y tú fabricáis las bolas de cristal con mano experta. Cuánto me gustaría estar con vosotras en el «Paraíso de Cristal», ¡qué hermoso nombre! Pero en lugar de eso corro el peligro de hundirme en una montaña de documentos pendientes de envío. Por desgracia, cuanto más aumentan las mercancías extranjeras en las tiendas de mister Woolworth, mayor esfuerzo requieren. Mas no pretendo quejarme, porque presenciar cómo surge un gran imperio comercial gracias a sus inteligentes estrategias es algo que me entusiasma día tras día. Sí, me siento honrado de trabajar para un gran hombre como Franklin Winfield Woolworth. Y, sin embargo, hay momentos, como el actual, en los que añoro no poder hacer la maleta y viajar adonde me apetezca.

Pero la vida no es tan sencilla. ¡Aunque cuando leo de qué manera te importuna tu marido, querida Ruth, desearía con toda mi alma partir en la próxima diligencia y decirle a ese tipo lo que pienso de él! ¡Una vida no es vida si se pasa miedo a diario! Tú no lo mereces. Nadie lo merece.

Cuando leas estas líneas solo faltarán unos días para nuestro reencuentro, por eso ya no cuento con recibir antes otra misiva tuya. Espero con impaciencia el momento de sentarme frente a ti y contemplar tus aterciopelados ojos castaños, para no volver a dejar de mirarlos. ¿Puedo confiar en que pienses en mí de vez en cuando, princesa del Paraíso de Cristal?

Con alegre anhelo, tu ferviente adorador Steven Miles

Lauscha, 21 de septiembre de 1892

Querido Steven:

Cuento los días que quedan hasta nuestro reencuentro con la misma ilusión que una niña cuenta los días que faltan para Nochebuena.

Tuya,
Ruth

Era la noche del domingo de la quinta semana. Como todos los domingos, las hermanas Steinmann habían acudido esa mañana a la iglesia. Por primera vez desde hacía semanas, Marie tuvo la sensación de que las miraban con menos hostilidad. A lo mejor la gente de Lauscha se iba acostumbrando a tener entre sus filas a una sopladora de vidrio, se dijo, contenta. Cuando entonó un cántico con los demás, su garganta se abrió con absoluta libertad. Al salir, Thomas las acechaba como de costumbre e intentó apartar a Ruth de los demás, pero esta se limitó a mirarlo de arriba abajo y lo dejó plantado. Con Peter a su lado y toda la gente alrededor, Thomas no se atrevió a llevársela tirando de su brazo o a llamar la atención, de modo que ese momento embarazoso pasó.

Una vez en casa, ya no tuvieron un minuto de respiro. Los ánimos estaban tensos, como tantas veces en los últimos tiempos: las largas horas de trabajo y el estar continuamente juntas iban agotando su paciencia y su alegría. Apenas pasaba un día sin que se produjeran fricciones entre ellas. Que Wanda comenzase a echar los dientes justo en esas semanas y aumentasen sus quejas no contribuía mucho que digamos a relajar la situación. Ese domingo era especialmente mala. Wanda lloraba, se quejaba o chillaba a voz en grito, mientras Ruth le daba con ritmo pausado una infusión de salvia con una sonrisa de felicidad. Parecía volver a estar por encima de todo.

Marie les dirigía a ambas miradas atravesadas cada vez más frecuentes desde su mesa de trabajo. Notaba cómo se le contraían las mandíbulas. ¡Silencio! Ella únicamente deseaba estar tranquila.

Después de que ni la infusión ni las buenas palabras lograsen calmar a la niña, Ruth dijo:

—Seguramente le molesta el olor de la solución de sulfato de magnesio. — Mientras hablaba su mirada traslucía reproche, como si Marie solo hubiera inventado la nueva técnica de embellecimiento para molestar con ella a Wanda.

Una parte de las bolas de Navidad se sumergía en una mezcla de dextrina y sulfato de magnesio y luego tenía que secarse en un lugar fresco. El efecto era pasmoso: los cristales que formaban las sales simulaban una fina capa de hielo. A mister Woolworth le habían gustado especialmente esas bolas.

—¡Pues aparta la tina! Nadie te obliga a sentarte con Wanda justo al lado de la solución —replicó Marie indignada.

Cuando Ruth subió a la niña a la habitación para acostarla, Marie y Johanna soltaron un suspiro de alivio.

—Estaba ya que no podía aguantar más. ¡Cómo va a concentrarse una en su trabajo con semejantes gritos! —Marie agarró un tubo y comenzó a calentarlo por encima de la llama.

—Así son los bebés, no creas que tú chillabas menos. Y a pesar de todo nuestro padre no desatendía su trabajo —contestó Johanna con petulancia.

—¡Otra vez a vueltas con nuestro padre! ¡Yo no soy nuestro padre!

El tubo comenzó a ponerse al rojo y Marie lo apartó de la llama. Con cuidado, se llevó a los labios el extremo frío y le insufló vida. Aunque ya había soplado cientos de bolas, el momento en el que el tubo comenzaba a inflarse y a tomar forma era siempre un acontecimiento para ella. Durante un momento olvidó los gritos de Wanda y se concentró en la tarea de soplar y en el movimiento giratorio que ejecutaba simultáneamente con la bola. Cuando esta adquirió el mismo tamaño que las demás que esperaban a ser plateadas por Johanna, Marie la apartó de sus labios. Con un pliegue experto cerró el extremo con las tenazas formando un pequeño gancho del que luego se podría colgar la bola. Tras una última mirada escrutadora, depositó a un lado la pieza terminada. Sonreía.

—Los cochinitos están en la cama, muchos besitos les da su mamá... —Desde arriba llegó hasta sus oídos la cantilena de Ruth.

Marie puso los ojos en blanco.

—¡Ahora que por fin se calla la pequeña, es la madre la que empieza a dar la tabarra! Su buen humor es casi enfermizo. Esas cartas que siempre lleva consigo por ahí y que lee en el momento más inoportuno deben decir cosas verdaderamente estupendas, ¿de qué otra manera cabría explicar su eterna sonrisa?

—¡Mira que eres quisquillosa! —Johanna meneó la cabeza en un gesto de reproche—. Alégrate de que esté bien. Después de todo lo que ha tenido que pasar.

—¡Ya no aguanto más! —Marie estalló—. Estoy hasta las narices de tener que ser siempre considerada con ella y con cualquiera. ¡En esta casa todos valen más que yo! A vosotras no os interesa que yo tenga que soportar la carga principal de este pedido. ¡Desde hace semanas duermo solamente cuatro horas al día! Pero, claro, conmigo nadie tiene que tener miramientos. Al fin y al cabo, yo no he tenido que sufrir maldades.

Su voz destilaba ironía. Sabía que estaba siendo un poco injusta, pero era incapaz de frenar el torrente de palabras.

Inadvertidamente, Ruth había vuelto a entrar en la habitación.

—¿Qué haces rezongando otra vez como una cabra vieja? —Se acercó a Marie, que estaba ante su mesa de trabajo, y quiso apoyar la mano encima de su brazo. Su hermana la apartó con aspereza.

—Será mejor que te sientes conmigo. —Johanna hizo una seña a Ruth para que se acercase—. ¡Y guarda silencio! Porque a nuestra «artista» le molesta nuestra

cháchara.

Marie dirigió a ambas una mirada venenosa. ¡Era típico de Johanna tomar partido por Ruth!

—Pues lo cierto es que os estaría muy agradecida si al menos pudiera trabajar un ratito sin ser molestada. Bastante tengo con Eva, que me llena los oídos día tras día con su parloteo.

—Espero que no me estés comparando con esa vaca burra —replicó Ruth con dureza.

—Cabra vieja, vaca burra, por si no te has dado cuenta estamos en un taller artístico y no en una granja.

Marie temblaba de ira. En realidad no era propio de ella reaccionar con tanta violencia. Siempre había sido la más callada de las tres, la primera que reclusa en cada discusión. Quizá era la falta de sueño la que la impulsaba a iniciar esa pelea.

Ruth pareció quedarse sin palabras. En ese momento, un pequeño diablo azuzó a Marie a echar más leña al fuego.

—¿O serán tus «misteriosas» cartas las que te suscitan tales comparaciones? ¿Te las habrá escrito por casualidad un burro? —Y, sonriente, se puso las manos en la cabeza imitando unas orejas de burro.

Ruth corrió tan deprisa alrededor de la mesa que esta se tambaleó.

—Oye, tú...

El tintineo del cristal al entrecostar debería haberlas prevenido, pero Marie estaba encolerizada y Ruth, rabiosa. De un salto se plantó al lado de su hermana y la agarró del brazo.

—Retira lo que has dicho. ¡Ahora mismo! —le espetó a Marie.

—Ni por asomo —gritó su hermana, liberando el brazo de un tirón.

Inconscientemente procuró no acercarse a la conducción de gas, pero no pensó en la tina con la solución de dextrina y sulfato de magnesio que Ruth había puesto antes detrás de ella.

—¡Cuidado! —gritó Johanna.

Marie oyó tras ella un golpe estrepitoso. La tina de chapa volcó.

Mudas de espanto, las tres mujeres contemplaron cómo todo el líquido se derramaba sobre una pila de cajas colocadas junto a la tina.

Johanna fue la primera en reaccionar, corrió a la cocina y volvió con dos bayetas. Intentó en vano recoger el líquido, que ya había empapado las cajas de paredes delgadas y cubierto con una capa de cristales de hielo aproximadamente trescientas bolas de árbol de Navidad recién embaladas.

—Tengo frío. —Ruth se frotó las manos y las deslizó bajo los pliegues de su falda. Tenía los ojos llorosos y su expresión era de absoluto reproche.

También Johanna tenía los ojos enrojecidos. Haciendo un esfuerzo, se levantó

pesadamente de su silla.

—Yo también. Voy a cerrar la ventana. Tanto ventilar no sirve para nada. ¡Por respirar este hedor todavía no se ha muerto nadie, pero muchos se han congelado!

Después del accidente habían abierto las ventanas de par en par. Los pestilentes vapores no se disiparon, pero sí entró en la casa la fría niebla de otoño. Johanna se frotó la frente y gimió.

—Mi cabeza está a punto de estallar por este hedor. Y me duelen los huesos.

—¿Y ahora qué? —preguntó Ruth en susurros.

—¡No lo sé! —reconoció Johanna, impotente—. Doscientas diez bolas completamente inservibles, más de cien, manchadas, la tina con la cara solución salina derramada, el suelo, empapado. Y encima este hedor. —Sacudió la cabeza—. Si no fuera tan espantoso, todo este asunto me parecería lisa y llanamente cómico.

Reprimió un sollozo. Le habría gustado hacer como Marie, subir corriendo y esconderse en un rincón. Pero ¿habría servido eso de ayuda a alguien?

—¡Más de trescientas bolas se han ido al garete! Y todo tan cerca de la conclusión de nuestro contrato. ¡No sé si echarme a llorar o rechinar los dientes! ¿Cómo vamos a recuperar el retraso? ¡Cuando estábamos ya por debajo de la cuota fijada! —exclamó desesperada.

Su mirada también era de desamparo.

—Si no logramos cumplir el contrato... estaremos perdidas. ¡Nunca más nos harán otro encargo!

—¡Tampoco es para tanto! —repuso Johanna con más convicción de la que sentía en ese momento—. En el peor de los casos, en vez de enviar seis mil bolas, enviaremos quinientas menos. —Agarró del brazo a Ruth—. ¡Y ahora no empieces a llorar! —Ella misma sentía una presión sospechosa detrás de los ojos.

—Quedaré ante Steven Miles como una bocazas en cuya palabra no se puede confiar. Y mister Woolworth lamentará haber firmado un contrato con nosotras. Todavía resuenan claramente en mis oídos las palabras de Steven: «Si a mister Woolworth le desagrada algo, son los incumplimientos de contrato». —Ruth se tapó la cara con las manos y estalló en sollozos.

Johanna, sin saber qué hacer, arrastró su silla hacia delante.

—¡Ahora tranquilízate, por favor! Todavía no hay nada perdido.

Ruth lanzó una mirada cargada de odio hacia la puerta.

—¡Y todo por su culpa! ¡Ella es la culpable de todo este desastre! Si no hubiera volcado la tina...

—No exageres. Si no recuerdo mal, tú también participaste en el accidente —replicó Johanna, furiosa—. Ponerse así por un poco de guasa. Tú no sueles ser tan picajosa. Y eso por no hablar de tus eternos secreteos a cuenta de esas cartas. ¿Por qué no podemos leerlas nosotras, si, como dices, el tal Steven solo habla de nuestro encargo? Por el modo en que te comportas, cabría creer que entre tú y el tal mister Miles hay algo más.

No era la primera vez que esa idea rondaba por la mente de Johanna, pero hasta entonces la había considerado demasiado absurda como para que mereciera la pena mencionarla. No obstante, al darse cuenta de cómo Ruth apartaba la vista con obstinación, la idea de repente ya no le resultó tan descabellada.

—¡Oh, no! —Johanna lanzó un suspiro—. Te has enamorado de ese americano. Ruth, por favor, dime que no es verdad. —El impulso de levantarse y olvidar esa conversación se hizo casi avasallador. ¡Más complicaciones, no!

—No sé si estoy enamorada de Steven. —De pronto, Ruth miró a su hermana con timidez—. A veces pienso que sí —añadió luego con naturalidad, como si conversasen a menudo de ese asunto—. Pero después vuelvo a pensar que es imposible. ¡Únicamente he visto a ese hombre en una ocasión!

Durante un momento, Johanna alentó nuevas esperanzas. Amor a primera vista, eso solo existía en los cuentos. ¡Cualquier niño lo sabía!

—Cuando estaba enamorada de Thomas, tenía la sensación de que mil hormigas caminaban por mi tripa. Bastaba con que mirara para que me entrasen escalofríos. ¡Ja! ¡Cuando pienso que hubo un tiempo en que me moría de impaciencia por que me besara! Pero todo eso cambió muy rápido. —Soltó una risita amarga—. Con Steven es distinto. —Su voz se suavizó—. Me siento unida a él, aunque no me toque. Además es tan cortés y tan atento que a veces me da la impresión de que es capaz de leer mis pensamientos. Por ejemplo, antes de que yo pudiera decir siquiera que el ambiente me resultaba sofocante, indicó al camarero que abriese más la ventana. Y después de comer me pidió un café, aunque era imposible que supiera que me encanta. —Los ojos le brillaban—. ¡Y sus cartas! Es tan buen narrador que tengo la impresión de conocerlo muy bien. Solo espero no hacer el ridículo con mis garabatos. Ya sabes que leer y escribir nunca ha sido mi fuerte.

A cada frase que oía, a Johanna se le caía el corazón a los pies. Su hermana estaba mucho más colada de lo que ella misma imaginaba. Le daba la impresión de que tenía que aclarar todo ese asunto de una vez por todas. Pero no se le ocurría nada. Aunque no me toque... ¡Al menos la sangre no había llegado al río!

De pronto, Ruth aferró la mano de Johanna por encima de la mesa.

—¡Me alegro tanto de haber podido hablar al fin de todo esto! Quizá habría debido hacerlo hace tiempo. Pero... —Se encogió de hombros—. En cierto modo es algo muy personal. —Volvió a esbozar su sonrisa de felicidad—. A lo mejor Steven no querría que yo hablase así de él. Confianza por confianza, ¿sabes?

Johanna asintió en silencio y Ruth se dio por satisfecha.

—¡Sabe escuchar tan bien! Nunca creí que se pudiera conversar tan bien con un hombre. De alguna forma, es parecido a Peter, solo que no tan... cotidiano. Él... —se interrumpió—. Ay, no puedo explicarlo. En cualquier caso, nunca me he sentido tan segura con un hombre —suspiró.

»Con Thomas, a veces no estaba segura de que sus cumplidos fueran sinceros, porque en realidad siempre perseguía lo mismo. Las palabras de Steven, por el

contrario, las creo a pies juntillas. Pese a que... —Ruth sonrió con timidez y un delicado rubor se asomó a sus mejillas—. Me pregunto qué ve en mí siendo un hombre de negocios y de mundo.

Johanna ya no pudo seguir escuchando en silencio.

—¡Tú y tus amores! —interrumpió con rudeza a su hermana—. No hace mucho estabas igual de enamorada de Thomas. Y mira en qué ha quedado todo. ¡Piensa! Estás casada y tienes una hija. Vives aquí, en la Selva de Turingia, mientras que el tal Miles reside en Nueva York. ¡Hay un abismo entre ambos! Aunque él sintiera algo por ti, ¿adónde iría a parar todo eso? —El deseo de Johanna de agarrar a Ruth por los hombros y sacudirla era cada vez mayor.

—¡Qué sé yo! —exclamó Ruth, desesperada—. ¡Tampoco quiero pensar en eso! Solo sé que me muero de impaciencia por volver a verlo cuando venga a recoger nuestra mercancía a Sonneberg. ¡Por eso nuestro pedido no puede fallar! ¡Esa posibilidad se me hace insoportable!

—Al menos coincidimos en eso —señaló secamente Johanna.

La mirada de Ruth vagó por la estancia en penumbra.

—Si Steven no viniera a Sonneberg, yo viajaría a Hamburgo para verlo.

—¿Tú a Hamburgo? ¡No me hagas reír! ¡Si casi no te atreves a ir a Sonneberg! —se burló su hermana.

—Eres mala. Igual que Marie, que tampoco se alegra de mi felicidad. —Por un momento pareció como si Ruth estuviera a punto de echarse a llorar, pero después sacudió la cabeza—. A lo mejor es que no podéis hablar de otra manera porque no conocéis el verdadero amor. —Cerró los ojos—. El verdadero amor es mucho más fuerte que nosotros. Nos quita el miedo al mañana.

Palabrería romántica. Al parecer, Ruth había releído en exceso *El cenador*. De pronto a Johanna dejó de apetecerle continuar la conversación, corrió la silla y se levantó. Ya era muy entrada la noche.

La cocina estaba fría y toda la casa seguía apestando a la solución salina derramada. Al día siguiente tendría que visitar a Peter para decirle que sin su ayuda no terminarían el pedido. Y muy probablemente tuviera encima que convencer a la artista para que volviera a sentarse ante el mechero. ¡No, lo último que ahora necesitaba eran las miradas lánguidas y las peroratas de enamorada de Ruth!

A pesar de estar muerta de sueño, Johanna sabía que no podría dormir. No tras esas novedades.

El 29 de septiembre a las ocho en punto de la mañana, dos caballos de tiro se detuvieron con muchos resoplidos y sacudidas de crines delante de la casa de las Steinmann. Los animales y el carro que arrastraban pertenecían a un labrador del pueblo vecino que mejoraba sus ingresos haciendo portes para los vidrieros de Lauscha. El hombre miró dubitativo a su alrededor mientras abría la trampilla trasera. Nunca había ido allí a recoger algo. Pero la pregunta de si estaba en el sitio correcto recibió contestación inmediata: las tres hermanas salieron de casa, cada una llevando en equilibrio una pila de cajas. Ni Peter ni Magnus le insistieron para que ayudara a cargar, de manera que el labrador se limitó a quedarse cruzado de brazos, y hasta le dio tiempo incluso de llenar su pipa.

Las cajas iban desapareciendo en el voluminoso interior del carro. Al final, la carga casi se apilaba dos metros por encima del borde de madera. Las jóvenes vigilaron con ojos atentos cómo el labrador y Magnus sujetaban las cajas atándolas con cuerdas, hasta que por fin toda la carga quedó amarrada y segura.

—¡Listo! —exclamó Johanna con un ruidoso soplo—. Ahora al menos podremos movernos de nuevo por casa con libertad, sin que se oiga a cada paso el tintineo del cristal.

—Tiene la misma pinta que cualquier otro carro cargado de objetos de cristal, ¿no os parece? —En cierto modo, a Marie le parecía increíble que esa enorme montaña de cajas de color beis hubiera atiborrado su casa.

—Así es. Por fuera nada indica todo lo que brilla y fulgura en su interior —contestó Johanna.

Ruth, que estaba mirando fijamente la polvorienta ventana de la cocina, se volvió.

—¡Y alégrate de ello! Nadie tiene que saber lo que transportamos. Al final todavía me asaltarán —murmuró entre dientes, para volver a consagrarse a su borroso reflejo. Con un suspiro de desaprobación, se enderezó un bucle aquí, se pasó un mechón de pelo detrás de la oreja allá o un dedo humedecido por las cejas.

Johanna y Marie intercambiaron elocuentes miradas. Desde que se había levantado, Ruth había pasado más tiempo delante del espejo que en ningún otro sitio. Ni siquiera Wanda había recibido la atención acostumbrada. La pequeña descansaba en su cochecito, refunfuñando.

—Ten mucho cuidado con la documentación —encareció Johanna a Ruth de nuevo ese día—. En las listas está pulcramente anotado cuántas piezas de adornos

navideños suministramos y de qué tipo. Sin esa información, no podrán formalizar en Hamburgo los documentos de exportación. Una vez con Strobel...

—¡Johanna, hace mucho que estoy enterada de todo eso! Es mejor que te encargues de cuidar de Wanda. —Los ojos de Ruth brillaban como la pizarra pulida—. No te preocupes, sé lo que tengo que hacer.

—No estoy tan segura de ello —replicó Johanna con un resoplido, y añadió en voz más baja—: Y no hagas ninguna tontería cuando el tal Steven...

—¡Johanna, por favor, olvídale! —murmuró Ruth.

Y volviéndose bruscamente lanzó un último beso con la mano a su hija, que seguía todo ese trajín con mirada escéptica.

—Hasta esta noche, pequeña Wanda. Si te portas bien, mamá te traerá un regalo.

Ya estaba medio subida al pescante pero cambió de opinión y descendió de nuevo.

—Pero ¿qué demonios pasa ahora? ¡Mujeres! —gruñó el labrador, al que tras su regreso de Sonneberg le esperaba todavía una larga jornada de trabajo.

Ruth abrazó con fuerza a Marie.

—¿Ves? Lo hemos conseguido. Porque las tres Steinmann no nos dejamos doblegar, ¿verdad?

Marie correspondió a su abrazo.

—¡Que te diviertas en Sonneberg!

El vehículo se puso por fin en marcha con un chirrido de ruedas. Wanda se echó a llorar. Johanna meneaba el cochecito arriba y abajo sin apartar los ojos del carro. Peter se colocó a su lado y ella permitió que le pasara el brazo por los hombros.

Marie estaba algo apartada. Había llegado el momento: miles de piñas y nueces plateadas, bolas pintadas y azogadas emprendían el largo camino a América. Lo que había constituido su existencia durante los últimos meses desaparecía para siempre de su vida. ¡Le habría encantado viajar también a Sonneberg! Cuando lo mencionó, Johanna al menos no lo rechazó y propuso a su vez que además las acompañara Peter. Pero Ruth se negó a hablar del asunto e insistió con vehemencia en ir sola. Faltó poco para que volvieran a pelearse. Pero después Johanna se llevó aparte a Marie y le explicó en pocas palabras los motivos de Ruth.

—Deja que se reúna de nuevo con el tal Steven. A lo mejor se da cuenta de que corre tras un sueño absurdo. Y nosotras pasaremos un buen día de asueto con Peter —añadió.

Pero Marie lo rechazó con un gesto. Si no podía viajar a Sonneberg, prefería estar tranquila.

—Bueno, la verdad es que saber que toda esa agitación ha pasado ya es una sensación bastante rara —dijo Johanna sonriendo.

Peter suspiró.

—Eso es típico tuyo. En lugar de alegrarte, te entristeces —sonrió con censura—. Creo que lo mejor será que vengas enseguida conmigo. ¿O has olvidado que

prometiste que hoy, para variar, me ayudarías?

Antes de que Johanna pudiera poner objeciones, agarró el cochecito de Wanda y lo empujó hacia su casa.

—¿Qué pasa, que quieres echar raíces? —le gritó sin volverse.

Johanna miró a Marie.

Esta se apresuró a animar a Johanna con una inclinación de cabeza. A continuación se quedaron solos ella y Magnus. Con aire distraído, este hurgaba con la punta derecha de su zapato en el suelo duro.

De repente Marie sintió frío. Con todo el nerviosismo, se había olvidado de ponerse la chaqueta por la mañana, pero unos días antes habían llegado ya los primeros fríos. No transcurriría mucho tiempo hasta que los árboles se despojasen de su vistoso ropaje de hojas. Al contrario que a la mayoría de la gente, a Marie la desnudez de los árboles le alegraba. Cuando sus contornos nítidos destacaban oscuros sobre el fondo de la incolora luz invernal, nada distraía ya la mirada de sus ramificacionesafiligranadas.

Se rodeó el torso con los brazos.

—¿Tú crees que se podrían reflejar también las estaciones del año en las bolas de Navidad?

—¿Las estaciones en las bolas? —inquirió Magnus, sorprendido.

—Sí. Eso daría una serie de cuatro bolas, cada una de las cuales representaría una estación del año —mientras hablaba, las bolas comenzaron a tomar forma en su imaginación.

La bola de la primavera iría completamente cubierta de primulas amarillas. ¿Qué pintaría en la del verano? ¿Un sol, quizá? No, entonces habría dos bolas cuyo color básico sería el amarillo. Pues entonces la bola de la primavera tendría manojos de lirios del valle. Desde luego, la del otoño luciría hojas de todos los matices. Y la del invierno... Bueno, eso estaba claro.

—¡Por qué no se me habrá ocurrido antes esa idea! —enfurecida, dio un pisotón contra el suelo.

—¿Y qué problema hay? —preguntó Magnus—. Pinta esas bolas para el próximo encargo.

—¡Suponiendo que nos lo hagan! Todavía no sabemos si alguien querrá tener esas cosas en América.

—¡Eres un ave de mal agüero casi tan mala como mi madre! Jamás lo habría pensado de una artista como tú.

Marie se ruborizó, y para cambiar de tema preguntó:

—Por cierto, ¿dónde está Griselda? Creía que no dejaría por nada del mundo de acompañarnos esta mañana después de que los dos nos hayáis ayudado noche tras noche en las últimas semanas.

Magnus torció el gesto.

—El viejo Heimer ha vuelto a darle trabajo. Ha insistido en que limpie hoy

mismo el almacén, porque mañana hay que meter mercancía nueva.

—¿Hoy? ¿En sábado?

Asintió malhumorado.

—¡Si al menos le pagara un jornal de un marco por sus continuos trabajos extra! Pero el viejo la explota hasta el límite.

—¿Quieres decir que no le paga por todas las horas de trabajo?

Marie frunció el ceño. Griselda era siempre la última en marcharse del taller de Heimer por las tardes. Desde la muerte de Edeltraud, la criada, apenas pasaba un día sin que Wilhelm Heimer no le encargase trabajo adicional. Curiosamente no hacía lo mismo ni con Marie ni con Sarah, que era más lenta que un caracol.

Magnus rio amargamente.

—Precisamente eso digo. Y a pesar de todo, mi madre se pasaría el día dando las gracias de rodillas a ese tipo por poder trabajar con él.

A Marie le dio la impresión de que tenía que salir en defensa de Griselda.

—Es que tu madre es una buena persona, siempre dispuesta a echar una mano, también a nosotras. Recuerdo cómo nos ayudó después de la muerte de nuestro padre. ¡Y no digamos estas últimas semanas!

—Eso era cuestión de honor. Por esa razón se sorprendió tanto mi madre cuando Johanna insistió en pagarnos esas pocas horas de trabajo. Prescindiendo del hecho de que ese dinero nos viene muy bien, os habríamos ayudado gratis.

Magnus era por lo menos tan bondadoso como su madre, pensó Marie conmovida.

—Sin esas pocas horas vuestras, como tú dices, jamás habríamos conseguido tener listo el envío para hoy.

Él hizo un gesto desdeñoso y cambió de tema.

—Hace un frío terrible para septiembre. Nos espera otro invierno duro. Oye, ¿te apetece una infusión caliente? Podría prepararla. Y además mi madre hizo ayer tarta de manzana.

Marie vaciló un instante.

—¡Y por qué no! —Se encogió de hombros, suspirando—. A lo mejor así me voy acostumbrando a que a partir de hoy ya no tengo trabajo adicional que hacer.

Estaban a mitad de camino de casa de Griselda cuando Marie se detuvo de repente.

—¿Qué pasa? ¿Te lo has pensado mejor?

Marie se mordió los labios.

—En realidad, estoy un poco enfadada por no haber ido también a Sonneberg. Habría sido una buena ocasión para dar un paseo por la ciudad.

—¿Un paseo por la ciudad en el que te habrías apresurado a poner en manos de los comerciantes de Sonneberg una parte de vuestras ganancias, verdad? —Magnus sonrió con cierto sarcasmo.

Marie negó con la cabeza.

—Si todavía no hemos cobrado nada por el pedido. Pero por lo que me ronda por la cabeza habría dado todo el contenido de mi hucha ahorrado con esfuerzo. En fin, otra vez será —su voz no revelaba la nostalgia que la embargaba.

Magnus movía los pies, inquieto. Por fin, sin mirar a Marie, preguntó:

—Pues si tanto te apetece ir a Sonneberg, ¿por qué no vamos juntos? Si no quieres gastar dinero en el tren, podemos ir andando. ¿Y quién sabe? A lo mejor tenemos suerte y alguien nos lleva un trecho. —El entusiasmo de Magnus aumentaba a cada palabra.

Marie tenía sentimientos encontrados. ¿Sería Magnus el acompañante adecuado para su empresa?

—No sé. Primero tendría que avisar a Johanna. Habíamos acordado que yo me encargaría de cuidar a Wanda durante medio día.

—Sí quieres, hablo yo con ella. Estoy seguro de que no pondrá reparos a tu excursión —le propuso Magnus—. ¿Quieres?

Marie le sujetó por la manga.

—¡Espera! Otra cosa más. ¿Y si nos cruzamos con Ruth? Al final pensará que no confío en que sea capaz de entregar la mercancía con seguridad. Eso me resultaría muy desagradable.

—Sonneberg tampoco es un pueblo tan pequeño como para toparse continuamente con la gente —replicó Magnus. Su voz revelaba decepción.

»Si no te apetece ir conmigo, lo dejamos y punto, ¿vale?

—No es eso —se apresuró a decir Marie con una sonrisa tímida—. Pero hay algo más... ¡Mírame, así no puedo ir a la ciudad! —Señaló sus pantalones.

Un buen día empezó a ponerse en casa los viejos pantalones de Joost, porque no se enredaban como una falda en la tubería de gas. Muy pronto comprobó que los pantalones eran mucho más prácticos que los vestidos de mujer, te vestías rápidamente y tenías más tiempo para cosas más importantes. Aunque Johanna y Ruth ponían todos los días el grito en el cielo al ver esos viejos andrajos, Marie no había abandonado su nueva costumbre.

—Pensándolo bien, es que no tengo nada bueno que ponerme —añadió.

Magnus cruzó los brazos delante del pecho. Las comisuras de su boca se curvaron en una sonrisa burlona.

—Marie Steinmann. ¿No tendrás miedo a tu propio coraje?

Apenas llevaban media hora andando cuando un carruaje se detuvo a su lado y los llevó por unas pocas monedas. Llegaron a Sonneberg antes de las once. Durante el viaje, Magnus había propuesto muchas actividades. Finalmente, Marie le reveló su deseo. Él la escuchó sin pestañear.

Caminaron, pues, con paso resuelto desde la plaza del mercado y se adentraron en un pequeño callejón. Marie vio el letrero desde lejos: «Libros nuevos y viejos», y debajo, en letras más pequeñas: «Compra y venta, Alois Sawatzky». Su corazón latía con fuerza.

—¿Y qué pasará si no tiene nada de ese tipo? —susurró ella.

—Enseguida lo averiguaremos. —Magnus bajó el picaporte.

La estridente campanilla de la tienda la sobresaltó. Vacilante, entró en el establecimiento detrás de Magnus.

Dentro no había mucha claridad. Los ojos de Marie tuvieron que acostumbrarse primero al cambio de luz. También el olor exigía habituación: viejo y enmohecido, quizá un poco ácido incluso; no se imaginaba que los libros pudieran tener un olor tan desagradable.

—¿Hay alguien aquí? ¿Señor... Sawatzky? ¡Hola! —llamó Magnus.

Marie estaba asombrada. Mirase donde mirase, veía altos montones de libros apilados. Hasta las ventanas estaban tapadas, de forma que la luz del día únicamente entraba por estrechas rendijas.

—Y nosotras que nos quejábamos por unas cuantas cajas —murmuró entre dientes.

—Buenos días, señores. ¿En qué puedo servirles?

Marie distinguió en la penumbra a un hombre colocado entre las pilas de libros.

—Venimos buscando algunos libros —contestó Magnus—. Mi acompañante podrá contarle algo más al respecto.

Alois Sawatzky era mucho más joven de lo que Marie imaginaba a un librero. Frente a un hombre viejo de barba canosa se habría sentido menos ridícula con su petición.

—Estoy buscando libros de arte.

—De arte. —El hombre se retorció la barba—. Y concretamente ¿qué? —Su mirada resbaló por su larga nariz y se detuvo en algún lugar por encima de la cabeza de la muchacha.

Marie respiró despacio.

—¿En concreto? Bueno... ¿Qué puede ofrecerme usted?

—Estimada señorita, mi oferta es tan extensa que personas amantes de los libros vienen hasta aquí desde todas las partes, y algunos incluso recorren el largo camino que hay desde Weimar. Debería darme usted alguna indicación. Si no, seguiremos aquí mañana por la mañana —concluyó con una tosecilla.

—El caso es...

Magnus se disponía a intervenir cuando una mirada a Marie le dejó claro que ella también se las podía apañar sola con ese tipo arrogante. Respiró hondo y adelantó el mentón.

—Lo que me interesaría sobre todo sería un tratado sobre estilos modernos. Es decir, todo lo que esté *en mode*. —Le lanzó una mirada de la que Johanna se habría sentido orgullosa. *En mode...!* ¡Todo lo que supiera ese mono presumido ya lo sabía ella!

—Pero además estaría muy interesada en obras sobre la Antigüedad. Los viejos maestros y demás. —Hizo un ademán desdeñoso—. Y si tuviera usted algo sobre la historia del soplado de vidrio... Y después... Claro está que no sé si se ha escrito un libro semejante, pero también me sería de utilidad algo sobre técnica dibujística, una escuela de dibujo, por así decirlo, sobre todo de dibujo al carboncillo. ¡Y si hay algo parecido sobre la utilización de los colores, tanto mejor! Aparte de esto, también me interesaría... ¿Qué sucede? —se detuvo, frunciendo el ceño.

Los ojos del hombre habían ido agrandándose en el curso de su parlamento.

—¿Tal vez su oferta no es tan amplia? —preguntó Marie con tono levemente burlón.

—Muy al contrario, estimada señorita. —Faltó poco para que el librero le hiciera una reverencia—. Estoy seguro de que podrán encontrar algunos tesoros entre mis existencias. Síganme, por favor. ¿Permiten que vaya delante? —Con un amplio gesto señaló la parte del fondo de la tienda.

Marie le dirigió una mirada indulgente. Cuando el hombre les dio la espalda, le guiñó un ojo a Magnus. Juntos se abrieron camino entre las montañas de libros. Poco después el librero se detuvo.

—¡Bueno, hemos llegado! ¿Desearía la señorita echar un vistazo sin compromiso a alguna obra?

Señaló detrás de él. La fingida soltura de Marie se desvaneció.

—¿Todo eso son libros de arte?

La sonrisa del librero se ensanchó.

—¡Por supuesto! ¿Acaso conoce usted un tema, exceptuando el amor, sobre el que se haya escrito más que sobre arte?

Salieron de la tienda dos horas después. Las mejillas de Marie ardían y estaba

acalorada, como si tuviera fiebre, lo que no se debía únicamente al hecho de haberse gastado todos sus ahorros. Le habría gustado rechazar la invitación de Magnus a una cerveza. Por una parte, ardía de impaciencia por llegar a casa y cortar los cordones del paquete de papel grueso que contenía los libros. Por otra, no sabía si Magnus podía permitirse siquiera una visita a la taberna. A pesar de todo, aceptó.

—Pero solo si no nos tropezamos con Ruth —fue su única condición.

Mientras caminaban por Sonneberg, Magnus señalaba solícito esta o aquella tienda y hablaba de todo y de todos.

—Pese a llevar tan poco tiempo trabajando de recadero entre Lauscha y Sonneberg, has aprendido mucho —se asombró Marie—. Seguramente, sin ti ni siquiera habría sabido encontrar el camino de vuelta a la plaza del mercado.

Magnus se dirigió con paso decidido a una hostería un poco apartada. Sonrió.

—Pues al menos sirvo para algo, ¿no?

Al entrar pidió dos vasos de cerveza y dos rebanadas de pan con queso.

Al principio, Marie quiso protestar, pero después notó que la búsqueda del arte le había dado mucha hambre. Apenas tuvo ante ella el plato de queso —la patrona había añadido un pepino en salmuera—, le dio un buen mordisco.

—Como recadero te enteras de muchas cosas, eso es cierto —declaró Magnus, reanudando la conversación anterior—. Pero Dios sabe que del trabajo en sí no hay que enorgullecerse. Tú y tu habilidad artesanal, tu fantasía y tu arte... ¡Eso es lo que vale! ¿Sabes que casi te envidio por ello?

Marie rio.

—Mucha gente tiene ideas —murmuró, casi con timidez.

—¡Pero no tan buenas como las tuyas! Muchos sopladores de vidrio todavía no incluyen en su surtido bolas para el árbol de Navidad. Y los que las hacen... Tendrías que ver qué bolas tan simples. Sin adornos especiales, como mucho azogadas por dentro una vez, más no. ¡Comparadas con tus obras de arte son realmente aburridas!

—Bueno, no sé si creerte. —A pesar de que las palabras de Magnus sonaban a los oídos de Marie como música celestial, su admiración le resultaba al mismo tiempo embarazosa.

—Pues puedes creerme, de veras. Al fin y al cabo, yo me encargo de transportar todas las muestras de aquí para allá. Pero no hablemos de los demás. —Se inclinó hacia ella por encima de la mesa.

»¿Quieres saber qué es lo que más admiro en ti? —Y sin esperar respuesta continuó—: Tu perseverancia. Tu seguridad en todo lo que haces. Cuando quieres algo...

—¿Yo, segura? —lo interrumpió Marie—. Te engañas. En cuanto me siento ante el bloc de dibujo o ante la mesa de trabajo me asaltan las dudas. ¿Saldrá bien esta forma? O: ¿podrá realizarse en cristal mi boceto?, me pregunto en ese instante. —Meneó la cabeza—. La mayor parte del tiempo las dudas me provocan auténtico sufrimiento. Entonces me convengo de que mi habilidad sencillamente no es

suficiente. ¿Cómo iba a serlo? Si lo poquito que sé lo he aprendido sola —suspiró.

—¿Y nunca has pensado en acudir a la escuela de soplado de vidrio de Lauscha? Ella se sorprendió.

—¿Te refieres a la escuela de dibujo y modelado? Pero si solo es para los hijos de los sopladores de vidrio. No para sus hijas.

—A lo mejor te aceptan, pese a todo. Se dice que la escuela no está muy concurrida.

—Eso es lo malo —afirmó Marie—. O los chicos no quieren aprender más o sus padres los llevan enseguida al mechero en cuanto terminan la escuela —repuso encogiéndose de hombros—. Sea como fuere, esa escuela no está pensada para mí. Y por lo que se refiere a mis dudas, en el fondo yo creo de todos modos que en el arte no puede haber certezas. Ay, no sé. —Ya hablar de ello despertaba en ella de nuevo todo el desamparo y la soledad de las numerosas noches pasadas ante el mechero.

Ni siquiera con Peter había sido nunca tan sincera. A fin de cuentas, solo era una mujer que se creía capaz de igualarse a los señores de la creación; que quería entender e incluso dominar la materia más difícil de todas.

—¿Por eso todos esos libros, verdad?

Marie sonrió, turbada.

—No dirán nada de bolas navideñas, pero seguro que encuentro un par de informaciones útiles. ¿Vale la pena intentarlo, no?

Magnus reflexionó.

—¡Más que eso! —contestó con tono de profunda convicción—. A lo mejor a partir de ahora deberías pasar a diario cierto tiempo con tus libros. En una especie de estudio, valga la expresión.

Marie lo miró desconcertada.

—¡Es justo lo que me propongo! ¿Acaso lees el pensamiento?

Magnus sonrió.

—A lo mejor es que puedo comprender el alma de un artista. Pero bromas aparte —tomó su mano—, si quieres saber mi sincera opinión, será muy importante para ti, pero no le dedicas tiempo suficiente a tu arte.

—Bueno, eso sí que no se puede decir —protestó Marie mientras retiraba su mano—. ¿Quién ha estado en las últimas semanas noche tras noche junto al mechero, soplando el vidrio? Creo que he sido yo, ¿no?

Magnus sonrió.

—A eso me refiero precisamente. —Y al ver que ella fruncía el ceño, añadió—: Has trabajado para ganarte el pan. Ahora deberías concederte tiempo para seguir desarrollando tus aptitudes artísticas. No puedo imaginar que los antiguos maestros, como Rembrandt o Rubens, se hubieran convertido en pintores tan famosos si hubieran tenido que ganarse la vida pintando día y noche.

—Olvidas mencionar que, según dicen, muchos de los antiguos maestros se morían de hambre —replicó Marie con tono seco—. Y olvidas además que ni Ruth ni

Johanna tienen trabajo.

Magnus asintió.

—Lo sé, llevas una pesada carga sobre tus hombros. Sin embargo, siempre que encuentres un poco de tranquilidad después de trabajar con Heimer deberías poner en práctica tus bocetos, leer tus libros, contemplar las ilustraciones... ¡Ay, qué envidia me da lo que te espera!

Marie notó cómo crecía también su excitación. Magnus tenía razón. ¡Más razón que un santo! Ella se moría de ganas por retomar sus estudios, abandonados desde que Johanna y Ruth se habían instalado en casa. A pesar de todo, ladeó la cabeza y lo miró con aire crítico.

—Por tu forma de hablar, cabría pensar que te pasas los días asesorando a algunos de los denominados artistas. ¿Cómo pretendes saber tan bien lo que es bueno para mí?

Él le guiñó el ojo.

—¿No acabas de decir hace un momento que no había certeza en el arte? Pues yo solo sé con seguridad una cosa: en tu interior hay mucho más de lo que tú eres consciente, solo tienes que dejarlo salir.

De repente Marie sintió que las lágrimas le ardían bajo los párpados y tuvo que hacer un gran esfuerzo para contenerlas.

—Es la primera vez que alguien deposita tanta confianza en mí —musitó—. Porque habrás oído lo que piensan los demás del pueblo de una sopladora de vidrio.

—Es comprensible que la gente tenga que acostumbrarse a algo nuevo —contestó Magnus—. Tú y tus hermanas vais un buen trecho por delante de nuestra época. Pero te lo aseguro, dentro de unos años habrá más sopladoras de vidrio. Y quién sabe... A lo mejor entonces también ellas pueden ir a la escuela de soplado.

Marie suspiró. Las palabras de Magnus eran un bálsamo para ella.

—Eso sería estupendo, tendría por fin a alguien con quien poder hablar de todas... de todas estas cuestiones.

—¿Cómo? ¡Si me tienes a mí! —replicó él, audaz.

Marie miró a Magnus como si lo viera por primera vez: un rostro armonioso en el que los ojos negros parecían un poco perdidos. Las cejas oscuras, demasiado juntas. Los cabellos, largos y algo descuidados. Desde un punto de vista estrictamente externo, no había nada especial en el hijo de Griselda. Ni una mirada atrevida, ni un brillo especial en los ojos, ni unos labios plenos con aspecto de besar con gusto.

Y sin embargo Magnus era un joven extraordinario: cómo se había ocupado de Johanna después de... su desgracia. Había demostrado que se podía confiar en él. Y su altruismo, su capacidad para ponerse en la piel de otra persona...

Marie le dedicó una sonrisa.

—Sigo creyendo que la mayoría de tus cumplidos no son más que pura adulación, pero a pesar de todo me han reconfortado. Gracias —añadió en voz baja—. ¿Sabes?, después de estos primeros intentos trabajosos en el arte del soplado de vidrio quiero

aprender a volar. Me gustaría crear las bolas navideñas más bonitas que imaginarse pueda. Los ojos infantiles tienen que brillar de alegría cuando descubran en ellas mis figuras de Papá Noel. Mis bolas tienen que hacer resplandecer la habitación más pobre, captar cada destello de luz de mil maneras diferentes y titilar como las estrellas en un cielo despejado. ¡Cada persona, joven o vieja, hombre o mujer, tiene que descubrir en mis bolas su propio y pequeño paraíso!

El campesino intentó infructuosamente en varias ocasiones entablar conversación con su bonita y joven acompañante, pero Ruth solo fue capaz de esbozar una sonrisa ausente. Tenía la boca seca y su garganta no conseguía reunir un poco de saliva. Presa de los nervios, se olvidaba una y otra vez de respirar. Su vientre le daba tales retortijones que al final empleó toda su atención en calmar sus alterados intestinos. En vano; a mitad del camino, para vergüenza suya, tuvo que pedir al cochero que se detuviese. Su pánico aumentó al no descubrir ningún escondrijo en el bosque despojado de hojas. Apurada, corrió finalmente detrás de un grupo algo apartado de abetos, pero en cuanto llegó los retortijones se esfumaron súbitamente.

Cuando aparecieron las primeras casas de Sonneberg, Ruth era un manojo de nervios.

¡Enseguida, enseguida llegaría el momento! Por fin volvería a ver a Steven.

El labrador preguntó adónde debía dirigir el tiro. Le costó esfuerzo concentrarse, y tragando saliva con fuerza le pidió al hombre que se dirigiera a la estación de ferrocarril. Este meneó la cabeza y le dirigió una mirada de sospecha.

De camino a la estación, Ruth repasaba la calle con los ojos buscando a Steven, pero no veía por ninguna parte la cabeza de rebeldes cabellos negros.

Ya en la estación, el campesino situó sus caballos junto al andén. Ruth, en lugar de apearse, se quedó sentada en el pescante.

¿Cómo iban a encontrarse allí?

No habría podido imaginar peor sitio para una cita que esa casa de locos: dondequiera que fueras o estuvieras se apilaban montañas de mercancías, cambiaban de dueño dinero y cargamentos. Los tonos eran ásperos, entre el gentío de la vía completamente abarrotada la paciencia era el más raro de todos los bienes. Los vehículos se apiñaban luchando por el mejor sitio para descargar. Más de una vez el cargamento osciló peligrosamente y Ruth temió que los caballos del labrador se desbocasen de un momento a otro debido a los fuertes gritos y al restallar de los látigos a su alrededor. Pero ellos mantuvieron su puesto con indiferencia.

El pánico y la desilusión de Ruth iban en aumento. Su vientre volvía a causarle problemas. Mientras el campesino comenzaba a soltar las cuerdas que sujetaban las cajas, Ruth descubrió a la izquierda de la entrada principal un letrero que indicaba los lavabos públicos. Meditó brevemente. Después masculló algo sobre su maltrecho estómago, señaló vagamente hacia la entrada principal y salió corriendo.

—¡Enseguida vuelvo! ¡Cinco minutos! —le gritó al campesino volviendo la cabeza.

Esta vez consiguió hacer sus necesidades. Después se miró en el espejo sucio que colgaba encima del lavamanos y se asustó: ¡tenía la cara muy tensa! Se sacó la lengua.

—¡Menuda idiota estás hecha! —se riñó—. ¡Ningún hombre en este mundo se alteraría tanto!

Cuando volvió a salir de los lavabos se había tranquilizado un poco.

Y entonces lo vio.

¡Steven!

Estaba ahí parado con una libreta negra en la mano y parecía contar las cajas que el campesino apilaba en varios montones. Durante un momento, Ruth se preguntó cómo había podido encontrar el carro correcto en medio de todo ese barullo.

Tenía el corazón en un puño. ¿Cómo debía saludarlo? Ojalá fuera capaz de proferir algún sonido siquiera.

Antes de que pudiera decir algo, Steven alzó la vista.

—¡Ruth! —Una sonrisa radiante iluminó su rostro. Bajando sus documentos, caminó hacia ella.

—¿Cómo te encuentras? El cochero ha dicho que tenías el estómago mal. Espero que no sea nada grave.

¡Precisamente tuvo que verla venir de los lavabos! Ruth notó cómo el calor le subía a las mejillas.

—No, no, es solo una especie de enfriamiento —respondió, turbada.

—Pues la verdad es que un poco pálida sí que estás, si me permites decirlo.

Esa mirada, tan preocupada por ella, tan... Ruth tuvo que hacer un gran esfuerzo para no arrojarse a su cuello.

—Es posible. No estaba preparada para tanta agitación. —E hizo un ademán que abarcaba la estación entera.

—¡Por eso estoy yo aquí! —Steven tomó su mano y le dio un corto apretón—. Me ocuparé de todo. Las bolas de Marie saldrán intactas de Sonneberg y llegarán igual de intactas a Nueva York.

Su sonrisa y la seguridad que irradiaba habrían tranquilizado a una manada de caballos desbocados. A Ruth le costaba contener su alegría.

—Aquí están los listados de las piezas. Tal como se solicitó, hemos anotado una por una cada tipo de bola. El contenido de las cajas va reflejado aquí. —Señaló la parte superior de la primera hoja.

Qué bien olía Steven. Inclinado sobre los papeles, su cara estaba apenas a un palmo de la suya. Tenía sombras oscuras bajo los ojos.

—Pareces cansado —se oyó susurrar Ruth mientras resistía el impulso de borrar con una caricia los signos de fatiga en sus mejillas.

Él alzó la vista.

—La idea de volver a verte me ha quitado el sueño —susurró sin apartar los ojos de ella. Como si él mismo tuviera también que controlarse, le arrebató la documentación de la mano.

—Bueno. Ahora encarguémonos de encaminar como es debido a este bebé, cuanto antes, mejor. Tan pronto terminemos, me gustaría invitarte a una taza de cacao caliente. ¿De acuerdo?

Ruth asintió. ¡Pues claro!

A partir de entonces ya no tuvo que ocuparse de nada. A una seña de Steven se acercaron tres obreros, entregó la documentación a uno de ellos y los hombres comenzaron a apilar las cajas en varios cajones de madera enormes. Luego se los llevaron sobre una especie de carretilla. Steven depositó unas monedas en la mano del hombre al que había entregado la documentación del transporte y todo quedó resuelto. No tardó ni un cuarto de hora.

Cuando regresó a su lado, Ruth casi lamentó que todo hubiera sucedido tan rápido. Le habría gustado pasarse un rato más mirándolo.

Steven insistió en dejar cerrado lo comercial; apenas llegaron al café, volviéndose a medias hacia la pared y a medias por debajo de la mesa, comenzó a pagar a Ruth los seiscientos marcos. Al final ella tenía en la mano un considerable fajo de billetes que guardó en el bolso con dedos temblorosos. Seiscientos marcos, el pago por seis semanas de trabajo duro, poco sueño, riñas y lágrimas. Nunca había tenido tanto dinero.

El olor a chocolate caliente flotó sobre su mesa, mientras que los temores de Ruth a no tener nada que decirse se habían evaporado hacía mucho tiempo.

Ese día, las horas transcurrieron más veloces que en cualquier otro. La taza de cacao se convirtió en dos y finalmente en tres. Si después alguien hubiera preguntado a Ruth de qué habían hablado, ella no hubiera sabido qué decir. Y sin embargo, fue como si apenas hubiera transcurrido un día desde su último encuentro, tan fácilmente retomaron el hilo de la conversación. Además de su animada charla había otra forma de comunicación, por ejemplo, cuando Steven se sacó un pañuelo del bolsillo de la pechera en cuanto Ruth hizo ademán de estornudar. Su mirada de cólera cuando ella le contó de Thomas y sus apariciones nocturnas delante de su casa. Los ojos brillantes de Ruth cuando Steven le habló de la inminente decoración navideña en las tiendas Woolworth. Su entusiasmo por la fiesta de Acción de Gracias, que él le explicó con todo detalle.

—Se me hace la boca agua —dijo ella con una risita—. Casi puedo oler el pavo

relleno sobre vuestra mesa.

—¿Has pensado alguna vez en abandonar Lauscha?

La pregunta de Steven se abatió sobre Ruth de improviso.

—¿Abandonar Lauscha? —Se llevó la mano a la garganta, que súbitamente notó estrecha.

Durante toda la tarde había logrado olvidar las circunstancias de su encuentro, su carácter único, el tiempo que iba transcurriendo para ella a cada risa, a cada mirada. Ahora su pregunta le recordó todo eso. Y como si hubiera hecho falta otro recordatorio más, el reloj de pie de roble que estaba en la parte delantera de la estancia dio las seis. El café cerraba a las siete.

—¿Cómo podría abandonar Lauscha?

—Yo me pregunto más bien cómo eres capaz de quedarte. ¿Qué futuro te espera aquí? —preguntó Steven en voz baja—. Después de todo lo que me has contado de Thomas, estoy muy preocupado por ti. Ese hombre no te dejará en paz. ¿Qué pasará si un día os acecha en algún sitio a ti o a tu hija y no hay nadie presente?

—Él no quiere saber nada de Wanda. —Ruth negó con un gesto.

La mirada de Steven continuó más que escéptica.

—Ya ha sucedido más de una desgracia porque alguien pensó: lo que no puedo tener yo, no lo tendrá nadie.

Ruth levantó las manos, desesperada.

—¿Por qué me asustas? Estoy casada con él. Sé que Thomas jamás me dejará libre, su orgullo no se lo permite. Pero por eso mismo tampoco me matará. —Los ojos se le llenaron de lágrimas. No tenía futuro en ninguna parte, se lo había jugado hacía mucho tiempo.

—Ruth, Ruth... —musitó Steven, acariciándole la cabeza con suavidad—. No llores. Yo estoy contigo. Yo cuidaré de ti.

¿Cómo podía ser eso posible? Steven tenía su lugar en la vida, y ella, el suyo. Se lo dijo sorbiéndose la nariz.

—¿Has olvidado que soy americano? —contestó con una sonrisa atrevida que no cuadraba mucho con su estado de ánimo—. Los americanos no nos conformamos tan fácilmente con las circunstancias que nos desagradan. Las cambiamos. Y tengo la sensación de que tú también eres capaz de eso. —Le levantó la barbilla.

Ruth se apresuró a secar sus ojos llorosos.

—¿Cuántas mujeres habrían preferido pasar la vida al lado de un marido que les pegue en lugar de arriesgarse a dar un paso valiente, como tú, y abandonarlo? —preguntó Steven, y al ver que ella no contestaba, añadió—: ¿Conoces a otra mujer capaz de atreverse a visitar a mister Woolworth en su habitación? Tú comenzaste hace mucho a tomar en tus manos las riendas de tu destino.

—Visto así, es verdad —admitió ella con una pequeña sonrisa—. Mi padre siempre decía que las lamentaciones no sirven de nada, que hay que actuar.

Ella no sabía bien de qué estaban hablando en realidad. ¿Qué quería oírle decir

él? ¿Adónde quería ir a parar?

—Ay, Steven —suspiró—. A lo mejor esta conversación tendría sentido si las cartas estuvieran repartidas de otra forma. Pero, por lo visto, ningún destino, por bondadoso que fuese, podría cumplir con mi deseo más ferviente: hacer que el tiempo retroceda hasta antes de mi boda.

—En realidad, tú no lo deseas —sostuvo él—. En ese caso, primero, no tendrías una hija tan preciosa como esta. —Señaló la foto de Wanda, que Ruth le había enseñado poco antes—. Y segundo, no nos habríamos conocido.

—¡Eso también es verdad! —Ruth rio—. Tienes el don de encontrar una chispa de luz en la más negra oscuridad.

Él rio con ella.

—Espera, tengo algo para ti. —Se agachó por debajo de la mesa hasta su cartera. Poco después colocó delante de Ruth una pieza de cristal con forma de corazón.

—¿Un corazón de cristal? —Ella lo tomó con mucho cuidado en su mano, donde se ajustó como una perla a su concha. Frío y suave a la vez. Lo expuso a la luz.

—Qué bonito. Pero... —De pronto, su corazón se volvió más pesadoso todavía—. El cristal se rompe con facilidad...

—¡Sabía que repararías en esa ambigüedad! Mister Woolworth descubrió el corazón hace algún tiempo, en unos grandes almacenes ingleses. En nuestra última visita a Sonneberg intentó encontrar un soplador de vidrio que lo fabricara para nosotros. Pero, por desgracia, o quizá debería decir gracias a Dios, dejamos la pieza de muestra en nuestra oficina de Hamburgo. ¿Qué te parece?, ¿podrías asumir vosotras este encargo?

Era una muestra, no un regalo. Ruth volvió a depositar el corazón encima de la mesa. Se encogió de hombros.

—Seguro que Marie puede hacerlo. ¿Cuál sería la cuantía del pedido? —Si tenía que morir con el corazón roto, al menos no quería además morir de hambre, pensó en un atisbo de humor negro.

—Mil piezas.

Ruth soltó un corto silbido.

—¡Es muchísimo! ¿Y en qué fecha tienen que estar listos los corazones? —Contuvo la respiración. ¿Vendría también él en persona a buscar ese pedido a Sonneberg?

—Para finales de noviembre. Tenemos que contar con tomar uno de los buques mercantes más lentos, y después la travesía dura cuatro semanas, de manera que los corazones llegarán a Nueva York como muy pronto a principios de enero.

—¡Eso supone otras siete semanas! —Ruth se mordió el labio. ¿Significaba eso que Steven se quedaría todo ese tiempo en Hamburgo?

—Por desgracia no puedo ofrecerte otra cosa. Los corazones tienen que estar listos para su venta en todas las tiendas Woolworth el día catorce de febrero, porque en esa fecha celebramos en América el día de San Valentín, el patrono de los

enamorados. Entonces todos los enamorados se hacen pequeños regalos, como por ejemplo este corazón. En todas las tiendas Woolworth se disponen para ese día mostradores especiales.

—¡Qué costumbre tan bonita! Las mujeres que reciban un corazón de cristal como este pueden llevarlo al cuello con una cinta de terciopelo. O colgarlo en la ventana de un cordoncito, para que cada vez que miren hacia fuera recuerden a su amado.

¡Cuánto le gustaría a Ruth ser una de esas mujeres! Pero antes de volver a caer en poder de la pesadumbre, comenzó a calcular.

—Si encargamos los tubos nada más empezar y fabricamos ciento cincuenta piezas a la semana... —Pero ¿qué hacía calculando si de todos modos no le quedaba más remedio que aceptar el encargo? Alzó la vista y tendió la mano a Steven—. ¡De acuerdo! Mister Woolworth recibirá sus corazones a finales de noviembre.

Steven tomó su mano, pero en lugar de sellar su acuerdo con un apretón, la besó.

—¡Ruth!

Su nombre fue como una caricia, tan oscura y blanda. Miles de hormigas pululaban por sus dedos. Sentía los labios de él tan cálidos sobre su carne, y su bigote le hacía cosquillas.

—Si me lo permites, no solo te regalaré un corazón de cristal, sino otro que late con fuerza cuando piensa en ti.

—Steven, por favor, no digas eso —susurró Ruth, atormentada, retirando su mano con suavidad—. He pensado en ti cada día, he soñado contigo todas las noches —le confesó, desesperada—. No sabes cuánto he deseado oírte pronunciar esas palabras, a pesar de que está mal. Saber que sientes igual que yo, que nuestro encuentro también fue para ti algo más que un mero intercambio comercial... —Se detuvo, insegura. ¿Estaría haciendo el ridículo con su confesión?

»Pero ahora todo es diferente. —Bajó los ojos. No podía mirarlo y decir al mismo tiempo lo que tenía que decir—. Las palabras que tanto he deseado escuchar duelen como agujas al rojo, porque me muestran algo que nunca podrá suceder.

Se levantó antes de que Steven pudiera ayudarle. ¡Ay, qué dolor sentía!

—Ahora tengo que irme. Si no me doy prisa, perderé el último tren a casa.

Steven pagó apresuradamente las consumiciones y corrió en pos de Ruth. La alcanzó fuera del café e insistió en acompañarla a la estación.

A Ruth le habría gustado sentarse en cualquier sitio y echarse a llorar. El bolso con el dinero colgaba de su brazo derecho, ni por lo más remoto pensaba en que alguien pudiera robarle. Alejarse, tenía que alejarse del dolor que le provocaba su encuentro con Steven. ¿Qué esperaba en realidad de ese día? Estaba demasiado agotada para responder a esa pregunta.

—¡Detente, Ruth, te lo suplico!

Ella se dio cuenta de que su desesperación no era menor que la suya. Su confianza parecía haberlo abandonado. El dolor que la joven sentía en su pecho se intensificó al ver sus hombros caídos. Ya no había ninguna luz que él pudiera ver en la oscuridad. Ruth siguió andando y Steven caminaba en silencio a su lado. Sus manos no paraban de rozarse. Era espantoso y hermoso a la vez.

Ya solo faltaban dos calles antes de ver la estación. Ruth respiró hondo. Tenía que armarse por dentro, de algún modo.

Ayúdame, Dios mío, a hacer lo correcto.

Caminaron hacia la gran puerta de hierro forjado de la estación. Ruth se detuvo.

—No es posible. —Se volvió hacia él—. No puedo abandonarte así, sin más.

Al momento siguiente se apretó contra su pecho.

—¡Steven!

—¡Ruth! —contestó él con voz ronca, rodeándola con sus brazos.

Poco después, corrían de la mano por las calles entre las miradas de asombro de la gente de Sonneberg, como si los persiguiera el diablo. Ruth reprimió todo arranque de vergüenza, dudas y mala conciencia. También desdeñó la mirada cómplice del portero del hotel Águila Dorada, el alojamiento de Steven. La decisión estaba tomada: se entregaría a él.

Como liberada de una pesada carga, le faltó tiempo para librarse de las ataduras de su indumentaria. Se desnudó sin vergüenza, con movimientos seguros. No tuvo que mirar para desabrochar los corchetes de su corsé. Tampoco habría podido hacerlo, solo tenía ojos para Steven.

Se abrieron como dos flores que están una ante otra en un jardín perfumado. No

hizo falta rozar al otro, el vínculo invisible que los unía era más estrecho que cualquier contacto físico.

Cuando por fin ambos se quedaron completamente desnudos, Ruth se quitó las horquillas del moño. Sus cabellos cayeron, depositándose como un velo de seda sobre sus hombros. Sacudió con orgullo hacia atrás ese esplendor.

Fueron uno hacia el otro.

Ruth se fijó en cada detalle del cuerpo de Steven. Fascinada, clavó los ojos en su virilidad y un temblor placentero recorrió su cuerpo. Eran tan guapo como las estatuas griegas del libro de arte que Peter le había regalado a Marie. Entonces..., en otra vida.

—Nunca había visto desnudo a un hombre —susurró ella.

Steven rio.

—¿Cómo es posible? —Sin prisa alargó la mano hacia ella y con las puntas de los dedos recorrió el valle entre sus pechos.

Ruth sonrió, turbada.

—Siempre estaba a oscuras. —Y siempre transcurría muy deprisa, le vino a la mente. Su mano se movió por el aire como si quisiera espantar una mosca pesada; no quería hablar más del asunto, ni pensar más en ello.

Los ojos de Steven la calentaban como dos carbones encendidos cuando la condujo hacia la cama.

—¡Ven conmigo!

Sus cuerpos desnudos se rozaron, y el deseo se despertó en ellos. Los labios de él eran firmes, sus besos, exigentes, y Ruth creyó saborear en la lengua de Steven un toque de cacao. Abrió la boca, hambrienta. Más. Quería más.

La gruesa almohada de pluma se abombó, molesta, alrededor de su cabeza. De un manotazo la tiró de la cama. Quería apretarse más contra Steven, pero él se lo impidió.

Le acariciaba los pechos con devoción, después bajó la cabeza. Ruth gimió cuando su lengua rodeó, juguetona, su pezón derecho. Él la miró, interrogante, pero los dedos de ella se clavaron con más fuerza en su brazo.

Mientras los labios masculinos acariciaban su pecho izquierdo, sus manos recorrían sin descanso su cuerpo. Ruth sentía cómo su piel comenzaba a arder bajo sus caricias. De nuevo se apretó contra él.

Pero Steven volvió a apartarla con un suave dominio.

—*Easy does it* —susurró él—. *Easy and slowly*.

La besó. Besos suaves como plumas en la boca, en los ojos. En medio de su frente, en el nacimiento del pelo... Sus caricias eran tan delicadas, sus besos...

De pronto la mano derecha de él se posó en su pubis. No dejaba de acariciarla, ahora la suave piel del interior de sus muslos. Ruth abrió las piernas encantada. Sus caricias eran maravillosas. Como sin pretenderlo, el índice de Steven acarició los labios de su vulva y Ruth se estremeció como un caballito corcoveando. Gimió, de

sus labios salió un sonido gutural y extraño.

De repente la mano de Steven hizo unos movimientos giratorios. Oleadas calientes, cada vez más poderosas, se apoderaron de Ruth. Dio un leve grito. Los dedos de él se tornaron más exigentes, se enterraron en su carne mientras sus labios seguían cubriendo su boca.

Ruth se apretó contra él. No quería perderse esa felicidad con la que hasta entonces ni siquiera se había atrevido a soñar. Esto de ahora no tenía nada que ver con lo que Thomas le hacía, a menudo en contra de su voluntad.

Y sin embargo no estaba preparada para la complacencia de su cuerpo cuando Steven la penetró al fin. Como sus caricias no cesaban, sino que acompañaban como una música silenciosa sus vigorosos empujones, a Ruth se le llenaron los ojos de lágrimas, cálidas lágrimas de alegría que derramó encantada.

—*I love you* —susurró roncamente Steven en su oído, y ella no necesitó saber inglés para entenderle.

—Yo también te quiero —respondió aferrando sus piernas con las suyas.

Por primera vez en su vida, Ruth traspasó la puerta del verdadero amor. Estaba unida a Steven en cuerpo y alma.

Se quedó toda la noche con él. Sabía que Johanna y Marie se preocuparían y que Wanda la echaría de menos, pero todo eso le daba igual.

Solo disponían de esa noche.

Cuando no se amaban, dormitaban un rato, ella con la cabeza apoyada en su pecho, él cubriéndola con el brazo en un gesto protector. El suyo era un sueño ligero, la presencia del otro era demasiado poderosa como para que la noche pudiera hacer olvidarla.

Abrazados, contemplaron el amanecer. Ruth escuchaba los latidos del corazón de Steven y deseaba permanecer para siempre en esa hora entre la noche y el día.

—Te quiero —dijo él con voz ronca.

Una cálida oleada de dicha la invadió.

—Yo también te quiero —le contestó en susurros.

—¿Considerarás la idea de venirte conmigo a Nueva York?

Su mirada la alcanzó como un rayo caído del cielo. Su vientre se contrajo.

—No soporto la idea de tener que abandonarte dentro de unas horas. Nunca he sentido nada parecido por otra mujer. En el fondo ya me sucedió cuando te vi por primera vez en la habitación de Franklin.

Steven se incorporó ceremonioso, hasta que se arrodilló en la cama. Le tomó la mano.

—Ruth. Eres la mujer de mi vida. Quisiera estar siempre contigo, ver tu sonrisa

todas las mañanas. Me gustaría regalarte las estrellas del cielo noche tras noche.

Ruth intentaba concentrarse en una cosa e ignorar todo lo demás en sus palabras.

—¿Y aceptarías también a la hija de otro?

—¿Acaso él se ha preocupado por ella? Wanda es tu hija, tu ángel, eso es lo único que cuenta para mí. Me gustaría ofreceros a las dos un hogar en el que no faltará ni amor ni ninguna otra cosa.

—Un hermoso sueño. —Ruth tragó saliva.

—¡No, no es un sueño! —Los ojos de Steven brillaban—. Si tú quieres, todo eso, y mucho más, ¡puede hacerse realidad! El amor mueve montañas, ¿no lo sabías? Algo así hay que pensarlo y planificarlo muy bien, por supuesto. Lo primero sería conseguir papeles para ti y para Wanda.

—¿Papeles? —preguntó Ruth como si todo lo demás estuviera ya aclarado.

—Para la travesía y la entrada en América. Ya he solicitado información. El hecho de que estés casada complica un poco el asunto, porque, si mis informes sobre la legislación de aquí son correctos, necesitas el consentimiento de tu marido para poder emigrar.

Ruth se incorporó tan bruscamente que su cabeza chocó contra el cabecero de madera de la cama.

—¡Jamás me lo dará! Si supiera que amo a otro hombre... —El miedo agrandó sus ojos—. ¡No debe saberlo! ¡Jamás! ¿Me entiendes? —gritó. El pensamiento de que Thomas pudiera hacerle algo a Steven le resultaba sencillamente insoportable.

—¡Tranquilízate, amor mío! Si tú no quieres, nadie tiene por qué saberlo. —Steven recogió su camisa del suelo y se la puso a Ruth sobre los hombros temblorosos.

—Sin la firma de Heimer también habría una posibilidad de partir —replicó él arrastrando las sílabas.

La confusión en la cabeza de Ruth aumentaba a cada una de sus frases.

—¿De qué hablas? —preguntó ella sin darse cuenta. No eran más que quimeras, no debía empezar a soñar.

—Conozco a alguien en Nueva York que podría haceros a ti y a Wanda documentación con otro nombre. Al salir del país tendrías otra identidad, ¿comprendes? Nadie te preguntaría por tu marido, serías libre. ¡Libre para vivir una vida a mi lado! Libre para viajar a Nueva York, donde nosotros...

—¿Y mis hermanas? —le interrumpió Ruth en voz baja.

El brillo en la mirada de Steven se extinguió.

—Por duro que te resultase, no podrías decirles nada. El peligro de que se vayan de la lengua, sobre todo Marie en el taller, sería demasiado grande.

—Marie no diría nada, no soporta a Thomas.

—Quizá no deliberadamente. Pero un simple comentario descuidado bastaría para poner en peligro nuestros planes. Por eso, lo mejor sería que tus hermanas, que se quedarían atrás, se enfrentarían a hechos consumados.

Las lágrimas ardían en los ojos de Ruth cuando se liberó de su abrazo.

—¡Las que quedarían atrás son mis hermanas! Y Peter. Mi familia, ¿comprendes? Steven, te amo tanto que este amor me hace daño, pero lo que me pides... No sé si podré hacerlo.

Se sujetó la frente.

—Tendría que huir como una ladrona, abandonar a mi familia para siempre. La idea me resulta insoportable. Pero también me resulta insoportable la idea de tener que pasar un solo día sin ti. —Su desesperación crecía a cada palabra—. Dime, ¿qué vamos a hacer?

Steven volvió a tomarla entre sus brazos y la meció de un lado a otro.

—Sé que te pido mucho. No tienes que decidirlo hoy. Pero significaría mucho para mí saber que durante mi ausencia reflexionarás sobre mi proposición.

—¿Cuándo volveremos a vernos? —preguntó ella con la voz sofocada por las lágrimas, aferrándose a él—. ¿Es necesario que te vayas? —preguntó aun sabiendo que era inútil.

Steven, con suave firmeza, separó de su brazo los dedos crispados de Ruth. Tomó su mano y besó la palma.

—A mediados de mayo regresaré a Turingia. Hasta entonces podemos escribirnos todas las semanas, ¿qué digo?, ¡todos los días! Te prometo que en el momento en que tenga una carta en la mano con tu decisión, adoptaré todas las medidas oportunas. Cuando regrese a Europa en primavera traeré los papeles de Wanda y los tuyos. Ya lo verás, el invierno pasará volando, y antes de que podamos darnos cuenta habrá llegado la primavera. Y con ella, nuestro futuro en común.

—Todavía no he dicho que sí —afirmó Ruth frunciendo el ceño.

—Lo sé. —Él la besó en la boca y luego la estrechó contra su cuerpo—. Pero rezaré todos los días para que lo hagas.

—¿Te has vuelto loca? ¿Cómo has podido comprometerte con el americano sin preguntarme antes?

Bruscamente, Marie devolvió a Ruth el encargo de los regalos del día de San Valentín. Ostentadamente se puso a hojear uno de sus nuevos libros, como si Ruth y todo lo demás le importasen un bledo.

—¡Regañarme... muy propio de ti! —contestó Ruth con idéntica vehemencia—. Eres tú la que se pasa la vida presumiendo de tu talento como sopladora de vidrio. En lugar de mostrarte agradecida por un segundo encargo, te pones hecha una fiera. Este encargo es nuestra oportunidad, ¿no lo comprendes? —Agitó la hoja de papel ante la cara de su hermana.

—¿Nuestra oportunidad de qué? ¿De que hagamos el más completo de los ridículos? —replicó Marie sin alzar la vista de su libro.

Johanna se interpuso entre sus hermanas como un juez de paz.

—Ahora hacedme el favor de tranquilizaros. Las dos. Nos digamos lo que nos digamos, no lo haremos a gritos, ¿de acuerdo?

—Para ti es fácil hablar —se burló Marie—. A ti no se te exige que hagas mil corazones de cristal en las próximas siete semanas.

Cerró bruscamente el libro y lo colocó de golpe sobre la mesa.

—Un corazón así no se puede soplar a voluntad. Quiero decir que primero tendría que preparar un molde. ¡Pero qué digo uno! Necesitaría una docena de moldes para soplar mil corazones. Por si todavía no lo habéis notado, os diré que mis moldes de escayola no aguantan tanto como los de Strupp. —Sus ojos iban de Johanna a Ruth en una mirada acusadora—. ¿O tiene alguna de vosotras una receta especial?

Un silencio penoso fue la respuesta.

—Si tuviéramos un molde de Strupp, sería diferente. Pero, a tan corto plazo, seguro que no puede proporcionarnos uno —añadió.

Tampoco Johanna sabía qué hacer. Se sentía completamente sobrepasada por el curso que habían tomado los acontecimientos. Marie y ella habían pasado media noche en vela, preocupadas por Ruth e imaginándose lo peor. Ahora que su hermana por fin había regresado, en lugar de explicar su ausencia les plantaba un trozo de papel delante de las narices. Johanna contaba con todo menos con un nuevo encargo de Steven Miles.

Se había preparado en silencio para el llanto de Ruth y sus lamentaciones sobre

sus desdichas amorosas. Se había partido la cabeza pensando en cómo consolar a su hermana. Pero todo parecía indicar que Ruth no precisaba consuelo alguno. Parecía entera y, además, sin el menor remordimiento por su ausencia nocturna. De Steven y de cómo había ido su encuentro, no contó una palabra. La única señal de la cita con él era el corazón de oro que colgaba en su escote de una delgada cadena. ¿Un regalo de despedida?, se preguntó Johanna.

—La verdad es que no pensé que el encargo pudiera fracasar por culpa del molde. Solo vi el corazón, y lo cierto es que parece mucho más sencillo que tus trabajosas bolas —observó Ruth al fin—. Al menos podemos preguntar a Emanuel Strupp si nos hace un molde. Al fin y al cabo, el no ya lo tenemos. ¿Qué pasará...? Oye, ¿me estás escuchando? —Dio un empujón a Johanna—. ¿Por qué no dices nada? Por regla general no sueles escatimar consejos inteligentes. ¡Que estamos hablando de nuestro sustento!

Johanna alzó la vista.

—Es curioso, resulta que no añorábamos nada con más fuerza que independizarnos, no depender de nadie. Ni de ningún Wilhelm ni de ningún Thomas Heimer. ¡Y de los comerciantes de Sonneberg menos todavía! —Su mirada se posó primero en Ruth, luego en Marie—. Pero ahora que a juzgar por los acontecimientos podríamos conseguirlo, se ha apoderado de nosotras el miedo. En vez de pensar en cómo cumplir con el encargo, nos peleamos. ¿Acaso van a tener razón los demás, esos que dicen que una cooperativa de mujeres no puede funcionar?

Las otras dos miraban obstinadas la mesa de la cocina, en cuyo centro estaba el motivo de la riña: el corazón de cristal.

De mala gana, Marie agarró finalmente la pieza y la hizo girar entre sus dedos.

—¿Quién dice que una cooperativa de mujeres no puede funcionar? —preguntó.

Johanna se encogió de hombros.

—No lo sé. Pero al parecer algunas personas así lo afirman.

—¡Pues no tienen razón! —replicó Marie con expresión de mal humor—. Aunque tenga que hacer de verdad una docena de moldes aceptaremos el pedido. ¡Las Steinmann no nos dejamos doblegar!

Depositó el corazón sobre la mesa, para dar las manos a Johanna y Ruth.

Pero en lugar de tomar por las manos a sus dos hermanas como siempre habían hecho como signo de su unión, Ruth se levantó de un salto y salió corriendo de la habitación.

Marie la siguió con los ojos y el ceño fruncido.

—Pero ¿qué le sucede? ¿Por qué llora, si todo ha vuelto a arreglarse?

Las semanas siguientes transcurrieron con un ritmo de trabajo similar a las precedentes: durante el día, Marie seguía acudiendo a la empresa de Heimer, como de costumbre, y por la noche se sentaba ante el mechero; a menudo no se tomaba tiempo

ni para cenar. La tarea de Johanna y Ruth consistía en empaquetar ocho corazones por caja. Aunque siempre se trataba del mismo molde, para Marie el trabajo era muy esforzado. Cuando por fin cerraba la llave del gas a eso de las doce de la noche, su cuerpo temblaba de agotamiento. Johanna observaba, preocupada, cómo los rasgos faciales de Marie se afilaban cada vez más, las perneras de los viejos pantalones de Joost se bamboleaban ya alrededor de su cuerpo. Desde entonces llevaba con más frecuencia a la mesa de trabajo de Marie alguna minucia para que esta comiera, pero habitualmente la rechazaba.

—Estoy bien —afirmaba, y se limitaba a poner los ojos en blanco al ver la mirada preocupada de su hermana.

Tampoco Ruth compartía la preocupación de Johanna.

—Marie ha sido siempre la más delgada de las tres. Yo creo que le favorece —decía encogiéndose de hombros.

—Otras mujeres se pintan las mejillas con mucho esfuerzo para conseguir el aspecto tan extraordinariamente delicado de Marie.

En su fuero interno, Johanna daba la razón a Ruth. Sin haberse percatado hasta entonces, en el último año Marie se había convertido en una belleza, y ni siquiera su extraño atuendo en pantalones y con una bata negra de trabajo cambiaban eso un ápice. Muy al contrario, su vestimenta le daba incluso un aire casi exótico.

Y llegó el momento por segunda vez: a finales de noviembre, Ruth y Johanna viajaron juntas a Sonneberg para entregar la mercancía en la estación. Marie no pudo acompañarlas, pues era un día laborable y tenía que trabajar con los Heimer. Ruth mantuvo todo el tiempo un desacostumbrado mutismo, la mirada turbia.

Fue Johanna la que encontró el tren correcto y organizó la ayuda para cargar la mercancía. Luego acudieron a la caja de ahorros de Sonneberg, donde, según Steven, se les abonaría la mercancía. Un cajero de mirada indiferente les pagó una ingente suma, que Johanna aceptó con la mayor naturalidad del mundo. Era su dinero, ganado con sus propias manos.

De pronto la Navidad llamaba de nuevo a la puerta sin que ninguna de las tres hermanas se hubiera percatado. El 18 de diciembre, Ruth recibió una de esas cartas en los últimos tiempos cada vez más frecuentes y un paquete de Nueva York, que ella —con el pretexto de que quizá contuviera algo percedero— abrió tres días antes de Nochebuena. Luego se presentó orgullosa como una reina ataviada con un traje azul marino y una blusa de seda de color lila. Unos botines de piel violeta completaban el conjunto, del que ni Johanna ni Marie podían creer que lo hubiera escogido un hombre. ¡Qué buen gusto y qué moderno, qué acierto en lo tocante a la talla! El paquete de Steven aún proporcionó más motivos de asombro. Para Johanna y Marie

enviaba sendos chales de seda de espléndidos colores, para Wanda un vestido de encaje de color rosa, aunque este no le vendría hasta el próximo verano como muy pronto. Mientras las demás se alegraban de sus regalos y alababan la generosidad de Steven, Ruth sonreía para sus adentros.

En la fiesta destacó también el espléndido árbol de Navidad adornado por Marie. Al contemplar las numerosas bolas nuevas, Johanna y Ruth comprendieron de golpe qué hacía Marie noche tras noche detrás de la puerta cerrada del taller tras terminar el pedido para el día de San Valentín. Sus exclamaciones de entusiasmo al ver el brillo de la moscovita, las perlas venecianas como gotas de rocío sobre las piñas plateadas y las guirnaldas de rosas de Navidad de color crema fueron música para los oídos de Marie. Por primera vez desde hacía mucho tiempo se sentía satisfecha de sí misma y de su creación. Las nuevas formas se habían desarrollado espontáneamente dentro de su cabeza, sin un esforzado trabajo previo. Y las había soplado con la misma facilidad. ¿Eran acaso los primeros frutos del estudio de los libros de arte?, se preguntó, regocijada.

Cuando el uno de enero volvió a detenerse el cartero delante de su casa, Ruth ya estaba medio asomada a la puerta antes de que el hombre llamase.

—¿Correo el día de Año Nuevo? ¡Vaya con el tal Steven, mira que volver a escribir una carta nada más enviar el paquete! —se asombró Johanna en voz alta—. ¿No dijo Ruth que una carta tarda más de dos semanas en llegar?

Marie miró por la ventana.

—Ahora le está entregando al cartero un montón de cartas tuyas —susurró—. ¿Temerá que la mitad de ellas no llegue a su destino? ¿Por qué, si no, le escribe varias cartas de golpe?

—Ya lo sabes, para Ruth escribir cartas se ha convertido en una especie de religión —contestó Johanna.

Marie se apartó con gesto rápido de la ventana, antes de que su hermana pudiera verla.

—Me interesaría de verdad saber qué le cuenta continuamente, porque por aquí tampoco ocurren tantas cosas, ¿no crees?

Johanna se encogió de hombros.

—Al parecer, para Ruth, sí. Yo también podría decir: ¿por qué te pasas todo el tiempo metiendo la nariz en esos libros polvorientos? No son nada interesantes.

—¡Para mí, sí!

—¿Lo ves? —Johanna se levantó, suspirando.

—Creo que durante la próxima hora Ruth no estará en condiciones de hablar, así que prepararé café.

Estaba poniendo el agua a hervir cuando entró Ruth trayendo consigo una tromba de gélido aire de nieve.

—¡La carta va dirigida a nosotras tres! —dijo frunciendo el ceño mientras sostenía en alto un grueso sobre pardo. Llevaba la desilusión escrita en la cara.

—Para las hermanas Steinmann. Espero que nuestro envío estuviera en orden. ¿Qué pasaría si se hubieran roto la mitad de las bolas dentro de las cajas?

—¡No seas cenizo! —De un paso, Johanna se plantó a su lado y le arrebató la carta de la mano. Con la uña, la abrió a lo largo. Dos sobres más pequeños asomaron.

—Este es para ti. —Entregó a Ruth un sobre de color crema que esta guardó en el bolsillo del delantal con tanto cuidado como si se tratase de un huevo crudo.

Con un crujir de papel, Johanna desdobló algunas delgadas hojas en las que estaba impreso el diamante verde de Woolworth. Pasó por encima las primeras líneas.

—¡No puede ser verdad! —Bajó la carta y miró consternada a sus hermanas—. Otro pedido. ¿Tan pronto? ¿Cómo es posible? Debe de tratarse de un error. —Comenzó a hojear como una loca las demás hojas.

Ruth señaló la parte inferior de la primera página.

—¡Pero si esa es la letra de Steven! Johanna, te lo advierto: ¡como no nos leas ahora mismo lo que ha escrito, va a pasar algo!

Johanna, sin embargo, estaba intentado descifrar el matasellos.

—Escribió la carta el 13 de diciembre y seguramente la envió enseguida —comentó frunciendo el ceño.

Cuando menos se lo esperaba, Ruth le arrancó la carta de la mano y comenzó a leer la nota manuscrita de Steven.

Estimada Ruth, estimadas Johanna y Marie:

Sin duda les asombrará recibir hoy noticias mías. Lamento comunicarles que nos hemos equivocado de medio a medio en el cálculo de las bolas para árboles de Navidad.

—¡Por Dios! ¿Significa eso que nadie quiere comprar mis bolas? —la interrumpió Marie con las pupilas dilatadas por el miedo—. ¿O es que a los americanos les parecen demasiado caras?

Ruth puso los ojos en blanco.

—¡Me vais a volver loca las dos! —gritó, y acto seguido reanudó la lectura de la carta.

¿Qué he querido decir con esto?

Que se han agotado todas las existencias. ¡Hasta el último paisaje invernal!

A toda prisa Ruth echó otra manta más sobre el cochecito de Wanda, antes de empujarlo hacia fuera. Sin despedirse, cerró la puerta tras ella. Palpó por última vez la carta de Steven. Cuando la notó segura dentro del bolsillo de su abrigo, se puso los guantes. Bien abrigada con una chaqueta de punto, abrigo y bufanda, echó a andar. Si por ella fuese, tardaría en volver.

¡Salir, salir cuanto antes! No ver a nadie ni oír a nadie. Tranquilidad para leer la carta de Steven.

La nieve fangosa salpicaba la falda de Ruth a cada paso. Tenía que empujar con fuerza para que las ruedas del cochecito se movieran monte arriba. En las zonas donde el sol pasaba entre las casas, sentía su calor en la nuca y en la espalda. El deshielo.

Llegó cerca de la casa de los Heimer y apretó el paso. ¡Cruzarse con Thomas era lo único que le faltaba! ¡Bastante era haber empezado el año con una riña!

Al dejar atrás Lauscha, se detuvo a descansar. Recogió una ramita y se la tendió a Wanda para que jugase. Mientras esta parloteaba muy alegre, Ruth siguió subiendo hacia el bosque. El peso de la nieve era tal, que los abetos se encorvaban bajo su peso como viejas mujeres jorobadas. A la luz del sol su blancura tenía un brillo casi plateado, y era tan deslumbrante que Ruth tuvo que entornar los ojos. De todos modos no se habría cansado de contemplar ese hermoso día invernal.

—Treinta mil bolas navideñas para mediados de agosto. ¡No contéis conmigo!

Las palabras de Marie todavía resonaban en sus oídos.

Como alcanzadas por un rayo, Johanna y ella habían interrumpido su baile de alegría.

—No quiero producir en masa, ¿es que no lo entendéis? —les había espetado—. Para eso prefiero quedarme con Heimer. Con él por lo menos paro después de diez horas de trabajo y puedo idear nuevos diseños.

—Pero eso podrías hacerlo perfectamente si dejas de trabajar con Heimer —le había dicho Johanna, señalando los comentarios de Steven.

—Aquí pone bien claro que tienes carta blanca en la creación de tus bolas. La única condición es que no sean mucho más caras que las del último envío.

—¿Lo ves? Ahí tienes la primera limitación —había replicado Marie, impertinente—. ¿Y cuándo voy a desarrollar nuevas formas si me paso día y noche sentada ante el mechero? Y dicho sea de paso, Magnus es de la misma opinión —

había añadido además. ¡Como si el hijo de Griselda tuviera algo que ver con ellas!

Ruth tragó saliva. No acertaba a comprender la actitud de Marie. En lugar de alegrarse de haber encontrado un comprador para sus nuevos diseños, en lugar de regocijarse por abandonar definitivamente el trabajo en el taller de Heimer y trabajar en su propio beneficio, se había limitado a lamentarse. ¡Comenzaba a estar más que harta de escuchar todas esas monsergas sobre el arte! Marie no se daba cuenta de que solo pensaba en sí misma: Johanna y ella no sabían soplar vidrio, en ese sentido dependían de su hermana. De modo que cuando esta insistía en su «progreso artístico» ponía en peligro el futuro de Johanna y el suyo. Pero eso a ella parecía darle igual. De «nosotras, las Steinmann, nos apoyamos», nada de nada.

Ruth se detuvo de repente. Quizá había sido un error salir corriendo de casa en medio de la discusión. Pero con la carta de Steven en la mano, simplemente no pudo soportar el griterío más tiempo. Había querido proteger la sensación de alegría en su tripa como si fuera un polluelo en el nido. Con mucho cuidado palpó bajo la tela del abrigo en busca de la carta. Aún seguía allí. Bien.

Cuanto más se empinaba el camino, más ardían los pulmones de Ruth por caminar deprisa, pero al mismo tiempo su mente, en cierto sentido, se aclaró. Cuando llegó arriba, al banco del mirador, se tranquilizó un poco. Y eso estuvo bien, quería leer la carta de Steven sin que la afectase la ridícula riña.

Tapó a Wanda, que entretanto se había dormido, hasta la punta de la nariz, y empujó su cochecito hasta un lugar muy soleado. A continuación se sentó en el banco, cuya madera estaba cálida y seca. Era la primera vez que subía allí arriba después de la separación de Thomas. Esperaba que la atormentasen los recuerdos, pero se equivocaba. Ni siquiera el hecho de que había perdido su virginidad en ese lugar significaba ya algo para ella. Le parecía como si todo aquello hubiera sucedido en otra vida. Malhumorada, ahuyentó todos los pensamientos al respecto, dejando sitio para Steven.

Steven. Su gran amor lejano.

Desde su partida se había preguntado todas las mañanas al despertarse si todavía lo amaba. Y la respuesta siempre había sido un tajante sí.

Sin embargo, aún no había tomado una decisión. Aunque estaba segura de sus sentimientos, muy dentro de ella percibía un obstinado pellizco de miedo y se preguntaba si los sentimientos de Steven seguirían siendo los mismos. ¿Un humo de paja? ¿Un amor que se disolvía en la nada, mientras una de sus cartas se balanceaba encima del océano? No sería la primera vez que sucedía algo parecido, y Ruth lo sabía mejor que nadie.

Con sumo cuidado sacó la carta de Steven del bolsillo de su abrigo y la abrió.

Amada Ruth:

Cuánto me gustaría estar ahora contigo, estés donde estés. Pero lo único que puedo hacer para estar cerca de ti es enviarte mis pensamientos. Y esta carta.

Por favor, no te extrañes de no recibir hoy más cartas mías; como siempre, en las últimas semanas del año ha habido muchísimo trabajo, de manera que apenas me ha quedado tiempo para otras cosas. A pesar de todo, no he hecho otra cosa que pensar en ti. Pensamientos enfermos de amor, ridículos, felices y desgraciados. Felices, porque existes. Y desgraciados, porque no puedes estar conmigo. Todavía no.

Hasta hoy no ha transcurrido ni un solo día en el que no te haya añorado por la mañana, a mediodía y por la noche. A veces hasta me despierto teniendo ante mí tu rostro angelical. Escucho tu voz que tan maravillosamente sabe narrar. Veo tus ojos oscuros, que esconden tanta sensibilidad. A veces mi nostalgia es tan grande que me hace daño. ¿Es propio de un hombre manifestar así sus sentimientos? No lo sé. Lo único que sé es que tengo que hacerlo.

Hace dos días pude por fin ponerme en contacto con mi conocido y exponerle mi deseo. Estaría dispuesto a ayudarnos y conseguir la documentación correspondiente para ti y para Wanda. Ahora solo espero tus noticias. Sin apremiarte en modo alguno, quisiera señalar que mi conocido tendría que comenzar a más tardar a principios de marzo con sus preparativos para tenerlo todo terminado el 15 de abril: ese día zarpa mi barco, el *MS Boston*, hacia Europa.

—¡A principios de marzo! —exclamó Ruth.

Eso significaba que tenía que mandar a Steven como tarde en dos semanas una carta comunicándole su decisión.

¿Qué os parece el pedido? ¿No es grandioso? El éxito de vuestras bolas ha superado con creces todas nuestras expectativas. Ahora mister Woolworth espera con enorme impaciencia recibir también los corazones para San Valentín... Los americanos parecen apreciar mucho la artesanía de vidrio de la Selva de Turingia, de verdad. Según mis estimaciones, ya no os faltará trabajo. Como es natural, tales encargos se adjudicarán en el futuro a las hermanas Steinmann con diferentes condiciones. Hay cosas que pueden organizarse desde América mucho mejor todavía... si entiendes lo que quiero decir. Como ya te he dicho, todo es cuestión de planificación y organización. Pero además es sobre todo una cuestión de corazón.

De tu corazón.

Y por eso espero con anhelo y temor tu pronta respuesta.

Tu rendido enamorado,

Steven

Ruth apartó la carta. Le dolía tanto el corazón que tuvo que apretar ambas manos contra su pecho. Era un milagro que se pudieran profesar unos sentimientos tan profundos hacia una persona a la que apenas conocía.

—Yo también te quiero —susurró viendo cómo se disipaban las cuatro pequeñas nubecillas de aliento frío. ¿Llegarían de algún modo al otro lado del Atlántico?

Bajar por el monte con el cochecito era más cansado aún que subir. Ruth tenía que concentrarse a cada paso para no resbalar. Sus botas delgadas estaban completamente empapadas y no la sostenían bien. Se aferraba al asa del cochecito con todas sus fuerzas. Pasase lo que pasase, tanto si tropezaba como si resbalaba o caía, nunca soltaría el coche con Wanda en su interior. Pronto le temblaron los antebrazos y comenzó a sudar bajo sus gruesas ropas.

Cuando una montaña de nubes se deslizó por delante del sol, Ruth soltó un suspiro de alivio. Pero un segundo después una extraña angustia se apoderó de ella; ahora todo lo que había sido deslumbrante y cálido era frío y oscuro. Y a cada paso que descendía hacia el valle no hacía sino oscurecerse más. De pronto tuvo la sensación de que las faldas de las montañas iban a precipitarse sobre ella.

No lo vio hasta que ya era demasiado tarde para esquivarlo, justo junto a las primeras casas del pueblo. En ese mismo momento, la mirada de Ruth se tornó inquieta. Como un animal acosado, escudriñó a su alrededor buscando un escondrijo. En vano. Thomas estaba en mitad de la calle, como si la hubiera estado esperando.

—Feliz año nuevo. —Él se quitó la gorra con torpeza.

—Feliz año nuevo —musitó Ruth.

Sin mirarlo, intentó pasar a su lado. Involuntariamente encogió también el cuello. A lo mejor la dejaba tranquila.

Pero cuando estuvo a su altura, él la agarró de pronto por la muñeca.

—Ruth, detente, por favor, y hablemos.

Thomas no tenía buen aspecto. Viejos cañones de barba teñían su barbilla de negrura, tenía sombras azuladas bajo los ojos. La peste a cerveza que desprendía era tan fuerte que Ruth tuvo la impresión de que podía verla.

Su marido.

De pronto sintió una tristeza indecible.

—¿Qué tenemos que hablar nosotros? —preguntó cansada, liberando su mano de su opresor.

—Año nuevo, vida nueva, ¿no se dice eso? —él se esforzó por esbozar una sonrisa—. ¡Vuelve conmigo, Ruth! —le suplicó—. Yo... quizá no he sido siempre un buen marido, pero eso cambiará, te lo prometo. Me esforzaré. Ya no beberé tanto, si eso te molesta. ¡Tú y yo, era algo grande! Piensa en nuestra boda... —se interrumpió como si no se sintiera seguro de su causa.

Ruth continuó callada, ¿qué habría podido decir? ¿Que todo fue una equivocación, una pura y simple equivocación?

—Si quieres, el próximo sábado vamos juntos a Sonneberg y compramos alguna prenda bonita para ti. O para Wanda. —Lanzó una ojeada a su hija—. El último medio año sin ti, solo en casa... —Sacudió la cabeza—. ¡Eso no es vida! Y tú con tus hermanas, esto no puede continuar así eternamente.

Ruth buscaba frenética una respuesta adecuada, pero era inútil. Ya no tenía nada que hablar con Thomas Heimer, así de sencillo. Lo único que sintió por él en ese momento fue una especie de compasión; por mucho que Thomas se esforzase jamás podría satisfacer sus anhelos. Ni ella los suyos.

«Hasta hoy no ha transcurrido ni un solo día en el que no te haya añorado por la mañana, a mediodía y por la noche. A veces mi nostalgia es tan grande que me hace daño».

Animado por su silencio, Thomas continuó con sus ruegos.

—Todavía somos jóvenes. Y tenemos toda la vida por delante. ¿Quién sabe? A lo mejor nuestro próximo hijo es un chico. Y, si no, dará igual. Alguna vez cuajará un sucesor. ¡Solo hemos de tener paciencia! Mi padre también lo dice. Ninguna otra cosa es posible. Cuando nosotros mismos fuimos chicos los tres.

Ruth creyó no haber oído bien. Su compasión había desaparecido como por ensalmo.

—¡Hablas de mí como si yo fuera una vaca reproductora! ¿Cómo puedes desvariar así hablando de un hijo? En el mismo momento en que le levantaste la mano a Wanda perdiste todo derecho como esposo mío.

Jamás olvidaría esa noche. Cómo se había tambaleado borracho por el dormitorio. Ruth Heimer por los suelos. Ella había tenido que contemplar indefensa cómo él se inclinaba sobre la cuna y...

—Sobre el papel acaso seamos marido y mujer, pero para mí hace ya una eternidad que no tenemos relación. Déjame pasar, Thomas Heimer.

—No, espera. Ruth, te lo suplico. ¿En los buenos tiempos y en los malos, no se dice así? —rio con torpeza—. Los malos tiempos habrán pasado con solo desearlo. —La sujetó por la manga.

—Para mí ya han pasado los malos tiempos, porque ya no tengo nada que ver contigo —repuso con tono gélido—. Y ahora, déjame pasar de una vez o alborotaré a toda la calle con mis gritos.

—¡Ah, con que así son las cosas! ¿De modo que tu orgullo sigue intacto? —Como si fuera una máquina en la que se ha movido una palanca, su voz había perdido el tono suplicante. Ahora le gritaba.

»—Me presento ante ti como un cretino bondadoso, mendigando que vuelvas conmigo, y tú te burlas de mí. Si crees que esto va a seguir así, te has equivocado, Ruth Heimer. Yo también puedo comportarme de otro modo. ¿Qué no tenemos relación? ¡Ni lo sueñes! Si te has creído que...

Sus gritos despertaron a Wanda. Sus ojos infantiles se clavaban en Ruth con reproche, y estiraba sus manos hacia ella buscando ayuda.

En ese momento una cólera fría se apoderó de Ruth.

—Lo que yo crea, a ti ni te va ni te viene —lo interrumpió—. ¡Y tampoco pienso permitir más amenazas! —No se esforzaba por hablar en voz baja. ¡Que oyeran todos lo que tenía que decir! Que todos los vecinos sacaran la cabeza por la ventana, a ella le daba igual.

—Apártate de mi camino —repitió, esta vez con más determinación que antes.

No obstante, cuando él en efecto se apartó, ella se quedó pasmada. Se había preparado para otro rifirrafe verbal. Ahora fue ella la que dio un paso hacia él.

—Si me permites darte un buen consejo, no te vendría mal un baño. Apesta como si hubieras vaciado todos los barriles de la cervecería. Pero como os conozco a ti y a los de tu ralea, quizá haya sucedido de verdad la noche de fin de año.

Y lanzándole una última mirada de desprecio continuó su camino sin volverse una sola vez.

—No estoy segura de haberlo entendido del todo. —Marie frunció el ceño y se volvió hacia Peter, que se sentaba a su lado en el banco de la cocina—. Déjame que haga un resumen: propones que derribemos el muro entre tu casa y la mía para conseguir un taller más grande.

Johanna puso los ojos en blanco.

—¡Eso ya lo hemos aclarado hace mucho! Así solo habría un taller grande en el que podríamos trabajar todos.

Sin preocuparse de Johanna, Marie prosiguió.

—En ese taller habría dos mesas de trabajo, pero tres sopladores de vidrio: tú, yo y Magnus.

En silencio buscaba intensamente el inconveniente del asunto, pero no se le ocurría ninguno. El plan de Peter parecía de lo más sensato. A pesar de todo, no quería alegrarse demasiado pronto. ¿Habían comprendido de verdad los demás que sus exigencias de disponer de algo más de tiempo para sí misma no eran ninguna locura —como le había reprochado Ruth—, sino algo de vital importancia para ella?

Peter asintió.

—Como es natural, tendremos que hablar antes con Magnus para saber si le interesa aprender a soplar vidrio. Y aunque así fuera, habría que esperar primero a ver si tiene cualidades. Porque él, a fin de cuentas, no lleva en la sangre como nosotros el soplado del vidrio.

Como nosotros... El pecho de Marie se hinchó de orgullo.

—Pese a mi amistad con Magnus, me pregunto qué es lo que lleva en la sangre en realidad. ¿A qué se dedica desde su regreso? Porque creo que no se le puede llamar tarea como es debido al par de recados que hace, ¿no? —comentó Johanna, meneando la cabeza—. Magnus un soplador de vidrio... No sé. Es un buen tipo, pero ¿se puede confiar en él? Seguramente cuando hayamos acabado de enseñarle, volverá a marcharse. Para ser sincera, esta parte de tu plan es la que menos me gusta.

—¡A mí tampoco me gusta la forma en que hablas de él! —Las mejillas de Marie ardían—. ¿Qué culpa tiene Magnus de que su padre fuera un borracho repugnante? ¿Por qué crees que salió huyendo en su día? Porque ya no podía soportarlo más. Si padre hubiera sido así, nosotras acaso hubiéramos hecho lo mismo. No creo que él quiera volver a marcharse. Al contrario, está contento de estar de nuevo en Lauscha. ¡Y se interesa como nadie por el soplado de vidrio! Pero tú...

—¡Bueno, no te pongas así! Una podrá manifestar sus dudas —la interrumpió Johanna con voz resentida.

—¡Y tú no seas tan arrogante! —replicó Marie—. A mí me gustaría que Magnus colaborase con nosotros. Un tercer soplador de vidrio sería de gran ayuda. Sin él...

—¡Ah!, ¿es que ahora pretendes hacernos chantaje? —se sulfuró Johanna—. Si tu excelso amigo Magnus...

—¡Se acabó!

Con un grito, Peter dio un puñetazo en la mesa. Se levantó y fue hacia la ventana. Luego miró desde arriba a las dos mujeres.

—¡Poco a poco se me han hinchado las narices con tanto teatro! Una que se larga corriendo, como si todo esto no fuera con ella. Vosotras dos venís a verme para pedirme consejo. Pero, en lugar de reflexionar juntas, os peleáis como dos gallinas viejas. A lo mejor me he precipitado con mi propuesta. Si pienso en tener a diario en el futuro tales peleas a mi alrededor, no, gracias. Mi trabajo es demasiado complicado como para permitir que continuamente me distraigan de él.

Marie tragó saliva. La culpa era de ellas.

—No lo hemos hecho con mala intención —dijo Johanna, cohibida—. Solo estamos un poco nerviosas. Por el pedido y porque Ruth se ha marchado así, sin más. Y... ¡Bah, yo qué sé! —Y bajó los brazos, sin saber qué hacer.

—Johanna tiene razón —reconoció Marie a regañadientes—. Y tú también tienes razón. Si de verdad queremos terminar ese gran encargo solo se conseguirá con tu propuesta.

Peter se sentó de nuevo a la mesa con un suspiro.

—Haber empezado por ahí. —Después se volvió hacia Johanna.

—La tarea del soplado tiene que repartirse en tres hombros. Porque Marie necesita urgentemente tiempo para crear nuevos diseños. ¿O creéis que el tal Woolworth va a comprar lo mismo año tras año? ¡Pues eso! Pero si Marie le suministra continuamente nuevas ideas y diseños, eso garantizará otros pedidos.

La expresión de Marie volvió a iluminarse. Tenía ideas de sobra. Por ejemplo, le gustaría probar a realizar un molde para los carámbanos de hielo que al principio le habían salido mal y...

—Y ya que estamos distribuyendo el trabajo, propongo que contratemos además a Griselda. Nosotros también reuniremos los pocos marcos que le paga Heimer. A cambio tendremos a la mejor mezcladora de ingredientes para el baño de plata de todo Lauscha.

—Dentro de ti se esconde un auténtico hombre de negocios. —Johanna miró admirada a Peter, como si lo viera por primera vez. Al momento siguiente, lo abrazó—. ¡Si no te tuviéramos a ti! Para ser sincera, al principio me pasó como a Marie, solo vi la enorme montaña de preguntas y problemas. Nadie pensaba en un pedido tan colosal.

—Pues sí, Johanna Steinmann, a veces no viene mal prestarme atención, aunque

eso a ti te cueste trabajo. —Peter sonrió irónico—. Venga, sigamos antes de volver a perder el hilo. —Se rascó la frente.

—Pese a lo mucho que os quiero, no pienso dejar tirados a mis pacientes. Y durante la época cálida tendré que dejarme ver en la fábrica de vidrio al menos durante unas horas. Por eso, de entrada, solo planificaré medio día para los adornos navideños y me reservaré la otra mitad para fabricar mis ojos de vidrio. Ya veremos lo que pasa con mis animalitos de cristal. Vienen muy bien para ganar un dinerillo extra, pero no me siento tan apegado a ellos como para ser incapaz de abandonarlos.

Johanna frunció el ceño.

—Aún me queda una pregunta —intervino casi con timidez.

Peter rio.

—Vamos, ahora no te comportes como si mordiera. Es que a vosotras, las Steinmann, hay que daros un buen repaso de vez en cuando. Porque las tres tenéis la cabeza muy dura. A ver, ¿de qué se trata?

—Si creamos un único taller ¿dónde piensas recibir a tus pacientes? A ellos seguro que no les gusta que les adapten un ojo en medio de bolas navideñas azules y plateadas.

—¡Simplemente acotaremos una esquina del taller! —propuso Marie antes de que Peter llegara a contestar.

Ahora que todo estaba tan bien pensado, no quería más problemas. Lo que quería era dibujar, idear nuevos temas para las bolas, probar una nueva mezcla de baño de plata...

—Y ya que estamos en ello, reservaremos también un espacio para mí. Porque a veces necesito aislarme un poco. —Marie esperó en silencio nuevas objeciones de Johanna, pero no llegaron.

—Eso sería una posibilidad. —Peter metió la mano en el cajón de debajo de la mesa y sacó papel y lápiz. Con unos cuantos trazos esbozó los contornos del nuevo taller—. Las dos conexiones de gas tienen que quedar en la parte delantera, donde están ahora. Eso significa que solo podemos colocar las mesas de trabajo detrás, en el medio. Y además es lo más recomendable, pues ahí es donde hay más espacio para pintar, platear y empaquetar.

—¡Y para decorar! —terció Marie—. Tengo bolas en mente rodeadas por alambre dorado y otras con cuentas de cristal de colores pegadas.

—Eso ahora no hace al caso. Por el momento tratamos solamente de repartir el espacio —la interrumpió Johanna, impaciente.

Peter dirigió a ambas una mirada de advertencia.

—Aquí podría colocarse una mesa para Marie y otra para mí. —Y dibujó dos cuadrados en los lugares correspondientes—. Aquí podrías estudiar y trabajar con toda tranquilidad.

Estudiar con toda tranquilidad... La cosa cada vez pintaba mejor. Los ojos de Marie brillaban.

—Y necesitaría un estante para mis libros y otros documentos —planteó, valerosa.

—La verdad es que eso no constituye ningún problema. —Los ojos de Johanna relucían—. Si utilizamos el armario que está arriba, en la habitación de nuestro padre, como separación de tu rincón, podrías guardar en su interior todos tus utensilios. Y otra ventaja sería que arriba aumentaría el espacio de almacenaje.

—¡Almacenaje! —Marie se tapó la boca con la mano—. En eso no hemos pensado. ¿Cómo demonios vamos a almacenar diez mil bolas empaquetadas?

Se pasaron horas barajando ideas y desechándolas. El ambiente en casa de Peter estaba preñado de excitación, alegría y también un leve miedo al futuro. Ese día nadie pensó en comer. A mediodía, Peter sirvió en la mesa pan y queso. Mientras, Marie corría a la casa vecina para contribuir con una salchicha redonda; de Ruth aún no se veía ni rastro. ¡Cómo se podía ser tan infantil!

Nadie prestó mucha atención a la comida, en lugar de eso, una y otra vez tomaban con los dedos grasientos papel y lápiz para anotar una idea. La lista con los puntos que había que resolver lo antes posible se alargaba y la empresa iba tomando forma.

Iba ya por su segunda rebanada de pan cuando Johanna soltó su cuchillo y se limpió las manos en el delantal.

—En realidad ya solo nos falta una cosa.

—¿Qué? —quiso saber Peter.

La mirada que él le dirigió estaba tan llena de anhelo que a Marie le provocó una punzada. ¡Oh, qué bien conocía ella la sensación de saberse tan cerca y tan lejos a la vez de su objetivo!

—Un nombre. Nuestra empresa necesita un nuevo nombre. ¿Me permites? —Señaló el lápiz en la mano de Peter.

Él se lo entregó.

—De todos modos, tú siempre haces lo que te da la gana. —Su encogimiento de hombros quería simular indiferencia, pero Marie tuvo de pronto la sensación de que allí estaba en juego mucho más que un nombre.

—¡Vaya, aquí estáis todos!

Tres cabezas se volvieron cuando Ruth apareció en la puerta.

—Ya podía desgañitarme yo ahí fuera gritando.

Con un movimiento experto se subió a Wanda a una cadera mientras con la otra cerraba la puerta tras ella.

—Tengo tanta hambre que podría zamparme medio cerdo. He ido arriba del todo, al bosque, ¿os lo imagináis? —Sin haberse sentado todavía, agarró un trozo de pan del cesto y le dio un mordisco—. ¿Qué estáis haciendo? —preguntó masticando, y señaló la lista que Johanna sostenía en la mano.

Marie miraba a su hermana, estupefacta. Ruth la había llamado «vanidosa cabra artística» y ahora se comportaba como si la pelea de ese mediodía no hubiera ocurrido.

—Si te has creído que ahora vamos a volver a dártelo todo mascado, te equivocas —respondió Johanna, gélida. Y ostentosamente dio la vuelta al bloc, para que Ruth no pudiera echarle ni un vistazo.

—De nada. No tardaré en enterarme de lo que han decidido mis queridas hermanas en relación con el pedido.

Ruth cortó unas delgadas lonchas de queso y cubrió con ellas su tostada. En lugar de comérsela, fue metiendo en la boca de Wanda un trozo detrás de otro con movimientos inquietos.

—Me he encontrado con Thomas.

Los demás alzaron la vista. Así que esa era la causa del estado tan animado de Ruth.

—¿Y? ¿Ha vuelto a molestar? —preguntó Peter frunciendo el ceño.

Ruth negó con la cabeza.

Mientras escuchaban la minuciosa descripción del encuentro, Peter atrapó el bloc de Johanna. Como si se tratase de la carta decisiva en un juego de naipes, tras cierta vacilación le dio la vuelta.

Estirando el cuello, Marie lo miró a hurtadillas por encima del hombro, y sintió unos tremendos deseos de soltar gritos de júbilo.

Peter pasó el bloc y sonrió socarrón.

—Esto todavía no es todo lo que yo me imagino, pero sí que es un comienzo —le susurró a Johanna.

Ruth observaba, irritada, a ambos.

—Pero ¿es que nadie me escucha? ¿Qué es lo que tienes ahí? —Antes de que Peter pudiera impedirlo, le arrebató el bloc de la mano.

—Taller de soplado de vidrio Steinmann-Maienbaum. —Alzó la vista, asombrada —. ¿Qué significa esto?

A partir de ese día la vida en el hogar de las Steinmann sufrió cambios radicales, y los acontecimientos alrededor de las tres hermanas se convirtieron de nuevo en la comidilla del pueblo.

Marie y Griselda se despidieron el mismo día. Wilhelm Heimer se quedó con la boca abierta, y tuvo que presenciar cómo su pintora de más talento y su mejor mezcladora de baño de plata abandonaban el taller sin volverse ni una sola vez.

Con ruidoso martilleo se derribó el muro que separaba la casa de las Steinmann de la de Peter y se incorporaron nuevas vigas. La estancia que surgió no era tan grande como el taller de Heimer, pero sí mucho más amplia que las dos pequeñas habitaciones de antes. Apartaron muebles, y los hombres de la fábrica de gas vinieron a alargar tres varas la conducción, que era un poco corta.

El cartel con la inscripción «Taller de soplado de vidrio Steinmann-Maienbaum», que Peter y Magnus instalaron ostentosamente entre las dos casas, se convirtió en objeto de admiración de todos los que pasaban por delante, estaba bordeado por bolas de árbol de Navidad rojas y azul marino, y Marie había pintado las letras al estilo de las ramas de abeto. El efecto era asombroso y atrapaba sin querer las miradas del espectador. Además de la habilidad artística, como es natural, también era de máximo interés el enunciado mismo del cartel, que Peter y las hermanas Steinmann hicieran causa común, sin que una de ellas estuviera casada con él, parecía una señal más de que en esa cooperativa de mujeres había cosas muy sospechosas.

Mientras Johanna y Marie estaban en la fábrica de vidrio para encargarse de los tubos, Ruth se acercó a Sonneberg en compañía de Wanda para comunicar a Woolworth la aceptación del encargo. Con dedos temblorosos y el corazón desbocado envió una segunda carta ese mismo día.

No habían transcurrido aún dos semanas de enero cuando comenzó la producción en el nuevo taller. A pesar de que no estaban familiarizados entre ellos, muy pronto el ritmo de trabajo cotidiano se igualó al de un grupo rodado. Por la mañana, Peter y Marie se sentaban a la mesa de trabajo y soplaban. Las bolas terminadas iban luego a una mesa más allá, hasta Ruth y Griselda, donde las azogaban. Gracias a la receta especial de Griselda las bolas poseían desde el principio el codiciado brillo de plata pura, sin verse enturbiado por estrías grises o manchas mates. Más de una vez se

felicitó Johanna por su decisión de haber empleado a Griselda, olvidando a sabiendas que fue en realidad Peter el primero que lo propuso.

Por la mañana, Johanna solía ocuparse de asuntos de escritorio: estaba elaborando un sistema de numeración de artículos que luego utilizaba para rotular etiquetas y cajas. En cuanto estuviera al corriente, pensaba confeccionar un catálogo. ¡A fin de cuentas había que pensar en el futuro!

Hacia el mediodía, Magnus ocupaba el puesto de Marie y se ejercitaba en el soplado de bolas. Entonces Peter o Marie lo observaban, le daban consejos o corregían su postura. Aunque no se podía afirmar que se revelase con inesperada rapidez como un soplador de vidrio aventajado, hacía bien su cometido, y al cabo de cierto tiempo era capaz de soplar bolas sencillas, aunque al hacerlo diez bolas salieran con tamaños diferentes.

Mientras las bolas azogadas se secaban en las tablas con clavos, todos se sentaban a la mesa y comían lo que Griselda había preparado a primera hora de la mañana. Ella había insistido desde el principio en asumir esa tarea.

—Ya que colocáis a una vieja como yo, quiero ser útil. Si no, estaríais mejor atendidas por una joven del pueblo —le manifestó a Johanna mientras con las manos mojadas formaba albóndigas de patata.

Ni Johanna ni Ruth se enfadaron por librarse de la pesada tarea de cocinar, y disfrutaban del lujo de sentarse a mediodía a mesa puesta. Y daban la máxima importancia a que en su casa hubiera un plato para cada uno.

Tras la comida, las bolas azogadas se habían secado y las mujeres comenzaban a decorarlas siguiendo las indicaciones de Marie: el esmalte blanco que había utilizado para sus primeros paisajes invernales se completaba ahora con una ancha paleta de tonos rojos, azules y verdes. Al polvo de vidrio machacado por su propia mano que Marie había utilizado al comienzo para espolvorear los cristales de hielo, se unían más ingredientes decorativos, como cuentas de cristal y alambres finísimos. Siempre que la mirada de Marie caía sobre todo ese esplendor brillante, el corazón le daba un vuelco. Los magníficos colores, el baño de plata y todos los demás ingredientes relucientes... ¡Pronto el taller pareció el de un hada de los bosques que hiciera aparecer por arte de magia estrellas fugaces en el cielo! Y así se sentía a veces Marie. Ahora que por fin tenía tiempo para ensayar nuevas formas y dibujos, su fantasía ya no conocía límites. La docena de bolas diferentes se convirtió pronto en tres docenas y más. Los demás, agoreros, pronosticaban que Johanna —si alguna vez comenzaba su catálogo de adornos para el árbol de Navidad— seguramente no lo terminaría jamás debido a la creatividad de Marie.

Que sus bolas eran las más bonitas de todas también se difundió entre los demás sopladores de vidrio. Una y otra vez intentaba alguno, con cualquier pretexto, entrar en el nuevo taller y echar un vistazo a los diseños. Pero en este ámbito Johanna se mantuvo inflexible: nadie, salvo los pacientes de Peter, podía entrar en el taller. Ella no quería que a su hermana le sucediera lo mismo que al Suizo con sus rosas de

cristal.

Marie, según lo acordado, se dedicaba por las tardes a sus nuevos modelos, y Peter también abandonaba las bolas navideñas para ocuparse de los pedidos que seguía recibiendo, como siempre, en gran número, o atendía a los pacientes.

Sus temores de que estos se sintieran molestos por las charlas, canciones y risas del taller se disiparon pronto. Sus pacientes, que habían perdido un ojo por un golpe del destino, se sentían más bien encantados con el ambiente festivo y laborioso. Alguno había que no se quería marchar, y después de la visita a Peter se sentaba en una silla ante la mesa de las mujeres y las miraba mientras pintaban y decoraban.

Aunque faltaba una eternidad para Navidad, pronto hubo un cliente de Peter que preguntó si no podía comprar algunas de esas espléndidas bolas. En un primer momento, Johanna intentó negarse —al fin y al cabo tenían que terminar el encargo para América—, pero después se lo pensó mejor. Dejó que el hombre, que había venido con su hija desde Núremberg, escogiera doce bolas, y se las empaquetó en una caja. Después pidió por bola el doble de precio que les pagaba Woolworth. El nurembergués le entregó el dinero sin rechistar, agradeciendo mucho la amabilidad de Johanna. Se despidieron de él con grandes apretones de manos; ni Peter ni ella imaginaban que ese suceso les proporcionaría otro cliente importante.

Cuando pocas semanas después llegó el pedido de unos grandes almacenes de Núremberg, al principio no lo relacionaron. Pero al leerlo por segunda vez Peter cayó en la cuenta de que uno de los «Hermanos Hoffmann & Söhne» era el padre de la pequeña Siegrun, que había perdido un ojo en un accidente de equitación. Hasta entonces, Peter no sabía que ese hombre era, además, el propietario de uno de los grandes almacenes de Núremberg más importantes. Tras un intercambio epistolar, se enviaron más bolas de muestra, y a principios de marzo el taller de soplado de vidrio Steinmann-Maienbaum recibió un nuevo pedido.

Cuando a finales de febrero, en medio de todo el trajín, llegó a su puerta el cartero con un telegrama, ya nadie se asombró.

¿Un telegrama de América? ¡Pues claro!

Sin embargo, todos sentían curiosidad por conocer esas noticias tan importantes como para ser remitidas por esa vía infrecuente y cara.

Como siempre, fue Ruth la que recogió el correo. Todavía en la calle desdobló la hoja de papel.

—Espero que el envío de los corazones para San Valentín haya llegado bien —murmuró Johanna.

A pesar de que en el taller todo transcurría de manera óptima, en alguna ocasión sentía miedo. La humillación a la que la habían sometido los comerciantes de

Sonneberg estaba todavía clavada en su carne como una espina que le dolía cada vez que se atrevía a creer en su buena suerte.

Todas las miradas estaban dirigidas a Ruth, que permanecía en la puerta petrificada, observando fijamente la hoja de papel.

—¿Cuánto tiempo piensas tenernos en suspenso? —preguntó Johanna, irritada y nerviosa—. Peter, ¿es que a ti no te interesan las novedades de América?

Con un suspiro, este, que estaba ajustando un ojo nuevo a un veterano de guerra, dejó a un lado el muestrario con los colores. No le alegró nada que lo molestaran en ese momento crítico.

Con una mano en la garganta, como si le costase respirar, Ruth graznó:

—El telegrama es de Steven. Dice así: «Recibidos corazones San Valentín. Todo en orden». —Alzó la vista.

—¡Gracias a Dios! —se le escapó a Johanna—. Por un momento me he temido lo peor.

—¿Dice algo de cómo se venden los corazones? —quiso saber Marie.

Ruth respondió que no.

—Llegará a Sonneberg en mayo. Durante su visita quiere ver tus nuevas bolas. Eso seguramente significa que...

—Ruth, ¿por qué no te limitas a leer lo que él ha escrito? —rugió Johanna—. ¡Que el telegrama va dirigido a todos nosotros!

El paciente de Peter seguía los acontecimientos con viva atención. ¡No se imaginaba tan interesante el incómodo procedimiento!

Como si estuviera partiendo leña menuda, Ruth leyó por fin palabra por palabra:

—Recibidos - corazones - San - Valentín - todo - en - orden - llego - a - Sonneberg - 14 mayo - lugar de encuentro - hotel Schwanen - Solicito una muestra de cada bola - de la nueva colección - a Ruth Heimer - dispuesto todo lo necesario - tiempo escaso - Fin. —Alzó la vista—. Ya está. ¿Estás satisfecha ahora? —Ruth hizo una mueca a Johanna.

—Dispuesto todo lo necesario, ¿qué querrá decir con eso? —preguntó Marie arrugando el entrecejo.

—Parece como si mister Woolworth no quisiera por nada del mundo dejar de ver a Ruth —dejó caer Peter, y volviéndose hacia ella, añadió—: Verdaderamente, has causado una impresión duradera en ese hombre.

—El telegrama no es de mister Woolworth, sino de su ayudante, Steven Miles —contestó Johanna con una elocuente mirada.

Marie meneó la cabeza.

—Aun así, todo suena muy extraño —insistió—. ¿Qué nos importa a nosotros que su tiempo sea escaso? Tendría que ver el nuestro.

Los otros rieron.

Ruth ponía cara de que aquello no iba con ella.

Marie, sin embargo, se resistía a abandonar el tema.

—Quieren ver bolas nuevas, ¿no es maravilloso? Qué suerte que tenga ya algunas disponibles. A partir de ahora dedicaré más tiempo aún a mis nuevos diseños —dijo mirando triunfante a los presentes, pero salvo Magnus que, casi orgulloso, asintió con una inclinación de cabeza, sus palabras no obtuvieron buena acogida.

Poco después reemprendieron su trabajo y nadie se preocupó más por Ruth. Caminaba por la estancia como una sonámbula y se arrodillaba junto a Wanda, que, sentada en una manta, se aburría con construcciones de madera. Alegre por cualquier tipo de distracción, la niña alargó sus brazos hacia Ruth.

—Angelito. Mi dulce pequeñita.

—Mamá.

Ruth retiró a Wanda los rizos rubios de la frente, después la apretó con fuerza contra su mejilla.

—Pronto llegará el momento. Pronto.

Salvo Wanda, nadie escuchó sus susurros.

Las semanas siguientes no fueron fáciles para Ruth.

Algunos días su secreto amenazaba con ahogarla, tan mal se sentía cargando con él. Cuánto ansiaba poder confiarse a Johanna y a Marie, preparar a ambas para lo que iba a suceder. Deseaba hablar con ellas del largo viaje que la esperaba. Pedirles consejo sobre lo que debía llevarse y lo que debía dejar allí. En lugar de eso, tenía que cavilar sola si Wanda necesitaría para el tiempo que pasaran en el barco su abrigo de invierno o si bastaría con una chaqueta, pues no podría guardar en su bolso todo el contenido del ropero.

¡Qué alivio habría sido alegrarse con sus hermanas por su nueva e inminente felicidad! Y llorar con ellas. Pero no podía hacerlo. Ruth sabía de sobra que su salida con documentos falsificados era más o menos punible. Pero cuanto más aumentaba su soledad, más amargos eran sus lamentos por la promesa que había dado a Steven sobre su silencio. Al mismo tiempo habría preferido cortarse la lengua antes que romperla. Cuando su angustia se tornaba demasiado grande, salía de la habitación para evitar irse de la lengua.

Con cada día que tachaba en su calendario secreto crecía en ella la sensación de que no había posible vuelta atrás; de pronto, cualquier acción, por cotidiana que fuera, era trascendental, continuamente le pasaban por la cabeza pensamientos como: este es el último saco de harina que acarrearé a casa en la carretilla de la tienda. O: esta ha sido la última vez que he comprado un par de zapatos para Wanda en el comercio de la señora Huber. En Pascua colocó afligida un ramo de narcisos en la ventana y se preguntó si también hallaría esas flores en Nueva York. Y sobre todo Nueva York. Instintivamente, se abstenía de pensar en la ciudad tan lejana, tan desconocida y en la vida allí. Si lo hubiera hecho, su miedo al futuro se habría vuelto inmenso.

Cuando las golondrinas iniciaron la construcción de su nido bajo el tragaluz del lavadero, Ruth supo que cuando sus crías comenzasen a piar ya se habría marchado.

Que alguien intentase ganarla para proyectos futuros era espantoso. Cuando Johanna le preguntó qué le parecería viajar en tren en Pentecostés a Coburgo, a Ruth le costó contener las lágrimas. Al final sacó penosamente de su interior una pizca de entusiasmo y murmuró:

—¡Qué buena idea!

Una vez que comiendo alabó los pepinillos en vinagre de Griselda y esa mujer de

Dios prometió que el próximo julio, en la época de los pepinos, haría unos cuantos frascos para las hermanas Steinmann, Ruth se sintió una miserable. Iba a abandonar para siempre a todas esas buenas personas sin decir nada.

Pero cuando estaba con los demás en el taller no tenía cabida la tristeza. En lugar de pensar: esta es la última colección de cristales de hielo que terminaré con mis hermanas, encontraba de lo más consoladora la idea de que los adornos de Navidad, al igual que ella, emprenderían el largo viaje a ultramar. Seguramente ya no vería la creación de la más reciente idea de Marie, una serie de campanas, en cambio, más tarde, sostendría entre sus manos en Nueva York las campanas terminadas. Y quizá incluso adornaría con ellas su próximo árbol de Navidad. Así que cada vez que tocaba una bola, cada vez que abría la botella de plata, cada pincelada que daba, eran un bálsamo para su alma atormentada por la inminente despedida. Pasara lo que pasase se mantendría unida para siempre a sus hermanas y a Lauscha a través del cristal.

Así transcurrían los días, y las semanas.

—Voy un momento a ver a Magnus.

Con una chaqueta de punto sobre los hombros y su bloc de dibujo bajo el brazo, Marie ya estaba casi fuera cuando Johanna volvió a llamarla.

—¿Es que tienes que pasar todas las tardes con él? La verdad, no sé qué ves en ese chico —dijo irritada—. Magnus es una buena persona, desde luego, pero...

—¡Cómo que pero! No hay pero que valga, es una buena persona y eso me basta —contestó Marie con vehemencia—. A lo mejor, incluso es eso lo que me atrae de él: que no quiera continuamente algo de mí, que no me exija sin parar, como hacéis vosotras. Él me acepta como soy y punto. Y yo hago lo mismo con él.

Ruth fingió que no había visto la mirada de auxilio de Johanna, y siguió peinando con un cepillo suave el copete rubio de Wanda. Ella tampoco acababa de comprender qué veía Marie en Magnus —a sus ojos era bastante aburrido—, pero se guardaría muy mucho de entrometerse como Johanna.

—No comprendo por qué te metes continuamente con Magnus, fue él quien te recogió en la carretera y te trajo a casa. Pero parece haberlo olvidado —increpó Marie a Johanna—. Y en cuanto a su trabajo, tampoco puedes quejarte, bien lo sabes. Sopla ya casi tantas bolas como Peter o como yo. Además, es puntual y formal —añadió con un punto de obstinación.

—Tienes razón —contrarrestó Johanna—. Si yo solo digo... es siempre tan callado. Y se ríe tan poco...

—Estoy segura de que vivió cosas terribles cuando estuvo fuera —opinó Marie, y su voz traslucía una repentina compasión—. A pesar de todo, no estoy a cada rato preguntando con insistencia como Griselda e intentando sonsacarle sus secretos. Lo dejo con su tristeza, más aún, me inspira. —Y cerró la puerta de un portazo.

Johanna la vio irse meneando la cabeza.

—Lo que hay que oír, su tristeza la inspira.

—Pues déjala —contestó Ruth sonriendo. Johanna volvía a hincharse como una clueca a la que han molestado cuando incubaba sus huevos.

Ruth depositó suavemente en el banco rinconero a Wanda, que se había quedado dormida mientras le cepillaba el pelo. Frunció el ceño.

—¿Crees que... que entre esos dos hay algo? Marie y un hombre. Para ser sincera, no se me había ocurrido esa idea.

Johanna suspiró.

—Claro, es que ella sigue siendo nuestra hermana pequeña. Pero deberíamos acostumbrarnos a que, con el paso del tiempo, se ha convertido en una mujer adulta.

¡No había persona más indicada que ella para hablar así! ¿Quién estaba siempre intentando someter a su tutela a la pequeña?, le pasó a Ruth por la cabeza.

En voz alta, aclaró:

—No lo digo en ese sentido. Es más, bueno, tendrás que reconocer que con sus pantalones y el pelo severamente peinado hacia atrás tiene poco de femenina. Y hasta ahora tampoco se había interesado nunca por el sexo contrario.

Su hermana asintió, pero no dijo nada.

Ruth se levantó para llevar a Wanda arriba, a su cama. A su regreso, Johanna continuaba en la misma postura en que la había dejado.

—Pensándolo bien, nosotras, las Steinmann, no tenemos mucha suerte con el otro sexo, ¿verdad? —Alzó las cejas con ironía.

¡Yo, sí!, le pasó a Ruth por la cabeza. Se encogió de hombros con marcada indiferencia.

—Según se mire. ¿Acaso no se dice «Cada cual forja su propia dicha»?

Johanna alzó la vista.

—¡Que tú digas algo así...!

—¿Por qué no? —contestó Ruth—. Si estás refiriéndote a mi matrimonio con Thomas, a mí nadie me obligó a acostarme con él y a casarme. De que nuestra relación no llegase a buen puerto solo somos culpables él y yo. Desde el principio no congeniamos, pero yo me di cuenta demasiado tarde o, mejor dicho, estaba demasiado ciega para darme cuenta.

—Con qué tranquilidad hablas —se admiró Johanna—. Como si hablaras del tiempo, y sin embargo se trata de tu vida.

—El asunto con Thomas es agua pasada para mí, digan lo que digan los documentos de nuestra boda. Nada de ese asunto me afecta. A veces es de gran ayuda afrontar cara a cara los hechos. A lo mejor también tú deberías hacerlo alguna vez. —Para su sobresalto, iban adentrándose paulatinamente en aguas demasiado profundas. Una frase, dos más y empezaría a hablar de Steven.

—Mirar cara a cara a los hechos, algo así podría haber salido de Peter. —Siguió un profundo suspiro.

Ruth, frunciendo el ceño, observó a su hermana.

—¿Y qué es lo que pasa con vosotros? ¿Vais a llegar a algo o no?

Como si hubiera estado esperando esa frase, Johanna alzó la vista.

—No lo sé. No lo creo. ¡Ay, es una locura! —Se pasó la mano por el pelo—. Durante años me ha repetido que habíamos nacido el uno para el otro y que esperaba que yo me diera cuenta de ello.

—¿Y ahora?

Ruth no se había percatado de que Peter se comportaba con Johanna de modo diferente, aunque en las últimas semanas tampoco es que hubiera sido una observadora muy atenta, tuvo que reconocer en ese mismo momento. Dio un respingo, sorprendida.

—¿Significa eso que, entretanto, tú has descubierto tu amor por Peter pero a él ya no le interesa?

Como respuesta recibió otro profundo suspiro.

—No sé si cabe decirlo así, pero me sorprende cada vez con más frecuencia deseando que me tome entre sus brazos —confesó Johanna—. A veces también me gustaría hacer lo mismo con él —añadió, ruborizándose.

La confesión le costaba un visible esfuerzo, por eso Ruth reprimió un comentario burlón. Sin embargo, no logró desterrar del todo la ironía de su voz.

—¿Y a qué se debe tu repentino cambio de sentimientos después de todos estos años?

—No ha sido tan repentino. Peter es para mí más que un simple hermano, en realidad lo he notado durante el último medio año. Por extraño que suene el motivo fue el asunto con Strobel. Porque fue por entonces cuando comencé a observar con atención a Peter. Para ser sincera, durante un tiempo lo examiné para encontrar algo malo en él, al fin y al cabo, también es un hombre. Pero no lo logré, gracias a Dios. —En sus palabras latía el asombro—. Peter está tan por encima de muchas cosas, tiene tanta seguridad en sí mismo, es tan... atractivo. Hoy en día, cuando lo miro durante el trabajo, me digo continuamente: con él una mujer puede sentirse verdaderamente segura. Puedo imaginarme que él me abraza y me besa porque sé que todo eso no tiene nada que ver con lo que Strobel me... —Apartó la vista.

—¿Y por qué no le dices a él todas las cosas que me estás contando a mí? —preguntó Ruth. La verdad es que a veces Johanna podía ser realmente corta de entendederas.

Su hermana hizo un ademán de rechazo.

—Si lo hiciera me sentiría como una tonta. Después de todos estos años, quién sabe si él todavía quiere saber algo de mí. Ya no hace el menor intento de acercamiento. —Levantó los ojos, apenada—. Si todavía me quiere ¿por qué no hace o dice nada?

Ruth no pudo contener por más tiempo la sonrisa.

—Por si no lo sabes, es un hombre muy astuto.

Si Peter hubiera seguido asediando a su hermana, seguro que Johanna no soltaría esas peroratas. Ruth suspiró. Ese asunto era tan sencillo... Solo hacía falta echar una mano a Johanna.

—Oye, ¿todavía conservas el atlas que te regaló Peter hace dos años por Navidad?

Johanna asintió, taciturna.

—Sí, está arriba. ¿Por qué lo dices?

—Si quieres saber mi opinión: con él, Peter te regaló algo más que un libro. — Ruth rio—. Pese a que aquella Navidad yo solo tenía ojos para mi nuevo cepillo, sus palabras siguen resonando hoy en mis oídos: «Tendrás que averiguar tú misma dónde está tu hogar», te dijo entonces.

Una leve sonrisa asomó al rostro de Johanna.

—¡Mira que acordarte todavía de eso!

—A veces es más tarde cuando se encuentra la verdadera interpretación de algo ya dicho —comentó Ruth, pensativa—. Una cree saber lo que es adecuado para su vida, y al final resulta que es justo lo contrario. Fíjate en mí, yo creí haber consumado mi realización personal como señora Heimer, pero sin embargo no fue más que una tremenda desilusión. Tú por el contrario creíste realizarte en el «gran» mundo de los negocios, y jamás se te habría ocurrido imaginar que sucedería en Lauscha, ¿verdad? Esto quiere decir que uno no siempre encuentra su felicidad donde supone al principio, a veces hay que dar primero un rodeo... —se interrumpió—. Otras, la felicidad se encuentra en un lugar completamente distinto.

Johanna la miró, escéptica.

—Son unas palabras muy sabias. Me pregunto qué tiene que ver todo eso con Peter.

Encontrar la felicidad en un lugar distinto, si sigo así, acabaré por ponerme en peligro por mi falta de cuidado, le vino a Ruth a la cabeza. Con su locuacidad, de haber sabido el nombre del transatlántico al que subiría la semana próxima seguramente también lo habría soltado.

—Con su regalo, Peter quiso decirte que está dispuesto a esperarte —se apresuró a decir—. Y no conozco ningún motivo por el que eso haya perdido vigencia. Pero si piensas que va a declararte su amor media docena de veces, creo que te equivocas. A fin de cuentas, tiene su orgullo. Te guste o no, ahora te toca a ti.

—¿Lo crees de verdad? —preguntó Johanna, acobardada.

Ruth asintió con energía.

—Ten en cuenta que él no puede escudriñar en tu interior, así que eres tú quien debe decirle o mostrarle lo que sientes.

Johanna seguía con expresión de infelicidad.

—¡No sé si podré! Esas cosas... no se me dan nada bien, lo sabes de sobra.

Ruth sonrió. Su hermana tenía toda la razón. A pesar de todo, la animó con una inclinación de cabeza.

—Pues no es tan difícil, créeme. Solo tienes que esperar una buena ocasión y entonces agarrar con ambas manos tu suerte y no dejar que escape.

Eran las nueve de la mañana del sábado.

En realidad, Peter habría tenido que estar levantado hacía mucho, trabajando en su puesto. Después de que Wanda le tirase de la mesa su muestrario la semana anterior, tenía que preparar otro con urgencia; no podía enseñar a sus pacientes pedazos de vidrio roto para ajustar el color del ojo. Pero cinco minutos tampoco supondrían una grave amenaza para su propósito, decidió, recostándose de nuevo. Al fin y al cabo, tenía todo el día. Y, ojalá, también tranquilidad.

De la casa de al lado llegaba el entrecocar de cacerolas y el chapoteo de agua, seguramente era Marie poniendo a hervir agua para el café. Desde que en la planta baja había desaparecido la pared medianera, en su casa se oía todo a través de las paredes: si Wanda berreaba o las mujeres discutían, si alguien se encontraba al lado de la puerta o Marie juraba como un cochero cuando estaba dibujando... Prestando un poco de atención, se enteraba uno de todo. También de la partida de Ruth a primera hora de la mañana. ¡Qué va, había sido en plena noche! En cualquier caso, los pájaros aún no habían comenzado a cantar. Estuvo a punto de entrar con paso torpe para echarle un buen rapapolvo. Porque, en vez de tomar a Wanda de la mano y haberse echado al hombro su cesto, había subido y bajado las escaleras un montón de veces. Había abierto y cerrado todas las puertas de un modo que habría podido imaginarse que había un ejército en la casa. Si no se equivocaba, además había pasado un momento a echar un vistazo por la suya. ¿Qué demonios se le habría perdido allí?, se había preguntado mientras se cubría las orejas con la manta lo mejor que podía.

Enderezó su almohada. ¡Mujeres!

Pero ¿no había sido la inquieta partida de Ruth acorde a toda la semana anterior? Desde luego, él no quería tener a su alrededor semejante revoloteo día tras día. Hasta a Marie se le habían contagiado sus manías, cada media hora iba a verlo.

—¿Crees que debería adjuntar también algunos de mis diseños en papel? —le preguntaba.

Y no le satisfacían sus respuestas. Y a continuación corría junto a Magnus para preguntarle lo mismo.

Y todo eso únicamente por el encuentro de ese día con el representante de Woolworth. Sin embargo, hacía mucho que tenían en el bolsillo el gran pedido, únicamente faltaban por cerrar algunos detalles. Aunque, a lo mejor Ruth y su pasión

americana sencillamente solo deseaban volver a verse. Peter se había quedado atónito cuando Johanna se lo contó. ¿Ruth escribiendo cartas? Por otra parte ¿qué otra cosa habría podido hacer?

En la casa de al lado se cerró la puerta con un fuerte golpe. Peter recordó que Marie quería subir al bosque con Magnus a buscar conchas de caracol para usarlas de modelo para un nuevo molde. Torció el gesto: una cosa más en su montón de tareas pendientes. En un momento de debilidad, tomando un vaso de cerveza o dos, había prometido a Marie intentar sonsacar a Strupp, el fabricante de moldes, datos sobre su mezcla secreta de ingredientes. Sin embargo, sabía que ese propósito estaba condenado de antemano al fracaso. Emanuel Strupp nunca estaría tan borracho como para revelar su receta secreta. Y mientras no la tuvieran tenían que aceptar que sus moldes al cabo de cierto tiempo ya no aguantaban el calor de la llama y reventaban.

Conchas de caracol. En un abeto. Peter no pudo reprimir una sonrisa. ¿Acertaría eso con el gusto de los americanos? La verdad es que le habría encantado saber de dónde sacaba Marie sus ideas.

En ese instante escuchó al lado unos pies que bajaban chasqueando por la escalera. Johanna, descalza. Desde que el taller progresaba tanto, ya casi no se podían frenar su sed de actividad y su celo empresarial. A veces habría sido de más ayuda para todos que se hubiera concedido un respiro a sí misma, y a los demás. Ahora, por ejemplo. Si comenzaba con las tareas domésticas, se terminaría por completo su descanso matinal.

Al segundo siguiente llegó de pronto hasta él ruido de cristales rotos, y luego el grito de Johanna.

Con un suspiro, sacó las piernas de la cama y apoyó los pies en el suelo; por lo visto, esa mañana no le había sido concedido el descanso. Decidió echar un vistazo y ver qué le ocurría a Johanna. Después de que las hermanas Steinmann le hubieran privado de su merecido reposo de fin de semana, al menos le debían una taza de café.

Ya desde la escalera Peter vio en el centro del suelo de la cocina la fuente de cristal rota. Qué raro que Johanna no hubiera barrido inmediatamente el montón de añicos.

Estaba junto a la mesa, de espaldas a la puerta, su torso tan erguido como si se hubiera tragado un palo.

La saludó todavía en el umbral para no asustarla.

—Buenos días.

Ella no se volvió. Ni un saludo, ni una explicación de su accidente.

Peter enarcó las cejas. ¿Uno de sus famosas ventoleras matinales?

—¿Te has asomado a la ventana a contemplar los prados? Hoy han empezado a florecer los últimos árboles. Flores blancas por dondequiera que mires. Casi se podría pensar que ha nevado.

Se sentó frente a ella con el firme propósito de ignorar el mal humor que al

parecer tenía. Pero una mirada a su rostro, más pálido que el de un muerto, bastó para desechar instantáneamente ese propósito. Antes de que pudiera preguntar, ella le puso delante de las narices, con manos temblorosas, una hoja de papel.

Una carta. De Ruth. Reconoció su letra.

—No me lo puedo creer —dijo Johanna con voz inexpresiva—. Esto es una broma, ¿verdad? —preguntó mirando la carta.

Peter la leyó tres veces, a continuación la soltó. Durante un momento se quedó sin habla.

—No puede hablar en serio. Quiere asustarnos, nada más. —Johanna parpadeó como si se le hubiera metido un mosquito en el ojo—. Una broma estúpida. Por supuesto, esta noche volverá.

¿A quién quería convencer, a sí misma? Como si Ruth fuera una mujer aficionada a esas bromas absurdas. Precisamente por eso la noticia era tremenda.

Tomó la mano de Johanna.

—Creo que vamos a tener que hacernos a la idea de que Ruth no regresará.

—¿Por qué lo dices? —preguntó la joven con tono de reproche retirando su mano.

—Porque es así —contestó con dureza.

—¡Pero si ni siquiera conoce al tal Steven! —exclamó ella desesperada—. ¿Cómo puede seguir a un perfecto desconocido al otro lado del mundo? ¿A un futuro completamente incierto? ¿Qué pasará si él se harta mañana de ella? Y encima tiene una hija. Y está casada. ¡Todo esto es una locura!

—Bueno, no lo sé. ¿Lo es de verdad? ¿Tiene algo que perder? Ponte en su situación.

Johanna le dirigió una mirada furibunda.

—¡Yo no puedo estar tan loca!

Peter ignoró sus palabras.

—¿Qué futuro habría tenido en Lauscha? Con Thomas no quería volver por nada del mundo, siempre lo ha recalcado. Entonces ¿habría tenido que quedarse eternamente en esta casa?

—¿Qué hay de malo en ello? A fin de cuentas, nosotras también estamos aquí. Y nos habríamos ocupado de ella y de Wanda.

—No te engañes. Eso no es para Ruth, creo que ella necesita algo diferente. Más..., ¿cómo diría yo?, más brillo en su vida. Y además un hombre que le diga lo guapa que está y la bañe en amor.

Peter no se sentía muy cómodo en esa conversación inusualmente profunda, pero al menos la expresión de Johanna se había dulcificado un poco.

—¿Y crees que el tal Steven es esa persona? ¿No crees que sus propósitos sean muy diferentes? —El escepticismo seguía sin desaparecer de su voz.

—Para eso no habría tenido que tomarse tantas molestias —contestó Peter convencido, señalando la carta.

—Ella no dijo ni una palabra hasta el final. ¿Creyó que no podía confiar en nosotras? —El labio superior de Johanna temblaba sospechosamente—. Si hubiera hablado con nosotras, si nos hubiera explicado lo de Steven, no le habríamos puesto obstáculos en su camino.

—Vamos, no llores. A Ruth no le gustaría. —La sacudió suavemente por el brazo. Ahora lágrimas ardientes corrían por la cara de Johanna.

—La voy a echar mucho de menos —sollozaba.

—Anda, ven aquí. —Peter abrió sus brazos y ella se apretujó contra él como un pollito que buscara el calor del nido.

Durante un rato permanecieron así, la cabeza de ella apoyada en su pecho, los brazos masculinos rodeándola con fuerza. Podía escuchar los latidos del corazón y la respiración de Johanna. Ella tenía el pelo sudoroso en la nuca, él le sopló con suavidad, tras lo que se hincharon unos mechones.

De pronto Peter notó un nudo en la garganta. Tragó saliva.

¡Maldita sea, aunque esa mujer se obstinara hasta el fin de sus días siempre la amaría!

Un instante después, Johanna se liberó de su abrazo. Con mucha ceremonia hurgó en el bolsillo de su delantal en busca de un pañuelo y se sonó ruidosamente la nariz. Cuando volvió a guardar el pañuelo, miró a Peter con ojos brillantes.

—Ruth empieza una nueva vida en América, Marie tiene su arte... —Una de sus manos aferró la de él.

Sus dedos todavía estaban húmedos de sonarse la nariz y secarse las lágrimas cuando Peter los aferró con fuerza.

—Ahora solo nos tenemos a nosotros dos —susurró ella, y sus párpados cargados de lágrimas aletearon como las alas de una mariposa—. ¿O ya no quieres saber nada de mí?

Peter solamente fue capaz de asentir con la cabeza, su corazón estaba desbordante de amor. Cuánto tiempo había esperado escuchar de sus labios algo parecido. ¿Por qué tendrían que estar siempre tan próximos la felicidad y el sufrimiento?

Johanna seguía mirándolo. A la espera, insegura.

—No te librarás nunca de mí, y lo sabes —afirmó Peter finalmente, esbozando una sonrisa por fin.

Mientras hablaba, vio centellear algo en los ojos de Johanna, algo que había buscado en vano hasta entonces: el amor de una mujer.

Ella se acercó a él.

Con solo quinientos pasajeros en la cubierta superior y mil ochocientos emigrantes en la segunda cubierta, el MS Valkiria era uno de los transatlánticos más pequeños, le había explicado Steven. Pero cuando su carruaje se detuvo el día anterior frente al barco durante el viaje de inspección por el puerto de Hamburgo, a Ruth la nave le pareció cualquier cosa menos pequeña, más bien era un gigante. Un gigante de brillante metal gris.

Ahora que subía detrás de Steven por la pasarela con Wanda en brazos, muda de asombro, su impresión se fortaleció aún más. Qué pequeñas parecían de pronto las personas que estaban abajo, en el muelle. Desde su posición ni siquiera podía divisar la popa del barco, su brillante cuerpo plateado parecía extenderse hasta el infinito. En una de las revistas que Johanna le trajo de Sonneberg, Ruth leyó un día un artículo sobre transatlánticos en el que los calificaban de «ciudades flotantes». Allí se hablaba de elegantes restaurantes y salones de baile, y de que uno podía perderse en los interminables pasillos forrados de espejos y en las escaleras. Mientras lo leía, había considerado al autor de ese artículo un exagerado.

Avanzaban a paso de tortuga, tenían que detenerse casi continuamente, porque los pasajeros que los precedían se paraban. Steven le había explicado que anochecería antes de que hubieran asignado su camarote al último. Pero como la fila de los pasajeros de primera clase era mucho más corta que la de los de segunda o tercera, suponían que podrían ocupar sus camarotes a primera hora de la mañana.

Aunque Wanda le iba resultando más pesada según pasaba el tiempo, a Ruth no le importaba esperar, al contrario, sus ojos no sabían adónde mirar. El animado trajín abajo en el muelle, las despedidas, los numerosos caballeros elegantes y damas más elegantes todavía a su alrededor... Como una esponja agrietada por el largo tiempo sin ser usada, Ruth absorbía cada detalle. Los sombreros parecían ser el último grito, casi no había cabeza femenina que no estuviera cubierta por un modelo rebosante de fantasía. Con timidez, Ruth se echó más hacia la frente su propio tocado, una sensacional creación de terciopelo adornada en un lateral con un grueso manojito de brillantes plumas de color lila. Cuando Steven insistió en regalarle también otros sombreros que hicieran juego con el traje marrón oscuro y los demás, su generosidad le pareció casi excesiva. Ahora, sin embargo, se alegraba de tener el mismo aspecto que el resto de las señoras que subían a bordo delante o detrás de ella.

Steven se volvió.

—¿Estás segura de que no quieres que coja a Wanda?

Ruth negó con la cabeza.

—No es necesario, gracias. Además, tú tienes que llevar la documentación. — Señaló los documentos que empuñaba como un abanico en su mano derecha.

—Todo irá bien, ya lo verás —le advirtió él en susurros, y después se volvió de nuevo hacia delante.

Cuánto más se lo aseguraba Steven, más nerviosa se ponía Ruth.

Durante el viaje a Hamburgo y durante los dos últimos días en la ciudad hanseática no le había quedado tiempo para preocuparse por los papeles. Por todas partes había habido muchas cosas que ver, comprar, probar... Y siempre había tenido a su lado a un Steven risueño y feliz, dispuesto a cualquier frivolidad. ¿Tomar café y pastas en una casa de té inglesa? ¿Por qué no? ¿Un caballo balancín forrado de piel auténtica para Wanda? ¿Quedaba aún tanto espacio disponible en los cajones de equipaje! Tras sus copiosas compras, Ruth se quejó de que le dolían los pies, y Steven, chasqueando los dedos, llamó inmediatamente a un carruaje. Agradecida por no tener que recorrer andando el largo camino por Innenalster hasta su hotel, Ruth montó; y se quedó tanto más asombrada cuando el carruaje no se detuvo ante el hotel sino ante un elegante salón de belleza. Antes de que pudiera darse cuenta, Steven la había encomendado a una dama con aspecto de muñeca para que le hicieran la pedicura. Mientras manos suaves mimaban sus pies con aceites perfumados, Steven se fue de paseo con Wanda a un parque contiguo. Cuando volvió a reunirse con ellos, la visión de ambos, enfrascados en la tarea de dar de comer a las palomas, hizo que su corazón se desbordase.

¡Amaba tanto a ese hombre que le dolía!

Una ligera sonrisa relajó momentáneamente la expresión de Ruth. Los días en Hamburgo habían sido como la visión por un caleidoscopio, que a cada giro mostraba nuevas alegrías de la gran ciudad. En medio de las numerosas impresiones, sus miedos, simplemente, habían desaparecido. Y los que a pesar de todo persistían al final del día, los eliminaba Steven con sus caricias por la noche.

Pero ahora, en la pasarela de embarque, ya no había manera de soslayar la pregunta: ¿Qué pasaría si se descubría que su documentación era falsa?

Delante de ellos ya solo quedaba un caballero entrado en años que atender.

A izquierda y derecha de la puerta de la pasarela se encontraban oficiales del barco vestidos con uniformes azul marino para dar la bienvenida a bordo a cada pasajero. Tras ellos, Ruth distinguió un ejército más de uniformes, azul marino y blancos. Ojalá hubieran llegado ya hasta esos espíritus solícitos. Eso significaría que habrían pasado a los dos representantes del Departamento de Emigración que, como dos perros guardianes, permanecían con expresión severa delante de los uniformados.

—Documentación, por favor.

Con una sonrisa seductora, Steven le entregó al hombre que estaba a la izquierda los documentos solicitados.

Tras un breve vistazo a los dos pasaportes, el hombre comenzó a hojear con energía su grueso listado para encontrar sus nombres.

Ruth estuvo a punto de soltar un suspiro de alivio cuando poco después devolvió a Steven su pasaporte con muchos sellos. Pero cuando el hombre abrió el suyo, pareció mostrar mucho más interés. Sus cejas se alzaron y le dirigió una mirada llena de curiosidad.

Ruth miraba con esfuerzo los adornos de hierro fundido de la puerta de dos hojas, muy abiertas hacia atrás para no estorbar el flujo de pasajeros. ¿Cuánto tiempo más examinaría ese hombre su documentación?

Volvió a sentir sus ojos posados en ella. ¿Debía intentar doblegarlo con una mirada arrogante?

Con el olfato propio de los niños para detectar la distracción de la madre, Wanda aprovechó la ocasión para inspeccionar por fin con más atención las plumas que tan tentadoramente oscilaban arriba y abajo delante de su rostro. Una manita rápida agarró el borde del sombrero de Ruth y al momento siguiente este voló de la pasarela formando un amplio arco.

—¡Mi sombrero!

—¡El sombrero! —gritaron también Steven y el funcionario.

Wanda reía feliz, mirando a su alrededor.

—Bienvenida a bordo, señora Von Lausche.

El hombre le tendió el pasaporte con una leve reverencia. Donde antes se veían arrugas en la frente y labios fruncidos con severidad, ahora se dibujaba algo parecido a una leve sonrisa.

—Y tenga cuidado de que la pequeña damisela no tire más cosas por la borda.

Qué agradable era sentir el pasaporte en su mano. Ruth le brindó al hombre su más radiante sonrisa.

—¡Me esforzaré en ello!

Steven había reservado dos camarotes contiguos de primera clase, hasta donde los condujo un joven camarero que apenas sería mayor que ella. Después de abrir ambos, prometió encargarse de que les trajesen su equipaje dentro de la media hora siguiente. Steven le tendió un billete que el hombre aceptó con una reverencia. Luego se marchó de prisa y la moqueta azul marino con estampado de flores de lis amarillas engulló sus pasos.

Apenas entró en el camarote, Ruth dejó deslizarse de su brazo al suelo a una Wanda pataleante.

—Steven. —Se tapó la boca con la mano—. Este camarote es todavía más grande que nuestra habitación del hotel Savarin. Y una preciosidad. ¡Mira esto, las ventanas son redondas de verdad! —Corrió a uno de los tres ojos de buey y pasó el índice por el cristal abombado. Su mirada cayó sobre la pared contigua.

—Pero si hasta han colgado un óleo. ¿No tendrán miedo de que se lo robemos?
—Soltó una risita.

Continuó inspeccionando la estancia con los ojos brillantes. Frente a la cama había un pequeño sofá y dos graciosos sillones alrededor de una mesita redonda. Ese tipo de mobiliario se llamaba «muebles de salón», Ruth lo sabía por sus revistas femeninas. Toda la pared trasera estaba ocupada por un armario empotrado. A pesar de que Steven la había obsequiado más que generosamente con vestidos, todo su guardarropa cabría en un único departamento del armario.

—¡Jamás habría soñado con semejante lujo! No sé qué decir.

Ruth, boquiabierta, se sentó sobre la cama, cuya colcha de seda de color beis claro caía con generosos pliegues sobre el suelo. Wanda intentaba trepar al sofá con sus cortas piernas; para entonces ya había vuelto a chapurrar alegre entre dientes.

Steven se sentó al lado de Ruth y le tomó la mano.

—Me alegro de que te guste. Cuando viajo con mister Woolworth raramente puedo disfrutar de un viaje en primera clase —rio—. Franklin concede menos importancia al cuidado equipamiento de sus alojamientos que a sus bajos costes.

Si ni siquiera Woolworth viajaba con ese estilo... De pronto, a Ruth, a la vista de todo ese lujo, le entró una preocupación. ¿Podía permitírselo Steven?

Dándose ánimo, señaló:

—Steven, no quisiera que por mi causa te metieras en gastos excesivos. A lo mejor todavía se pueden encontrar en el barco camarotes más baratos, ¿no crees que deberíamos preguntarlo? Mientras el barco no se hunda y tú estés a mi lado, me da igual dónde durmamos. —Con el rabillo del ojo observaba a Wanda, que entretanto había logrado subirse al sofá.

Steven le levantó suavemente la barbilla con su mano derecha. Cuando los ojos de ella estuvieron a su altura, él dijo sonriente, pero tajante:

—Amor mío, me gustaría que a partir de ahora cesaran todas tus preocupaciones. No quiero que te preocupes ni por el dinero ni por ninguna otra cosa. Límitate a ser feliz y disfruta de lo que la vida te ofrece. ¿Recuerdas aún lo que te prometí en nuestra primera noche? Que quería tratarte como a una reina. Por favor, no me prives de ese placer.

Ella iba a responderle algo, pero un movimiento en el borde de su campo visual la distrajo. Involuntariamente su boca se curvó en una sonrisa.

Sensible a cada uno de sus cambios de estado de ánimo, Steven siguió su mirada y soltó una ruidosa carcajada.

Sin ser vista por los adultos, Wanda se había puesto el sombrero de Ruth. Sujetando el bolso de su madre encima del regazo, estaba sentada en el centro del sofá como una princesa en un trono.

—Fíjate en tu hija, Wanda parece sentirse ya en su nueva vida tan bien como una carpa dorada en el agua —observó señalando a la niña con la mano—. Pero ¿te extraña eso? ¿Con ese nombre?

Ruth gimió.

—Por favor, no me lo recuerdes. ¿Por qué tuvo que ocurrírsele algo así a tu falsificador?

Baronesa Ruthwicka von Lausche; no solo le parecía imposible su nombre, sino además el hecho de que el desconocido autor la hubiera ennoblecido.

Steven se limitó a reír.

—Pues a mí me parece sumamente ingeniosa la ocurrencia de Ruthwicka. ¿Qué habría pasado si te hubiera convertido en Amanda? ¿O en Otilie? Te habrías sobresaltado cada vez que yo te llamase así. O no habrías reaccionado en absoluto, porque el nombre te resultaría extraño. Y lo de baronesa te sienta de maravilla.

—¿Tú crees? —preguntó, aplacada a medias.

La verdad es que el nombre tenía cierta sonoridad, justo era reconocerlo. Y que le hubiera dado el apellido del pequeño río que serpenteaba por los bosques de su tierra también era de alguna forma consolador.

—Vaya si lo creo. ¡Serás la sensación de todo el barco! Vamos. —Se levantó y le tendió la mano—. Propongo que efectuemos ahora mismo la primera ronda de inspección.

Apenas entraron en el primer salón, se vieron envueltos en una conversación con otros pasajeros. Donde quisiera que fuesen, por todas partes había alguien que quería presentarse y cruzar unas palabras con ellos. El hecho de pasar juntos las próximas dos semanas parecía hacer locuaces y sociables a las personas.

Justo cuando acababan de zarpar del puerto de Hamburgo —un acontecimiento lacrimoso y emotivo—, llamaron para la primera cena a bordo. Uno de los camareros los condujo a su mesa y Ruth se asustó; en lugar de una enorme mesa redonda para ocho personas, ella esperaba una mesa exclusivamente para Steven, Wanda y ella. Pero al segundo sintió en la espalda la mano de Steven, que le transmitía seguridad y confianza en sí misma.

Al comienzo de la cena, Ruth aún se sentía un poco insegura, sonreía en vez de tomar parte en la conversación. Pero después de que Steven les hubiera mencionado su nombre, la reacción de los otros hizo desvanecerse cualquier asomo de inseguridad. Por lo demás, el carácter amable de Wanda relajó la situación: ya fuera un camarero que le daba discretamente una pequeña golosina, un caballero mayor que formaba animales para ella haciendo nudos en su pañuelo, o una de las señoras que la llevó un trecho en brazos... solo por su alegre sonrisa infantil la hija de Ruth logró conquistar el *MS Walkiria*. Con el pecho hinchado de orgullo, Ruth contemplaba cómo su hija era adorada por gente desconocida.

Transcurrida la cena, volvieron a quedarse solos por primera vez. Steven propuso dar un paseo por cubierta antes de acostarse. Ruth estuvo de acuerdo. Ese día todo le habría parecido bien.

La cubierta de sol en la que finalmente se detuvieron estaba solitaria, apenas iluminada por dos lámparas de gas en el centro del barco. Ruth depositó a Wanda en una de las hamacas que esperaban en fila a los pasajeros ávidos de sol al día siguiente; Steven la abrigó con su chaqueta.

Estaban tomados del brazo junto a la borda, exponiendo sus rostros al viento de proa.

—¡Nunca había visto un crepúsculo igual! —Con los ojos brillantes, Ruth señaló hacia el oeste.

—Eso se debe a que aquí nada desvía al sol, tiene espacio para desplegarse. Allí donde arde con más fuerza está tu nuevo hogar —susurró Steven en su pelo.

Ante ellos, la bola roja se anegaba, lenta pero imparable, en la infinitud del mar.

—Me siento tan feliz que podría echarme a llorar —susurró Ruth mientras unas lágrimas recorrían su rostro.

El brazo de Steven rodeó sus hombros con más fuerza todavía.

—No debes llorar, sino sentirte feliz. Toma ejemplo de tu hija.

—¿Qué pasa con ella? —Ruth se sorbió levemente la nariz.

—Parece disfrutar de lleno de su nueva vida; un don inusitado en una niña tan pequeña, pero que es digno de ser imitado. —Steven rio en voz baja—. Observando hoy a Wanda, podría creerse de veras que nació con una cuchara de plata en la boca.

La mirada de Ruth se deslizó amorosa por la pequeñita, cuyos rizos rubios destacaban más claros todavía ante la chaqueta negra de Steven. No, en el lugar del que procedía no había existido en verdad ninguna cuchara de plata. Ruth volvió a mirar a Steven, con un brillo de orgullo en sus ojos.

—¡Si acaso, habría sido con una cuchara de cristal!

Nota de la autora

Todos los nombres y personajes —y por tanto el relato— son producto de mi imaginación. Pero la tradición de Lauscha de designar a los miembros masculinos de la familia con un apodo característico la recoge mi novela (por ejemplo: Paul el Muecas o Karl Flein el Suizo).

Es cierto que en Lauscha se crearon los adornos de cristal para el árbol de Navidad, pero es imposible saber qué familia comenzó a elaborarlos. Se sabe más bien que no hubo un único creador, sino que diferentes sopladores de vidrio trabajaron paralelamente en su génesis. Además, partimos del hecho de que a mediados del siglo XIX —es decir, un poco antes de lo que se describe en mi libro— se trabajaba ya en los primeros ornamentos de cristal para árboles de Navidad. Sin embargo, es seguro que la vida laboral cotidiana era mucho más dura de lo que se describe en esta obra.

También es cierto que Franklin Woolworth exportaba a América los adornos para árboles de Navidad de Lauscha, y que estos se vendían muy bien en sus tiendas.

Lauscha es todavía hoy la «capital de los sopladores de vidrio de Alemania».

Agradecimientos

Quiero agradecer de corazón a todos los que han contribuido a la creación de esta obra, especialmente al señor Michael Haberland y su familia. En su taller de soplado de vidrio de Lauscha se fabrican adornos navideños siguiendo una antigua tradición.

También quiero dar las gracias a la señora y doctora Helena Horn, del Museum für Glaskunst de Lauscha, cuyas indicaciones sobre bibliografía adicional así como su catálogo *400 Jahre Glas aus Thüringen* [400 años de cristal de Turingia] me han proporcionado una valiosa información sobre la temática del cristal.

Notas

[1] De *chutzpah*, que significa *audacia* en jiddish. (N. de la T.) <<